

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES
DE SU SANTIDAD
PIO XII

II

SEGUNDO AÑO DE PONTIFICADO

2 MARZO 1940 — 1 MARZO 1941



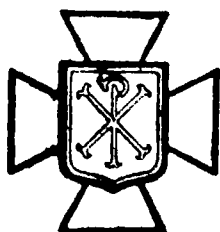
DISCURSOS Y RADIOMENSAJES
DE SU SANTIDAD PIO XII

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES
DE SU SANTIDAD
PIO XII

II

SEGUNDO AÑO DE PONTIFICADO

2 MARZO 1940 — 1 MARZO 1941



MADRID - EDICIONES ACCION CATÓLICA ESPAÑOLA - MCMXLVI

SUMARIO

	<i>pág.</i>
Discursos y Radiomensajes de Su Santidad	1
Documentos Pontificios	437
ÍNDICES	
Criterio de los índices	441
I. — Índice cronológico	445
II. — Índice sistemático	448
III. — Índice analítico	451
IV. — Índice onomástico	501
V. — Índice toponímico	505
VI. — Índice literario	508

IMPRIMATUR

Barcinone, 7 Januarii 1946.

† GREGORIUS, Episcopus Barcinonensis.

DE LA PRESENTE OBRA SE HAN IMPRESO :

150 ejemplares en papel de hilo Guarro, con
filigrana pontificia, numerados de I a CL.
Los números I a LXXV no han sido
puestos a la venta.

3.000 ejemplares en papel especial Comercial
Papelera Torras, de los cuales 300 nu-
merados de 1 a 300.



*« ¡Oh Jesús, disipad la tempestad de muerte que
opprime a la humanidad por Vos redimida! ... »*

EL PAPA CELEBRA EL «PODER
Y GLORIAS DE LOS CELESTIALES
PATRONOS PRINCIPALES DE ITALIA»

5 de mayo de 1940. En Santa María *sopra Minerva*.

TRADUCCIÓN E ÍNDICES

POR

MONS. PASCUAL GALINDO

Prelado Doméstico de Su Santidad

AÑO 1940

I

3 DE MARZO DE 1940

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA ELEVACIÓN AL PONTIFICADO

El Sumo Pontífice, al día siguiente del primer aniversario de su elevación al supremo Pontificado, celebró la Santa Misa en la Basílica Vaticana ante densísimas representaciones de las parroquias de Roma. Después del Evangelio. Su Santidad se dignó dirigir a la muchedumbre que llenaba el templo, en devoto y ferviente recogimiento, su venerada palabra de Padre y Pastor.

GRANDES son, queridos hijos e hijas, los diarios cuidados que de fuera Nos vienen por la solicitud de todas las Iglesias y por cuantos males sufre ahora la humanidad y que repercuten dolorosamente en Nuestro corazón; mas el peso de tantos pensamientos y afanes no puede gravar Nuestra frente y Nuestro ánimo hasta hacernos olvidar al pueblo romano, cuyo Padre y Pastor quiso hacernos, después de habernos hecho su hijo, el impenetrable designio que todo lo gobierna; al pueblo romano, que, asistido y guiado con tanta constancia y abnegación por sus celosos Párrocos — a quienes no queremos dejar de atestiguar en esta ocasión Nuestra satisfacción, Nuestra gratitud y Nuestro particular afecto —, más de una vez ha sabido encontrar ocasión de manifestarnos su fe y devoción filial. Recibimos su primera manifestación (y ¡qué conmovedora!) en aquel atardecer del 2 de marzo del pasado año, cuando inopinadamente cayó sobre Nuestras espaldas la carga del supremo Pontificado. Contemplamos Nos aquel grandioso espectáculo, cuando, coronados por la tiara papal, símbolo de tantas y tan tremendas responsabilidades, levantamos sobre vosotros y sobre el mundo Nuestra mano bendicente. Fuimos testigos conmovidos de vuestro fervor, cuando Nos dirigimos sucesivamente a Letrán, a Santa María la Mayor, al Quirinal, entre ardientes manifestaciones de fidelidad y de amor de vuestras muchedumbres que corrían a Nuestro paso: memorables acontecimientos, cuya imagen y eco jamás se apagarán en Nuestro corazón.

La imponente columnata del Bernini, que habéis atravesado al venir aquí para afirmar y confirmar vuestra fe, extiende sus grandes brazos, como si indicara simbólicamente a los viajeros y peregrinos de toda lengua y nación que este máximo templo, coronado por la Cruz que es atalaya del Lacio, de Italia y del mundo, está pronto para acoger a todos en la verdad y en la caridad. Pero si este símbolo de amorosa acogida se dirige a todas las ovejuelas del Pastor universal, Nuestros brazos y Nuestro corazón se abren en un arranque de especial ternura paterna hacia vosotros, queridos hijos, que Nos estáis tan unidos, no sólo por la comunidad de fe y los místicos lazos de Nuestro pastoral oficio, sino también por el acorde sentimiento de amor y de gloria, que nos hace reconocer en el *Aima Urbs* nuestra patria terrestre y nuestra madre.

Aura de sacros y conmovedores recuerdos sopla en esta hora tranquila, que consagramos a la oración y al sacrificio eucarístico. Aquí, en el corazón de la Roma cristiana, junto al glorioso sepulcro de su primer Obispo, bajo estas majestuosas bóvedas, hacia las cuales se eleva cada año el himno triunfal *O felix Roma*, hácese tan profunda la intimidad entre pastor y grey, que se experimenta casi sensiblemente la verdad de aquellas palabras del Maestro: «Cognosco (oves) meas, et cognoscunt me meae» (*Io.*, X, 14). Esta atmósfera, totalmente llena de bendiciones divinas y de gracias sobrenaturales, llena Nuestro corazón de agradecida alegría, que Nos hace decir con el Salmista: «Repletum est gaudium os nostrum et lingua nostra exultatione» (*Ps.* CXXV. 2). Y mientras este grito salta de Nuestro corazón a Nuestros labios, recordamos Nos que precisamente hoy, en esta cuarta Dominica de Cuaresma, en medio del tiempo consagrado a la penitencia y al ayuno, exclama la Santa Iglesia en el introito de la Misa: «Laetare, Ierusalem, et conventum facite, omnes qui diligitis eam: gaudete cum laetitia, qui in tristitia fuistis». «Alégrate, oh Jerusalén, y reuníos, todos cuantos la amáis. Gozaos con alegría, vosotros que estuvisteis en tristeza» (*Is.*, LXVI, 10). Sí, la Iglesia tórnase hoy heraldo de ale-

gría; adorna sus altares con flores, escucha de nuevo las armonías de los órganos, permite a sus ministros revestirse con ornamentos de color de rosa.

Quedaréis tal vez sorprendidos al oír que vuestro Padre en Cristo os habla de alegría, en un momento en que os oprimen las preocupaciones de lo presente y las amenazas de un porvenir quizá más negro aún para la humanidad; cuando cada uno se pregunta con ansia qué nuevas pruebas y dolores esperan todavía al mundo en este año comenzado entre tantas penas y angustias.

¡Queridos hijos! Si la Iglesia, cuya educadora sabiduría une en perfecta armonía la austeridad y la dulzura, os invita hoy a «gozar con alegría, vosotros que estabais en tristeza», y si Nos en una hora de íntimo encuentro no dudamos en repetir tan admirable consigna, no es porque desconozcamos vuestras inquietudes. Este *laetare*, que sale de la boca materna de la Iglesia, quiere adiestraros para encontrar la serena alegría del alma aun en los sufrimientos de la naturaleza y en las amarguras del corazón. Escuchad bien atentos: en la Epístola de hoy, sacada de la carta de San Pablo a los Gálatas (IV, 22-31), recuerda la Iglesia a los fieles que por la gracia han sido hechos hijos de Dios, y no para servirle como esclavos, sino como hombres llamados a la libertad. Y les recuerda en pocas palabras la dignidad y la grandeza de la persona humana, y sobre todo del alma cristiana lavada con la sangre redentora.

¿Cómo no experimentar un sentimiento de orgullo y de alegría ante tal pensamiento? La Santa Iglesia, Esposa mística de Cristo, Madre fecunda, de la que Sara no fué sino pálida figura, no engendra esclavos, como Agar. De la masa de los hombres el antiguo paganismo hacía irresponsables instrumentos y víctimas impotentes de una tiranía, ora personal, ora colectiva. En aquel mísero rebaño de una humanidad casi inconsciente, algunos malos pastores sojuzgaban, oprimían, condenaban a muerte o embrutecían en un trabajo sin esperanza y sin amor a la gregaria multitud de los esclavizados. ¡Oh Cristo! ¡Oh Salvador! Vuestra doctrina de la frater-

nidad universal, vuestra ley de la caridad universal, han devuelto a la persona humana la inviolable libertad de serviros con pura y segura conciencia: «*Qua libertate Christus nos liberavit!*» ¡Seáis por ello siempre bendito! Y ¿no es justo que ante tal pensamiento vuestros hijos, los herederos de la futura Jerusalén, se dirijan mutuamente el grito de alegría: «*Laetare, Ierusalem*»?

No ignoramos Nos ni desconocemos vuestras aflicciones; mas queríamos enseñaros a contemplar en este océano tempestuoso y en este cielo de negras nubes un puro rayo de sol. La luz del alma, aun en las tinieblas de la tribulación, es la filial confianza en la divina Providencia. En la oscuridad de la noche sobre la cumbre de los nevados montes, el viajero espera con ansia el limpio y radiante surgir de la aurora, que hace siglos inspira a artistas y poetas. Si a veces la esperanza de los viandantes o el sueño de los poetas sufren una desilusión, jamás la sufre la confianza cristiana, que brota de las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad.

Aquellas almas en que la fe ha arraigado profundamente y cuya vida se esfuerza por conformarse a ella en un constante cumplimiento del deber, hállanse en el camino de la verdadera felicidad, la única que puede saciar el corazón humano: la posesión de Dios. Unidas a este sumo Bien mediante la fe, que sostiene la esperanza y que hace florecer la caridad, se arrancan ellas victoriosamente a la esclavitud de los bienes de la tierra, y adquieren, frente a cuanto el mundo puede dar o rehusar, aquella independencia libertadora, que es la señal de los hijos de Dios. El pensamiento consciente y habitual de esta filiación divina les produce un sentimiento de indefectible seguridad, aun en medio de los sufrimientos, de las pruebas y de las angustias de la vida. Y aunque tiemble el suelo bajo sus pies, ellas no tiemblan; en ellas se realizan las consoladoras palabras que el Apóstol de las Gentes dirigía a los cristianos de la primitiva Iglesia romana: «*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*» (*Rom.*, VIII, 28). Ya el Salmista había cantado: «*Confía al Señor el cuidado de ti, y él te alimentará*» (*Ps.* LIV, 23).

Estas últimas palabras reciben maravillosa confirmación en el Evangelio de hoy, que narra cómo Jesús alimentó a toda una muchedumbre con cinco panes de cebada y dos peces (Io., VI). Pero Dios da a los que creen en Él mucho más que el simple alimento del cuerpo: la prodigiosa distribución de los panes figuraba de hecho la futura institución de la santa Eucaristía y la multiplicación de este manjar de las almas, que se renovarí­a sin cesar durante todos los siglos.

Es un misterio de amor, una visión admirable y sublime, que se abre y desarrolla ante nuestros ojos. En Jesús, que multiplica el pan material, ¿no veis vosotros al Sacerdote eterno que, levantando sus ojos hacia el cielo, bendice el pan que Él convierte en su sacratísimo Cuerpo, lo parte y lo entrega a sus ministros, para que lo distribuyan a sus fieles? Y en los Apóstoles, que distribuyen a la muchedumbre el pan recibido de Cristo, ¿no veis a los abanderados de los obispos y de los sacerdotes, que alimentan al pueblo cristiano con el pan de la vida eterna? Queridos hijos, elevad los ojos de vuestra fe. En el sacramento del altar Él es el centro de todo el Cristianismo: vive y está en medio de nosotros y con nosotros, hasta la consumación de los siglos, Dios mismo, aquel Jesús peregrino un día por las tierras de Judea y de Galilea, Rey triunfante ahora en los cielos, que miles de veces cada día, por las palabras y por las manos del sacerdote, se esconde en nuestros tabernáculos bajo los panes transformados, y en torno a sí nos espera, nos invita, nos llama a una mesa divina, en la que Él mismo se nos da en manjar, como preludio de aquel paraíso donde, rasgado ya el velo de la fe, se nos dará Él mismo ya sin velos en la visión de eterno gozo.

En nuestros altares triunfa el amor de Cristo hacia nosotros: allí tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres; allí reúne a su pueblo, las ovejitas junto con los pastores; convoca sacras reuniones de todas las naciones cristianas en común y universal homenaje de fe, de adoración, de amor, de reparación, de propiciación y de oración por la tranquilidad y la paz de los pueblos.

Cuando los imperios del mundo se lanzan unos contra otros chocando como los embates del océano; cuando tiembla la tierra bajo el tronar de los cañones; cuando los mares abren las fauces de sus abismos para tragar hombres y riquezas; cuando en los cielos tempestades más implacables que los huracanes derraman el terror sobre los pueblos, ¿qué nos queda, queridos hijos, sino dirigir nuestra mirada al Dios de nuestros tabernáculos, vencedor del mundo, Rey de los siglos, que frena las alas del rayo y las ruidosas tempestades, y en cuyas manos está el corazón de los reyes y de los poderosos que Él torna adonde quiere?

Sí, oh Jesús, Rey de reyes y Señor de los que dominan, aquí sobre la tumba de vuestro primer Vicario en la tierra, piedra fundamental de vuestra Iglesia para la salvación del género humano, postrámonos suplicantes con todo vuestro pueblo esparcido por la faz de la tierra y con el pueblo de esta Roma, que, por inescrutable designio de vuestra sabiduría y con pródiga disposición de los acontecimientos, habéis hecho parte tan selecta de vuestro redil y más vecina al Pastor universal, que lo guarda en vuestro nombre. Este pueblo, que Nos circunda como hijos en torno al Padre, son vuestras ovejitas, que os conocen, que os aman, que escuchan vuestra voz, que os siguen a los pastos saludables y divinos, vigiladas por fieles pastores que os son devotos, y defendidas contra los lobos y los pastores mercenarios. Proteged, buen Pastor, esta amada grey; inspirad y conservad en los corazones de estos vuestros fieles aquel amor a Vos, que la edad no cambia, sino que aumenta; que la amistad no corrompe, sino que emula; que la palabra no subvierte, sino que inflama; que el tálamo no contamina, sino que sublima; que el último día cambia en sonrisa y esperanza ultramundana del paraíso. Triunfe, oh Jesús, en las almas el reino de vuestro amor; torne a salir de las catacumbas, renazca de los anfiteatros y circos, de las basílicas y de los claustros, de las casuchas y de los palacios; brille junto a las cunas, en las escuelas, en las artes, en los asilos del dolor y en las fá-

bricas y talleres, en la serenidad de los campos y en el torbellino de las batallas. Sí, oh Jesús, desde esta Roma, que hacen sagrada y veneranda a todas las gentes los sepulcros de vuestros excelsos Apóstoles, las aras de los mártires y de los santos, los oráculos infalibles inspirados por Vos, las solemnidades de vuestros misterios; vuestro benigno poder, que tranquiliza a Roma y a Italia, se difunda por el borrasco del mundo como arco y aurora de paz. Descended del monte, como en la noche que siguió a la multiplicación de los panes; caminad sobre las olas, refrenad los vientos, calmad las tempestades, asegurad la combatida navecilla de vuestros discípulos, disipad las tinieblas y conducidnos al puerto de la paz. Haced que los hombres sientan que sois la luz del mundo y que se tornen a Vos; que depongan las armas a vuestros pies; que en el ara de una paz cristiana, que las legiones de los Césares paganos desconocieron, las discordantes mentes y voluntades de quienes son árbitros de los destinos de las naciones, con mutua confianza y noble sinceridad ofrezcan a Vos, Dios autor y amador de la paz, cual magnánima victoria sobre las pasiones, el suspirado sacrificio del olvido de todas las ofensas, restaurando en la justicia y en el amor el honor y la concordia de los pueblos. Así sea.

II

4 DE MARZO DE 1940

A UNA DISTINGUIDA DELEGACIÓN DEL EPISCOPADO DE RITO BIZANTINO-RUMANO

En dicho día se complació Su Santidad en recibir en especial Audiencia, en la Sala del Trono, a algunos Excmos. Obispos rumanos del Rito Bizantino-Rumano, reunidos en Roma, presididos por el Metropolitano de Alba Iulia y de Făgăras. Estaban presentes, junto con Sus Excelencias, el primer Secretario de la Embajada de Rumania, Sr. Galitza, y el Consejero Eclesiástico Can. Tautu; los alumnos del Pontificio Colegio Pío Rumano, con su Rector el Rdm. P. Eurard y el Vicerrector; numerosos sacerdotes, religiosos y alumnos rumanos de varias Órdenes y Congregaciones religiosas, y muchos seglares rumanos habitantes en Roma, entre los cuales los alumnos de la Academia de Rumania. El Augusto Pontífice, una vez recibido el ferviente y filial homenaje de los reunidos, se dignó dirigir a tan distinguida representación amables palabras.

VENERABLES HERMANOS Y QUERIDOS HIJOS.

DE lo más hondo del corazón os saludamos, oh Pastores de la Iglesia rumana; con alegría os recibimos en esta morada, en la que todos los hijos del Padre común, de todo país, de toda lengua y de todo rito, se sienten miembros de la misma familia, acogidos con la misma ternura.

Nuestro Venerable Hermano, el Metropolitano de Alba Iulia y de Făgăras, se ha hecho vuestro intérprete en el discurso que Nos ha dirigido, dando poética expresión a vuestros sentimientos de fe y devoción hacia esta Sede Apostólica. Al venir a Roma, gozáis de encontrar el recuerdo de Trajano y de la civilización llevada a vuestros antepasados por este gran emperador, que, como cantó el poeta Ausonio, si se distinguió en la guerra, fué en lo demás un padre: «*Belli laude prior, cetera patris habens*» (1). Pero, si contempláis la célebre Columna, cuyas franjas espirales immortalizan, junto con la gloria del conquistador, el valor de sus adversarios, vuestra mirada asciende hasta la altura del capitel dórico dominado por la estatua del apóstol Pedro. Ved las dos Romas, a las que permanecéis unidos tradicionalmente. Una divina preordinación habíalas unido una a otra: la Roma de Augusto preparaba los fundamentos y como la armadura del edificio que la Roma de Pedro y Pablo había de construir. En vano se empeñarán los emperadores, aun el mismo Trajano, en impedir estos designios de la Providencia; en los mismos pa-

(1) AUSON., *De XII Caesaribus*, XIV.

lacios de los Césares penetrarán los discípulos de Cristo, aumentarán sin cesar; y un día, sobre las ruinas de la ciudad antigua, saqueada por los bárbaros, surgirá una nueva Roma de la que podrá decirse, con más razón que de la primera: «*Romanae spatium est Urbis et orbis idem*» (1).

Mas, como Cristo no había de romper la caña quebrada ni apagar el pábilo aun humeante (cfr. *Matth.*, XII, 20), así el espíritu de su Evangelio no soplará como un huracán para destruir la Roma antigua, sobre la que edificará su obra. A través de los siglos, continuarán corriendo, mezclándose a la corriente sobrenatural y purificadora del Cristianismo, las olas armónicas y límpidas de aquella civilización que el genio de la Grecia vencida había sabido imponer a sus vencedores: «*Graecia capta ferum victorem cepit, et artes intulit agresti Latio*» (2). Como un río fecundante, este culto de la sabiduría y del derecho, de las letras y de las artes, de las ciencias políticas y económicas; en una palabra, este complejo de doctrinas y tradiciones que se llama la Romanidad, proseguirá su curso. Podrá en algunas épocas detenerse y empobrecerse, atravesar zonas de tempestad y períodos de estancamiento, chocar con corrientes contrarias o revueltas, pero no desaparecerá ni se parará jamás, sino que, empujando siempre adelante sus olas, unas veces con majestuoso estruendo y otras con leve susurro, parecerá murmurar en cada una de ellas: «*Non omnis moriar*» (3).

Abundantes beneficios han logrado vuestros antepasados de esta doble corriente de ideas y de costumbres. Siguiendo los pasos de los legionarios del Imperio, por las vías ásperamente empedradas que ellos habían abierto antes, por los puentes de atrevidos arcos que habían construido, llegaron los misioneros del Evangelio, portadores a Dacia de un ánfora de doble perfume, para destilar en las almas la virtud cristiana y la antigua civilización latina, que para ellos se resumían en la fe romana. Vosotros sois una prueba viviente de

(1) OVID., *Fastorum* l. II, 684.

(2) HORAT., *Epist.* l. II, I, 156-157.

(3) HORAT., *Carm.* III, 30, 6.

semejante unión. Vuestra fidelidad a la Roma de los Papas os ha hecho capaces de cooperar eficaz e intensamente al progreso de la civilización en Rumania. Las instituciones intelectuales, las obras sociales y caritativas de Blaj, muestran admirablemente cómo la adhesión a Roma y al Pontificado Romano no sólo se pueden conciliar con el amor de vuestra patria terrestre y con la fidelidad a las mejores tradiciones nacionales, sino también elevarlas y ennoblecerlas.

Sin duda, el fin principal y supremo de la Iglesia y del Papado en su acción sobre las almas es conducirlos a Dios por medio de la santificación personal, haciéndoles encontrar en la fe en Cristo, en la adhesión a su doctrina y en la sumisión a su ley, las fuentes de una vida sobrenatural que los forme y dirija hacia la perfección de los hijos de Dios. Pero esta vida no puede penetrarlas sin crear en torno a ellas como una atmósfera de gracia. Y de esta suerte la herencia nacional de la lengua, de las instituciones y de las costumbres se impregna con ideas cristianas y se enriquece con virtudes evangélicas, comunicando a éstas, a su vez, según los países y los pueblos, como un delicioso sabor local.

Cuando, ya muy alejado de sus fuentes en la Selva Negra, como cansado en su curso de dos mil kilómetros a través de Europa, vuestro hermoso Danubio llega por fin a las ricas llanuras valacas y desparrama en ellas majestuosamente la espléndida abundancia de sus aguas, extendiéndolas en amplios meandros por las llanuras donde amarillea la mies, y entre el ruido de las ciudades industriales y de las regiones petrolíferas, llevando la fecundidad al trabajo de los hombres, transportando de los unos a los otros los cambios de sus productos, parece ofrecer al cielo y a la tierra una bienhechora visión de paz.

¡La paz! Esta palabra compendia, oh Venerables Hermanos y amados hijos, los votos que Nos formamos para vosotros; pero las circunstancias actuales le dan un significado particularmente conmovedor, en un mundo que la guerra desgarrar con sus horrores o sacude profundamente con sus repercusiones. Nos pensamos en un triple aspecto de la paz.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Ante todo deseamos a cada uno de vosotros *la paz del corazón*, que nunca os faltará, si conserváis la unión personal e íntima con Cristo, si vivís en su gracia, si observáis sus mandamientos. Deseamos a vuestro pueblo *la paz interior*, recordando que la doctrina social católica, el sentido católico de la familia, la ley católica de la caridad fraterna y universal, son los más poderosos elementos de acción para aplacar las discordias civiles, para allanar la oposición entre ricos y pobres, entre obreros y patronos, así como entre las diversas razas que habitan el territorio del Estado. Os deseamos, por fin, *la paz externa*, rogando y suplicando al Señor que en su misericordia se digne preservar a vuestra patria del azote de la guerra y permitirle así continuar su obra caritativa en favor de las víctimas del actual conflicto.

Como prenda de esta triple paz, de la gracia de Jesucristo y de la poderosa intercesión de su benignísima Madre, a todos vosotros, a vuestras familias y a toda vuestra Nación entera, especialmente a estos queridos alumnos rumanos, y en primer lugar a los nuevos sacerdotes, Nos os concedemos, de la plenitud de Nuestro corazón de Padre, la Bendición Apostólica.

III

6 DE MARZO DE 1940

A UNA MISIÓN NAVAL ESPAÑOLA

Recibió el Padre Santo en la sala del Tronetto a los miembros de una Misión Naval Española. La Misión fué presentada a Su Santidad por S. E. el Dr. don José de Yanguas y Messía, Vizconde de Santa Clara de Avedillo, Embajador de España. Al cumplir tan alto encargo, S. E. el Sr. Embajador, con algunas palabras devotas de saludo al Sumo Pontífice, puso de relieve cuán feliz se sentía la Misión Naval Española al poder ratificar, en tal ocasión, su respetuoso y filial homenaje de fidelidad y de veneración al Vicario de Jesucristo, y los sentimientos de ferviente adhesión a la fe católica, demostrados siempre y aun en nuestros días por los marinos españoles, con indudables y grandes beneficios para la Patria. El Augusto Pontífice se complacía en agradecer tan profundo homenaje y se dignaba manifestar su vivo reconocimiento y sus mejores deseos con algunas paternales palabras.

CON todo el afecto de Nuestro corazón de Padre os saludamos, hijos queridísimos de la católica España; y a Vos, Excelentísimo y muy apreciado Señor Embajador, no podemos ocultaros el gozo que Nos proporcionáis presentándolos en Nuestra casa.

Vuestra profesión de marinos españoles Nos trae a la memoria aquellas providenciales carabelas de la España misionera, verdaderas auxiliares de la Nave de San Pedro, que juntamente con la civilización de Europa llevaron las primeras al Nuevo Mundo el tesoro incomparable de la fe en Jesucristo, y con la religión católica legaron a aquellos dilatadísimos continentes la sublime y verdadera civilización de las almas, de que es custodio y dispensador el sucesor de Pedro en esta Sede Apostólica de Roma.

Al lado de este recuerdo de hechos gloriosos ya lejanos, otro más próximo evocan en Nos vuestras personas: el de las gestas heroicas y enormes sacrificios con que recientemente habéis logrado vosotros defender, del grave peligro que lo amenazaba, el patrimonio sacrosanto de vuestra piedad y creencias católicas.

A la luz de estos recuerdos, no dudamos en hacer Nuestro aquel pensamiento del poeta cristiano, latino y español, Prudencio: «Hispanos Deus aspicit benignus», Dios mira a los españoles con benignidad (1); y ahora que con el favor divino vuestra patria despierta pujante a nueva vida, os exhorta-

(1) PRUD., *Peristephanon* VI, vers. 4: Corp. Vindob. LXL, pág. 355.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

mos a que sigáis de cerca las enseñanzas de vuestro pasado, cuya mayor grandeza fué fruto de aquel ideal supremo, el mayor de todos los humanos ideales, que es la religión de Jesucristo.

En prenda de copiosos dones del cielo, a vuestras personas con sus nobles ideales y generosas aspiraciones, a todos vuestros familiares y amigos, a la población entera de la católica España, y señaladamente a sus marinos, a los que vosotros representáis, os damos de la plenitud de Nuestro amor de Padre la Bendición Apostólica.

IV

12 DE MARZO DE 1940

LAS FÉRVIDAS ESPERANZAS DEL PADRE EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA CORONACIÓN

Con motivo del fausto primer aniversario de la Coronación de Su Santidad, el Sumo Pontífice recibió del Sacro Colegio, por la voz del Eminentísimo Cardenal Decano, las más vivas felicitaciones y los más devotos deseos. El Padre Santo se complacía en expresar, a los ilustres Purpurados, su augusto agradecimiento.

VENERABLES HERMANOS Y QUERIDOS HIJOS:

VIVE siempre dulce en nuestra memoria el recuerdo de aquella hora en que ante Nos, agobiados por el peso y la responsabilidad de la tiara pontificia, por primera vez expresabais, por boca del venerando Cardenal Decano a Nos tan carísimo, las felicitaciones y votos, ofrecidos con amor y con amor acogidos. Y como si hubiera sido ayer, aquella hora permanece esculpida en Nuestro corazón; y, sin embargo, ya os vemos de nuevo recogidos en torno a Nos, para manifestarnos, en la aurora del segundo año de Pontificado, los sentimientos que entretejen entre Nos y vosotros, fieles Colaboradores y Consejeros que Nos ha dado la admirable Providencia, un delicado vínculo de confianza y de afecto.

¡Cuán breve parece el tiempo transcurrido entre los idus pasados y los presentes de marzo! Y, sin embargo, ¡qué plenitud — podríamos decir única en su género — de acontecimientos exteriores, de transformaciones materiales y espirituales, la que en sí se encierra! «Si computes annos, exiguum tempus, si vices rerum, aevum putes»; esa antigua afirmación de Plinio se ha tornado realidad una vez más en este año, que hemos vivido juntos y en el que juntos hemos sufrido, cuyos acontecimientos, aun considerados a la luz de sus precedentes inmediatos, bastarían para llenar un siglo en el normal desarrollo histórico de la humanidad.

Este año ha transformado la estructura externa e interna de Europa; ha iniciado revoluciones políticas, económicas y espirituales cuyas últimas consecuencias y repercusiones

ninguna mente humana puede calcular, pero cuya profundidad ha de ser considerada con grave y solícita preocupación por quienes, en medio de esta humanidad agitada y sacudida en sus bases más íntimas, desgarrada por los errores y por las pasiones, están llamados a proclamar entre las gentes el mensaje de la luz y del reino de Cristo.

En un tiempo en que toda humana previsión parece falaz, en que todos los medios meramente humanos ponen de manifiesto su intrínseca deficiencia, la mirada de los creyentes tórnase hacia los montes eternos, ya que sólo de ellos puede venir la salvación. En este mundo, colocado entre la maldad de las concupiscencias humanas, en el que van errando los hombres, como en un desierto, entre alucinaciones y espejismos que son tinieblas en las que chocan y se pierden, avanza la Iglesia, manteniendo enhiesta la antorcha divina del camino, de la verdad y de la vida; porque, sin camino, no se llega a la meta; sin verdad, no se ilumina el entendimiento; sin vida, no se anima la voluntad ni la acción. Entre el camino y la vida sirve de luz y guía la verdad, aquella verdad que es pedestal de la justicia, aquella justicia que es fundamento de la paz.

«*Gratia vobis et pax adimpleatur in cognitione Dei et Christi Iesu Domini nostri!*» Sí, la paz, que se apoya en el conocimiento de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, camino, verdad y vida, es el suspiro y el deseo de Nuestra alma; la paz es la que mueve Nuestro amor hacia todos los hombres; y a todos acogemos, próximos y lejanos, fieles y errantes, tranquilos y recalcitrantes, pues a todos somos deudores de los servicios de la verdad y de la caridad de Cristo. Desde esta colina contemplamos Nos la tempestad del mundo. Si, gracias a Dios, hay paz en torno a Nos, al otro lado de los Alpes, de los mares y de los océanos, hay vientos y torbellinos; con cien voces la religión y la humanidad invocan y piden la paz. Nuestra esperanza y confianza están puestas en Dios, en cuyas manos están los corazones de los hombres al igual que las tempestades de la tierra, del cielo y de los mares. Y vosotros, Venerables Hermanos y queridos Hijos, Senado Nues-

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA CORONACIÓN

tro, Consejeros Nuestros, ayudad Nuestra esperanza con vuestra oración y solicitud, de suerte que, si participáis en Nuestros afanes y en Nuestras espinas, también Nuestras rosas y Nuestras alegrías sean vuestro consuelo, vuestro mérito y vuestra gloria.

Entre tanto, para implorar la abundancia de los divinos carismas y las luces del Espíritu Santo sobre todo el Sacro Colegio, y particularmente sobre su venerado Decano, intérprete de vuestros nobles y santos sentimientos comunes, con el afecto más agradecido y paternal os damos la Bendición Apostólica.

V

13 DE MARZO DE 1940

CARACTERÍSTICAS DE LA MULTIFORME CARIDAD DE LAS DAMAS DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE

Una Audiencia especial reunió a los pies del Vicario de Jesucristo a un grupo de Damas de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Roma, con los Consejos Directivos de Italia. Su Santidad recordaba a los distintos grupos, con palabras de loa y de ánimo, la excelencia y los consuelos de la caridad entendida y practicada cristianamente.

Más de una vez, dilectas hijas, como Cardenal Protector, tuvimos ocasión de alabar y animar vuestra caritativa actividad según el espíritu de San Vicente de Paúl. ¿Cómo no hacerlo ahora, cuando por inescrutable designio Nos ha elegido Dios para representar acá en la tierra al Salvador, que «pertransiit benefaciendo» (*Act.*, X, 38), pasó por la tierra haciendo bien? Padre común de los fieles, dirigimos Nos a la humanidad una mirada de profunda compasión, conmovidos por tantos males, que han venido a añadirse a sus seculares dolores. Ciertamente que Nos vemos cómo Dios, ante cada una de las pruebas y desventuras que permite para purificar al mundo culpable, inspira como remedio formas nuevas y cada vez más ingeniosas de caridad. Y así es como, cuando hace un momento — antes de venir a esta sala para bendeciros y dirigiros Nuestra palabra — leíamos la última (1938) de vuestras *Memorias* morales y financieras — que filialmente Nos ha sido ofrecida, junto con noble y devota dedicatoria, por vuestra tan benemérita como infatigable Presidenta —, admirábamos los múltiples aspectos de vuestra beneficencia; pero pensábamos también que los pobres, a su vez, son vuestros bienhechores por vías muy variadas.

En vuestras visitas se revela ante todo esta reciprocidad de buenos oficios. Por ellas el pobre os obliga a practicar la caridad efectiva, y a no limitaros a un sentimiento de piedad que, si no se tradujera en acto — por cada una de vosotras según la medida de sus propias fuerzas —, correría el peligro de quedar privado de toda eficacia y mérito. Ya lo anotó el

apóstol Santiago, hasta casi con cierta graciosa ironía: «¿De qué sirve decir a los necesitados: calentaos y saciaos, si no se les dan las cosas necesarias para la vida?» (*Iac.*, II, 15-16). Y Jesús, bien lo sabéis vosotras, declara que todos los hombres serán juzgados en el último día por el ejercicio práctico de la caridad (*Matth.*, XXV, 34 ss.). Distribuíd, pues, vosotras mismas (siempre que os lo permitan las circunstancias) los socorros materiales que correspondan a las necesidades apremiantes del pobre. Empero la verdadera caridad no se limita a dar; se da ella misma; vuestra propia misión no es la de enviar limosnas, sino llevarlas vosotras mismas. Mas, para visitar al pobre, precisa salir de la propia casa, del propio bienestar; a veces renunciar a las normas y al espíritu del mundo. Serio aviso de ello nos da el apóstol San Juan: «Si alguien ama al mundo, la caridad del Padre no permanece en él» (*I Io.*, II, 15). Pero ir a los pobres no quiere decir caminar sobre mullidas alfombras en lujosas moradas: ellos viven en tristes casuchas, a veces sin techo siquiera, como aquellos desgraciados nómadas, y entre ellos dos niños, que en esta misma Roma dormían bajo un carromato sobre la desnuda tierra. Además, deberéis buscar siempre a los pobres cuando estén dispuestos a escuchar cuanto de bueno se les quiera decir. Así, una señora colocábase todas las mañanas muy temprano sobre la terraza que daba al cuartucho en que un hombre violento vivía en concubinato con una desventurada digna de él y a quien aquella compasiva compañera vuestra habíase empeñado en convertir de nuevo a Dios; y allí permanecía, a veces bajo intensa lluvia, hasta que se abría la puerta, con la esperanza de que al fin también se abrirían los corazones. Otra señora, para llevar a feliz término la preparación religiosa de una joven israelita, no rehuirá los calores del verano soportados en un rincón de oscura tienda, para instruir a su catecúmena.

Dar y darse, no es bastante para vosotras; pues que así place a Dios, «hilarem enim datorem diligit Deus» (*II Cor.*, IX, 7), queréis daros con la sonrisa. El pobre, que tiene un alma como el rico, tiene también, como él, un corazón; y

¡cuán poco basta a veces para consolar a un afligido y endulzar la amargura de un rebelde! En no pocas casuchas, donde llegare a entrar, aunque sea con modestos socorros materiales, un tesoro de cordialidad activa y alegre, se cumplirá aquella palabra de la Sabiduría: «*Melius est vocari ad olera cum caritate, quam ad vitulum saginatum cum odio*» (*Prov.*, XV, 17). Y así, obligándoos a pasar del sentimiento de la piedad a los actos de beneficencia, el pobre os hará comprender al mismo tiempo la necesidad de unir a los actos el sentimiento, sin el cual todo ademán sería glacial y toda palabra indiferente.

El pobre, además, os une a Dios con su ejemplo. Florecen a veces virtudes maravillosas bajo los techos pobres, como en la escuálida estancia de aquel paralítico, inmóvil hacia ocho años, que solemnizaba cristianamente, con su esposa e hijos y con algunas señoras de vuestra Sociedad, sus bodas de oro y leía, conmoviendo a todos los presentes, la consagración de su familia al Sagrado Corazón. Cierto que a veces el vicio se muestra ante vuestros ojos con no menor crudeza que la misma miseria material. Si el contraste entre el sufrimiento del pobre y vuestro bienestar es de saludable efecto, porque al tornar de su casucha fría, desnuda, quizá sucia, a vuestra cómoda y alegre morada, os sentís inspiradas a elevar un pensamiento de la más viva gratitud a la divina Providencia, y hasta tal vez a renunciar a algún gasto superfluo, ¿no reconoceréis, además, a la vista de la abyección moral provocada o favorecida por la indigencia material, que vuestra buena y virtuosa conducta es debida, en una gran parte, a las condiciones mismas de vuestra vida familiar y social, de vuestra desahogada situación, de la educación que habéis recibido?

De ello nace en vosotras un nuevo y mayor celo por curar las llagas de esas pobres almas, más desventuradas que culpables en la mayoría de los casos. Y os disponéis inmediatamente a la busca de los recursos, que son el punto necesario de partida. Pedir es un arte, cuyo secreto conocéis bien; y, al hacerlo así, ayudáis al rico a que gane el cielo, porque, según

la Escritura, «la limosna libra de todo pecado y de la muerte eterna» (*Tob.*, IV, 11). Imaginad que en Jerusalén, en tiempo del mendigo Lázaro, del que nos habla el evangelista San Lucas (*Luc.*, XVI, 19 ss.), hubiese habido una Dama de caridad. Al pasar ante aquel mendigo, hubiera curado sus llagas ciertamente de una manera mucho más eficaz y más aséptica que los buenos perros que acudían a lamérselas; y luego hubiera entrado con decisión en la sala del banquete llevando en sus manos la valerosa cajita de las limosnas; y de esta suerte, mientras aliviaba al pobre Lázaro, hubiera tal vez logrado volver al camino del cielo al rico Epulón. Ved la feliz audacia a que os conduce el pobre, ella hace de cada una de vosotras una como dispensadora de bendiciones, no menos para el alma de los bienhechores, que para las de los beneficiados por vuestra caridad.

¿Quién podrá medir la abundancia de las gracias divinas, de que sois, en cierto modo, el canal? Que, si no sois portadoras del divino Sacramento a los pobres — como las Damas de París a los prisioneros de la *Commune*, o bien como recientemente lo han hecho las Damas españolas durante la guerra civil —, les abris el camino de la santificación. Y tal es, en resumen, vuestra finalidad: curar los cuerpos y endulzar los corazones, para salvar las almas. En este aspecto, la legitimación de los matrimonios irregulares os ofrece vasto campo de acción; solamente en el año 1938, en la misma Roma, habéis normalizado hasta doscientos sesenta y uno. Ésta es, generalmente, la ocasión de tornarse los dos esposos a Dios y a los sacramentos, de los que se habían alejado por un tiempo más o menos largo: diez, veinte, treinta, hasta sesenta años. En algunos casos la familia entera, dos, tres generaciones, se dan o se vuelven a Dios en el mismo día, y juntos reciben la gracia, como en una nueva Pentecostés. Todo ello, merced a la intervención oportuna, discreta, pacientemente empeñada de una de vuestras hermanas.

Las hay que emplean más de un año en ganar un alma, o en prepararla, ya para el bautismo, ya para la primera Comunión ultratardía, ya para una verdadera conversión, ora

del judaísmo, ora del protestantismo, o de la ausencia total de toda creencia. Pero tantas gracias no pueden pasar por vuestras manos, sin que alguna parte os quede de ellas. El bálsamo de la caridad es como aquel nardo que en la Escritura, cuya fragancia impregna a la persona entera de quien lo toca. Por ello decís que «es mayor felicidad el dar que el recibir». De esta felicidad sois deudoras a vuestros pobres, que les hacéis pueden consumirse, pero es el centamamiento de la gracia que tal ejercicio produce en vuestras almas.

A los pobres debéis también la alegría de gusto, como aquel inefable consuelo, que inunda al sacerdote hermana misionera, cuando, en el atardecer de una jornada de fatigosas andanzas a través de las heladas estepas o de los bosques tropicales, caen rendidos, pero radiantes de júbilo, por haber dado a las almas un poco más de amor, y a Dios una mayor gloria. Lo dice vuestra *Memoria*: «Algunos barrios en el corazón mismo de Roma tienen sus pequeños salvajes, como las tierras inexploradas». Vuestro trabajo es, por lo tanto, una misión; la alegría, que conforta y anima a los misioneros, os mantiene también en vuestras caritativas fatigas y os procura una muestra, pálida pero segura, de la eterna recompensa.

¡Oh caridad! Virgen con los ojos de luz, Madre con labios de miel, Hermana con las manos de bálsamo, sólo ella hace habitable esta tierra para los infelices, para los huérfanos, para los oprimidos, para los sin techo. Ella revela al hombre la íntima bondad de su corazón, muestra a la tierra la mejor imagen de Dios, que es la «caridad» substancial (*I Io.*, IV, 8). Única virtud eterna que triunfará en la gloria, cuando cesarán la fe y la esperanza. ¡Que ya ahora pueda triunfar también en el mundo! ¡Cuán bella se nos muestra y más que nunca deseable en esta hora, en que la violencia, hija del odio, parece querer desterrarla! ¡Cuán buena nos aparece, y cuán necesaria más que nunca a esta humanidad agitada y atormentada, que ya no quiere creer en la Verdad, que ya

no osa creer en la Justicia, pero que no puede decidirse a dejar de creer en la Caridad!

¡Infelices los hombres insanos cuyo furor se empeña en matar esta inmortal virtud! ¡Infelices los fariseos de alma seca y de mirada vacía, que no ven el esplendor de su rostro! ¡Infelices los sabios sordos de corazón, que no sienten el eco de su voz que suaviza los dolores de la humanidad! ¡Infelices los falsos profetas de la felicidad universal, cuyas pupilas ardientes quémanse contemplando el sombrío fantasma de una justicia terrena completa y definitiva, y no ven en la caridad sino una inoportuna y una intrusa ultrajadora de su regia hermana!

Amadas hijas, por haber desconocido la caridad, el mundo ha perdido la verdadera paz, y no la encontrará hasta que no torne a levantar, sobre las bases indispensables de la justicia, el trono de la Caridad. Amenazada por un nuevo diluvio, la humanidad espera ansiosa que vuelva a ella la paloma anunciadora del iris de la paz. Pero la alada mensajera no llevará la paz universal a los individuos y a las naciones sino cuando en la misma tierra pueda coger el ramo verde de olivo, el árbol de las unciones lenitivas, que exige, para crecer y dar sus frutos, el sol de la caridad.

Con tal voto, y como prenda de las más selectas gracias celestiales para vosotras, para vuestras familias, para vuestros directores, bienhechores y socios protectores, para los pobres y enfermos que asistís, para vuestras obras, para vuestros santos Ejercicios Espirituales, os damos de la plenitud de Nuestro corazón la Bendición Apostólica.

VI

24 DE MARZO DE 1940

LA SEGUNDA HOMILÍA DE LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

En la Basílica Vaticana, llena por inmensa muchedumbre de fieles, el día de la solemnidad de Pascua, Su Santidad celebró de Pontifical en medio del devoto recogimiento de los presentes. Después del Evangelio, el Padre Santo dijo la Homilía en lengua latina, recordando que sólo Cristo con su ley y su gracia puede renovar y restaurar la familia humana. Y terminó luego dando la Bendición Apostólica con la aneja Indulgencia Plenaria.

VENERABLES HERMANOS Y QUERIDOS HIJOS:

A LÉGRESE ya la angélica turba de los cielos; alégrense los divinos misterios..., alégrense también la tierra iluminada con tan grandes fulgores!» (*Miss. Rom., Sab. S.*). Enmudecen ya las tristísimas lamentaciones de los sacros profetas, y los templos, depuesta la tristeza, sonríen con festivos cánticos y adornos, y hasta el mismo trofeo de la Cruz se realza con victoriosa palma. Es que nuestro divino Redentor resucitó vencedor y triunfante sobre la muerte, trayéndonos, cual sacra herencia, la vida, la paz y la salvación.

Y aunque en el momento actual casi todos los pueblos, o agitados por enfurecida guerra, o temiendo los peligros venideros, sufren con angustioso temblor, la festividad pas-cual llama a los ánimos de los mortales a celestiales alegrías, haciendo revivir y aumentar las virtudes cristianas de la fe, de la esperanza y de la caridad, que en tan alto grado necesitamos. Ojalá, Venerables Hermanos y queridos hijos, que así como hoy la alegría alimentada por estas virtudes celestiales inunda Nuestra alma y las vuestras, así en toda la tierra todos los hombres oigan la sacra y amonestadora voz de este día, y gocen de aquella santa alegría, única que puede suavizar los dolores, enjugar las lágrimas y pacificar las angustias de esta vida. Nos dirigimos con suma tristeza Nuestro pensamiento a aquellos cuya mente no se halla ilustrada con la luz de la verdad divina, y a quienes, por ende, no les es dado, en los dolores que les angustian, lograr del cielo aquella esperanza que, incapaz de engañarse, es a la vez el verdadero consuelo.

Rogamos, pues, que el Triunfador de la muerte los ilumine a todos con su divina luz y que de tal modo los transforme renovados con su irresistible gracia, que también ellos consigan los gozos pascuales, prendas a su vez de la eterna bienaventuranza. Que la sagrada Resurrección de Cristo, que con tanta solemnidad recordamos en el día de hoy, sea, por lo tanto, para todos los hombres el principio de su renovación espiritual, de igual suerte que, según con tanta elocuencia enseña la historia, fué el principio de un nuevo correr de los siglos.

Pues, luego que, «vencido el aguijón de la muerte» (Hymn. Ambros., *Te Deum*), Nuestro Señor Jesucristo abrió para los creyentes los reinos de los cielos, una nueva edad, y ciertamente más feliz, comenzó para todo el género humano. Y en verdad que, así como el sol, alzándose al amanecer por las crestas de los altos montes, ahuyenta las nieblas y oscuridades, trayendo de nuevo la luz, el calor y la vida, así Jesucristo, al resucitar vivo del sepulcro, «ahuyenta los crímenes, lava las culpas..., devuelve la inocencia a los caídos..., la alegría a los tristes; deshace los odios, prepara la concordia...» (*Miss. Rom., Sab. S.*). Los Apóstoles, que pávidos y medrosos habían abandonado antes a su Maestro, luego que admirados vieron su victoria sobre el poder de los infiernos, confirmaron su vacilante fe e hicieron revivir en sus almas la llama del amor divino, ya casi apagada. Confiados, pues, en la divina virtud y ayudados por la gracia divina, preparáronse a participar con todos los demás de la nueva vida espiritual que habían recibido de Cristo, y a dominar el universo mundo, no por medio de las armas sangrientas, sino por la verdad y la caridad. Por ello «a toda la tierra salió su sonido, y hasta el fin del orbe sus palabras» (*Ps. XVIII, 5; Rom., X, 18*). Pueblos, aldeas y hasta las más populosas ciudades, despertadas por la acción de la nueva luz, erigidas por el soplo del nuevo amor, sintieron renovarse. Y dondequiera que los Apóstoles ponen sus pies santísimos, como si allí naciera una nueva primavera, ábrense en el acto admirables flores de santidad portadoras de suavísimo olor: los

heroicos confesores y propagadores de la fe, las cándidas vírgenes, que guardan inmaculados los lirios de su castidad, y los invictos mártires, que consagran las palmas de su victoria con su sangre derramada. Esos mártires, decimos, tan innumerables que, sobre todo en esta santa Ciudad, capital del Imperio Romano y de la Cristiandad, solidificaron con su sangre los fundamentos de la Iglesia Católica, y que, suspirando por la muerte y la victoria, se opusieron con pecho tan intrépido al rugir de los leones, hasta poder aplicarse a cada uno de ellos las elocuentísimas palabras de San Ignacio, obispo de Antioquía: «Trigo de Cristo soy; seré molido por los dientes de las bestias, para tornarme limpio pan» (*Ad Rom.* II, 1. Cfr. Hieron., *De Viris Illus.*, c. 16).

Y si, como acabamos de decir, y pregona la historia de la Iglesia, el triunfo de Jesucristo sobre la muerte trajo tan admirable restauración y renovación de todo el mundo, también ahora nosotros, queriendo seguir las huellas del divino Redentor, debemos aplicar a nosotros mismos con todo nuestro empeño y trabajo esa restauración espiritual. Bien que ciertamente, según por la experiencia sabemos todos, no es cosa fácil, pues tal renovación sólo se logra por la virtud cristiana; mas la virtud, a la que tan opuesta es la humana debilidad, exige y reclama un esfuerzo, para que cada uno logre conformar su vida a aquélla.

Pero Cristo Señor, Venerables Hermanos y queridos hijos, no sólo nos dió mandatos y los confirmó con el admirable ejemplo de su vida, sino que también nos prometió los auxilios celestiales, y con máxima benignidad e incesantemente nos los concede cuando se los pedimos con humildad y empeño. Nada es, por lo tanto, difícil a los discípulos de Jesucristo, si verdaderamente lo quieren: antes bien, como sabemos por experiencia, cuanto más fuerte sea la lucha contra el poder de las tinieblas» (cfr. *Luc.* XXII, 53; *Eph.*, VI, 12), tanto más dulce y grata será la victoria. A toda costa, pues, y con todo empeño, hemos de luchar «para que, como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también caminemos nosotros en novedad de vida» (*Rom.*, VI, 4), y

para que, «rehuyendo la impiedad y deseos del mundo, sobria y justa y piadosamente vivamos en este mundo» (*Tit.*, II, 12); de suerte que, «despojados... del hombre viejo con todas sus obras, y vestidos del nuevo, sin cesar renovado para lograr el perfecto conocimiento, según la imagen de su Creador» (*Col.*, III, 9-10), llegue a ser una realidad feliz «que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (*II Cor.*, V, 15).

Si en verdad conformáremos nuestra vida con esta manera de obrar, que, como acabamos de ver, con tanta claridad y entusiasmo nos describe el Apóstol de las Gentes, estas fiestas pascuales harán que cada uno de nosotros, con incesante labor copie la viva imagen de Jesucristo en sí mismo y en sus costumbres; y así, en medio de las borrascas y tempestades que tan horrendamente sacuden al mundo actualmente, y de las diversas tristezas que tan intensamente aquejan hoy la vida de los hombres en el mundo entero, gocemos de paz celestial, nos reanimemos con la esperanza de los bienes inmortales y nos sintamos llenos de celestiales consuelos. Pues, «si con él somos muertos, con él también viviremos; si con él sufrimos, con él reinaremos» (*II Tim.*, II, 11-12); si con él padecemos, también con él seremos glorificados (cfr. *Rom.*, VIII, 17).

Y todavía hay otra razón, Venerables Hermanos y queridos hijos, para que con todo empeño os recomendemos, a vosotros y a todos los hombres, esta espiritual renovación y restauración en Cristo. Es necesaria no sólo para la vida privada y felicidad particular de los individuos, sino también para la suprema felicidad de toda la humanidad. Y ello sobre todo en las actuales circunstancias, cuando contemplamos panoramas tan tristes y aun los tememos más horrendos en lo futuro. Bien sabéis, pues, en qué tiempos nos ha tocado vivir. Triturada yace la paz de los pueblos; los tratados, confirmados solemnemente por mutua promesa, cámbianse a veces y hasta son plenamente quebrados por una sola parte, sin intentar previos acuerdos o transacciones; enmudecen las voces del amor fraterno y de todas sus relaciones. Y cuanto la

inteligencia humana ha logrado inventar o comprobar, todas las fuerzas, fortunas y riquezas, casi todo se emplea o para hacer la guerra o para un incesante crecer de armamentos. Cuanto antes se producía para la prosperidad de los pueblos y para aumentar su felicidad, actualmente, cambiada su continuidad y hasta su destino, se emplea para la propia destrucción y ruina. Languidecen, impedidas por toda clase de insidias, las pacíficas relaciones comerciales; y por ello principalmente las clases humildes sufren gran necesidad. Y además — lo que es peor —, mientras los ánimos crecen en odio y rencores, en muchos lugares máchanse con sangre fraterna las tierras, los mares y hasta el mismo cielo, imagen excelsa de la patria eterna. Con gran tristeza vemos también cómo frecuentemente son violadas las mismas leyes de las relaciones entre los países civilizados: así es como se ha llegado, desgraciadamente, a que sean bombardeadas, incendiadas y totalmente destruidas ciudades abiertas, aldeas y casas de labradores, y a que ciudadanos pacíficos, y hasta enfermos, débiles ancianos e inocentes niños sean arrojados de sus casas y hasta asesinados en gran número.

Ante tantos y tan grandes males que crecen sin cesar, ¿qué esperanza puede ya quedar, sino sólo aquella que nace del mismo Cristo, de su inspiración y de su doctrina, que pueda influir saludablemente en las venas de la misma sociedad? Sólo Cristo puede, con su ley y su gracia, renovar y restaurar las costumbres, así privadas como públicas; restablecer el justo equilibrio entre los derechos y los deberes; moderar el desmesurado afán de riquezas; refrenar la ambición; realizar y perfeccionar la estricta justicia por medio de su caridad doquier difundida. Ciertamente que tan sólo quien pudo mandar a los vientos y a las tempestades, apaciguar y tranquilizar las olas del mar alborotado, es el único que puede doblegar también las voluntades de los hombres hacia la concordia y el amor de los hermanos, y hacer que — arregladas de buen grado y felizmente entre los hombres toda clase de cuestiones, no ya por la fuerza, sino por medio de la verdad, de la justicia y de la caridad — caigan las es-

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

padas y las armas de las manos, llegando éstas por fin a unirse alguna vez amistosamente.

Y Nos, que como amamos paternalmente a todos, con igual tristeza participamos de las desgracias y de las angustias de todos los hijos, suplicamos reverentes al divino Redentor, en este día tan solemne y tan alegre, que se digne otorgar a los Reyes y a los Príncipes cristianos, así como a todo el pueblo cristiano, la paz, la concordia y la unidad (cfr. *Litan. Sanctorum*). Amén.

VII

27 DE MARZO DE 1940

EL CENÁCULO DE LA ORACIÓN

Las múltiples instituciones de las Religiosas del Cenáculo, así como el Congreso de las Celadoras del Apostolado de la Oración y numerosas parejas de recién casados, dieron ocasión a Su Santidad para ilustrar la ineludible necesidad de recurrir frecuentemente a Dios.

EN esta semana de Pascua, no creemos, caros hijos e hijas, poder acogerlos con saludo más afectuosamente paterno que el dirigido por el mismo Jesús, en la tarde de su Resurrección, a sus discípulos reunidos en el Cenáculo: «Pax vobis» (Io., XX, 19). ¡La paz sea con vosotros!

ORACIÓN Y APOSTOLADO

Dilectas Religiosas, que tenéis por Patrona a «Nuestra Señora del Retiro en el Cenáculo», esta palabra trae a vuestra memoria el recuerdo de los Apóstoles recogidos en torno a María, a fin de prepararse con una oración perseverante para la evangelización del mundo (*Act.*, I, 14). Luego que hubieron recibido el Espíritu Santo, abandonaron aquella bendita soledad, sin olvidarla, sin embargo, y conservaron en el corazón la llama encendida por las divinas lenguas de fuego; porque quien aspira a conquistar almas, ante todo debe santificarse a sí mismo en el retiro. Y para vosotras dura siempre este retiro; pasáis la vida en el Cenáculo, y, sin embargo, según el espíritu de vuestro Instituto, debéis al mismo tiempo ser apóstoles. En su vida pública no se limitó Jesús a recorrer las ciudades y las campiñas; a veces se sentaba en la falda de un monte (*Matth.*, XV, 29) o en la orilla del mar (*Matth.*, XIII, 1), y en la calma del crepúsculo le llevaban los enfermos y los poseídos por el demonio para que los curase (*Marc.*, I, 32). Tal es el ejemplo que vosotras imitáis. Otras vírgenes consagradas a Dios se enfrentan con las miserias físicas y morales; la Providencia os trae hasta vuestro propio retiro las almas débiles o afligidas; vienen ellas mis-

mas a buscar allí la soledad, en la que Dios hablará a sus corazones (*Os.*, II, 14); ansían gozar siquiera algunos días de dulce intimidad con su universal Presencia, tan frecuentemente desconocida y olvidada; y allí comienzan a comprender cuánto ama el Salvador su belleza sobrenatural (*Ps.* XLIV, 12). Pero para enseñarles a prestar oído a su divina voz (*Ps.* XLIV, 11), es necesario que vosotras mismas hayáis aprendido antes a escucharla; para comunicarles el secreto del Cenáculo, esto es, la dulzura interior de la unión con Dios, es necesario que la hayáis gustado vosotras, hasta hallaros como impregnadas de aquel olor que atrae a las almas para seguir a Jesús (*Cant.*, I, 3).

Y vosotras, dilectas hijas de la Congregación Mariana y del Círculo de estudios, Institutrices y Profesoras, Celadoras de los retiros cerrados y de las vocaciones sacerdotales, Empleadas, Domésticas, Madres cristianas, Asociadas a los Catecismos de perseverancia, Niños y Niñas de la Cruzada, que, aun no viviendo continuamente al abrigo de los asilos privilegiados del Cenáculo, vais a buscar allí dirección y consejo para vuestras obras de piedad y de acción exterior, sed también vosotras, ante todo, almas de oración. Algunas de vosotras llevan en medio del mundo una vida aparentemente profana. Recuerden bien que el deber cumplido en estado de gracia y con espíritu de fe, esto es, con Dios y por Dios, lejos de disipar un alma amante, la une con mayor intimidad al divino Artífice, que vive y obra en ella. En la más humilde acción de María, ya cuando fué joven madre en Belén, ya cuando dedicábase a los trabajos domésticos en Nazaret, esclava doquier de su hijo Jesús, compañera suya en el Calvario y de sus apóstoles en el Cenáculo, hubo siempre un inmenso tesoro de amor.

PIEDAD Y CELO

Y también vosotras, piadosas *Celadoras del Apostolado de la Oración*, bien estáis en vuestro puesto junto al «Retiro del Cenáculo». Porque también vosotras queréis unir la oración a las obras, sabiendo bien que la salvación del género humano

es una acción colectiva, en la que el beneficio de la Redención, llevada a cabo esencial y totalmente por Cristo, es aplicado a los miembros de su cuerpo místico, no solamente por la cooperación personal de cada uno, sino además por la acción solidaria de todos y por el mutuo auxilio de la Comunión de los Santos. Entre los millones de asociados que hoy cuenta en el mundo este Apostolado de la Oración, vosotras, dilectas hijas, sois, según vuestros Estatutos, del número de aquellos «qui prae ceteris pietati dediti, singulari flagrant animarum studio», esto es, personas dedicadas particularmente a la piedad y que arden en singular fervor por el bien de las almas. En este Tercer Congreso Romano de Celadoras italianas, en el que vuestros trabajos tienen precisamente como tema fundamental el estudio del «celo», medita con sumo cuidado sobre la relación entre estos dos términos, para convenceros bien de que, cuanto más os entreguéis a la piedad — la verdadera y sólida piedad, que no puede concebirse sin recogimiento interior y sin el espíritu de sacrificio —, tanto más aptas llegaréis a ser para promover la gloria de Dios, la salvación de las almas y el culto del Santísimo Corazón de Jesús conforme a los Estatutos del Apostolado: «ut magis in dies divina gloria, animarum salus et cultus Sanctissimi Cordis Iesu, secundum Apostolatus Statuta, provehantur» (cfr. *Statuta Piae Societ. Apost. Orat.*, art. VI).

¡Gloria de Dios, salvación de las almas, propagación del culto del Sagrado Corazón! Ciertamente que no hay para vosotras, como para todos y para todo el mundo, sino un solo fin: la gloria de Dios. Pero vosotras glorificaréis a Dios salvando las almas, y salvaréis las almas propagando el culto del Sagrado Corazón. Dijo el Salvador a Santa Margarita María Alacoque cómo había reservado esta devoción «cual último esfuerzo de su amor en favor de los hombres de nuestro tiempo» («comme un dernier effort de son amour qui voulait favoriser les hommes, en ces derniers siècles») (1). Ahora bien, dos son, entre otros muchos, los peligros que actualmente amena-

(1) *Vie et oeuvres de Sainte Marguerite Marie Alacoque*, t. 2, pág. 572.

zan a la humanidad: de una parte, el orgullo, que se ha rebelado contra Dios y contra sus derechos; el emanciparse la razón de la autoridad divina; la exaltación de la fuerza con daño de la justicia y de la equidad. Pero Jesús ha dicho: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (*Matth.*, XI, 29). Difundir la devoción a su Corazón es tanto como enseñar la mansedumbre y la humildad, y trabajar de esta suerte por la paz del mundo.

El otro peligro, casi opuesto al primero, es la depresión moral, la falta de confianza, consecuencias de la debilitación de la fe, de la esperanza y de la caridad. Y estas virtudes teológicas, rayos de luz y de amor entre el hombre y Dios, adquieren nuevo ardor en las llamas que brotan del Corazón Sacratísimo de Jesús. Contemplando este Corazón y su herida abierta, comprenden los hombres que Dios no solamente es para ellos el Señor, al que se sirve y ante quien se tiembla, sino también el Padre compasivo y tierno, que se ama y por quien se es amado. Entonces aun el corazón más deprimido se eleva, el espíritu más turbado se calma. Propagar, por lo tanto, el culto del Sagrado Corazón es difundir la paz en las almas. *Pax vobis!*

EL HOGAR DOMÉSTICO, ASILO DE ORACIÓN

Por fin, Nos os saludamos paternalmente, oh dilectos nuevos esposos, ante quienes la vida se abre cual florido sendero. Bien sabéis empero que este camino, si ciertamente os conduce ahora entre flores primaverales, a través de abrigados valles, tendrá también para vosotros, como para todos, sus ásperas cuestas, sus peligrosas bajadas, tal vez también sus horas de tempestad. Tened, pues, también vosotros vuestro cenáculo, un asilo de retiro y de oración, en vuestro propio hogar doméstico.

Allí es donde encontraréis reposo después de las más duras jornadas, en la fidelidad a vuestras promesas, y en la unión

perfecta de vuestras almas: «perseverantes unanimiter»; allí viviréis bajo la mirada de María: «cum... Maria matre Iesu», cuya imagen os reunirá todas las noches para la oración en familia: «unanimiter in oratione». Mejor aún: toda vuestra vida personal y familiar puede convertirse en una incesante oración: «perseverantes unanimiter in oratione». El Apostolado de la Oración os da un medio eficaz con el ofrecimiento de la mañana. Como la mágica varita que en los cuentos de hadas transforma en oro todo cuanto toca, así este ofrecimiento hecho por el cristiano en estado de gracia, y por el cual consagra a Dios todas sus obras por las grandes necesidades de la Iglesia y de las almas, puede elevar a actos sobrenaturales de apostolado hasta las más pequeñas y más modestas acciones. El campesino con su arado, el empleado en su oficina, el comerciante en su mostrador, la mujer de casa en su cocina, pueden llegar a ser, ya lo hemos dicho, los colaboradores de Dios, que espera de ellos y realiza con ellos las humildes obras de los deberes de su estado.

RECONQUISTA DE LA PAZ

¡Queridos hijos! Cuando, en el silencio del Cenáculo, Jesús pronunció las palabras «Pax vobis»: ¡La paz sea con vosotros!, los Apóstoles temblaban de miedo, aunque las puertas estaban bien cerradas: «cum... fores essent clausae .. propter metum Iudaeorum» (Io., XX, 19).

La paz, que aun no habían podido ellos gozar en su refugio, pero de la que habrán después de ser los anunciadores «usque ad ultimum terrae», hasta el fin del mundo, los acompañará en sus viajes, en las pruebas, en el martirio. No será para ellos la paloma de alas plateadas (cfr. Ps. LXVII, 14), que dulcemente gime entre embalsamado follaje, sino más bien la gaviota, que no hace su nido durante la tempestad, sino que, cuando levanta su vuelo de la cresta de las olas hasta lo alto de los mástiles de la nave, parece pregonar al miedoso marinero la vanidad de los esfuerzos y la vacuidad de las agitaciones del hombre dejado a sí mismo, el poder y la alegre serenidad de la débil criatura que se entrega a su Creador.

¿Querrá el género humano comprender esta lección y buscar, en un confiado tornar a Dios, la reconquista de aquella paz cuyo pensamiento domina las mentes y los corazones cual tranquilizador recuerdo de una felicidad desaparecida? No pocos pueblos han perdido hoy la paz, porque sus profetas o sus gobernantes hanse alejado de Dios y de su Cristo. Los unos, pregoneros de una cultura y de una política arreligiosa, encastillados en el orgullo de la razón humana: «cum fores essent clausae!», han cerrado la puerta aun a la idea misma de lo divino y de lo sobrenatural, arrojando de la creación al Creador, expulsando de las escuelas y de los tribunales la imagen del divino Maestro crucificado, y hasta eliminando de las instituciones nacionales, sociales y familiares, toda mención del Evangelio, bien que sin haber logrado borrar sus profundas huellas. Los otros hanse alejado de Cristo y de su paz, renegando de los siglos de civilización luminosa, benéfica y fraterna, para sumergirse en las densas tinieblas del antiguo paganismo o de modernas idolatrías. ¡Ojalá puedan reconocer su error y comprender que Cristo Salvador, no obstante las defecciones, las negaciones y los ultrajes, permanece siempre todavía muy cerca de ellos, con los brazos extendidos y abierto el corazón, presto a decirles: «Pax vobis», si ellos mismos, en un arranque sincero y confiado, cayeran a sus pies con el grito de fe y de amor: «Dominus meus et Deus meus!» (Io., XX, 28), ¡Señor mío y Dios mío!

Después de tan sublimes recuerdos y enseñanzas, Su Santidad pasó dando a la gran muchedumbre de los que participaban en la audiencia su Bendición Apostólica, señalando a los varios grupos a los que se había dignado dirigir tan memorables exhortaciones y añadiendo que deseaba bendecir a todos y especialmente a algunos dirigentes diocesanos de la Juventud de Acción Católica, para él tan cara, allí presentes, declarando luego que era su deseo comprender en tal acto de caridad paterna no sólo las personas, sino también las aspiraciones e intenciones de cada uno.

VIII

3 DE ABRIL DE 1940

LAS VIRTUDES TEOLOGALES, FUNDAMENTO DE CRISTIANA FELICIDAD

Fueron admitidos a la presencia de Su Santidad muchos centenares de parejas de recién casados. El Padre Santo dirigió a tan gran muchedumbre, con gran benevolencia, su inspirada palabra, fijando en la fe, en la esperanza y en la caridad la perfecta orientación para una felicidad verdadera y durable.

GUADOS por un pensamiento de fe venís vosotros, dilectos nuevos esposos, a invocar sobre la primavera de vuestra vida Nuestra Bendición Apostólica, en este día en que la primavera de la naturaleza os prodiga sus sonrisas. Y es también un pensamiento de fe el que querríamos inspiraros, invitándoos a escuchar un momento, en torno a vosotros y en vosotros mismos, lo que poetas y artistas llaman la canción de la primavera.

Tres son las notas necesarias y suficientes para fijar con su acorde la tonalidad de una canción musical: en tres notas también podría condensarse la canción de la primavera para el cristiano, en tres notas, cuya armonía pone a su alma en acorde con el mismo Dios: la fe, la esperanza, la caridad.

LUZ DE FE

La *fe*, bien lo sabéis, es una virtud teologal, por la que creemos en Dios, que no se ve con los ojos corpóreos; en su infinita bondad, que a veces su justicia oculta a la vista humana; en su omnipotencia, a la que parece contradecir, según el prematuro razonar de los hombres, su misteriosa longanimidad.

Y el fiel retornar de la primavera os recuerda que Dios, si parece a veces mudable, es en realidad inmutable, porque es eterno; que todas sus disposiciones se cumplen a su debido tiempo; que cada uno de sus designios se realiza en la hora dictada por su providencia. Ayer, era todavía invierno, y todo parecía muerto en la naturaleza; el firmamento velado por las nubes y cubiertas las montañas por la nieve; el sol, lánguido y estéril. Pero de repente se ilumina de nuevo el cielo; calla el viento de las tempestades; hácese más esplendente el sol y, bajo sus tibios rayos, en el seno de la tierra, palpita de nuevo

la vida. De igual suerte, jamás muere la obra de Dios; no hay invierno al que no suceda la primavera, y lo que parece muerte en la naturaleza no es sino el preludio de una resurrección.

Vosotros, pues, dilectos nuevos esposos, ante quienes ábrese la primavera de la vida, entrad en ella con fe profunda en Dios, con firme confianza en su poder y en su bondad. Podréis tener pruebas; Dios mismo parecerá, en determinados momentos, como si os dejara solos luchando con las dificultades como un padre que se escondiera momentáneamente tratando de medir las fuerzas de su propio hijo. Su justicia, como la de un padre, podrá permitir al dolor del cuerpo o del alma que os purifiquen, ofreciéndoo así el medio de una penitencia reparadora. Por el cielo hoy tan azulado de vuestro mutuo amor podrán pasar nubecillas, que parecerán ocultar durante algún tiempo su esplendor. Reavivad entonces vuestra fe en Dios; reanimad la fe en vuestras promesas, la fe en la gracia sacramental, la fe en la pacificadora dulzura de las reconciliaciones prontas y sinceras, que en cierto modo son también una primavera, porque llevan consigo, después del frío y de la tempestad, el retorno del céfiro, de la luz y de la paz.

SAVIA Y CANTO DE LA ESPERANZA

A la lección de la fe añade la primavera la de la *esperanza*. El sol, si disipa la rigidez de la gleba y hace caer de los flancos de las montañas su blanco manto, todavía no inflama la tierra con el fuego que ha de darle todo el fulgor de su ornamento y la espléndida pululación de su fecundidad. La savia entornece troncos y tallos y hace abrir en las ramas los húmedos labios de las yemas, pero los árboles no agitan todavía al viento la cabellera de su follaje. Muy pronto resonarán los nidos con el canto de los pajaritos. ¡La vida continúa! La esperanza, esa alegría de una felicidad deseada y suspirada, pero de la que no se posee aún sino la promesa o la prenda, prorrumpe con la primavera en toda la creación.

En el orden sobrenatural la esperanza es, como la fe, una virtud teologal, esto es, que une personalmente al hombre con

Dios. Ella no levanta aún el velo de la fe, para mostrar a nuestros ojos el eterno y divino objeto de las celestes contemplaciones; pero lleva al alma que corresponde a la gracia la seguridad de su futura posesión, en la inefable promesa del Redentor; le da la prenda y como un ejemplo anticipado, en la resurrección del Dios hecho hombre, verificada en una aurora primaveral.

El canto de la esperanza resuena ciertamente en esta primavera de vuestros corazones. Desposarse es, como para las palomas en abril, construir un nido. Pero el hogar doméstico, ese nido de una nueva familia, hácese también a veces tan sólo poco a poco, con muchas fatigas y solicitudes, en el hueco de las duras rocas o sobre un ramo que sacude el viento; pero semejante trabajo se lleva a cabo con alegría, porque se emprende con esperanza. Fundar una familia no es sólo vivir para sí mismos, desarrollar utilitariamente en sí las fuerzas del cuerpo, las facultades del espíritu, las sobrenaturales cualidades del alma; es multiplicar la vida, esto es, querer resucitar en cierto modo y revivir a pesar del tiempo y de la muerte, en las generaciones sucesivas, gozándose en no poder atisbar con la mirada su largo desarrollo a través de la serie infinita de los tiempos.

¡Infelices los esposos que no hayan comprendido y gustado la dulzura de esta esperanza! ¡Más infelices todavía y culpables quienes, en oposición a las leyes del Creador, las restringen o les cierran el acceso al nido familiar! Tal vez demasiado tarde, se darán cuenta de que ellos mismos, sólo por un efímero placer, se han abierto en su propio hogar las puertas de un abismo, del que está desterrada toda esperanza.

CARIDAD, HIMNO DE AMOR

Por fin, también la *caridad* pone su nota — por cierto, la dominante — en la canción de la primavera, porque es sobre todo un himno de amor. El verdadero y puro amor es la entrega de sí mismo; es el ansia de difusión y de donación total, esencial a la bondad, y por la cual Dios, bondad infinita, cari-

dad substancial, se movió a comunicarse en la creación. Esa fuerza expansiva del amor es tan grande que no admite límites. Como el Creador ama desde la eternidad a las criaturas que Él quiere, por una omnipotente aspiración de su misericordia, llamar en el tiempo de la nada al ser: «In caritate perpetua dilexi te, ideo attraxi te, miserans» (*Ier.*, XXXI, 3); así el Verbo encarnado, al venir entre los hombres, «cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos (*Io.*, XIII, 1), habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Dilectos esposos, hijos e hijas: ¡Ved cómo se manifiesta y brilla actualmente en la naturaleza esa necesidad de dar y de darse! «El aire, el agua y la tierra están de amor llenos», exclama el poeta al exaltar las bellezas de la primavera (1). Expándese la vida, y esta su magnificencia en su propio darse no es sino una débil imagen de la de Dios. Pero, si tal es la amplitud de las larguezas divinas en el orden natural, ¡cuánto más maravillosa es en el orden de la gracia, que sobrepasa para la criatura humana todos los límites de sus posibilidades!

Y ahora escuchad, caros esposos, a vuestro propio corazón. Le sentiréis cantar el himno generoso y desinteresado, que llega hasta el total don de sí mismo. Y este deseo imperioso de un mutuo holocausto quedará plenamente satisfecho en vosotros sólo si el don recíproco, sancionado por una sacra promesa, es sin división, sin reserva, sin revocación, a semejanza del don que debéis hacer a Dios de vosotros mismos. La caridad es una; el vínculo entretejido por vosotros con el matrimonio cristiano tiene algo de divino en su principio, como la religión misma, y por ello eterno en sus consecuencias. Manteneros fieles a él, no obstante las pruebas, las borrascas, las tentaciones, es un ideal que puede parecer superior a las fuerzas humanas, pero que se tornará realidad sobrenatural si correspondéis a la gracia del sacramento, que se os ha dado precisamente para solidificar vuestra unión en la sangre del Redentor, unión indisoluble, como la de Cristo con su Iglesia.

(1) PETRARCA, *Sonetto CCLXIX*.

IX

6 DE ABRIL DE 1940

LAS NECESARIAS ARMONÍAS HUMANAS

El concierto dado en la augusta presencia del Sumo Pontífice por la orquesta de la R. Academia de Santa Cecilia de Roma, dirigida por el Maestro Bernardino Molinari, constituyó un acontecimiento de selectísimo arte y, a la vez, un devoto homenaje al Vicario de Jesucristo. Al terminar el concierto, el Padre Santo se dignó expresar su vivo reconocimiento y su augusta felicitación a los ejecutantes.

MUY agradecidos os quedamos, insigne Director, ilustrados ejecutantes, por este admirable concierto que hoy habéis querido dedicarnos. Podíamos fácilmente presagiar el éxito, al conocer de cuánta fama goza esta Real Academia con su Orquesta permanente, y qué incremento e impulso ha recibido de los afanes de su actual y tan benemérito Presidente, el Conde Enrique de San Martín Valperga. Teníamos además confianza en la protección de Santa Cecilia, vuestra Patrona. Pues, cualesquiera que sean las nieblas que ante los severos ojos de la crítica histórica velan las dotes artísticas de esta noble Santa, ella es, ya por sus propios títulos de Virgen y de Mártir, un modelo de pureza de corazón, de ardor en la caridad y de constancia en las pruebas: tres notas esenciales de la santidad, cuya armonía encanta como un perfecto acorde los oídos de Dios y de los hombres.

Intensa y plenamente satisfecha ha quedado Nuestra expectación. La ejecución de las obras maestras indicadas en el programa ha dado a cada una de ellas — aun a la célebre sinfonía que quedará «incompleta» por siglos — una perfección «completa», que ha transportado nuestras almas al reino ideal de la melodía, del ritmo y de la armonía, sacándolas, siquiera por breve tiempo, de los graves pensamientos que Nos causan la solicitud y el tumulto del intranquilo mundo moderno. «Deseos infinitos y soberbias visiones» (1) se han suscitado — al oír vuestros maravillosos cantos — en nosotros,

(1) LEOPARDI, *Sopra il ritratto scolpito in un monumento.*

envueltos en aquellos recuerdos de movimientos del espíritu, tan indeterminados e inenarrables, que la ondeada y sublime belleza de la música instrumental suscita, asocia, modera, une y concluye en un arrebató, que lo reúne y concentra todo en la variedad de afectos del corazón, que toman forma y consistencia en la trama y en el flujo y reflujo de la onda de los fugaces sonidos.

En las armonías de los grandes maestros, que nos habéis hecho sentir bajo la experta dirección de una mano cuyo ademán — Nos lo hemos observado — significaba la profunda y plena penetración de la idea recóndita en sus melodías, en sus ritmos, en las correspondientes cantidades, en sus formas y en sus modos, ha vibrado un lenguaje sin palabras, que ha sido encanto de los sentidos y del alma a la par que bálsamo para las heridas del corazón.

Don hecho por Dios a los hombres con su magnificencia: «*Dei largitate*», como se expresaba magistralmente San Agustín, la música debe a su vez conducir a los hombres hacia Dios y ayudarles a caminar en su presencia por la observancia de sus mandatos. Ahora bien; para los cristianos es ley esencial — después de la adoración y amor de Dios Creador y Padre — la fraterna armonía entre todos sus hijos. San Agustín, meditando el ejemplo del Rey David, poeta inspirado y cantor inmortal al mismo tiempo que monarca glorioso y prudente, ponía de relieve que el acorde justo y regulado de los diferentes sonidos musicales es la imagen de la ciudad bien gobernada, donde reina el orden, gracias a la unión orgánica de los diversos elementos (*De Civitate Dei*, l. XVII, c. 14). Unidad en la variedad; diversidad, pero concorde; es precisamente lo que dicen las dos palabras con que habéis formado vuestro lema: «*Concordia discors*», que ya se encuentran en los poetas antiguos, en Ovidio y en Horacio: «*Quid velit et possit rerum concordia discors*» (1). Todo lo que vuestra «*Concordia discors*» ha intentado y querido lograr con este tan delicioso concierto, lo ha podido conseguir ciertamente; sin embargo,

(1) HORAT., *Epist.* I, 12, 19.

el dolor, endulzado algunos momentos por vuestro arte, queda en el fondo de nuestros corazones: el dolor de sentir, en varias partes del mundo — en vez de las divinas melodías de la naturaleza, portadoras de calma —, el tronar de los cañones; angustia, al percibir la horrenda disonancia de todos aquellos elementos cuyo acorde es lo único que puede asegurar a las ciudades, a las naciones, a la humanidad entera, el orden y la paz: «Concordi varietate compactam bene ordinatae civitatis... unitatem».

Comprendía el programa de vuestro concierto compositores de diversas nacionalidades, pero que se encuentran reunidos todos en una región superior a las patrias terrestres, en el templo universal de la gloria y del arte. ¡Ojalá pudiera la resonancia de este concierto extenderse y prolongarse por el mundo, cual simbólico preludio de la deseada armonía de las naciones! ¡Ojalá que la actual discordancia de los hombres y de los pueblos pueda muy pronto resolverse en el acorde perfecto y duradero de una justa paz, inspirada en las divinas enseñanzas de Cristo! Entonces todas las naciones se levantarán jubilosas para cantar, en un coral majestuoso cuya potencia sacudirá cielos y tierra: «Laudate Dominum omnes gentes..., quoniam confirmata est super nos misericordia eius!» Entonces la humanidad, serenada de nuevo, tomará parte en aquella «admirable cantata de las criaturas», de que habla San Agustín, y cuyo eco inmortal hizo sentir al mundo el extático *Poverello* de Asís, Patrono de Italia.

X

10 DE ABRIL DE 1940

EL MODELO DE NAZARET

El Padre Santo recibió en Audiencia general a numerosas parejas de recién casados, a una gran peregrinación de la Archidiócesis de Perusa y a otros fieles. Su Santidad se complació en dirigir a los reunidos palabras paternas, tomando el tema de la solemnidad del Patrocinio de S. José.

AL acogeros en torno a Nos, oh dilectísimos nuevos esposos, ¿cómo no podría volverse Nuestro pensamiento hacia San José, castísimo Esposo de la Virgen María, Patrono de la Iglesia universal, cuya solemnidad celebra hoy la sacra liturgia? Si todos los cristianos tienen motivo de confiar en la protección de este glorioso Patriarca, vosotros tenéis ciertamente un título especial para tal gracia.

Todos los cristianos son hijos de la Iglesia. Esta santa y dulcísima Madre da a las almas con el bautismo aquella participación en la naturaleza divina que se llama la gracia; y, después de haberlas regenerado por ella a la vida sobrenatural, no las abandona, sino que mediante los Sacramentos les procura el alimento que ha de mantener y desarrollar su vida. Puede, por lo tanto, la Iglesia parangonarse a María, Nuestra Señora, de la que el Verbo asumió la naturaleza humana, y que luego le conservó y nutrió la vida con sus cuidados maternos. Ahora bien; en cada uno de los hijos de la Iglesia ha de formarse Cristo (*Gal.*, IV. 19), y cada uno debe tender a crecer «in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi» (*Eph.*, IV, 13), en varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo.

Mas ¿quién velará por esta madre y por este Jesús? Ya lo habéis comprendido bien: aquel que, hace ahora veinte siglos, fué llamado para ser el Esposo de María, el Padre putativo de Jesús, el cabeza de la Sagrada Familia. Y ¡qué solicitud puso él por cumplir una tan sublime misión! Queríamos ciertamente conocer hasta las más detalladas circuns-

tancias. Pero este predilecto de la confianza divina, que había de servir como de velo al doble misterio de la Encarnación del Verbo y de la virginal maternidad de María, parece permanecer en su vida terrena como escondido en una sombra. Y, sin embargo, los raros y breves pasajes en que de él nos habla el Evangelio bastan para mostrar bien la perfección con que San José fué cabeza de familia; y por lo tanto, cuán buen modelo y cuán buen patrono es él para vosotros, oh jóvenes esposos.

Custodio fidelísimo del precioso depósito que le fué confiado por Dios — María y su divino Hijo —, velaba él ante todo por su vida material. Cuando, por obedecer al edicto de Augusto, partió para inscribirse en el registro del censo en la ciudad de David, llamada Belén, no quiso dejar sola en Nazaret a su Virgen esposa, cuando iba a ser Madre de Dios. A falta de textos evangélicos más detallados, las almas piadosas gustan de figurarse más íntimamente los cuidados que entonces prodigó a ella y luego al Niño recién nacido. Le ven moviendo la pesada puerta de la posada ya llena, semejante al *khan* de los modernos pueblos orientales; dirigirse luego en vano a parientes y amigos; finalmente, rechazado doquier, esforzarse al menos en arreglar y limpiar la gruta cuanto fuera posible. Vedle teniendo entre sus fuertes manos las delicadas del pequeño Jesús temblorosas por el frío, para calentarlas. Un poco más tarde, al conocer por el ángel que se hallaba amenazado su tesoro, «tomó durante la noche al niño y a la madre» (*Matth.*, II, 14), y por pistas arenosas, removiendo del sendero zarzas y piedras, los condujo a Egipto. Allí trabajó duramente para alimentarlos. Siguiendo una nueva orden del cielo, tal vez algunos años después, tornó a conducirlos, a costa de las mismas fatigas, a Galilea, a la ciudad de Nazaret (*Matth.*, II, 22-23). Y allí enseñaba a Jesús, divino aprendiz, a manejar sierra y azuela, e iba al trabajo aun fuera del techo familiar, regresando a éste al atardecer para de nuevo ver a los dos seres tan amados, que en el umbral le esperaban sonrientes, y con quienes tomaba puesto en la humilde mesa para una frugal cena.

Asegurar a la esposa y a los hijitos el pan cotidiano es la más urgente preocupación del padre de familia. ¡Oh, qué tristeza tan grande la de ver debilitarse a los seres amados, porque ya nada queda en la despensa ni en el bolsillo!

Mas la Providencia, que condujo por su mano al antiguo José, cuando, traicionado y vendido por sus hermanos, fué primero esclavo, para llegar luego a ser el superintendente y señor de toda la tierra de Egipto (*Gen.*, XLI, 43; XLV, 9) y el salvador de su familia (*ib.*, XLV, 18); la Providencia, que condujo al segundo José a aquel mismo país, donde llegó privado de todo, sin conocer ni sus habitantes, ni sus costumbres, ni su lengua, y de donde, no obstante, retornó sano y salvo, con María siempre activa y con Jesús que crecía en sabiduría, en edad y en gracia (*Luc.*, II, 52); la Providencia ¿no tendría hoy la misma compasiva bondad, el mismo ilimitado poder? Ah, temamos más bien que los hombres se olviden de las palabras de Nuestro Señor en su Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (*Matth.*, VI, 33). Dad a Dios leal y valerosamente lo que Él tiene derecho a esperar de vosotros: todo el esfuerzo personal posible, la obediencia que le es debida como a Señor supremo, la confianza en Él como en el mejor de los padres. Entonces podréis contar con lo que de Él esperáis y que os ha prometido cuando dijo: «Mirad las aves del cielo; mirad los lirios del campo: y no os preocupéis por el mañana» (*Matth.*, VI, 26, 28, 34).

Saber pedir a Dios lo que se necesita, es el secreto de la oración y de su potencia y es también una enseñanza que os da San José. Verdad es que el Evangelio no nos dice expresamente cuáles eran las oraciones que se hacían en la casita de Nazaret. Pero la fidelidad de la Santa Familia en la observancia de las prácticas religiosas se halla explícitamente atestiguada, si nos hiciera falta, por ejemplo, cuando San Lucas nos narra (II, 41 ss.) que Jesús iba con María y José al templo de Jerusalén por la Pascua, según la costumbre de aquella solemnidad. Por ello es tan fácil como dulce representarse esta Santa Familia de Nazaret en la hora de

la acostumbrada oración. En la rosada aurora o en el violáceo crepúsculo de Palestina, en la pequeña terraza de su blanca casita, vueltos hacia Jerusalén, Jesús, María y José están de rodillas; José, como cabeza de familia, recita la oración, pero ¡es Jesús quien la inspira, y María une su dulce voz a la grave del santo Patriarca!

¡Futuros cabezas de familia!, meditad e imitad este ejemplo, harto olvidado por la mayoría de los hombres. En el confiado recurrir a Dios encontraréis no solamente las bendiciones sobrenaturales, sino también la mejor seguridad del «pan cotidiano», tan ansiosamente, tan laboriosamente, y a veces tan en vano buscado.

Como delegados y representantes del Padre que está en los cielos y «de quien toda familia en el cielo y en la tierra toma su nombre» (*Eph.*, III, 15), pedidle que, como os ha dado algo de su ternura, os dé asimismo algo de su poder, para soportar el peso de los cuidados familiares, ciertamente dulce, pero no pocas veces grave.

La majestad suprema pero sonriente del eterno Padre, su poder y su bondad armoniosamente unidos, he aquí un tema fascinador para los artistas, que frecuentemente han intentado representarlo. Uno de los más nobles esfuerzos en tal sentido es el célebre fresco de Pedro Vannucci, que se admira hace ya más de cuatro siglos en el «Collegio del Cambio» en Perusa, donde el eterno Padre está figurado entre los profetas y las sibilas, cual anciano de flúida barba, pero de aspecto todavía joven, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la tierra, el rostro respirando calma y soberana dulzura, la mano diestra levantada para bendecir. Con razón se gloria de semejante obra de arte vuestra ciudad, queridos peregrinos de Perusa, a quienes, guiados por vuestro amado Arzobispo y Venerable Hermano Nuestro, gozamos en saludar aquí presentes con especial sentimiento de afecto. Si Pedro Vannucci tuvo el sobrenombre de *Perusino*, con el que nos es más comúnmente conocido, fué sin duda porque su arte es esencialmente representativo de vuestro país y de

EL MODELO DE NAZARET

vuestras cualidades distintivas. En su composición tan sabiamente sencilla, cuya simetría y armonía clásica tienen ya algo de la agilidad moderna, en aquella pureza de líneas; en aquella sinfonía alegre de los toques ligeros, se vuelve a encontrar la transparente profundidad del sentimiento cristiano que se exalta en la contemplación inefable de aquellas perspectivas sombrías, ante las cuales, en un éxtasis de amor, rogaban y cantaban Francisco, Clara de Asís, Ángela de Foligno. Son el arte y la piedad que se abrazan en la luz y en la paz.

Vuestra ciudad, oh católicos de Perusa, ha sabido a través de los siglos conservar y difundir su fe y cultivar las letras y las artes; ha tenido por guías espirituales a celosos pastores, dulces y firmes a un tiempo, como el que Nos alegramos de ver hoy junto a Nos; y ha dado en uno de sus Arzobispos a la Iglesia universal uno de los más gloriosos Pontífices de la edad moderna, Nuestro inmortal y sapientísimo Predecesor León XIII.

¡Bien venidos pues seáis, queridos perusinos! En esta solemnidad de San José Nos deseamos exhortaros a honrar e imitar cada vez más a tan amable Patrono. Venerad su querida imagen, que lo representa ordinariamente con el Niño Jesús en sus brazos o a su lado. Que San José, protector especial de todos los que trabajan para vivir y para hacer que pueda vivir una familia, os enseñe a encontrar a Jesús en vosotros, en quienes está presente con su gracia santificante, y a haceros sus custodios junto a los que amáis.

Mientras, por fin, junto con vosotros invocamos la protección de San José sobre la Iglesia de Dios, en medio de las ansias de estos tiempos tan difíciles y borrascosos, e imploramos ardientemente del Señor la paz para el mundo y especialmente para Italia, como prenda de los más selectos favores celestiales Nos os concedemos, de lo profundo del corazón, la Bendición Apostólica.

XI

17 DE ABRIL DE 1940

COTIDIANA «AUDIENCIA DE DIOS» A LOS ESPOSOS CRISTIANOS

A numerosísimas parejas de recién casados llegados para pedir su bendición, les dirigió Su Santidad preciosas exhortaciones para que se hicieran siempre dignos de merecer la cotidiana
”Audiencia de Dios”.

SIEMPRE Nos es muy dulce, dilectos hijos e hijas, ver recogidas en torno a Nos las jóvenes pléyades de nuevos esposos que vienen a pedir la Bendición Apostólica; y siempre Nos resulta dulce y conmovedor dársela y contemplar con qué devoción la reciben. Algunos de vosotros sois romanos; otros venís de regiones más o menos lejanas. Para todos, cuando hayáis vuelto a vuestras casas, y más tarde en el curso de vuestra vida, la jornada de hoy — no lo dudamos — quedará indeleblemente grabada en vuestro corazón, por haber sido aquella en que tuvisteis la audiencia del Papa.

La verdadera y justa causa de vuestra alegría es que en el Papa, cualquiera que sea su persona, veis al representante de Dios en la tierra, al Vicario de Jesucristo, al Sucesor de Pedro, que Nuestro Señor constituyó Cabeza visible de su Iglesia, dándole las llaves del reino de los cielos y el poder de atar y de desatar (*Matth.*, XVI, 18-19). Los sentidos vienen aquí, en cierto modo, en auxilio de la fe; lo que veis y oís os confirma lo que habéis de creer. Ciertamente, no es el mismo Jesucristo en persona el que os aparece, como lo veían las muchedumbres de Palestina en las orillas del lago de Tiberíades (*Io.*, VI, 1-2), o María y Marta en su casa de Betania (*Io.*, XI, 1). No obstante, cuando os acercáis al Papa, no sin motivo tenéis la impresión de encontraros como trasladados a veinte siglos atrás, junto al divino Nazareno. En la voz del Papa os parece escuchar la palabra del Redentor, cuyo eco vivo ha sido siempre el Papa a través de los siglos; cuando él alza sobre vosotros su mano para bende-

ciros, sabéis que esta pobre mano es en cierto modo para vosotros la transmisora de los auxilios y de los favores celestiales. Finalmente, cuando sentís vibrar el corazón del Papa cerca del vuestro, no os equivocáis creyendo percibir en sus actitudes, palabras y ademanes que el Señor le inspira, parte de los latidos y de las íntimas emociones del Corazón de Jesús, porque Jesucristo ha puesto en su Vicario una participación de su amor salvador y compasivo hacia las almas, cuando le dijo: «Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas» (*Io.*, XXI, 15-17).

Recordad empero, dilectos hijos e hijas, que podéis, en otras formas tanto más verdaderas cuanto menos sensibles, ser admitidos con frecuencia a la audiencia de aquel Dios potente y bueno, cuyas veces hace el Papa en este mundo.

El más real e íntimo encuentro con Dios es la Santa Comunión, por la que Jesús mismo se os da totalmente con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. Tenéis no sólo el derecho, sino también el deber de ir a esta mesa divina al menos una vez al año, en el tiempo pascual. Pero si amáis de veras al amabilísimo Salvador, si creéis firmemente en su presencia y poder eucarístico, si queréis consolarle en las penas ocasionadas a su Corazón por la impiedad de los malos y por la indiferencia de los tibios, os acercaréis a la Sagrada Comunión con más frecuencia, todos los meses (por ejemplo, los primeros viernes) o todos los domingos, y aun todos los días, si os fuese posible.

Otra audiencia os ofrece Dios, a todas las horas y todos los días, en la naturaleza, esto es, en los mismos seres, vivos o inanimados, racionales o irracionales, que os circundan. ¿Podéis vosotros, por ejemplo, abrir los ojos sin reconocer en la naturaleza el poder y bondad del Creador? ¿No habéis sentido, al menos alguna que otra vez, ante la sublimidad de los altos montes o ante la inmensidad de los mares, encenderse en vosotros alguna centellita de la llama que ardía en San Francisco de Asís, cuando por las campiñas de Umbría hacía resonar el Cántico al hermano Sol? En la recíproca acción de los elementos de la naturaleza: aire, agua,

fuego, electricidad, que obedecen a leyes tan armónicas y tan constantes que la ciencia humana encuentra en ellas una de las guías más seguras, ¿no sentís vosotros cómo el Creador os revela en ellas su infinita sabiduría?

Bien sabemos Nos que no está al alcance de todos los hombres el conversar con Dios en la contemplación de las criaturas. Por ello se les ha dado otro medio, fácil y familiar, para presentarle sus súplicas y escuchar sus palabras. Esta audiencia divina, a que estáis invitados o admitidos en todo instante, y en que Dios se ha empeñado en no rehusaros nada de lo que piadosa y rectamente pidiereis (*Io.*, XIV, 13), no es sino la oración.

Ante todo, la oración personal e íntima. Orar es en primer lugar recogerse ante el Señor. Para buscar a Dios, para encontrarle, basta que entréis en vosotros mismos por la mañana, por la tarde, en cualquier momento de la jornada. En lo íntimo de vuestra alma, si felizmente estáis en gracia, con los ojos de la fe veréis a Dios siempre presente como un Padre inmensamente bueno, presto a escuchar vuestras peticiones y a deciros también todo lo que espera de vosotros. Pero si por desdicha habéis perdido la vida de la gracia, recogeos lealmente en vuestro interior; encontraréis a Dios presente como juez, pero juez misericordioso y pronto a perdonar; o, mejor todavía, como el Padre del pródigo, que os abrirá los brazos y el corazón, con tal de que os postréis arrepentidos, confesando: «Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti» (*Luc.*, XV, 20-21). ¡Oh, cuántas almas se han salvado de la obstinación en el pecado, del endurecimiento y de la eterna condenación por un breve examen de conciencia cada noche! ¡Cuántos deben su salvación a la oración cotidiana!

Mas no siempre a solas gozaréis de estos momentos felices de recogimiento. Tampoco a la audiencia del Papa habéis venido el uno sin el otro, oh dilectos esposos. Id también en familia, digámoslo así, a la audiencia del buen Dios. Recordad las palabras del Salvador en el Evangelio: «Si dos de vosotros se reunieren en la tierra (y estos dos que han de reunirse, ¿no son también en modo especial el esposo y

la esposa que Dios ha unido?) para pedir cualquier cosa, les será concedida por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres personas congregadas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Matth.*, XVIII, 19-20). ¿Habéis escuchado bien? De igual suerte que el Vicario de Cristo está en medio de vosotros en este momento, así también el mismo Cristo se hallará presente en medio de vosotros, bien que invisible, cuando oréis juntos. Entonces hasta los sentidos podrán venir en ayuda de vuestra fe, y las realidades exteriores podrán acrecentar la piedad interior. Futuros padres y madres, muy pronto la vista de vuestros pequeños ángeles terrestres, arrodillados junto a vosotros, con las manitas juntas y sus cándidos ojos fijados en la imagen de María, traerán a vuestra memoria el recuerdo de los días de vuestra propia infancia, la pura alegría de un corazón inocente, su facilidad en conversar con Dios. Esposos cristianos, al postraros ante la divina majestad el uno junto al otro y rodeados por vuestros hijos, pronunciareis con mayor confianza la suplicante petición: — Padre nuestro..., danos el pan cotidiano para toda esta familia que te presentamos, vivo testimonio de nuestra fidelidad a tus leyes. Y diréis también, aunque tuviere que temblar ligeramente vuestra voz: — Padre, perdónanos nuestras ofensas, como nosotros nos perdonamos recíprocamente las ofensas, los sinsabores, las diferencias. Y finalmente a vosotros, cabezas de familia, la vista de vuestra esposa, que, después de una jornada de penoso trabajo, reúne con premura las caras prendas de vuestro mutuo amor y confía su sueño a los guardianes celestiales os recordará que allá arriba hay para todos los cristianos una Madre infinitamente tierna, pronta a socorrer a sus hijos, especialmente en el anochecer de esta rápida jornada de la vida, y diréis entonces con un sentido de dulce esperanza: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Y así descansareis más tranquilos.

Ved, dilectos hijos e hijas, algunos de los frutos espirituales que os puede proporcionar la familiar y cotidiana au-

COTIDIANA «AUDIENCIA DE DIOS» A LOS ESPOSOS CRISTIANOS

diencia de Dios. Pensad en los cuidados que, ante el agitado mundo de nuestros días, oprimen el corazón del Papa, dad a vuestra oración un acento verdaderamente católico; orad con la Iglesia y por la Iglesia. Orad, para que todos los hombres escuchen con ánimo dócil los llamamientos angustiosos, las cálidas exhortaciones, de Nuestro amor paterno; recuerden que todos son hijos de Dios, y vuelvan así a encontrar el sentimiento de la fraternidad universal, fundamento necesario para la concordia de los pueblos y para la paz tan suspirada.

XII

21 DE ABRIL DE 1940

A UNA IMPONENTE PEREGRINACIÓN GENOVESA EN EL 450.º ANIVERSARIO DE LA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA

Grandiosa manifestación de devoción al Vicario de Jesucristo fué el filial homenaje que los católicos genoveses, con la numerosísima peregrinación diocesana, guiada por el Arzobispo Emmo. Cardenal Pedro Boetto, quisieron tributar a Su Santidad. El Augusto Pontífice dirigió a toda la asamblea, recogida en edificante piedad, veneradas palabras de enseñanza, de felicitación y de paternos deseos.

ESTA viva corona de peregrinos genoveses, guiados por su celoso Pastor y autorizado intérprete, el Cardenal Boetto, a Nos tan carísimo, trae a Nuestra vista, dilectos hijos, el reverdeciente arco de vuestra *Riviera*, y recuerda a Nuestro corazón aquel día aun no lejano, cuando en el puerto de vuestra nobilísima metrópoli, saludados por vuestro llorado Arzobispo, el Cardenal Minoretti, ascendíamos a la soberbia nave que había de llevarnos, como Legado Pontificio, al Congreso Eucarístico Internacional en la capital de la Argentina.

En vosotros volvemos a ver vuestros collados, vuestros montes; vemos el Figogna coronado por la torre de Nuestra Señora de la Guardia, que surge en aquella cima para saludar, cual faro de fe, de esperanza y de amor, al alto faro del puerto, luz para los navegantes en las calmas y en las borrascas del mar, imagen de la intranquila vida humana. Dos son los faros, dos las estrellas, que necesitamos en nuestro oscuro caminar por este mundo: la estrella divina de Jesucristo Nuestro Señor, que dice de sí: «Ego sum radix et genus David, stella splendida et matutina» (*Apoc.*, XXII, 16), y la estrella de María, «Maris stella». Estrella espléndida y matutina es Jesús, que en las tinieblas de sus dolores supremos (*Matth.*, XXVII, 45) hizo de la cruz del Gólgota el faro de la salvación del hombre, que ilumina a todo otro faro y extiende su luz más allá de los confines de la tierra. Al pie de aquella cruz resplandece la estrella de María, Madre del Crucificado y Madre nuestra, faro de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Tened fija vuestra mirada, queridos hijos, en estas dos estrellas, en estos dos faros. En las tempestuosas

olas de vuestro viaje y de vuestra jornada, mirad a Jesús, mirad a María, con los ojos de la fe que vence al mundo, que animó a vuestros padres y a vuestros antepasados cuando, hace cuatro siglos y medio, por vez primera doblaron su rodilla en el monte Figogna ante la Virgen de la Guardia y su divino Hijo, y, cincuenta años ha, renováronle, con generosidad de devoto amor, el suntuoso homenaje de un templo que, al vencer la humildad del antiguo, atestigua que en vosotros y en el pueblo genovés, lejos de entibiarse o de disminuir la piedad reconocida y fiel de los antepasados, ha ido creciendo siempre, más ardiente y más profunda. ¿No son, acaso, Jesús y María los dos sublimes amores del pueblo cristiano? ¿No son ellos el nuevo Adán y la nueva Eva los que el árbol de la cruz reúne en el dolor y en el amor para reparar la culpa de nuestros progenitores del Edén, fuente el uno, canal la otra, de la gracia, para regenerarnos a la vida espiritual y a la reconquista de la patria eterna?

El homenaje y la alabanza que dais a María, festejando su benigna aparición sobre el Figogna, y la reconstrucción de su templo, es alabanza y homenaje tributado a Cristo; y los dos aniversarios que solemnemente celebráis se concentran en un mismo canto de fe, de confianza y de amor que, ascendiendo por encima del monte, llega hasta Dios, con el eco de los valles próximos y lejanos que resuena desde la *Riviera* y desde los collados que cantan himnos con vosotros, y se suman, aplaudiendo, a vuestros coros y a vuestra alegría. En el triunfo de María triunfa con vosotros la Liguria, mejor aún, Italia, la Italia predilecta de la Virgen Madre, que con las apariciones de su benevolencia maternal y con los portentos de su misericordia consagró sus llanuras, sus valles y sus montes, y, entre los mil nombres hermosos que le da y conserva la lengua itálica, se honra y exalta con el potente título de Señora de la Guardia a la vista de vuestra Génova, alegre y orgullosa por estar bajo su gentil tutela. Valle de María es el Val Polcevera; y, contemplando sus aledaños y sus laderas, en el correr de este año de tan faustas memoranzas, ¿quién podrá decir a cuántas pléyades y comitivas

de pueblos devotos abrirán vías y senderos para ascender a la basílica de María, que sobre el Apenino ligur vigila cual centinela del majestuoso golfo de Liguria? Niños y niñas llevarán allí las flores de los campos cogidas en las márgenes de las sendas o en los huertos y jardines domésticos, como símbolos de las rosas y lirios de sus inocentes corazones. Con paso firme ascenderán también allí los jóvenes y los hombres con sus esperanzas y con los graves pensamientos de lo presente y de lo por venir. En el bordón del peregrino se sostendrá, al ascender, el paso vacilante de los viejos que, al recordar el ara antigua, estarán ávidos por contemplar la nueva, más fúlgida y más bella, para dedicarle en el ocaso de su vida un saludo y una oración. Allí subirán junto a vosotros, con sus cruces y con sus estandartes, cantando loas a María, bajo la dirección de sus pastores, las fieles muchedumbres que vendrán de pueblecitos y aldehuelas para cumplir a los pies de la Reina del cielo un voto o una promesa, para testimoniarle su reconocimiento y su filial afecto e invocar su perenne protección. Sus cantos y sus himnos resonarán por Val Polcevera y allí suscitarán ecos de los himnos y de los cantos de sus abuelos, que descansan en paz a la sombra de la pequeña iglesia y de las cruces del venerado camposanto. Es la piedad que se transmite de padres y madres a hijos, que santifica el tálamo, la familia, la tierra natal, el Val Polcevera y el monte de María.

A aquel monte miraban en otro tiempo, al entrar en el puerto, los capitanes de las galeras de vuestra Serenísima y gloriosa República; miraban las naves de los señores genoveses y las de España y de Francia, saludando con salvas de artillería a la Estrella del mar, María, que los había guiado y conducido incólumes hasta la costa, preservándoles de los peligros de las tempestades y de los corsarios. Capitanes y milicias de tierra porfiaban con las cofradías en el caminar bajo el lábaro de Nuestra Señora de la Guardia, con cuyo título se gloriaban trirremes y barcasas. Mirando ya más profundamente en el tiempo y en el espacio, veis, dos años después de la aparición de la Bienaventurada Virgen en el Figogna, cómo

avanza entre las olas, las borrascas y los tifones del Atlántico, una audaz nave llamada *Santa María*, nave capitana escoltada por otras dos menores, hacia un desconocido mundo soñado y adivinado, bajo la guía de un héroe que, al desembarcar en las costas de aquel nuevo continente, plantaba en él la cruz del Gólgota y abría, allanaba piadosamente, los caminos a los portentos, a los templos y a las glorias futuras de Cristo y de la Virgen su Santísima Madre. Saludad, oh genoveses, en Cristóbal Colón, no sólo al audaz navegante que triunfa así de las contradicciones de los sabios como de las tempestades del mar, sino al devoto de María, que con su sueño en el corazón invoca el auxilio de la celestial Reina y va errante por las costas mediterráneas hasta que encuentra una nao con el nombre de María para ascender a ella, decir adiós a la incrédula y asombrada Europa y aventurarse por el temido Océano en busca de una orilla donde arrodillarse ante Cristo, domador de las tempestades, y ante María, estrella del mar (1).

Los laureles de la fe y de la religión hacen mayores aún a los héroes del mar y de la tierra; y los homenajes antiguos y modernos tributados a la Reina celestial de Val Polcevera, coronada en su imagen tres veces en el curso de los siglos, venerada en varios países, honrada por una devota Cofradía nuevamente organizada, y exaltada en los estandartes por mil cortejos, ¿no son tal vez el encomio y la gloria de la piedad y de la devoción genovesas? ¿No manifiestan vuestra gratitud y reconocimiento por los favores y la protección obtenidos de la benignidad de María, no sólo en las dolorosas vicisitudes y en los sinsabores y desgracias particulares de la vida, sino también en aquellos peligros, en aquellos temores, en aquellos riesgos, con que los encuentros y luchas guerreras turbaron también en otro tiempo la tranquilidad de Val Polcevera y de Génova?

María, que reina en los cielos, «humilde y elevada como ninguna criatura», a quien Dios confió cabe su trono la cus-

(1) Cfr. LEO XIII, *Epist.*: «Quarto abeunte saeculo», 16 Julii 1892.

todia de los tesoros de su multiforme gracia, es también su generosa administradora y dispensadora, que no distingue entre los palacios señoriales o principescos y las humildes cabañas, y, si siente alguna predilección, es por los pobres y desgraciados, por los dolientes y por los infelices, por todas aquellas almas que en este valle de lágrimas derraman las suyas; almas que abate la desventura, que humillan la culpa y el remordimiento, que conforta la oración, que regenera el arrepentimiento, que la gracia hace hijos de María, imágenes de su divino Hijo. Si en su humildad de esclava del Señor todas las generaciones la han llamado y la llamarán bienaventurada, también el grito de nuestra época se añade a los cánticos de lo pasado y de lo futuro; y exalta en María el corazón de Madre, sublimada en el Niño celestial que lleva en los brazos y estrecha contra su seno, delicia de su corazón y del mundo, y de cuyo recíproco beso alcanza la llama de amor que la hace Madre de Misericordia y de magnánima clemencia hacia todos los hijos de Adán.

Mil veces habéis gustado los frutos de esa clemente misericordia de María a sus pies, en la cumbre del Figogna y en el caminar de vuestra vida. Habéis descendido desde aquel monte y con vuestro eminente y amado Pastor, que tan elocuentemente ha recordado aquí las gloriosas pruebas de vuestra fidelidad a la Sede Apostólica, os habéis encaminado a la Ciudad Eterna para reunir en los latidos de vuestro corazón el amor de María y el amor de Cristo, venerando en su sepulcro al Príncipe de los Apóstoles, que Cristo puso para piedra fundamental de su Iglesia. Superexaltada sobre Pedro, Vicario de Cristo en la tierra, la Madre de Nuestro Señor Jesucristo tiene comunes con Pedro, en forma peculiarmente suya, una dignidad, una autoridad y un magisterio que la asocian como Reina al Colegio de los Apóstoles. A ella, que amaba a Jesús más que Pedro, Jesús le confió en la persona de Juan, bajo la cruz redentora del mundo, como hijos suyos, todos los hombres, ovejas y corderos de una grey recogida y dispersa, constituyéndola así en Divina Pastora, Madre común y universal de todos los creyentes, y asemejándola a Pedro, que es

su Padre común universal y el Pastor en la tierra. Ella, la Augusta Soberana de la Iglesia militante, purgante y triunfante; ella, la Reina de los Santos; ella, la Maestra de toda virtud, del amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. Por ella ha germinado la cándida rosa del paraíso; por ella hase iniciado la nueva era de la humanidad, que hace florecer el jardín de la Iglesia con lirios, violetas y flores de los más suaves y admirables aromas. Si Pedro tiene las llaves del cielo, María tiene las llaves del corazón de Dios; si Pedro ata y desata, también María ata, con las cadenas del amor; desata ella también, con el arte del perdón. Si Pedro es el custodio y el ministro de la indulgencia, María es la munífica y prudente tesorera de los divinos favores, y «quien quiere gracia y no recurre a Ella, pretende que su deseo vuele sin alas».

Abundancia de selectas gracias habéis recibido vosotros, oh genoveses, de manos de María; y flor de vuestra gratitud es el festejar este recuerdo ya pluricentenario de su aparición entre vosotros y el renovarle la prueba de vuestro filial obsequio, a la vez que festejáis, después de diez lustros, la inauguración de una más insigne basílica dedicada a Ella. En el nombre de María, Señora de la Guardia, habéis venido a la Ciudad Eterna, os habéis reunido en torno a Nos, para que también Nos participásemos de vuestra festiva alegría, y para que el Vicario de Cristo uniese a la vuestra su gratitud a María, protectora tan potente y generosa de todo el pueblo cristiano a Ella confiado. Es también María el paladión de la Ciudad Eterna; y aunque la colina Capitolina se eleva menos que vuestro Figogna, no se sustrae al ojo y vigilancia de María, que desde el cielo abraza el universo y contempla en las orillas del Tíber el centro y la metrópoli del santo imperio de Cristo, que es también el suyo, donde Pedro la invoca como guarda y defensa de las ovejas y de los corderos del inmenso rebaño de Cristo.

Junto con la vuestra álzase a María Nuestra loa y Nuestra oración, oh queridos hijos, en esta hora en que la tristeza y el temor se mezclan con la alegría. Es la hora del poder, de la

misericordia y de la protección de María; de la que, bella, dulce y espléndida, sabe ser terrible cual ejército en orden de batalla (*Cant.*, VI, 3), y que conserva también entre sus advocaciones la de Señora de las Victorias, no desconocidas en Lepanto y en Viena. En Ella está Nuestra esperanza; en Ella está Nuestra paz. Sobre el mundo pasa una tormenta teñida de ira y de color de muerte; pesa Dios en la balanza de su justicia a los poderosos y a las naciones; pero la protección y la intercesión compasiva de la Reina de la paz y de la misericordia podrán tener tal fuerza sobre el corazón de Dios, que doblegue y cambie el curso de la tormenta, disipando sus nubes, quitándonos los sufrimientos, transformando los corazones de los hombres, calmando los odios y rencores, haciendo aparecer la aurora de la paz.

Tornaréis, dilectos hijos, a vuestra gloriosa ciudad; de nuevo subiréis al monte consagrado a María, vuestra celestial Guardiania. Nuestro pensamiento, Nuestra mirada, Nuestro ánimo junto con Nuestras ansias, os acompañan. Postraos allí, ante su altar de gracias y favores, tan próximo al Cielo. Invocad, suplicad a María que libre del mal y conserve en el bien a los niños y a los jóvenes, esperanza de la Patria y de la Iglesia; que guarde y santifique las familias; que ilumine a quien rige los destinos del pueblo; que preserve de todo dolor y desgracia vuestros montes y vuestros valles, vuestra *Riviera*, vuestra ciudad, las tierras todas de Italia y el universo mundo. ¡Ah!, que por vuestras súplicas y las de vuestros hijos, que se arrodillarán con vosotros a los pies de María, por Nuestras súplicas acompañadas de las vuestras y de las de millones de almas, Ella obtenga de Dios, que domina los vientos y las borrascas de los océanos, que calme también las tempestades de los enfrentados corazones humanos y que «det nobis pacem in diebus nostris»; aquella paz que invita y llama a la luz y a las tinieblas, a los rayos y a las nubes, al cielo y a los vientos, a la tierra y a los montes, a los mares y a los ríos, para bendecir y dar gracias al Señor después de terminada la tempestad. ¡Así sea!

XIII

2 DE MAYO DE 1940

EN HONOR DE LAS NUEVAS SANTAS MARÍA DE SANTA EUFRASIA PELLETIER Y GEMMA GALGANI

En la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, durante el Pontifical que siguió a la solemne canonización de Santa María de Santa Eufrasia Pelletier y de Santa Gemma Galgani, ante numerosa y selecta muchedumbre de fieles, reunida en la Basílica Vaticana, Su Santidad exaltó las altísimas virtudes de las dos nuevas Santas.

VENERABLES HERMANOS, QUERIDOS HIJOS:

EN medio de tantas angustias como de todas partes Nos oprimen, la solemnidad que hoy celebramos no sólo llena de consuelo celestial Nuestro ánimo y el vuestro, sino que excita y aumenta la esperanza de conseguir la eterna bienaventuranza. Ya que, según las palabras de Nuestro Antecesor León Magno, «la ascensión de Cristo es nuestra atracción, y a donde nos adelantó la gloria de la cabeza, allí es llamada la esperanza del cuerpo... Pues hoy no sólo hemos sido confirmados como poseedores del Paraíso, sino que también hemos penetrado en Cristo a lo alto de los cielos, consiguiendo por la inefable gracia de Cristo mucho más de lo que habíamos perdido por la envidia del diablo. Y a quienes el virulento enemigo privó de la felicidad de la primera morada, el Hijo de Dios los ha colocado reincorporados a Sí en la diestra del Padre» (*Sermo LXXIII, de Ascens. Dom.*, I, n. 4: Migne, *P. L.*, t. 54, col. 396 B).

Ahora bien; ya sabéis que, para poder conseguir en el cielo aquella gloria sempiterna que el divino Redentor nos ha preparado, es de todo punto necesario que sigamos sus santísimas huellas. Que la palma de la victoria no se logra sino por la virtud cristiana; y, como enseña el apóstol Pablo, nadie «es coronado, si no luchare legítimamente» (*II Tim.*, II, 5).

Y si a veces parece muy incierto, estrecho y áspero el camino que al cielo nos conduce, y nos faltan fuerzas y ánimo

al mirar meta tan alta, recordemos, Venerables Hermanos y queridos hijos, que no han de faltar auxilios divinos a quienes humilde y confiadamente los piden; y volvamos nuestra mirada a quienes, antes de alcanzar la eterna felicidad de que gozan ahora, sufrieron en la palestra de esta vida no pocas luchas y dificultades, que llegaron a vencer felizmente con el auxilio de la divina gracia.

Hoy se proponen de modo especial a nuestra consideración e imitación aquellas dos figuras celestiales que poco ha tuvimos Nos la dicha de coronar con la aureola de la santidad bajo la majestad de este templo de San Pedro: María de Santa Eufrasia Pelletier y Gemma Galgani. Una y otra brillaron por su virginidad, aquella virtud dulce y celestial que «torna a los mortales émulos de los ángeles» (S. I. Chrys., *De Virginitate*, c. II: Migne, *P. G.*, t. 48, col. 540) y que mueve de tal suerte los ánimos de todos, a veces aun de los malos, que parece impelerlos y hasta como arrastrarlos hacia el cielo. Una y otra brillaron de tal suerte en el amor de Dios, que no sólo se ofrecieron a la eterna Majestad como hostia de expiación por tantos y tan grandes crímenes, sino que se empeñaron por encender a todos los demás, cuanto les era posible, en la llama del divino amor. Y cuidando ambas, con la máxima diligencia, de guardar bien tales virtudes, protegidas por una espinosa penitencia, nunca dejaron de añadirles su conveniente oración durante toda su vida.

MUJER FUERTE Y GRANDE

Pero si queremos ver en cada una de las vírgenes, y proponernos como imitación, el carácter distintivo de su santidad, podemos admirar en una, en María de Santa Eufrasia Pelletier, la cristiana fortaleza y grandeza de alma, con que pudo sobreponerse vencedora a todas las dificultades, en medio de las más graves circunstancias de su patria, llevando a cabo hazañas las más insignes para gloria de Dios y salvación de las almas. Y no podemos omitir en modo alguno cómo, al ver dolorida que innumerables doncellas se desviaban miserable-

mente por las torcidas sendas de los vicios, quiso con suma piedad mostrarles un refugio de virtud y un asilo de penitencia, en el que no sólo pudieran renovar en cierto modo y restaurar su antiguo estado, sino hasta abrazar una vida de perfección evangélica. Cuando se considera con atención las cosas que pudo realizar una mujer casi sin auxilio humano alguno, se llega a ver cómo se multiplica hasta lo infinito y es capaz de todo, con el auxilio de Dios, la grandeza natural del alma, cuando se mueve, no por motivos terrenos, sino por razones celestiales.

«FLOR DE LA PASIÓN DEL SEÑOR»

Y la otra, cuyo nombre fué presagio, con toda razón es llamada «flor de la Pasión del Señor»; su vida entera estuvo «escondida con Cristo en Dios» (*Col.*, III, 3). Pues era tan ardiente aquel amor que la arrastraba hacia el divino Redentor crucificado, que nada había para ella más importante ni más dulce que meditar, alejada del estrépito de las cosas humanas, las santísimas llagas de Jesucristo, y tomar parte de tal suerte en sus acerbos dolores, que llegaba a experimentar en sí misma aquel dicho del Apóstol de las Gentes: «Vivo, mas ya no vivo yo; antes bien, vive Cristo en mí» (*Gal.*, II, 20). Pero «quien sublima a los humildes» (*Iob*, V, 11) otorgó dones y carismas, los más admirables, a la virgen de Lucca; y entre ellos el verdaderamente singular de que, quien miraba a su rostro virginal y a sus castos ojos, sentíase tan dulcemente impresionado, que se apartaba de las cosas terrenales como arrebatado hacia las celestiales. Y así es como sucedió no pocas veces que hombres de perdidas costumbres, como tocados por una repentina luz y gracia celestial, fueron atraídos a la virtud cristiana.

¡Cuán lejos se halla y cuán distinta es, Venerables Hermanos y queridos hijos, nuestra época, de la vida santísima de las dos vírgenes! Tantos son hoy los hombres que buscan y discuten por la fuerza, no las cosas celestiales, sino las terrenas, y que no se preocupan de lavar y expiar sus pecados por la penitencia y sufrimientos piadosamente tolerados, sino

que van buscando sin cesar inmoderados placeres y goces, sumergiéndose en ellos, olvidados de su eterna patria. Y además, por el excesivo afán de alcanzar humanas grandezas y de aumentar el humano poderío, no pocas veces sucede en la vida pública que, rechazados por cierta ceguera espiritual los principios de la verdad y los preceptos de la caridad, se rompen totalmente los vínculos de las relaciones internacionales y las exigencias de la justicia. Consecuencia de tal proceder es, bien lo sabéis, esta lamentable guerra que conmueve misérrimamente hace ya ocho meses con fraterna matanza a pueblos que Nos son tan carísimos; esta guerra, decimos, en que son incontables las riquezas destruídas y en que se han pasado a sangre y fuego regiones enteras; guerra en la que no pocos ciudadanos, desterrados, lloran la lejana patria, y en la que inocentes niños se han visto privados de sus padres, mientras padres y madres lloran la pérdida de sus hijos.

Nosotros, empero, al apartar nuestra mirada de cuadros tan terroríficos y convertirla a las cosas celestiales, al venerar solemnemente en el día de hoy a nuestro Salvador que asciende al cielo, y al desear seguir sus huellas, roguemos suplicantes a estas celestiales vírgenes que, felices, gozan ya de su gloria, no sólo para que se dignen mirar propicias a nosotros que, desterrados, nos esforzamos en caminar mediante la divina gracia hacia la patria eterna por los grados de la virtud cristiana, sino para que intercedan también junto a Dios, a fin de que todas las gentes y pueblos, acordándose de su común origen y de su común Padre y Creador, alguna vez se retornen a la unidad si están separados, a la concordia si se odian, a la paz si se hallan en lucha. Amén.

XIV

5 DE MAYO DE 1940

PODER Y GLORIAS DE LOS CELESTIALES PATRONOS PRINCIPALES DE ITALIA

En dicho día se dirigió el Padre Santo, saludado por inmensa muchedumbre que le aclamaba, a la Basílica de Santa María sopra Minerva para asistir a la Capilla Papal en honor de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena, que Él había proclamado, en el año anterior, Patronos principales de Italia. Después de la Santa Misa, Su Santidad pronunció desde el púlpito el siguiente admirable Sermón.

ADMIRABLE espectáculo y plenamente digno de la universal paternidad apostólica, Venerables Hermanos y queridos hijos, fué muchas veces, en siglos no lejanos del nuestro, ver en este insigne templo de Santa María *sopra Minerva* a los Sucesores de Pedro, Nuestros Antecesores, que con solemne cortejo venían a celebrar los divinos misterios en la dulce festividad de la *Anunciación de Nuestra Señora*, y honrar con mano amorosa la pública distribución de dotes claustrales y nupciales a las doncellas, prueba de la estima que tenían a la virginidad consagrada a Dios y a la honesta maternidad familiar, que vela, junto con los ángeles celestiales, sobre las candidas cunas, nidos de ángeles humanos. Ante recuerdo histórico tan grato, Nuestro ánimo se alegra en medio de Nuestro amado pueblo, que devoto Nos rodea; y en la visión de lo pasado, muy luminoso con otra luz, contemplamos renovado y restablecido, en una fiesta de doble y novísima aureola, el esplendor de este altar, bajo el cual duermen los despojos venerados de una virgen heroica, esposa de Cristo, paladín de su Iglesia, madre del pueblo, ángel de paz para el pueblo italiano. Y vemos como junto a ella levanta su frente un *poverello*, vestido de sayo y ciñendo una cuerda, de seráfico aspecto, con las manos y los pies sacramento estigmatizados, contemplando con sus ojos el cielo, los montes y los valles, las rutas de los ríos y de los mares, y que con su amor y con su saludo abraza al cordero y al lobo, a los infelices y a los felices, a los compatriotas y a los extranjeros. Son éstos, oh Italia, tus altos Patronos en la presencia de Dios,

que a su vez te ha hecho privilegiada entre todas las tierras del Mediterráneo y de los océanos, estableciendo en ti, a través de las admirables vicisitudes de un pueblo valiente, que desconocía los altos y secretos designios de Dios, la sede e imperio pacífico del Pastor universal de las almas redimidas por la sangre de Cristo. Catalina y Francisco, bajo la mirada beatífica de Dios, protegen a Roma y a las regiones itálicas, porque el amor, que les animó mientras vivieron y trabajaron en la tierra, no se apaga en el cielo, sino que se enciende más aún en el imperecedero amor de Dios.

La caridad que mira a Dios y a los hermanos, y hace que el alma humana se torne a Dios y le ofrezca sus acciones, es religión que, cuanto más se eleva al cielo y adora, tanto más se ensancha y aumenta, ilumina y caldea — como los rayos procedentes del sol — al volver a descender entre los hombres. Y sol de Siena fué Catalina, como Francisco fué sol de Asís. Sus rayos fueron luz y calor no sólo de Umbría y de Toscana, sino también de las tierras y del cielo de Italia, y más allá de los Alpes y los confines del mar. Dos almas gigantes en dos cuerpos frágiles: alma varonil, la virgen de Siena; alma de caballero, el joven de Asís. Iguales y sin embargo diversas; porque gloria es de la santidad igualar a sus héroes en el ardor y en el fuego del espíritu; como arte suya es diferenciarlos aun en las vías y en las obras de un mismo bien, haciendo al uno más inclinado a conversar con los humildes, y a la otra más dispuesta a tratar con los grandes; vestido el uno con el oscuro sayal de Patriarca de la milicia franciscana, cubierta la otra con hábito cándido, bajo el negro manto dominico.

El manto dominico y el sayal franciscano, que en otro tiempo viera la Ciudad Eterna abrazarse en Domingo y en Francisco con latidos de perenne amistad, encuéntranse hoy a la sombra de este glorioso templo ante la tumba de Catalina de Siena, y únense fraternalmente al ser exaltados en Roma los principales Patronos celestiales de Italia. Si los sacros despojos de Domingo y de Francisco se hallan alejados, aquí están presentes los hijos de los dos Patriarcas; y de sus

labios sale unánime voz que repite los nombres de Catalina y de Francisco envueltos en la misma loa e invocación que no puede dividir o atenuar el tiempo que los separa, mientras los une la misma santa idea de lucha y de paz por Cristo, por la Iglesia y por Italia.

Hizo Dios grande y laboriosa en Catalina a la mujer; laborioso y grande en Francisco al hombre, exaltando en ellos, con rasgos de divinas y altísimas imágenes, las raíces de la familia humana y coronando a ambos con el sello de los estigmas de inefable pasión, claros en Francisco, invisibles en Catalina (en vida), como para demostrar que bajo el velo de la carne, con un mismo dolor, se vive y se opera en el amor. Es el misterio de la vida y de la obra de los santos, de los héroes y de las heroínas de Cristo: sublimarse en el amor, para abismarse en un dolor que es imitación de Cristo, compasión de los infelices, sacrificio y holocausto de sí mismos por su regeneración y concordia, restauración de las costumbres, remedio de los males, lucha por el bien y por la paz, victoria y triunfo de la verdad en la justicia y en la caridad de los hermanos y de los pueblos; en un dolor que no sofoca o apaga ni la sonrisa en los labios, ni la benignidad de la palabra, ni en el corazón el entusiasmo de la ternura y el ardor del valor. ¿No es, quizá, este gozo el de Pablo en sus trabajos y tribulaciones?: «Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra» (*II Cor.*, VII, 4).

LA HEROÍNA DEL PONTIFICADO

Había nacido Catalina con corazón de mujer y audacia de mártir, con mente pronta y ánimo viril; veis en ella un fúlgido ejemplo de lo que es capaz en tiempos agitadísimos una mujer fuerte. Si del pie de ese altar se levantase ahora viva entre nosotros, escucharíais, mejor que por sus cartas, el ardiente y suave ímpetu de un celo apostólico que vibra con voz de virgen, que no conoce otra patria que el cielo y que en cielo querría convertir la patria de acá abajo. La Iglesia de Cristo, escribe ella, es un glorioso jardín donde Dios pone

sus trabajadores para que lo cultiven, y esos trabajadores somos todos nosotros; en primer lugar, todos los fieles cristianos, que deben trabajar con humildes y santas oraciones y con verdadera obediencia y reverencia a la Santa Iglesia; en segundo lugar, los que han sido puestos por ministros de los Santos Sacramentos para alimentar y mantener espiritualmente a los fieles; en tercer lugar, los que con lealtad sirven personalmente y con sus bienes a la Iglesia para su incremento y exaltación, «sufriendo virilmente con verdadera y santa intención por la dulce Esposa de Cristo». «Éste es — dice la virgen sienesa — el más dulce sufrimiento y de más utilidad que ningún otro del mundo» (1). Todo es dulce para ella, que endulza la cruz y la muerte, el cielo y la tierra. Y en este servicio de la Iglesia, bien comprendéis, queridos hijos, cómo Catalina se adelanta a nuestros tiempos con una acción que engrandece al alma católica y la pone junto a los ministros de la fe, obediente y cooperadora para defender y difundir la verdad y para restaurar moral y socialmente la vida pública. «Ahora es el tiempo de los nuevos mártires... — exclama ella —; mas sirviendo a la Iglesia y al Vicario de Cristo, servís... a Cristo crucificado» (2). La heroica virgen de Siena, sostenida por la visión y el mandato de su dulce Jesús, combatió por la Iglesia y por el Vicario de Cristo; nueva Débora, libertadora de su pueblo (*Iud.*, 4-5); nueva Judit, pero sin puñal. Si para ella la Iglesia era el jardín de los cristianos, también era a su vez la viña del Señor, en la que debemos cultivar la viña de nuestra alma y la viña del prójimo (3), que es la de los hermanos por sangre, por vecindad, por patria; entre los cuales se sintió hija, hermana, madre por amor, por consuelo, por ayuda.

Los lirios virginales de su corazón y el fuego de la caridad, con que estaba enamorada de Dios y del prójimo, ¿no dicen bien cómo trabajaba su alma? En la breve jornada de sus treinta

(1) *Lettere di S. Caterina da Siena*, per cura di N. Tommaseo, vol. III, págs. 95-96.

(2) *l. c.*, vol. IV, p. 346-347.

(3) *l. c.*, vol. IV, pág. 175 y ss.

y tres años, ¡qué no hizo esta angelical virgen de Italia! Por su obra comprenderéis el carácter y la tristeza de su tiempo, cuando la Sede de Pedro estaba desterrada de la Urbe; cuando Roma, huérfana, era presa de las facciones; cuando los municipios italianos se dividían en partidos y se combatían con fiereza, los unos por los güelfos, los otros por los gibelinos. En la actuación de esta fuerte mujer resplandece cuanto hay de verdad, de honestidad, de justicia, de santidad, de amabilidad, todo cuanto constituye el buen nombre, que es virtud y alabanza de disciplina (*Phil.*, IV, 8). A ella le corresponde la máxima gloria de haber logrado que el Pontífice tornara a Roma, empresa que no alcanzó la más armoniosa lira de su siglo templada en itálica dulzura. Para Urbano VI, Catalina fué la nueva Matilde de Canosa; y con cartas a reinas, a príncipes, a municipios, le mantuvo fiel Italia, humillando al adversario con la exaltación de la victoria lograda en Marino por el ejército de Alberico de Balbiano.

Moría en Roma la heroica mujer; moría en el séptimo lustro de sus años llenos de ardiente vida; moría entre su familia espiritual conmovida, presente su dolorosísima madre. ¡Memorable y sublime aquel espectáculo de su nacimiento, no para la tierra, sino para el cielo! Moría rogando por el Papa y por la Iglesia, divina defensora de la fe y de la gloria de Italia; y en la tranquilidad de la muerte, esperando la resurrección renovadora de una vida más fúlgida y no caduca, la contemplamos Nos bajo esa ara e invocamos su poderoso nombre para la protección no sólo de Roma, sino de toda Italia.

EL CABALLERO AMANTE DE LA POBREZA

Justo es que a la par de esta santa heroína de Siena se invoque el nombre del santo héroe de Asís: Francisco, caballero amante de la pobreza de Cristo, ambiciosa del cielo que es suyo; padre de las sacras legiones de los amigos del pueblo; promovedor de la caridad difusiva de paz y de bien entre los hombres y en las familias. Él fué en verdad, en tiempos no menos tristes, el precursor de Catalina y, como ella, fué para

Italia una aurora de renovación espiritual y pacífica. Atleta desnudo entre los famélicos del oro, con un corazón más grande que la miseria humana, despreciador de todo desprecio, había sido también la flor de los jóvenes, pródigo y amante del lujo, el músico y el cantor de las alegres rondas, el guerrero prisionero en Perugia, postrado por Dios en el camino de Apulia, para resurgir vaso de elección que llevara el nombre de Cristo por en medio de los pueblos y de las gentes.

El amor de los pobres y de los enfermos lo hizo el más pobre entre los pobres; porque en el pobre contemplaba la imagen perfecta de Jesucristo; porque en este gran valle de la humanidad son más los humildes y los pobres que los grandes y los afortunados, a la manera que son más los valles y las llanuras que los montes sobre el haz de la tierra. Ante su duro padre contrajo místicas bodas con la pobreza, recorriendo con ella el sendero de la vida, alegre y activo, hasta el monte de la crucificada desnudez sellada en sus carnes. Tal desnudez de bienes terrenales le hizo superior a los honores y a las burlas, a los halagos y a los desprecios, a todo cuanto el mundo llama bienes y males, comunicándole aquella riqueza de espíritu que, no teniendo nada, lo tiene todo, porque no quiere nada, o, por mejor decir, quiere la nada porque en su nada lo encuentra todo, al haber depuesto todo deseo terreno para colocar toda su confianza en el Padre celestial que alimenta las aves del cielo y viste los lirios del campo.

El *poverello* de Asís, cubierto con sayal recamado de gloriosos jirones, logrado de un mendigo a cambio de sus ricos vestidos, alzaba aquí, en Roma, en el umbral de la antigua Basílica de los Apóstoles, la bandera de la pobreza, cuanto más desgarrada tanto más bella, y abría un nuevo camino a los campeones de la santidad y de la virtud, a los moderadores de las pasiones humanas, a los restauradores de la convivencia familiar y social, a los renovadores de la paz y tranquilidad pública. ¡Cuántos dirigieron sus pies sobre sus huellas! ¡Cuántos se reunieron bajo los toldos de sus cabañas en la Porciúncula! ¡Cuántas vírgenes, con Clara de Asís, fue-

ron sus discípulas! ¡Cuántos Hermanos Menores y Terciarios se fijaron en él!

Roma vió muchas veces a Francisco peregrino por sus calles; lo vió arrodillado ante el Pontífice que aprobaba su regla; lo vió abrazarse con Domingo; y vió a ambos venerar como Madre a la Santa Iglesia Romana, hermanos en servirla, en propagarla y en defenderla, como eran hermanos en seguir el primer consejo de Cristo.

La pobreza de Cristo no empequeñece el corazón, no disminuye ni apaga el ardor del ánimo generoso, sino que aligera el peso del camino, pone alas en los pies, inflama el celo para encender en la tierra aquel fuego que el Redentor vino a traer a este mundo. Así el amor de Cristo saca a Francisco de su Tebaida, lo hace heraldo del Evangelio, apóstol y congregador de apóstoles, pacificador y padre de místicos caballeros de la paz y del bien, anunciador del reino de los cielos en Umbría, en Italia, en Europa, en el mundo. Su palabra resonó en Asís, en el valle de Espoleto, por las regiones itálicas; sus pies dejaron huellas por los caminos de España, por el suelo de Egipto, de Siria y de Palestina, y al otro lado del Adriático; escucharon su voz pueblos de diversas lenguas y costumbres, el Sultán del Nilo, los pájaros de la floresta. Ardiente su corazón palpitaba por todas las criaturas de Dios: para él eran hermanos y hermanas el sol, la luna y las estrellas, el viento, el agua, el fuego, nuestra madre la tierra.

Mensajero del gran Rey, si desde los Capítulos generales de sus dilectos hermanos difundió misioneros por Europa y África, amó intensamente el país en que Dios le había dado lugar nativo tan dulce, y peregrinó sin cesar por una y otra vertientes del Apenino, esparciendo con la palabra de la fe y con el ejemplo de la virtud el olor de aquella su santidad cortés, alegre, amorosa de Dios y de la naturaleza, ardiente por la mansedumbre y por la paz de Cristo, que con sus hijos hizo de Italia la tierra de Francisco, tan fervidamente devota suya, ciñendo el cingulo franciscano pontífices y reyes, ricos y pobres, felices y desgraciados, familias e individuos de todas clases sociales y de cualquier edad.

Invocad, por tanto, oh romanos; invocad, oh dilectos hijos de Italia, a Francisco de Asís y con él a Catalina de Siena, como vuestros primeros Patronos ante Dios. Os inclináis a los pies de muchos héroes de santidad, orando, implorando, dando gracias, alabando, y vuestra devoción y piedad, que se eleva más férvida y filial hacia la Reina de los Santos, asciende al cielo no menos grata a ella que a su divino Hijo, glorificador de los Santos. Pero Dios, como hace entre la variedad de las estrellas del firmamento, exalta a veces, en la pléyade de sus héroes, a las almas plasmadas por Él para cosas grandes, las prepara para los tiempos tormentosos, las hace portentos de su época y de los siglos, espejos de virtud y de actividad, modelos y estímulo para los venideros, en las alternativas tristes y alegres de la vida pública, a fin de que se renueven y se confirmen en el bien en pro de la familia, de los compatriotas, por la Iglesia y por la Patria. Almas tan heroicas son las que Nos vemos en Catalina y en Francisco. Si esa gran mujer que aquí veneramos y exaltamos, no pasó, como Francisco, los mares ni se lanzó hacia los bárbaros y los infieles, no tuvo corazón menos valeroso para ello; y también ella, cuando pacificaba en las costumbres cristianas a Italia, al trabajar y sufrir por la Iglesia y por el Pontificado Romano, sufría y trabajaba también por el honor de Italia y por el bien universal de los pueblos. Dos fulgidísimas glorias de Italia son Catalina y Francisco; y en ellos triunfa el nombre italiano más aún que en las virtudes caballerescas, que en las artes, que en las letras y en las ciencias. Supieron estrechar en un amor a sus hermanos y a Dios, y no separar jamás el amor de Dios del servicio a sus hermanos.

Admirad, pues, queridos hijos, a estos dos héroes de temple italiano, que la fe alza al cielo; y desde allí los invoca como protectores benignos y poderosos, cual ningún otro, del querido pueblo italiano, tan cercano a la Sede de Pedro. Esta hora, dilectísimos hijos, para vosotros, grandes y pequeños, felices e infelices, para el mundo de los pueblos, para Italia, es la hora de la súplica y de la invocación del patrocinio y de la ayuda de los Santos; mientras el torbellino de la guerra,

desencadenado desde lo más profundo de las pasiones y de los egoísmos humanos, envuelve a nobles naciones en lamentables luchas por la tierra, por el mar y el cielo, resonando, oscuro y amenazador, allende la barrera de los Alpes; mientras Dios, señor del universo, de quien dependen los imperios y que es el único que alza y abate los tronos y hace vanos los pensamientos de los pueblos (*Ps. XXXII, 10*), mira si acá abajo hay un hombre que medite sobre tantas ruinas y se conduela de ellas y extienda la mano a la justicia que la paz reclama. Junto a este Dios, que al perdonar hace más manifiesta su potencia, imploremos la intercesión de nuestros insignes protectores, Catalina y Francisco, custodia y defensa de Italia.

Oh Jesús, Verbo omnipotente, Rey de los siglos, que en la división que hicisteis de las gentes y al separar a los hijos de Adán fijasteis los límites de los pueblos (*Deut., XXXII, 8*), y que dentro de los confines de Italia elegisteis y establecisteis el lugar santo, donde se asienta vuestro Vicario, mirad benigno a este pueblo y a esta tierra de vos predilecta, bañada por la sangre de los Príncipes de vuestros Apóstoles y de tantos mártires, consagrada por las virtudes y por el trabajo de tantos de vuestros Vicarios, obispos, sacerdotes, vírgenes, y siervos buenos y fieles. Aquí la fe en vos brilló siempre inmaculada, santificó los antros y los refugios de vuestros creyentes, purificó los templos de los falsos dioses y os alzó basílicas de oro de una costa a otra de los mares que la circundan; aquí vuestro pueblo se estrechó cada vez más en torno a vuestros altares, olvidando las disensiones, ansioso de la concordia de los ánimos; y aquí este mismo pueblo implora de Vos, oh Rey divino de las naciones, que corroboréis con vuestra gracia y con vuestro favor la intercesión, que para protección nuestra les confiamos en la forma más solemne y más especial, junto a vuestro trono de benignidad y de misericordia, a vuestros dos grandes Siervos, Francisco y Catalina. Escuchad, oh Jesús, nuestra oración que por las manos de ellos os presentamos. Vos los amasteis, vos los habéis hecho grandes y poderosos; vos nos amáis también a nosotros, que

con humildad os suplicamos; y vuestro infinito amor os tiene presente sobre este altar, comida y bebida para nosotros, peregrinos hacia el cielo por un valle de lágrimas, de temores y de peligros. Por el celestial patrocinio de vuestros gloriosos Siervos triunfe en nosotros vuestra gracia, vuestro perdón, vuestra munificencia, vuestra paz. Triunfad, oh gran Dios, en nosotros, en las familias, en todas las tierras itálicas, en los montes y en los llanos, en los palacios y en las chozas, en los claustros y en las oficinas públicas, en los jóvenes y en los ancianos, en las auroras y en los crepúsculos de la vida. Triunfad en el mundo, oh Dios de los ejércitos; y que esa paz que vuestro corazón da a Italia, esa paz que vos dejasteis a vuestros Apóstoles y que nosotros invocamos para todos los hombres, esa paz vuelva en medio de los pueblos y de las naciones, a las que el olvido de vuestro amor separa, a las que el rencor envenena, a las que la venganza enciende. Oh Jesús, disipad la tempestad de muerte que oprime a la humanidad por vos redimida; haced un solo redil pacífico con vuestros corderos fieles y con los descarriados; de tal suerte, que todos os escuchan y sigan vuestra voz, todas las gentes os adoren y os sirvan, y todas con una misma fe, esperanza y amor asciendan desde el curso irrevocable del tiempo a abismarse en la paz inefable de la feliz eternidad. Así sea.

XV

8 DE MAYO DE 1940

EL ARCÁNGEL PROTECTOR

Una imponente Audiencia general reunió en torno al Padre Santo, en vibrante demostración de afecto, a numerosísimos fieles, entre los cuales se hallaban grupos de recién casados, algunas Damas de la Unitalsi, y los pequeños cantores de la "Manécanterie à la Croix de bois", que ejecutaron algunos cantos. A todos estos hijos carísimos Su Santidad se dignó dirigir su augusta palabra.

ENTRE la multitud de los Santos que la Iglesia venera, ofrece ésta a los fieles, para los distintos estados y las distintas condiciones de la vida, Patronos diversos. Bien lo sabéis vosotros, oh dilectos nuevos esposos; pero tal vez os quedéis sorprendidos al escucharnos hoy invocar sobre vosotros la protección del arcángel San Miguel, cuya Aparición celebra la Iglesia en este día, y hacia el cual vosotros, a primera vista, no experimentáis sino una especie de reverente amor. La iconografía sagrada lo presenta con rasgos severos de un guerrero que abate al demonio. Después de las Sagradas Escrituras, en las que Miguel aparece como uno de los primeros príncipes del cielo (*Dan.*, X, 13) y como jefe de las milicias angélicas contra Satanás (*Apoc.*, XII, 7), la liturgia nos lo presenta con estas mismas características: cuando desciende del cielo, el mar se turba y la tierra tiembla; cuando enarbola la cruz de la salvación como bandera de victoria, desde la roca celeste arroja a los espíritus rebeldes (*Brev. Rom.*, die 8 Maii).

Y parece que, más que nadie, el hombre y la mujer que dejan a sus padres (*Gen.*, II, 24) para emprender juntos el misterioso viaje de la vida, deberían temer a este vengador de los derechos de Dios. Como tal, en efecto, él les recuerda casi instintivamente al querubín que, armado con flamígera espada, arrojó del paraíso terrenal a la primera pareja humana (*Gen.*, III, 24).

Y, sin embargo, bien que tal temor no esté desprovisto de una apariencia de razón, son mucho más fuertes los motivos de confianza y de esperanza. Ya que, en la misma hora de

aquella tragedia inicial de la humanidad, mientras nuestros primeros padres se alejaban en medio de la hosca y helada niebla del anatema, una nube ligera, semejante a la que había de ver un día el profeta Elías (*III Reg.*, XVIII, 44), aparecía ya en el horizonte, anunciadora del benéfico rocío de los grandes perdones: Miguel, con la milicia de los ángeles fieles, entreveía la maravilla de la Encarnación divina y de la Redención del género humano. Lejos de envidiar a éste, como el orgulloso Lucifer, el honor de la unión hipostática, y obedeciendo, según su nombre y su divisa: *Quis ut Deus?*, al Señor que no tiene iguales, él, con todos los ángeles buenos, adoró al Verbo encarnado (*Hebr.*, I, 6). Así no ha cesado de amar a los hombres, por quienes siente una piedad casi fraternal, y cuanto más se esfuerza Satanás en hacerles caer en el infierno, tanto más trabaja el Arcángel por volverlos al Paraíso perdido.

Introducir a las almas junto a Dios en la eterna gloria es una misión que la liturgia y la tradición atribuyen a San Miguel. «He aquí — dice el Oficio divino en la fiesta de hoy — al arcángel Miguel, príncipe de la celestial milicia angélica, cuyo culto es para los pueblos fuente de beneficios y cuya oración conduce al reino de los cielos... El arcángel Miguel viene con una multitud de ángeles; Dios le ha confiado las almas de los santos, para que las conduzca al gozo del paraíso» (*Brev. Rom.*, *l. c.*). Y en el Ofertorio de la Misa por los Difuntos la Iglesia ruega así al Señor: «Que estas almas no caigan en la oscuridad, sino que el abanderado San Miguel las conduzca a la luz santa».

No creáis, sin embargo, que este «Jefe del Paraíso», que Dios ha constituido príncipe de todas las almas que han de salvarse, «constitui te principem super omnes animas suscipiendas» (*Brev. Rom.*, *l. c.*), espere la hora del tránsito supremo para manifestar a los hombres su bondad. ¡Cuán querido debe seros, pues, oh dilectos esposos, su patrocinio para ayudaros en la tarea de acoger en este mundo las almas, a las que prepararéis vosotros, según las leyes del Creador, una morada corporal! Y después de esto, el mismo San Miguel

os sostendrá también en vuestra unión, cuidando de vosotros y de vuestros hijos.

Es una devoción muy antigua (cfr. *Acta Sanctorum*, mens. Septembr., t. VIII, pág. 49 ss., 65-66) invocar al gran Arcángel como promotor de la salvación y patrono de los enfermos. Todos vosotros, al venir aquí, habéis podido ver la Mole Adriana y saludar en su remate la bronceínea estatua a la que tan célebre mausoleo debe el nombre de Castillo de *San' Angelo*. Aquella imagen parece velar desde lo alto por la vida y salud de los romanos, recordándoles que hace ahora mil trescientos cincuenta años, esto es, hacia el 590, mientras la peste assolaba la Ciudad, el Papa San Gregorio Magno, caminando en procesión con el clero y pueblo para implorar que cesara tal azote, vió, según la tradición, aparecer sobre dicho monumento al Arcángel San Miguel envainando la espada, como significando el fin del castigo divino (cfr. *Acta Sanctorum*, l. c., pág. 72). Vosotros, pues, dilectos hijos e hijas, que ya entrevéis juntos las alegrías, los deberes y los cuidados de la familia, pedid a San Miguel que aleje de vuestros hogares las ansiedades que ocasionan al corazón de los padres la precaria salud de los niños, la amenaza de las epidemias o la misma crisis del crecimiento.

La benéfica sombra del Castillo de *San' Angelo* se extiende mucho más allá de los confines de la Urbe. San Miguel, potente en socorrer al mundo entero, parece conceder especial protección a los hijos de nuestra cara Italia, como precisamente recuerda la festividad de hoy. De hecho, unos cien años antes de la peste de Roma, una aparición milagrosa en la cima del monte Gargano (cfr. *Acta Sanctorum*, l. c., pág. 54 ss.), cuya narración ha sido incorporada al Breviario Romano, hizo comprender cómo el arcángel Miguel tomaba aquel lugar bajo su particular tutela, y con tal hecho quería al mismo tiempo manifestar que allí se rindiese culto a Dios en memoria suya y de los Ángeles.

Pero la Iglesia invoca al Arcángel sobre todo como protector de la salvación de las almas, mucho más preciosa que la del cuerpo y amenazada siempre por el contagio del mal.

Sin duda que la Iglesia está siempre segura de que jamás las potencias infernales habrán de prevalecer contra ella (*Matth.*, XVI, 18); pero sabe también que para la conservación de la vida cristiana en cada una de las personas y en cada uno de los países, debe implorar el socorro divino y que Dios tiene como ministros suyos a los ángeles (*Ps.* CIII, 4). Por ello, todas las mañanas, al final de la Santa Misa, ora así el sacerdote junto con los fieles: «¡Arcángel San Miguel, defiéndenos en el combate...; rechaza al infierno a Satanás y a los otros espíritus malignos que van errantes por el mundo para perdición de las almas!» Recurso que rara vez ha aparecido más apremiante que ahora. Intoxicado el mundo por la mentira y la deslealtad, herido por los excesos de la violencia, ha perdido la salud moral y la alegría, al perder la paz. Si la tierra, después del pecado original, no puede ya ser un paraíso, podría y debería al menos seguir siendo una morada de fraterna concordia entre los hombres y entre los pueblos. Por el contrario, el incendio de la guerra arde en varias naciones y amenaza invadir otras. Nuestro corazón se conmueve especialmente por vosotros, queridos hijos e hijas, y por tantos nuevos esposos de cualquier nación, que en esta trágica primavera unen sus destinos. ¿Cómo ver sin un pasmo de horror delinearse — sobre estos jóvenes hogares donde sonríe la esperanza — la silueta, siquiera lejana, del terrible espectro de la guerra? Si las fuerzas humanas no parecen actualmente eficaces para el pronto restablecimiento de una paz justa, leal y duradera, siempre es posible a los hombres solicitar la intervención de Dios. Entre los hombres y Dios, ha puesto el Señor como intermediaria a su dulcísima Madre María. ¡Dígnese esta «Madre amable», esta «Virgen potente», esta «Auxiliadora de los cristianos», que la invocan con mayor fervor y ansiedad en el presente mes de mayo — y hoy más especialmente bajo el título de Reina del Santísimo Rosario de Pompeya —, unir de nuevo, bajo el manto de su ternura, en la paz de su sonrisa, a sus hijos tan cruelmente divididos! ¡Dígnese, como canta hoy la Iglesia en su sagrada liturgia, «el Ángel de la paz, Miguel, descender desde el cielo

a nuestras moradas, y, como mensajero de paz, desterrar al infierno las guerras, causa de tantas lágrimas»! (*Brev. Rom., l. c.*).

Gracias rendidas a vosotros, queridos niños, así como a vuestro hábil director, por el encantador concierto que acabáis de ofrecernos, al mismo tiempo que a todo este auditorio, y por los momentos de alivio que habéis procurado a Nuestro paternal corazón, en medio de tantas preocupaciones.

Aun antes de haberos escuchado, ya conocíamos Nos la fama adquirida por vuestra *Manécanterie* en las mayores capitales. Nos place sobremanera ver que vuestros frescos rostros, vuestros claros ojos y vuestras puras frentes justifican la encantadora etimología dada a vuestro nombre: *Mane cantores*. Desde la mañana de vuestra vida aprendéis a cantar a Dios y su gloria, y la felicidad de servirle. Al veros, Nos pensamos también en el joven Samuel, que, vestido con alba de lino como vosotros, servía ante la presencia del Señor en el templo de Jerusalén (*I Reg., II, 18*) entre las nubes de incienso y la armonía de los sentidos. Al mismo tiempo Nos vienen a la memoria estos versos de vuestro inmortal Racine, que seguramente ha grabado en vuestros corazones la melodía de Mendelssohn:

O bienheureux mille fois,

L'enfant que le Seigneur aime.

Qui de bonne heure entend sa voix

Et que ce Dieu daigne instruire lui-même (1).

Escuchad, pues, siempre esa voz y seguid la ley del Señor, para poder siempre cantar alegremente en su servicio — aun cuando la cruz de madera que gozosos lleváis hoy como un símbolo, se os convirtiera más tarde en una realidad, gravada por las duras pruebas de la vida. Además, repetir en todo momento la divina alabanza: *Sanctus, sanctus, sanctus*, es

(1) *Athalie*, acte 2, scène 9, chœur.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

comenzar en la tierra un poco de la vida del cielo, sublime concierto en que las voces de los ángeles, unidas a las de los elegidos, se identifican con las misteriosas armonías de Dios, difundidas en la luz eterna.

Como prenda de las divinas gracias, concedemos a todos y a cada uno de vosotros la Bendición Apostólica, cuyos beneficios queremos extender a vuestros padres, a vuestros amigos, a todas las personas presentes en vuestro pensamiento o queridas de vuestro corazón.

XVI

15 DE MAYO DE 1940

LA ADMIRABLE ACTIVIDAD DE LA BEATA DUCHESNE

En una imponente Audiencia, en el Aula de las Bendiciones, muy nutridas representaciones de religiosas, de alumnas y de ex alumnas de los Institutos del "Sagrado Corazón", reunidas para la solemne Beatificación de la B. Filipina Duchesne, presentaron su devotísimo homenaje a Su Santidad. Participaron también en la Audiencia algunas madrinas de guerra para la asistencia espiritual a las Fuerzas Armadas de Italia. El Sumo Pontífice se complació en exponer algunas consideraciones y exhortaciones a los grupos, después de haber exaltado a la nueva Beata.

HIJAS QUERIDAS EN JESUCRISTO:

EL título de «Hijas del Sagrado Corazón» que os ha reunido en Roma para glorificar a una «Religiosa del Sagrado Corazón», habría agrupado, en tiempos más tranquilos, alrededor de vosotras, una multitud verdaderamente internacional. Las duras necesidades del momento que vivimos, al mantener dispersas por todo el mundo las hermanas y las devotas de la nueva Beata, nos ofrecen una imagen sensiblemente menor de la universalidad de su celo. Pues Filipina Duchesne ardió en un celo universal, cuya primera fuente y principal medio de acción encontró en el Sagrado Corazón.

El celo es la voluntad ardiente de hacer reinar a Dios doquier, la adhesión activa de la criatura a la voluntad esencial del Creador, que no puede tener otra finalidad que a Sí mismo: «Universa propter semetipsum operatus est Dominus» (*Prov.*, XVI, 4). El Verbo divino, cuando tomó carne semejante a la nuestra, sintió, y concentró, como cada uno de nosotros, en su corazón, con los latidos de la vida física, la reacción de los movimientos que experimenta el alma: atracciones y repulsiones de donde nacen harto espontáneamente, en la mayoría de los hombres, los deseos desarreglados; pero que en Él, siempre sometidos al alma y ordenados en armónica concordancia con la Voluntad divina, resultaban el motor y el alimento mismo de su vida moral: «Meus cibus est, ut faciam voluntatem eius, qui misit me» (*Io.*, IV, 34). De este movimiento interior brotaba, como una llamarada, este ardiente deseo: «Pater, adveniat regnum tuum, fiat vo-

luntas tua!» Con razón es llamado el Sagrado Corazón de Jesús hoguera de amor: «Cor Iesu, fornax ardens caritatis!» (*Lit. Ssmi. Cordis*). Pero quien se aproxima a un horno, se abrasa; quien a él se lanza, se consume; pues «el fuego jamás dice: basta» (*Prov.*, XXX, 16). Entrar en el Sagrado Corazón es entregarse como una presa voluntaria a las llamas del cielo.

De hecho, no es temerario ver un lazo entre el admirable impulso misionero que caracteriza los dos últimos siglos y la expansión de la devoción al Sagrado Corazón. Cuando el siglo de Voltaire se consumía en el fango y en la sangre, cuando la tormenta revolucionaria arrojaba de Francia a millares de sacerdotes, algunos de éstos marcharon a América para abrir surcos, en los que otros después de ellos, y también religiosas como Madame Duchesne, irían a sembrar el Evangelio. Pocos años antes, el conciliábulo de Pistoya había enderezado contra la devoción al Sagrado Corazón el sacrílego esfuerzo de sus condenaciones doctrinales; y ved cómo esta devoción irresistiblemente se hacía universal; y el celo que encendía en las almas arrastraba por legiones más allá de los océanos a los obreros y obreras del apostolado. Fué entonces cuando, junto a antiguas órdenes religiosas que renacían — la Compañía de Jesús, entre otras, los discípulos de San Juan Eudes, las hijas de San Francisco de Sales, de Santa Juana-Francisca Fremiot de Chantal —, se vió nacer un enjambre de nuevas Congregaciones que, casi todas, añadieron a la antigua y rigurosa práctica de los consejos evangélicos dos nuevas características: la devoción al Sagrado Corazón y el celo misionero.

Apenas acababa de nacer entre estos Institutos el suscitado por Santa Magdalena-Sofía Barat cuando, en 1804, Filipina Duchesne, preparada a la vida religiosa por su noviciado en la Visitación, madurada en seguida por la dura prueba del Terror, se puso en relación con la santa fundadora, diez años más joven que ella. Durante los treinta y cinco años de su vida agitada por tantas tempestades, se había visto solicitada sucesivamente por la vida monástica, la enseñanza,

el trabajo apostólico; éste fué el último atractivo que iba a triunfar, preparando para la eternidad los más hermosos rayos de su aureola. Y ella atribuía el favor decisivo al Sagrado Corazón: «Dios, escribía ella, no concede a cada uno, durante su vida, sino una sola gracia especialísima. Para mí esta gracia fué mi vuelta a Santa María (la antigua casa de la Visitación, donde ella había seguido las huellas de Margarita María) y mi unión con la Compañía del Sagrado Corazón».

Desde entonces nada deseó nunca tanto como partir para las misiones. Sobre todo desde que, el día de la Epifanía de 1806, al escuchar cómo el monje-apóstol Dom de Lestrange hablaba de América a la pequeña comunidad de Santa María; y después, en el Jueves Santo, al pasar la noche en oración ante el Santísimo Sacramento, comprendió ella, en una especie de éxtasis, que Dios la llamaba a la obra misionera, nunca cesó de repetir a su Superiora: «Ecce ego, mitte me!»; bajo el arrebató de una petición más vehemente, logró como por asalto la ansiada orden de partir. Ignoraba lo que allí le esperaba; todo su afán era llevar allá el amor del Sagrado Corazón y de la Hostia, de acuerdo en ello con su Madre Magdalena-Sofía, que le ordenaba se considerase feliz, «aunque no lograrse otra cosa que establecer en Luisiana solamente un tabernáculo».

Así, su celo encendido en el Corazón Eucarístico de Jesús, se volvía a Él sin cesar. El sueño que en la bendita noche del Jueves Santo le condujera en espíritu hacia «nuevas tierras que había que iluminar», lo vivía por fin al embarcarse, el Jueves Santo de 1818, en el velero *Rebecca*; lo realizaba plenamente, al llegar a las costas de Luisiana, el viernes 29 del siguiente mayo, día de la fiesta del Sagrado Corazón.

¿Plenamente? No, en verdad. El ideal de un alma grande es ir siempre mucho más allá de las realidades terrenas, y en las obras de Dios una buena parte del éxito, frecuentemente la más hermosa, queda oculta a los obreros. Filipina, que se veía de antemano «sola con Jesús en su soledad o con hijos completamente negros»; que, llegada al Misurí, esperaba descender más tarde a Cartagena y a Lima, pudo bien fran-

quear los mares, vivir en la heroica pobreza de los misioneros, sufrir el hambre, la sed y los ataques de la fiebre amarilla; pero no pasó sino una pequeña parte de su vida entre «los salvajes» y jamás pudo aprender su lengua. Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a negar la profunda influencia ejercida en la evangelización del Nuevo Mundo por esta Compañía del Sagrado Corazón, cuya fundadora en los Estados Unidos fué ella?

A la edad ya de cuarenta y nueve años, cuando llegó a América, escribía: «Parece cierto que sembraremos con lágrimas; contentas con nuestra suerte, si procuramos el que otros puedan cosechar con alegría, y verse rodeados diligentemente por los hijos de nuestras oraciones».

«Los hijos de nuestras oraciones»: ¡Bella y profunda palabra! Como Francisco Javier en la iglesia de Goa, ante el tabernáculo era donde Filipina Duchesne engendraba para Dios las almas de sus neófitos. Había practicado este apostolado de la oración, el más eficaz de todos, desde su juventud, cuando, a los ocho o diez años, se entusiasmaba con la narración de un misionero jesuíta y envidiaba la gloria de los mártires. Se entregó plenamente, sobre todo cuando Santa Magdalena-Sofía, moderando la impaciencia que tenía por partir, la ejercitó durante mucho tiempo en que se santificara por la humildad, la paciencia y el completo desprendimiento de sí misma. Ella lo continuó siempre. Veinte años antes de su muerte, en la soledad de Fleurissant, «la más pequeña y la más abyecta de las casas del Sagrado Corazón», ya no se empleaba sino en los trabajos domésticos y en el servicio de las madres y de los niños; pero la oración y los ejercicios espirituales la ocupaban sobre todo. Maravillábanse las alumnas de verla pasar largas horas de rodillas, y los indios la denominaban «la mujer que siempre reza». Dos palabras, por lo tanto, resumen su vida, como la de todo apóstol: el trabajo y la oración; esfuerzo de la voluntad humana, confianza en la asistencia divina. Recibiendo de la devoción al Sagrado Corazón la llama del cielo, servíase de esta misma devoción para alcanzar el ideal de su cielo: salvar las almas, dándolas a

Dios. ¡Que su lección no sea perdida para vosotras, queridas hijas!

El mundo actual amenaza perecer en la violencia, porque demasiados hombres no tienen corazón: este reproche, dirigido por San Pablo al antiguo paganismo (cfr. *Rom.*, I, 31 y *II Tim.*, III, 3), puede aplicarse a los neopaganos, idólatras del oro, del placer y del orgullo. Ciertamente que el corazón es valor y fuerza, pero puestos al servicio de la justicia y del derecho; el corazón es también la compasión hacia los débiles, la ternura que se inclina hacia el dolor, el perdón que se sobrepone a la ofensa. El corazón se revuelve contra todo mal, pero condesciende con todo bien. Vosotras, que tenéis un corazón, ¡abridlo plenamente a las grandes causas de Dios, a las grandes miserias de los hombres! Obrad y orad; tal vez no siempre podréis obrar mucho; pero siempre podéis orar.

En el último día de este mes de María, en que la Iglesia implora ansiosamente la paz, coincidirá la fiesta de Nuestra Señora, «Mediadora de toda gracia», con la fiesta del Sagrado Corazón. Coincidencia providencial, así lo esperamos Nos; para devolver un corazón a la humanidad, he aquí dos, los más puros, los más fuertes y los más tiernos de todos. Bebed, queridas hijas del Sagrado Corazón, bebed en esas dos fuentes, como Filipina Duchesne, el ardor de un celo siempre consagrado a Dios por la observancia fiel — aunque tuviera que ser heroica — de todos sus mandamientos; celo consagrado a las almas por el apostolado de la palabra, del ejemplo, de la oración. Con esta doble llama, extended alrededor de vosotras la luz y el calor, para iluminar a los ignorantes, estimular a los tibios, confortar y consolar a los que sufren, repitiendo la divisa tan predilecta de Santa Magdalena-Sofía y de su Beata discípula: «¡Valor y confianza!»

Como prenda de las gracias divinas, que os han de ayudar a marchar por este camino, Nos os concedemos paternalmente a cada una de vosotras, así como a todas las religiosas, hijas y antiguas alumnas de la Compañía del Sagrado Corazón por todo el mundo, la Bendición Apostólica — que Nos queremos

extender también a vuestros auxiliares, a vuestras familias y a todas las personas actualmente presentes en vuestro espíritu o queridas de vuestro corazón.

«¡Valor y confianza!» Esa divisa puede ser también la vuestra, dilectas hijas del Comité de Madrinas, que con la oración, la generosidad y el trabajo personal cooperáis a la asistencia espiritual de las fuerzas armadas. Ante la visión que estas dos palabras, «fuerzas armadas», suscitan ahora cuando el cielo, la tierra y el mar están llenos del eco de las batallas, sabéis vosotras muy bien que, además de la potencia material, existen fuerzas espirituales capaces de llegar a ser un elemento esencial en el triunfo. Continuaréis suministrando a éstas su arma propia, la verdad de la doctrina católica, con abundantes ofertas de libros y opúsculos de piedad, de lecturas sanas e instructivas. Alimentad y, cuando fuere necesario, reavivad en las almas la llama de la fe, no ya sólo con el envío, siempre eficacísimo, de medallas y de rosarios, sino trabajando además con la discreta e infatigable tenacidad, cuyo secreto tiene la mujer, para hacer que vuelvan a sus capellanes los jóvenes que se hubieren apartado del camino de los santos sacramentos o tal vez no lo hubieren conocido. Y sobre todo, no contentas con enseñar la verdad, practicadla, según el consejo de San Pablo (*Eph.*, IV, 15), en la caridad entre aquellos buenos y queridos hijos, los soldados, con los delicados cuidados, con los exquisitos dones, con las dulzuras evocadoras de la lejana familia, cuya distribución ingeniosamente pródiga os ha hecho tiempo ha merecer el sobrenombre de «Madres» suyas.

Nos felicitamos altamente con vosotras por los cincuenta centros de asistencia espiritual constituídos en la metrópoli y en el Imperio por vuestro Comité, que anima y dirige — bajo el alto patronato de Su Majestad la Reina Emperatriz — con un fervor digno del glorioso nombre que lleva ella, vuestra piadosa y noble Presidenta. Que el Señor se digne avalorar con la efusión de las gracias celestiales la Bendición Apostólica que de todo corazón os damos.

XVII

2 DE JUNIO DE 1940

ALOCUCIÓN A LOS EMINENTÍSIMOS CARDENALES EN LA FESTIVIDAD DE SAN EUGENIO

En la fiesta de San Eugenio, Su Santidad recibió al Sacro Colegio, que, por medio del Emmo. Cardenal Decano, le ofrecía sus devotos y fervidos deseos por su fiesta onomástica. El Augusto Pontífice se complació en manifestar su íntima y viva alegría por los votos presentados. Habló después de la especial gravedad de aquella hora tan triste, de luchas y de dolores, y aludió a su ininterrumpida acción para acelerar la vuelta de la paz y suavizar las angustias multiplicadas por el conflicto.

S IEMPRE vuelve, dulce y querida, a Nuestra alma, la aurora de este día consagrado a la festividad de San Eugenio I, fulgidísimo luminar de Pontífice santo y celoso, que Nos fué dado por especial protector celestial ya desde el primer albor de Nuestra vida, en aquella hora transformadora del espíritu al ser regenerados en las aguas bautismales. A tan santo Sucesor de San Pedro alzamos Nos la mirada como a Nuestro alto y ejemplar Patrono, ya desde el día en que, por arcano designio de Dios, sin ningún mérito Nuestro, fuimos elevados al Solio Pontificio, para que nos guiase e iluminase en el supremo ministerio que Nos había sido confiado. Su nombre tutelar renueva hoy en Nos la alegría serena y profunda de veros reunidos aquí, Venerables Hermanos y queridos Hijos, que con tanto celo y devoción Nos auxiliáis con vuestra sagaz experiencia y vuestra probada prudencia; y la solemnidad de invocarle y venerarlo es para Nos ocasión de conversar con vosotros en una forma cordial y familiar, que, además de ser una necesidad para Nuestro corazón, es al mismo tiempo muy conforme a la particular gravedad del momento presente.

En los deseos nobles y delicados que el venerado y carísimo Cardenal Decano Nos ha significado en vuestro nombre, y en las oraciones que eleváis al Omnipotente por Nos, hemos sentido renovarse los dolorosos acentos de intensa y profunda tristeza por las angustias y las amenazas del tiempo actual que a tantos hijos de la Santa Iglesia de Cristo lanza y expone a indecibles pruebas y sufrimientos, a incesantes peligros espirituales, ante los cuales no puede permanecer insensible un corazón de Sacerdote y de Padre. Que en días tan

borrascosos, vosotros, a quienes incumbe la responsabilidad tan alta de vuestra íntima e inmediata participación en Nuestros afanes y solicitudes, en Nuestras alegrías y tristezas, os recojáis a Nuestro lado y os unáis cada vez más al Vicario de Cristo, es ciertamente para Nos causa de alegre consuelo; con íntima emoción os expresamos Nuestro más vivo agradecimiento por ello.

LAS RUINAS DE LA GUERRA

¡Oh, si Dios, en sus inescrutables y siempre justos designios sobre el gobierno del mundo, Nos hubiese concedido detener de algún modo el cruento curso de los acontecimientos! Ahora, cuando ya se han cumplido los nueve meses de guerra, y cuando la lucha se intensifica, cada vez más impetuosa y exterminadora sobre los ensangrentados campos y sobre los intranquilos mares, y, bajo los rayos de los navegantes voladores, se extiende hasta pueblos totalmente extraños a la contienda, reviven en Nuestro espíritu aquellas agitadas semanas, oscilantes entre sucesivos temores y esperanzas, en las que Nos, atraídos siempre aun por los más ligeros destellos de paz, conscientes de los deberes de Nuestro apostólico ministerio, siguiendo los impulsos de Nuestro corazón, consagrábamos todo Nuestro pensamiento y esfuerzo al bienestar de los pueblos todos, empleándonos en disuadir a los gobernantes de recurrir a la violencia y en ganarlos a la idea de un arreglo pacífico, justo, honroso y correspondiente al sentimiento de su responsabilidad ante los hombres y ante Dios.

Si hoy, Venerables Hermanos y queridos Hijos, miramos alrededor y contemplamos desgarrarse con el hierro y el fuego a Europa, por divina vocación tierra de la fe y de la civilización cristiana; si contemplamos las vastas destrucciones, las ruinas y los crueles sufrimientos que se vienen acumulando y difundiendo en tan floridas regiones y en los campos productores en otro tiempo de pan y de tranquilidad para tanto pueblo; si ponderamos los tristes efectos económicos, sociales, ideales, religiosos y morales y las duras repercusiones que, con el fiero prolongarse y exacerbarse del conflicto, se

siguen aun más allá de los océanos; cuando miramos y pensamos todo esto, se Nos abre una visión que Nos contrista y grava el espíritu, y Nos hace levantar los ojos al cielo, invocando la inmensa piedad de Dios para los desgraciados hijos de los hombres, tan divididos entre sí por encontradas ideas e intereses, lanzados por la enemistad, por el odio, por el rencor, por la venganza, a un mar de desventuras y de lutos. ¿Será tal vez ésta la hora tremenda en que pesa el Señor los méritos y los deméritos? Nos inclinamos la frente ante el impenetrable juicio divino; y reconcentrándonos en Nos mismo y en Nuestra conciencia, Nos sentimos aliviados por haber seguido, en toda Nuestra acción pacificadora, la vía real que conduce a la tranquilidad interior y a la paz externa, al respeto de los sentimientos humanos, al sentido de la verdadera justicia y de la condescendiente equidad, a la objetividad y a una justa estima de los intereses de todos los pueblos.

La guerra presente ha alcanzado ya toda su intensidad de encuentros campales y progreso destructor, llegando sus ruinas a unas proporciones gigantescas; pero no tales que los daños exteriores y materiales puedan parangonarse con el íntimo colapso y la destrucción del patrimonio espiritual y moral. ¿Qué prueba más elocuente y más espantosa del progresivo aniquilamiento y confusión de los valores espirituales, que el creciente disolverse de las normas del derecho, substituídas por la fuerza que oprime, encadena y sofoca los impulsos éticos y jurídicos? ¿Y no es acaso una buena prueba de ello y claro argumento el hecho de que hayan sido arras-tradas al huracán de la guerra naciones y gentes que tradicionalmente figuraban como principales fautoras de la paz?

Aun bajo el peso de las duras exigencias de la lucha, es norma de prudencia dirigir la vista, tan turbada al presente, hacia el alba de un futuro mejor y más ordenado, sin olvidar las palabras tan luminosas de San Agustín: «Non pax quaeritur ut bellum excitetur, sed bellum geritur ut pax acquiratur. Esto ergo etiam bellando pacificus, ut eos quos expugnas ad pacis utilitatem vincendo perducas» (S. Aug., *Epist.* 189, n. 6: Migne, *P. L.*, vol. 2, col. 856). Si Nos, animados por

esta prudente máxima, y según ya hemos manifestado en otras ocasiones, especialmente en Nuestra Alocución de Navidad, Venerables Hermanos y queridos Hijos, insistimos nuevamente y conjuramos a todas las partes contendientes a acordarse siempre de los deberes de humanidad que nada pierden de su valor ni siquiera ante el derecho y moral de la guerra, por lo que el mismo gran Doctor exclama que «*fides quando promittitur, etiam hosti servanda est, contra quem bellum geritur*» (*l. c.*), no es parcial Nuestra palabra y nuestra actuación; cumplimos un deber que Nos dictan la verdad y el amor, que Nos imponen el bien y la prosperidad de todos, que Nos confía el oficio de Padre común de los redimidos por Cristo; y contribuimos a Nuestra vez, con los medios que Nos ofrece Nuestro ministerio apostólico, a no dejar torcer la vista de las normas ideales y de las bases esenciales para una paz que quiere ser justa, honrosa y duradera.

NORMAS DE HUMANIDAD VIOLADAS

Ni creemos lícito en esta ocasión dejar de hacer público Nuestro gran pesar al ver cómo el trato a los no combatientes, en más de una región, está lejos de ser conforme y adecuado a las normas de la humanidad. Dios Nos es testigo de que, al afirmar esta obligada verdad, no Nos mueve ni espíritu de partido ni alusión a persona alguna. El juicio moral sobre una acción no puede ser determinado por consideraciones personales. Ningún pueblo está libre del peligro de ver que algunos de sus hijos se dejen arrastrar por pasiones, sacrificando al demonio del odio. Lo que importa, sobre todo, es el juicio que la pública autoridad da a tales desviaciones y perversiones del espíritu de lucha y la prontitud en hacerlas cesar.

Por ello corresponde al digno nombre de la autoridad cuidar de que, al ensancharse los campos de guerra más allá de los propios confines, no falte aquella imperturbable dignidad de la razón que dicta los sumos principios de promover el bien y refrenar el mal, que refuerzan y honran las órdenes de

quien manda, a la par que concilian a los sujetos a ellas, disponiéndoles a doblegar su voluntad y su actuación por el interés común. Por ello, cuanto más se extienden los territorios que el conflicto somete a dominación extraña, tanto más urgente es la obligación de establecer un orden jurídico que se aplique en ellos, en armonía con las disposiciones del derecho de gentes y, sobre todo, con las exigencias de la humanidad y de la equidad. Tampoco se ha de olvidar que, junto a las precauciones de seguridad justificadas por las verdaderas necesidades de la guerra, el bien de las poblaciones ocupadas no cesa de subsistir como norma obligatoria en el ejercicio del poder público. La justicia y equidad requieren que dichas poblaciones sean tratadas de igual manera que, en caso análogo, desearía la potencia ocupante ver tratados a sus propios compatriotas.

De estos elementales principios de sana razón no es difícil, a quien quiera elevarse sobre las pasiones humanas, sacar las consecuencias para disponer una regulación de todas las cuestiones especiales tocantes a los países ocupados, no menos conforme con la conciencia humana y cristiana que con la verdadera prudencia del Estado: el respeto de la vida, del honor y de la propiedad de los ciudadanos, el respeto de la familia y de sus derechos; y, por la parte religiosa, la libertad del ejercicio privado y público del culto divino y de la asistencia espiritual en forma adecuada al respectivo pueblo y a su lengua, la libertad de instrucción y educación religiosa, la seguridad de los bienes eclesiásticos, la facultad de los Obispos de relacionarse libremente con su clero y con sus fieles en todo lo tocante a la cura de almas.

AMOR PATERNO A TODOS

Cuanto a Nos, «nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum» (*II Cor.*, VI, 3), y deseosos de suavizar por lo menos las consecuencias de la guerra, dirigimos Nuestro paterno amor a todos Nuestros hijos e hijas, ya de las poblaciones germánicas, siempre tan amadas por

ciada o destruída su felicidad terrena por la tormenta de la guerra; a quienes gimen presa de increíbles sufrimientos exteriores e interiores; a los que viven sufriendo cual hermanos de los primeros cristianos, Nos les señalamos aquellas pléyades de los héroes y heroínas antiguos y modernos, y les gritamos con el Apóstol de las Gentes: «Fratres... non contristemini, sicut et ceteri, qui spem non habent» (*I Thess.*, IV, 12). ¿Acaso no es grandísimo consuelo la esperanza que nos ha sido propuesta, que tenemos como áncora segura y estable del alma y que penetra hasta más allá del velo del cielo, donde ya entró Jesús como precursor nuestro? (*Hebr.*, VI, 20). En este mes consagrado al divino Corazón del único Maestro de la humanidad, Maestro de dulzura, que vence toda atrocidad despiadada, y de humildad, que no pisotea al débil caído, puedan los dolores y sacrificios generosamente soportados por quienes a la coraza de la fe unen el áncora de la esperanza, infundirles una nueva fuerza más pura, para que de esta tierra tan trabajada por los sufrimientos germine y florezca una solidez moral más franca y constante, según la palabra del Apóstol: «Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis: scientes quod probatio fidei vestrae patientiam operatur. Patientia autem opus perfectum habet» (*Iac.*, I, 2-4). Es el alto grado del gozo en el sufrir, al que se eleva la paciencia, subiendo por las gradas del resignado sufrir y del sufrir voluntario.

Pero la paciencia es también un gran don de Dios, y se torna en perseverancia cuando no decae, sino que acompaña a la par el crecer de los sufrimientos y de las desventuras. Y así la paciencia se une a la perseverante oración, que nos ha sido inculcada por el mismo divino Redentor. No podemos, pues, dejar de exhortar a cuantos en la tierra son hijos de la Iglesia de Cristo para que dirijan con santa violencia sus incansables oraciones al Corazón del divino Salvador, Rey de la paz, para que difunda ríos de dulzura y de humildad sobre los pueblos exasperados en la lucha; para que contenga los estragos que ensangrientan campos y ciudades; para que a los gobernantes de las naciones inspire los grandes pensa-

ALOC. A LOS EMMOS. CARDENALES EN LA F. DE S. EUGENIO

mientos de moderación y de paz que vienen del corazón, en el que Dios puso por fundamento la bondad junto con la semejanza divina, de suerte que cese la cruenta lucha y la trágica destrucción del bienestar de los pueblos, y entre tantas ruinas y lágrimas amanezca y se haga paso el sendero hacia el templo de una paz sana, sellada, no por el odio y la venganza, sino por los rasgos de la noble majestad de la justicia.

Con esta ansia en el corazón y con esta oración en los labios, Nos os damos, Venerables Hermanos y queridos Hijos, como prenda de gracia y consuelo celestial, de la plenitud de Nuestro corazón, la Bendición Apostólica.

XVIII

5 DE JUNIO DE 1940

EL REINADO DEL SAGRADO CORAZÓN

En la Sala Ducal, repleta de recién casados y de otros grupos de fieles, habló Su Santidad, con fervida elocuencia, de las incalculables ventajas del dulce reinado del Sacratísimo Corazón de Jesús en las familias.

CÓMO podremos, dilectos nuevos esposos, dejar de hablaros del Sagrado Corazón de Jesús en este mes dedicado a Él, y durante la octava de su fiesta? ¿Cómo podremos no hablaros del Sagrado Corazón, fuente inagotable de ternura humana y divina, cuando vuestro joven amor, saturado ora de esperanza — al despuntar los sueños que iluminan vuestro porvenir —, ora de temor — ante la explosión de violencias que entenebrece la agitada época presente —, se pregunta con angustia si aun habrá algún lugar en la tierra, donde dos corazones humanos puedan amarse en tranquilidad y en paz?

La paz, al menos la paz del alma, compatible con las agitaciones del mundo exterior, es la que Jesucristo nos invita a buscar en la devoción de su Sagrado Corazón. «Aprended de mí — dice Él — que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (*Matth.*, XI, 29). Estar en la escuela de Jesús, aprender de su Corazón la dulzura y la humildad, divinos remedios contra la violencia y el orgullo, de donde proceden todas las culpas y todas las desventuras de los hombres (*Eccli.*, X, 15), es el sendero de la paz para los individuos y aun para las naciones. También para vosotros será la fuente de la felicidad que ansiáis y que Nos deseamos para vuestro hogar doméstico.

En las revelaciones llenas de amor y que tanto impulso han dado en los tiempos modernos a la gran devoción del Sagrado Corazón de Jesús, prometió Nuestro Señor, entre otras cosas, que «dondequiera que la imagen de este Corazón fuera

expuesta para ser singularmente honrada, atraería toda clase de bendiciones». Confiados por tanto en la palabra divina, podéis y ciertamente queréis aprovecharos de los beneficios de tal promesa, conservando en vuestra casa la imagen del Sagrado Corazón con los honores que le corresponden. Entre las familias nobles se ha considerado siempre una gloria mostrar esculpidas en mármol, fundidas en bronce, pintadas en tela, las efigies de los grandes antepasados, que sus descendientes contemplan y admiran en los palacios y castillos con sentimiento de legítimo orgullo. Pero ¿es necesario ser noble, o que un retrato sea una obra de arte, para que se conmueva el corazón ante la imagen de un abuelo o de un padre? Innumerables son las casas pobres, donde en humilde repisa se guarda con piadoso cuidado una sencilla fotografía, de tintes tal vez ya amarillentos, con las líneas borradas por el tiempo, que es, sin embargo, inestimablemente preciosa por ser el recuerdo de un ser querido, cuyos labios y párpados le fueron cerrados en un luctuoso atardecer, sepultado su cadáver, perdida la presencia sensible, y de quien, a pesar de los años transcurridos, nos parece, al contemplar aquella pálida efigie, ver brillar todavía su dulce mirada, oír su voz familiar, sentir su acariciadora mano.

Precisa pues, dilectos esposos cristianos, hermanos de Jesús, que la imagen de su Corazón, «que tanto ha amado a los hombres», sea expuesta y honrada en vuestra casa, como la del pariente más cercano, más amado, y que derrame los tesoros de sus bendiciones sobre vuestras personas, sobre vuestros hijos, sobre vuestras empresas. «Expuesta y honrada»: quiere esto decir que dicha imagen no sólo ha de velar vuestro reposo, en una habitación íntima, sino que ha de ser tenida y honrada con lealtad, en la puerta de entrada, en el comedor, en el salón o en otro lugar de frecuente paso. Ya que Jesús dice en su santo Evangelio: «Todo el que me reconozca públicamente delante de los hombres, también yo lo reconoceré ante mi Padre que está en los cielos» (*Matth.*, X, 32).

«Honrada»: quiere decir que ante la preciosa estatua o la modesta imagen del Sagrado Corazón una mano solícita

pondrá, al menos de cuando en cuando, algunas flores, encenderá una vela o hasta mantendrá, como constante señal de fe y de amor, la llama de una lámpara, y que en torno a ella se reunirá cada noche la familia para un acto colectivo de homenaje, una humilde expresión de arrepentimiento, una petición de nuevas bendiciones.

En una palabra, el Sagrado Corazón es debidamente honrado en una casa cuando todos y cada uno le reconocen como Rey de amor; lo cual se expresa diciendo que la familia le está consagrada, ya que consagración es tanto como entrega total de sí mismo, hecha a una causa o a una persona santa. Y el Corazón de Jesús se ha comprometido a colmar de especiales gracias a los que de tal modo se dieron a Él. «Nuestro Señor me ha prometido — escribía Santa Margarita María Alacoque — que todos cuantos se consagren a este Corazón divino, no perecerán jamás.»

Pero quien se consagra ha de cumplir también las obligaciones que se derivan de tal acto. Cuando verdaderamente reina el Sagrado Corazón en una familia — y ciertamente tiene Él derecho a reinar doquier —, es preciso que una atmósfera de fe y de piedad envuelva en aquella bendita morada a personas y cosas. ¡Lejos, pues, de ella todo lo que podría contristar al Sagrado Corazón: placeres peligrosos, infidelidades, intemperancias, libros, revistas, figuras hostiles a la religión y a sus enseñanzas! ¡Lejos, en las relaciones sociales, aquellas condescendencias — hoy demasiado comunes — que querrían conciliar la verdad con el error, la licencia con la moral, la injusticia egoísta y avara con la obligación de la caridad cristiana! ¡Lejos ciertas maneras de caminar a medias entre la virtud y el vicio, entre el cielo y el infierno! En la familia consagrada, padres e hijos se sienten bajo la mirada y en la familiaridad de Dios mismo; por ello son dóciles a sus mandamientos y a los preceptos de su Iglesia. Ante la imagen del Rey celestial, convertido en su amigo terrenal y huésped perenne, ellos afrontan sin temor, pero con mérito, todos los trabajos que sus cotidianos deberes exigen, todos los sacrificios que imponen sus deberes ordinarios, todos los sacrificios

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

que imponen las dificultades extraordinarias, todas las pruebas que consigo llevan las disposiciones de la Providencia, todos los lutos y todas las tristezas que, no solamente la muerte, sino aun la vida misma siembra inevitablemente cual tormentosas espinas en el caminar por este mundo.

¡Dilectos hijos e hijas, que se pueda decir también eso de vosotros! Viviendo ya en este mundo unidos a Jesús, recibéndole con frecuencia en la sagrada Comunión, venerando todos los días su imagen, no dejaréis la tierra sino para ir a contemplar eternamente la refulgente y beatificante realidad de su Corazón divino en el cielo. Con este deseo, y como prenda y preludio de las más abundantes gracias, Nos concedemos a vosotros y a cuantos os son queridos, Nuestra paterna Bendición Apostólica.

XIX

9 DE JUNIO DE 1940

AL NUEVO EMBAJADOR DE FRANCIA

Su Santidad recibió al nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Francia, S. E. el Dr. Vladimiro D'Ormesson, que presentaba sus credenciales. Al homenaje del distinguido Diplomático respondió Su Santidad con un venerado Discurso.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

que imponen las dificultades extraordinarias, todas las pruebas que consigo llevan las disposiciones de la Providencia, todos los lutos y todas las tristezas que, no solamente la muerte, sino aun la vida misma siembra inevitablemente cual tormentosas espinas en el caminar por este mundo.

¡Dilectos hijos e hijas, que se pueda decir también eso de vosotros! Viviendo ya en este mundo unidos a Jesús, recibéndole con frecuencia en la sagrada Comunión, venerando todos los días su imagen, no dejaréis la tierra sino para ir a contemplar eternamente la refulgente y beatificante realidad de su Corazón divino en el cielo. Con este deseo, y como prenda y prelude de las más abundantes gracias, Nos concedemos a vosotros y a cuantos os son queridos, Nuestra paterna Bendición Apostólica.

XIX

9 DE JUNIO DE 1940

AL NUEVO EMBAJADOR DE FRANCIA

Su Santidad recibió al nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Francia, S. E. el Dr. Vladimiro D'Ormesson, que presentaba sus credenciales. Al homenaje del distinguido Diplomático respondió Su Santidad con un venerado Discurso.

LAS palabras que acabáis de pronunciar, Señor Embajador, al entregarnos las Cartas credenciales, presentan un acento profundamente patético de la gravedad de esta hora, en que tan gran número de indecibles dolores caen sobre los hijos e hijas de vuestra patria.

Volando con el pensamiento a esa tierra de Francia, que Nos admirábamos, hace tres años, en ocasión de Nuestra Legación a Lisieux, en el brillante adorno de su fecundidad estival, Nos la vemos hoy enrojecida por la sangre de sus hijos y cubierta de ruinas innumerables. Como nuestro divino modelo, el buen Pastor, Nos sentimos Nuestro corazón conmovirse de compasión ante tal exceso de devastación y de sufrimiento, que convierte en realidad las lamentaciones del Salmista: «Señor, habéis hecho ver a vuestro pueblo duras pruebas; le habéis abrevado con vino de amargura» (*Ps. LIX, 5*).

Ante tamaño desarreglo, habéis recordado, Señor Embajador, las verdades de orden general que, por encima de las fronteras lingüísticas o nacionales, constituyen el fondo esencial del patrimonio moral de la humanidad. Entre esos valores espirituales fundamentales, habéis dado a la fe cristiana o, según decís, «a la concepción cristiana de la sociedad y de la vida», el lugar de honor que le corresponde.

Como los rayos que atraviesan espesas nubes, los resplandores devastadores de la guerra — cuyo incendio ha abrasado de nuevo al antiguo continente — han desgarrado, ante los ojos de todo observador atento y sincero, el velo de los pre-

juicios que no llegaron a disipar, hace ya más de medio siglo, ni la voz de la Iglesia ni especialmente las reiteradas advertencias de los últimos Papas, Nuestros venerados Predecesores. El encadenamiento de causas y efectos va penetrando aun en ciertos espíritus que hasta ahora consideraban con indiferencia la creciente descristianización de la vida pública y privada, inclinándose a veces a considerar como progreso de la moderna civilización el retroceso de la idea cristiana; un gran número de ellos comienza ya a percatarse, o se convence dolorosamente, de que la debilitación de la fe y el olvido del Evangelio más bien han acelerado las perturbaciones interiores y han agravado las disensiones exteriores entre las clases sociales y las naciones. ¡Que las lecciones de la hora presente puedan traducirse en actos que permitan esperar un resurgir del espíritu cristiano para lo por venir, principalmente en la educación de la juventud!

Francia, que se gloria de ser llamada hija primogénita de la Iglesia, afrontará las pruebas futuras con tanto más enérgica seguridad, cuanto con mayor resolución acudan todos sus hijos, en los diversos grados de la escala social, a las reservas de orden moral contenidas en su tradición cristiana, opulentas reservas acumuladas durante siglos y que no esperan sino liberarse de las trabas opuestas aún a su bienhechora eficacia, para hacer sentir a gobernantes y a gobernados su plena y total influencia.

En el caos actual de pensamientos y de sentimientos, vemos Nos, como acompañamiento inevitable y lamentable de los conflictos armados, abrirse entre las naciones abismos cada vez mayores de pasión, de odio, de desprecio consciente o inconsciente hacia las ideas y opiniones de los demás. De ello Nos resulta, como a Padre de la Cristiandad, un doble deber al que no podemos substraernos. Queremos, por una parte, despertar o hacer revivir, en todos Nuestros hijos e hijas de todos los pueblos, el sentimiento de las responsabilidades que se imponen a la conciencia cristiana; por otra parte, preparar y afirmar en las almas una franca disposición a emprenderlo todo, para que a estos acontecimientos todavía

AL NUEVO EMBAJADOR DE FRANCIA

sin ejemplo y que modificarán profundamente, además de la fisonomía de Europa, la estructura exterior y social de la humanidad, suceda la instauración de un nuevo orden cristiano en que se apliquen leal e íntegramente aquellos principios fundamentales de equidad, de moderación y de caridad, sin los cuales es imposible concebir una paz verdadera y duradera.

¿Cuándo vendrá esa deseada hora? Dios guarda su secreto; pero Nos le suplicamos que acelere su venida. Y también le suplicamos luz y prudencia para todos aquellos a quienes su providencia señalará el papel de arquitectos, repleto de responsabilidades, para la construcción del orden futuro, fundado sobre la justicia y la sana libertad. Mientras tanto, Nos encomendamos Nuestros queridos hijos e hijas de Francia a la poderosa y paternal protección del Altísimo.

Con Nuestros mejores deseos para Su Excelencia el Señor Presidente de la República, a quien Vuecencia, Señor Embajador, se dignará transmitir la sincera expresión de ellos: con el saludo personal de bienvenida que Nos os dirigimos, Nos os damos la seguridad de que, en el ejercicio de vuestra alta misión, encontraréis en Nos una buena voluntad que jamás se desmentirá, y un apoyo presto siempre a manifestarse.

XX

19 DE JUNIO DE 1940

ANSIAS Y ESPERANZAS

En la Sala Ducal del Palacio Apostólico Vaticano, Su Santidad admitió a su augusta presencia a numerosas parejas de recién casados y a muchos otros fieles. El Augusto Pontífice dirigió a la gran multitud de reunidos preciosas palabras, deseándoles toda felicidad y excitándoles a la devoción al Sagrado Corazón.

CUARENTA y un años ha, en un momento difícil para la sociedad cristiana, y no menos angustioso que el presente, Nuestro glorioso Predecesor León XIII, en su Encíclica *Annum sacrum* recordaba cómo, cuando la Iglesia se hallaba oprimida bajo el yugo de los Césares, apareció la Cruz en lo alto a un joven Emperador, como garantía y causa de próxima victoria; y añadía: «Ved que también hoy se ofrece a nuestra mirada otra señal divinísima y del mejor auspicio: el Corazón Sacratísimo de Jesús, coronado por la Cruz y brillante con esplendidísimo fulgor entre llamas. En Él han de colocarse todas las esperanzas; a Él se ha de pedir y de Él esperar la salvación de los hombres» (*Leonis XIII Acta*, XIX, páginas 78-79).

En el presente mundo tan conmovido, y en este mes dedicado al Sagrado Corazón, os repetimos aquellas palabras, directos nuevos esposos, a vosotros que más que nadie tenéis necesidad de mirar lo por venir con confianza. ¡Consagraos a este divino Corazón y esperad de Él vuestra salvación y vuestra felicidad!

Dios, que ha creado al hombre por amor y para ser amado por él, no solamente ha hecho un llamamiento a su inteligencia y a su voluntad; para conmover su corazón, Él mismo ha tomado un corazón de carne. Y pues que la señal más manifiesta de amor entre dos corazones es la total entrega del uno al otro, Jesús se digna proponer al hombre este cambio de corazones: Él ha dado el suyo en el Calvario, lo da todos los días, millares de veces, en el altar; y en cambio le pide

al hombre su corazón: «*Præbe, fili mi, cor tuum mihi*» (*Prov.*, XXIII, 26): «¡Hijo mío, dame tu corazón!» Y este llamamiento universal se dirige particularmente a la familia, porque especiales son los favores que a ella concede el Corazón divino.

El hombre, obra maestra del Creador, está hecho a imagen de Dios (*Gen.*, I, 26-27). Esta imagen adquiere en la familia, en cierto modo, una peculiar semejanza con el divino modelo, porque así como la esencial unidad de la naturaleza divina existe en tres personas distintas, consubstanciales y coeternas, así también la unidad moral de la familia humana se realiza en la trinidad del padre, de la madre y de su prole. La fidelidad conyugal y la indisolubilidad del matrimonio cristiano constituyen un principio de unidad, que puede parecer contrario a la parte inferior del hombre, pero que es conforme a su naturaleza espiritual; de otra parte, el mandamiento dado a la primera pareja: «*Creced y multiplicaos*» (*Gen.*, I, 28), convirtiendo la fecundidad en ley, asegura a la familia el don de perpetuarse a través de los siglos, poniendo en ella como un reflejo de la eternidad.

Las grandes bendiciones de la Ley antigua fueron prometidas y dadas a la familia. Noé no se salvó solo en el Diluvio; entró en el arca «con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos» (*Gen.*, VII, 7), para salir de allí incólume con ellos (*Gen.*, VIII, 18); después de lo cual bendijo Dios a él y a su descendencia, a la que ordenó crecer y multiplicarse, hasta llenar la tierra (*Gen.*, IX, 1). Las promesas hechas solemnemente a Abraham, según recordaba San Pablo en su carta a los Gálatas (III, 16), no se dirigían a él solamente, sino también a su descendencia, que había de poseer la tierra prometida y multiplicarse hasta convertir al Patriarca en padre de muchas gentes (*Gen.*, XV y XVII). Cuando fué destruída Sodomá a causa de sus iniquidades, y precisamente por sus delitos contra la familia, el fiel Lot, advertido por los ángeles, fué perdonado con sus hijas y sus yernos (*Gen.*, XIX, 12-14). Heredero de las promesas y predilecciones del Altísimo, cantó el rey David la misericordia divina, que se derramaba so-

bre su linaje (*Ps.* XVII, 51) de generación en generación (*Ps.* LXXXIX, 1). Ya que después de haberle escogido pequeño pastor, cuando andaba tras el rebaño, y de haberle dado un nombre grande y haberle libertado de sus enemigos, el Señor le anunció que le «haría una casa», esto es, una familia, y que tomaría su cuidado paternalmente: «Cuando se habrán cumplido tus días y duermas con tus padres, suscitaré tras de ti tu posteridad» (*II Reg.*, VII, 8-12).

También en la nueva ley se otorgan a las familias nuevas gracias. El sacramento hace aun del mismo matrimonio un medio de mutua santificación para los esposos y una fuente inagotable de sobrenaturales auxilios; su unión es símbolo de la que existe entre Cristo y su Iglesia; los hace colaboradores en la obra creadora del Padre, en la redentora del Hijo, en la iluminadora y educadora del Espíritu Santo. ¿No es todo ello una verdadera predilección de Dios, un amor de su Corazón, como cantaba el Salmista viendo los pensamientos del divino Corazón a través de las generaciones humanas?: «Cogitationes cordis eius in generatione et generationem» (*Ps.* XXXII, 11).

Pero no es todo. Este Corazón da y promete aun más a las familias cristianas. Ante todo les ha querido ofrecer un modelo, por decirlo así, más tangible e imitable que el de la «sublime e inaccesible Trinidad. Jesús, «autor y consumidor de la fe», que renunció a las alegrías humanas y, «en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia» (*Hebr.*, XII, 2), gustó, no obstante, la dulzura del hogar doméstico en Nazaret. Nazaret es el ideal de la familia, porque allí la autoridad serena y sin aspereza se une con una obediencia sonriente y pronta: porque allí la integridad se une con la fecundidad, el trabajo con la oración, el buen querer humano con la divina benevolencia. ¡Ved el ejemplo y ánimo que Jesús os ofrece! Pero su Corazón os reserva a vosotros, jefes de familia de los nuevos tiempos, bendiciones aun más explícitas. El divino Corazón se ha empeñado en asistir y proteger, cuando se encuentren en alguna necesidad, a las familias que se consagran a Él. ¡Ah, cuántas necesida-

des, a veces bien duras, oprimen a las familias hoy, y cuántas otras les amenazan! Tal vez nadie puede considerarse sin desventuras en lo presente y sin preocupaciones para lo por venir, y, de otra parte, en la familia el peligro de cada uno se convierte en preocupación para todos, y el peligro de todos aumenta a su vez la ansiedad de cada uno.

Ahora, pues, más que nunca es el momento de dirigiros al Sagrado Corazón y de consagraros a Él con todo cuanto de veras estimáis. Confiadle el nuevo hogar que habéis fundado y que no espera sino desarrollarse en la calma, aun entre las agitaciones del mundo exterior. Confiadle la casa, que tal vez habéis tenido que abandonar, dejando en ella a vuestros ancianos padres privados en adelante de vuestro apoyo. Confiadle la patria, cuya tierra fecundada por el sudor, y tal vez por la sangre de vuestros antepasados, os pide también a vosotros que seáis generosos en servirla. Confiadle con Nos la Santa Iglesia, que tiene promesas de vida eterna y sabe que no sucumbirá bajo los asaltos del infierno, pero que llora, sin embargo, como Raquel, sobre muchos de sus hijos que ya no existen (*Ier.*, XXXI, 15), sobre tantos de sus templos destruídos, sobre sus sacerdotes impedidos en el ejercicio de su ministerio, sobre innumerables almas desgraciadas, ovejuelas errantes entre las ruinas de su redil aniquilado o en los desiertos del destierro, mientras los esfuerzos reunidos del engaño y de la seducción se afanan por apartarlas del único y verdadero Pastor divino.

Confiad, por fin, al Sagrado Corazón la humanidad entera, esta humanidad dividida, desgarrada, ensangrentada. Millares de hombres han llegado a olvidarse de su bautismo, y a veces aun de la ley esculpida por el Creador en el fondo de toda conciencia humana. Que puedan volver a encontrar su recuerdo con un sentimiento de dolorosa confusión y, después de sus prevaricaciones, entrar de nuevo en su propio corazón: «Mementote istud et confundamini: redite, praevaricatores, ad cor!» (*Is.*, XLVI, 8). Que en esta vuelta a su pasado y al de sus abuelos, puedan recordar que no hay sino un Dios y que no tiene igual: «Recordamini prioris saeculi,

ANSIAS Y ESPERANZAS

quoniam ego sum Deus... nec est similis mei» (*ib.*, XLVI, 9). Pero sobre todo, mirando con amor a la imagen del Sagrado Corazón, recuerden que este Dios sin igual se ha hecho igual a los hombres; que tiene un corazón semejante al suyo y herido de amor por ellos; que este Corazón, viviente en el tabernáculo, está siempre pronto a acoger su arrepentimiento y sus súplicas, abierto siempre para derramar sobre ellos, con la efusión de su sangre, la abundancia de sus gracias, únicas capaces de curar todas las miserias, de enjugar todas las lágrimas y de reparar todas las ruinas.

XXI

26 DE JUNIO DE 1940

EL EVANGELIO, FUENTE DE LA PAZ DOMÉSTICA

Una gran multitud de personas ofrecía devotísimo homenaje al Sumo Pontífice. Además de numerosas parejas de recién casados y de otros fieles, fueron admitidos a la Audiencia doscientos cincuenta niños y niñas de la parroquia de San Miguel Arcángel de Pietralata en Roma. Su Santidad se dignó dirigir a tan devoto auditorio paternas consideraciones que fueron aclamadas.

PODRÍAMOS Nos en el día de hoy, dilectos nuevos esposos, proponer a vuestra contemplación el gracioso cuadro que la Iglesia ofrecía anteayer a la piedad de los fieles: un niño, Juan Bautista, fruto milagroso de una boda largo tiempo estéril, y cuyo nacimiento fué acompañado de prodigios tales, que amigos y relaciones de la familia se preguntaban estupefactos: «¿Qué irá a ser este niño?» (*Luc.*, I, 66).

También pudiéramos, arrodillándonos con vosotros junto a la tumba de los Príncipes de los Apóstoles, cuya fiesta celebrará solemnemente la Iglesia dentro de tres días, despertar en vosotros el eco de las sabias enseñanzas que a los fieles de su tiempo daban San Pedro, en su primera carta (III, 1-7), y San Pablo en la epístola a los de Efeso (V, 22-23).

Mas en una época agitada en que tan preocupados estáis por el porvenir de vuestro hogar que apenas acabáis de fundar, estimamos todavía más necesaria una palabra de consuelo, análoga a la que ya otras veces en este mes de junio hemos dirigido a jóvenes esposos reunidos en torno a Nos. para deciros: «Caros hijos e hijas, dirigíos al Sagrado Corazón de Jesús, consagraos a Él enteramente y viviréis en la serenidad y en la confianza!»

No hay duda de que, si se desea salir definitivamente de la crisis actual, será preciso edificar la sociedad sobre bases menos frágiles, esto es, más conformes a la moral de Cristo, fuente primera de toda verdadera civilización. Y no es menos cierto que, si de veras se quiere alcanzar tal fin, precisa comenzar por recristianizar las familias, muchas de las cuales han olvidado, al no practicar el Evangelio, la caridad que éste exige y la paz que lleva consigo.

Es la familia el principio de la sociedad. Así como el cuerpo humano se compone de células vivientes que no se hallan simplemente yuxtapuestas, sino que por sus íntimas y constantes relaciones constituyen un todo orgánico, así la sociedad hállase formada, no por una suma de individuos, seres esporádicos que aparecen un instante para luego desaparecer, sino por la comunidad económica y por la solidaridad moral de las familias, que, transmitiendo de generación en generación la preciosa herencia de un mismo ideal, de una misma civilización, de una misma fe religiosa, aseguran la cohesión y la continuidad de los vínculos sociales. Hace ya quince siglos que lo notaba San Agustín, cuando escribía que la familia debe ser el elemento inicial y como una célula (*particula*) de la ciudad. Y como toda parte se dirige al fin y a la integridad del todo, concluía que la paz en el hogar doméstico entre quien manda y quien obedece, ayuda a la concordia de las gentes (*De Civitate Dei*, l. 10, c. 16). Bien lo saben quienes, para expulsar a Dios de la sociedad y lanzar a ésta al desorden, se esfuerzan por quitar a la familia el respeto y hasta el recuerdo de las leyes divinas, ensalzando el divorcio y la unión libre, estorbando la misión providencial dada a los padres sobre sus hijos, infundiendo en los esposos el temor de los sufrimientos materiales y de las responsabilidades morales que consigo lleva el glorioso peso de una prole numerosa. Deseamos Nos preveniros contra tales peligros, recomendándoos que os consagréis al Corazón sacratísimo de Jesús.

Lo que ha faltado, lo que falta aún al mundo para vivir feliz en la paz, es el espíritu evangélico del sacrificio; y este espíritu falta porque, al debilitarse la fe, acaba prevaleciendo el egoísmo, que destruye y hace imposible la felicidad en común. De la fe brotan el temor de Dios y la piedad, que hacen pacíficos a los hombres; el amor al trabajo, que conduce al acrecentamiento aun de las riquezas materiales; la equidad, que enseña y asegura su recta distribución; la caridad, que repara sin cesar las inevitables brechas que en la justicia hacen las pasiones humanas. Todas estas virtudes suponen el es-

píritu de sacrificio al que viene obligado el creyente: «El que quiera venir en pos de Mí», dice Jesús, «niéguese a sí mismo» (*Matth.*, XVI, 24). Por el contrario, entre los hombres y entre los pueblos, las ambiciones de cada uno no podrán jamás coexistir con el bienestar de todos. «¿De dónde vienen», exclama el apóstol Santiago, «entre vosotros las guerras y las disensiones? ¿Acaso no vienen de vuestras concupiscencias, que militan en vuestros miembros?» (*Iac.*, IV, 1).

Para volver a encontrar la paz, precisa que vuelvan los hombres de nuevo a aprender lo que siglos ha les predicán Cristo y su Iglesia: hacer el sacrificio de las propias aspiraciones y de los propios deseos, si son incompatibles con los derechos ajenos o con el interés colectivo. A ello les encamina por vía dulce y segura la devoción al Sagrado Corazón.

En primer lugar, de hecho, la imagen del divino Corazón, circundado de llamas, coronado de espinas, abierto por la lanza, recuerda hasta qué punto Jesús ha amado a los hombres y se ha sacrificado por ellos, esto es — según sus mismas palabras —, «hasta agotarse y consumirse». Además, el lamento del Salvador por la infidelidad e ingratitud de los hombres imprime a esta devoción un carácter esencial de penitencia expiatoria. Nuestro gran Predecesor Pío XI lo puso admirablemente de relieve tanto en su Encíclica «*Miserentissimus Redemptor*» como en la oración litúrgica de la fiesta del Sagrado Corazón, donde se dice que al devoto obsequio de nuestra piedad («*devotum pietatis nostrae obsequium*») ha de añadirse la condigna satisfacción por nuestros pecados («*dignae satisfactionis officium*»). Estos dos elementos hacen la devoción al Sagrado Corazón eminentemente apta para restablecer el orden perturbado, preparando y promoviendo de esta suerte la vuelta de la paz. La gran obra de Cristo, o, para hablar con San Pablo (*II Cor.*, V, 19), la obra que Dios realizaba en Él, era reconciliar consigo al mundo («*Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*»); y la sangre, cuyas últimas gotas brotaron del Corazón de Jesús en la Cruz, es el sello de la nueva alianza (*I Cor.*, XI, 25), que reanuda los lazos del amor entre Dios y el hombre, rotos por el pecado original.

Haced, pues, de este Corazón el Rey de vuestra morada y estableceréis la paz en ella. Tanto más cuanto que Él mismo, al renovar y determinar las bendiciones de su Padre celestial sobre las familias fieles, ha prometido hacer reinar la paz en las que le fueren consagradas.

¡Oh, si todos los hombres escucharan esta invitación y esta promesa! Dos gloriosos Predecesores Nuestros, León XIII y Pío XI, como Padres comunes de la Cristiandad y guías inspiradores del género humano en este mundo, lo han consagrado, ciertamente, al Corazón de Jesús. Pero ¡cuántas almas ignoran todavía, cuántas hasta desprecian, la fuente de gracias que les está abierta y se les ofrece tan accesible! ¡Ah, no seáis vosotros del número de aquellos negligentes o necios que dejan cerradas al Rey del amor las puertas de su hogar, de su ciudad, de su nación, retardando con ello el día en que el mundo pacificado encontrará su verdadera felicidad! ¿Cerraríais tal vez la ventana, si vierais volar ante ella, como Noé ante el arca, a la paloma que trajera el ramo de olivo? Ahora bien, lo que el Sagrado Corazón promete y concede es más que un símbolo: es la realidad de la paz. Solamente os pide Jesús que le deis sinceramente vuestro corazón; tal es la verdadera consagración. Tened el valor de hacerla y entenderéis por la propia experiencia que Dios no se deja vencer jamás en generosidad.

Cualesquiera que puedan ser, hoy o mañana, las dificultades de la vida en torno a vosotros, ya no experimentaréis aquellas perturbaciones o tristezas que conducen al descorazonamiento; porque descorazonarse es no tener corazón; y, ahora por el contrario, vosotros tendréis, en vez de un débil corazón humano, un corazón conforme al del mismo Dios. Entonces veréis cómo se realiza para vuestra familia, para vuestra patria, para la Cristiandad y la humanidad entera, la promesa del Señor al Profeta Jeremías: «Les daré un corazón para conocerme..., y ellos serán mi pueblo; y yo seré su Dios, porque de nuevo se volverán a mí con todo su corazón» (*Ier.*, XXIV, 7).

SACRIFICIOS INFANTILES

Queremos ahora dar Nuestra bienvenida a vosotros, queridos niños y niñas de la parroquia de San Miguel Arcángel de Pietralata, que ya Nos parece conocer, porque mientras las buenas obras de los justos, según la palabra del Espíritu Santo, los siguen ante el trono de Dios («opera enim illorum sequuntur illos» (*Apoc.*, XIV, 13), las vuestras, por el contrario, os han precedido ante su Vicario, en forma de un óbolo filial y de una graciosa colecta en la que Nos hemos podido ver con emoción las sumas consoladoras de las comuniones recibidas, de las misas oídas, de las «florecillas» o sacrificios que vuestras almas han ofrecido durante todo el mes de mayo en respuesta a Nuestro llamamiento. Ya hemos hecho llegar por escrito a vuestro amado y celoso Ecónomo-Párroco la expresión de Nuestra paterna gratitud. No añadiremos pues sino una palabra, que el mejor adorno de vuestro hermoso «Tesoro espiritual», más que la página inicial tan delicadamente iluminada, es el mismo volumen con sus largas listas de nombres y apellidos, pues a cada día de dicho mes corresponden folios distintos que llevan vuestras firmas. Tal preocupación, si revela la atenta y vigilante solicitud de vuestro óptimo pastor, muestra también que vosotros no os habéis portado como niños, sino que habéis obrado como hombres, como soldados, que a todo llamamiento de su jefe responden: ¡Presente!, o, todavía mejor, como las estrellas del cielo, que a la llamada de Dios responden con alegría: ¡Henos aquí! (*Baruch*, III, 35). Aplicación tan valerosa y tenaz en el cumplimiento del deber cotidiano se llama asiduidad; conservadla durante toda vuestra vida al servicio de Dios, ya que, como bien sabéis, la recompensa eterna está prometida a la perseverancia (cfr. *Matth.*, X, 22). Pero, además, y para volver al Sagrado Corazón, cuyos inefables beneficios Nos habéis oído recordar poco ha, la asiduidad es para vosotros una prenda de sus especiales bendiciones. Leemos de hecho en el Eclesiástico (VI, 37): «Sé asiduo en la meditación de los mandamientos

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

de Dios y Él te dará un corazón» («In mandatis illius maxime assiduus esto, et ipse dabit tibi cor»). ¡Queridos niños y niñas, dígnese Nuestro Señor, que tanto ama a los pequeños, daros un corazón puro y fuerte, conformado a su propio Corazón, mientras vosotros le daréis leal y totalmente el vuestro!

XXII

3 DE JULIO DE 1940

L I N F A D E V I D A

Su Santidad admitió a su augusta presencia a numerosas parejas de recién casados y a un gran grupo de fieles. Y tomando ocasión del mes dedicado a la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se dignó dirigirles su palabra de enseñanza y de luz.

LA piedad de los fieles dedica el mes de julio a la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, en cuyo honor celebra la Iglesia solemne fiesta litúrgica el primer día del mismo mes; sobre tal argumento, pues, tan caro a toda alma cristiana, deseamos hablaros hoy brevemente. En una hora de luchas feroces, en que la sangre humana corre a oleadas en el mundo, ¡pueda la contemplación de las maravillas de la sangre divina, esparcida por puro amor y como fuente inagotable de reconciliación y de paz, ser consuelo de vuestros corazones y esperanza de vuestras almas!

No ignoráis, ciertamente, el precio infinito de la sangre redentora; sabéis también que ciertas iglesias o capillas se glorían de conservar algunos restos o señales de ella, como las que se veneran en la Escala Santa; pero sabéis que, sobre todo en el tabernáculo, bajo las apariencias de la hostia, está la realidad misma de esta sangre, presente allí con el cuerpo, el alma y la divinidad del Salvador. Adorando este augusto Sacramento, vosotros habéis repetido muchas veces con la sagrada liturgia: «Pange, lingua, gloriosi Corporis mysterium Sanguinisque pretiosi»: «Canta, ¡oh lengua!, el misterio del Cuerpo glorioso y de la Sangre preciosa»; y no pocos de vosotros — así lo esperamos — habréis celebrado anteayer, con una piadosa Comunión, la fiesta de la Preciosísima Sangre. Esta expresión, empleada por San Pedro, al escribir a los cristianos de su tiempo: «Sabed que habéis sido rescatados, no con precio de cosas corruptibles de oro o de plata..., sino con la preciosa sangre de Cristo, como de cordero

sin mancha y sin defecto» (*I Petr.*, I, 18-19), no ha cesado de estar en uso en las devotas oraciones, como en el versículo del *Te Deum* que recitamos de rodillas: «Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti»: «Ea, Señor, ven en auxilio de tus siervos, a quienes has redimido con tu sangre preciosa».

Muy natural es que todo hombre estime como un bien de gran valor su sangre, que tiene la función de transportar a los varios tejidos el material nutritivo y el oxígeno, mientras sus corpúsculos blancos defienden al organismo contra las invasiones de bacterias. Por ello uno de los principales cuidados de los padres ha de ser el de transmitir a sus hijos una sangre no empobrecida ni viciada por internas enfermedades, por externas contaminaciones o por una progresiva degeneración. Recordad, sin embargo, que cuando llamáis a vuestros hijos los herederos de vuestra sangre, habéis de referiros a algo más alto que a la sola generación corporal. Sois vosotros, y deben ser vuestros hijos, los brotes de una estirpe de santos, según la palabra de Tobías a su joven esposa: «Filii Sanctorum sumus» (*Tob.*, VIII, 5), esto es, hombres santificados y hechos participantes de la divina naturaleza por medio de la gracia sobrenatural. El cristiano, en virtud del bautismo — que le ha aplicado los méritos de la sangre divina —, es hijo de Dios, uno de los que, según el evangelista San Juan (I, 12-13), «creen en su nombre; los cuales, no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad del varón, sino de Dios, han nacido». Por ello, en un pueblo de bautizados, cuando se habla de transmitir la sangre de los antepasados a los descendientes, que deberán vivir y morir, no como animales irracionales, sino como hombres y como cristianos, precisa no restringir el sentido de tales palabras a un elemento puramente biológico y material, sino extenderlo a cuanto constituye como el líquido nutritivo de la vida intelectual y espiritual: el patrimonio de fe, de virtud, de honor, transmitido por los padres a su descendencia, y mil veces más precioso que la sangre, por muy rica que sea, infundida en sus venas.

Los miembros de una familia noble gloríanse de su ilustre sangre; y este brillo, fundado en los méritos de los antepasados, implica en sus herederos algo más que simples ventajas físicas. Pero todos los que han recibido la gracia del bautismo, pueden llamarse «Príncipes de la sangre», y no de una sangre solamente real, sino divina. Inspirad, pues, dilectos nuevos esposos, en los hijos que os conceda Dios, tal estima de esta sobrenatural nobleza, que siempre estén prestos a sufrirlo todo, antes que perder tesoro tan precioso.

Y para apreciarlo todavía mejor, pensad en el beneficio que lleva consigo. Conocéis bien la historia de la primera Pascua en el Antiguo Testamento; sabéis que, cuando el Señor envió su Ángel a herir a los primogénitos de los Egipcios, ordenó a los hijos de Israel que inmolaran un cordero sin mancha, con cuya sangre señalarían las puertas de su casa; el Ángel, al ver esta señal, pasaría de largo y perdonaría a los hijos del pueblo escogido (*Ex.*, XII, 12-13). Toda la tradición, comenzando por los Apóstoles y los Padres, ve en este cordero la figura de Cristo, inmolado sobre la Cruz, para que los hombres, señalados por su redentora sangre, fueran salvados de la muerte eterna. Ahora bien, por muy puro que fuese el cordero pascual, Dios en la Ley antigua no quería aceptar su sangre en homenaje, sino tan sólo como rito provisional. Bien diversa es la sangre humana, por el valor de su función y por su simbólica dignidad. Derramada delictivamente, como la de Abel, clama venganza ante Dios (*Gen.*, IV, 10). Pero derramada por caridad hacia los demás, constituye el mayor acto posible de amor (*Io.*, XV, 13), el que Cristo ha realizado por nosotros. Y precisamente porque la sangre de las víctimas animales era incapaz de quitar los pecados del mundo, el Verbo se encarnó para ofrecerse Él mismo al Padre en sacrificio de adoración y de expiación (*Hebr.*, X); en la plenitud de su libertad (*Is.*, LIII, 7; *Io.*, X, 17-18). Él ha dado su vida, ha derramado su sangre, para rescatar a la humanidad pecadora.

Tal efusión redentora comenzó ya ocho días después de su nacimiento, en el rito sagrado de la Circuncisión del Se-

ñor; continuó más tarde durante las dolorosas horas de su Pasión: en la angustia de la agonía de Getsemaní, bajo los azotes de la flagelación y la corona de espinas en el pretorio, y se consumó, por fin, en el Calvario, donde su Corazón fué traspasado, a fin de permanecer siempre abierto para nosotros. Y la sangre que así esparcía Jesús en sacrificio, que de Él hacía el «Mediador de la nueva alianza», como dice San Pablo, habla «mejor que la de Abel» (*Hebr.*, XII, 24), pues aquí la voz del perdón recubre la del delito, porque el grito de misericordia y de remisión es el de un Hombre-Dios.

Renovad, pues, en vuestros corazones, dilectos hijos e hijas, la devoción saludable a la Preciosísima Sangre; la señal que ella os ha impreso por el bautismo es — bien lo sabéis — indeleble. En la naturaleza misma la sangre derramada parece adherirse a las manos del delincuente, como el delito y el remordimiento se pegan a su conciencia: la poesía y el arte dramático han sacado de adherencia tan tenaz impresionantes efectos; y en vano Pilatos se lavó ante el pueblo las manos que habían firmado la sentencia de muerte del Justo (*Matth.*, XXVII, 24); hasta el final de los siglos la mancha de la sangre divina quedará indeleble sobre su memoria: «passus sub Pontio Pilato».

Esposos cristianos, de vosotros depende el dar a la sangre de Cristo en vuestras almas y en las de vuestros hijos, ya una voz de perdón, ya una voz de venganza. Si conserváis su señal siempre viva y fúlgida en su primitiva frescura, no hablará sino de rescate y de misericordia; pero si es oscurecida y manchada por el fango del pecado, se cambiará en estigma de condenación. Aun entonces os quedará todavía un refugio; después de vuestras culpas, por innumerables que ellas fueren, siempre podéis, con un sincero arrepentimiento, lavar de nuevo vuestro vestido baptismal en la sangre del Cordero (*Apoc.*, I, 5; VII, 14), que no cesa de correr por vosotros en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Así esta señal, piadosamente preservada o humildemente valientemente reconquistada, será vuestra protección cuando pase sobre vosotros y sobre vuestra posteridad el Ángel ejecutor de las jus-

LINFA DE VIDA

ticias divinas. Y hasta podréis vosotros mismos, ya desde ahora y por toda vuestra vida, hacer vuestro, pero con grito de amor, aquel grito de odio de los judíos: «Sanguis eius super nos et super filios nostros» (*Matth.*, XXVII, 25): ¡Su sangre sobre nosotros y nuestros hijos! ¡Señor Jesús — diréis vosotros —, que habéis derramado vuestra preciosa sangre por todos los pecadores, haced que recaiga en gracias de redención sobre nosotros, sobre los que nos son caros, y especialmente sobre los que serán, si os place, herederos de nuestra sangre!

XXIII

10 DE JULIO DE 1940

EL OLVIDO DE LAS INJURIAS

Una inmensa multitud de fieles llenaba la Sala Ducal, junto con numerosas parejas de recién casados, para oír, en la acostumbrada Audiencia general, las paternales enseñanzas del Sumo Pontífice y para recibir su santa Bendición. Su Santidad fué recibido por una entusiasta demostración de afecto: todos querían competir en manifestar sus devotos sentimientos al Vicario de Jesucristo, cuyas palabras fueron luego escuchadas con el más edificante y piadoso recogimiento.

CELEBRA la Iglesia, particularmente en el mes de julio, como bien sabéis, dilectos hijos e hijas, la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y en su oración litúrgica suplica al Padre celestial, «que ha constituido a su Hijo unigénito Redentor del mundo y ha querido ser aplacado con su sangre», que nos haga sentir sus benéficos efectos (*Brev. Rom.*, I Iul., Orat.). Tal fué el argumento de Nuestras breves palabras en la audiencia del pasado miércoles; tal será — siquiera bajo otro aspecto — también el de hoy; porque el misterio de esta sangre divina generosamente esparcida es inagotable como su misma fuente, y la meditación de la obra redentora, es decir, del más magnánimo de los perdones, es en la hora presente saludable y oportuna como nunca.

En el mundo visible aparecen a través de los siglos, ante nuestra aterrorizada mirada, no sólo manchas, sino torrentes de sangre que cubren ciudades destruidas y campiñas devastadas. Pero la sangre derramada por la fuerza hace germinar frecuentemente el rencor, y el rencor del corazón humano es profundo como un abismo que llama a otro abismo, a la manera que una ola viene tras otra y una desgracia trae consigo otra (*Ps.* XLI, 8). Observad, por el contrario, el mundo de las almas. También aquí corren ríos de sangre; pero esta sangre esparcida por amor no lleva consigo sino el perdón de las injurias. El corazón del Hombre-Dios, de quien emana, es ciertamente un abismo: «Cor Iesu, virtutum omnium abysus» (*Litan. de S. Corde Iesu*, II), pero un abismo de virtud, que no llama en el fondo de los corazones sino a otro abismo

de dulzura y de misericordia. Desde que Cristo ofreció su sangre por ella, la humanidad que cree en Él está sumergida en un océano de bondad y respira una atmósfera de perdón.

¿Habéis visto alguna vez, en el atardecer de un pesado día de verano, refrescada la tierra por una lluvia temporal? Trombas de agua, en pocos minutos, han empapado el terreno en montes y valles; cuando comienza de nuevo a serenarse el cielo, y mientras el arco iris extiende sobre el firmamento, aun grisáceo, la cinta de los siete colores, asciende del suelo húmedo un vapor cargado de olores vegetales; parece el hálito tibio de un gran organismo viviente, ávido de expansión. Ante este olor del agua, el árbol truncado — como decía Job (XIV, 7-9) —, que parecía muerto, parece revivir de nuevo y pronto torna a adquirir la cabellera de su follaje. Es una débil imagen de los beneficios con que bajo los torrentes de la sangre redentora ha sido fecundada la tierra. Si las cataratas del cielo, abiertas durante cuarenta días, bastaron para sumergirla (*Gen.*, VII, 11 ss.), ¿cómo no había de inundar y casi impregnar el fondo de las almas la sangre divina, que mana hace diecinueve siglos del Corazón de Jesús en millares de altares? Contemplaba, sin duda, David esta benéfica efusión, cuando hablaba de una lluvia abundante, reservada por Dios para su herencia: «*Pluviam voluntariam segregabis, Deus, hereditati tuae*» (*Ps.* LXVII, 10). La lluvia, condición esencial de fertilidad para Palestina y gran recompensa de Dios para la obediencia a sus mandatos (*Deut.*, XI, 11-14), simbolizaba de esta suerte — aunque muy imperfectamente — la regeneración del género humano por medio de la sangre de Cristo.

Por lo demás, no sería conforme a la verdad creer que el Antiguo Testamento no haya enseñado ya el perdón de las ofensas. Encuéntranse allí a propósito preciosas y sabias amonestaciones, especialmente para vosotros, caros nuevos esposos. «No te acuerdes de ninguna de las ofensas recibidas del prójimo», dice el Eclesiástico (X, 6); ahora bien, el olvidarlas es tal vez más duro aún que perdonarlas. Perdonad, pues, ante todo, y Dios os dará la gracia de olvidar. Mas, a

trueque de todo, arrojad de vosotros el deseo de venganza, que ya en la antigua Ley condenaba así el Señor: «No buscar la venganza y no conservar memoria de la injuria de tus conciudadanos» (*Lev.*, XIX, 18). En otras palabras se podría decir hoy: Guardaos del resentimiento contra vuestros vecinos: aquella familia que habita encima o debajo o frente a vosotros; aquel propietario con quien tenéis común el muro; aquel negociante cuyo comercio os hace competencia; aquel pariente cuya conducta os humilla. Y todavía avisa la Escritura: «No decir: haré a él lo que me ha hecho a mí; daré a cada uno según sus acciones» (*Prov.*, XXIV, 29). Porque «quien quiere vengarse, experimentará la venganza del Señor, que tendrá cuenta exacta de sus pecados» (*Eccli.*, XXVIII, 1). ¡Qué locura es, en efecto, el rencor de un alma pecadora, que tanta necesidad tiene de indulgencia! El escritor sagrado hace notar este contraste tan estridente: «¿Un hombre conserva rencor contra otro hombre y pide a Dios la curación? ¿No tiene él misericordia para un hombre semejante suyo y pide perdón de sus pecados?» (*ib.*, 3-4).

Pero sobre todo, desde que la nueva Alianza entre Dios y los hombres fué sellada con la sangre de Jesucristo (*Luc.*, XXII, 20), hízose general la ley del perdón incansable y la del rencor cambiado en amor: «¡Oh Pedro — respondió Jesús al Apóstol que lo preguntaba —, deberás perdonar a tu hermano, no siete veces, sino hasta setenta veces siete» (*Matth.*, XVIII, 22), es decir, que el cristiano debe siempre estar dispuesto a perdonar, sin límite ni fin, las ofensas recibidas del prójimo. Y aun enseñaba más el divino Maestro: «Cuando os pusiereis en pie para orar, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadle primero, a fin de que vuestro Padre que está en los cielos os perdone también vuestros pecados» (*Marc.*, XI, 25). Y ni siquiera basta no devolver mal por mal. «Habéis oído (añadía Jesús) que fué dicho: — Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo —. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian» (*Matth.*, V, 43-44). Tal es la doctrina cristiana del amor y del perdón, doctrina que a veces exige grandes sacrificios.

En la hora actual, por ejemplo, hay peligro de que el noble y legítimo sentimiento del amor a la patria degenera, en el ánimo de no pocos, en una pasión vengativa; en orgullo insaciable en los unos, en rencor incurable en los otros. Un cristiano, al defender fiel y valerosamente a su patria, debe abstenerse de odiar a quienes está obligado a combatir. Es frecuente que en los campos de batalla personas adscritas a los servicios de ambulancia, enfermeros y enfermeras, se prodigan generosamente en el cuidado de los enfermos y de los heridos, sin distinción de nacionalidad. Pero ¿es preciso que lleguen los hombres al umbral de la muerte para que se reconozcan como hermanos? Esa caridad admirable, pero tal vez tardía, no basta; es necesario que con la meditación y la práctica del Evangelio lleguen de una vez todos los cristianos a adquirir la conciencia de los vínculos fraternos que los unen en una común redención por los méritos de la sangre de Jesucristo y que en esta misma sangre, tornada en bebida suya, las almas encuentren la fuerza, a veces hasta heroica, del mutuo perdón (que, ciertamente, no excluye el restablecimiento de la justicia o del derecho lesionado); sin ello jamás será posible una verdadera y duradera concordia.

Pero queremos volver con el pensamiento a vosotros, dilectos nuevos esposos. En el camino que habéis emprendido, ¿no habréis de practicar algún día el olvido de las ofensas, en un grado que algunos estiman superior a sus fuerzas humanas? Aunque, por fortuna, raro entre esposos verdaderamente cristianos, no es imposible el caso, ya que el demonio y el mundo acechan al corazón, cuyos impulsos son pronto, y fatigan la carne, que es débil (cfr. *Marc.*, XIV, 38). Pero aun sin recurrir a tales extremos, en la misma vida de cada día, ¡cuántas ocasiones de pequeñas diferencias, cuántos choques ligeros que pueden crear entre los esposos, si a tiempo no se pone remedio, un estado de latente y dolorosa aversión! Después, entre padres e hijos: cierto que la autoridad debe hacerse valer, mantener sus derechos al respeto, sostenerlos con advertencias, con reprensiones, si es preciso con castigos; pero ¡cuán deplorable sería, por parte de un padre o de una

madre, la más mínima apariencia de resentimiento o de venganza personal! Ella basta a veces para quebrantar y hasta destruir en el corazón de los niños la confianza y el afecto filial.

En el calendario eclesiástico se celebra pasado mañana, 12 de julio, la fiesta de un gran Santo italiano, Juan Gualberto, nacido en Florencia de noble familia a fines del siglo décimo, cuya historia muestra hasta qué punto puede llegar el perdón de las ofensas y cómo lo premia Dios. Joven caballero, armado y rodeado de soldados, caminaba en las cercanías de la ciudad, por un estrecho camino, cuando de repente se encontró ante el asesino de un pariente suyo, muy próximo y muy querido. Viéndose el asesino solo y sin armas, creyéndose perdido, cayó de rodillas y extendió sus brazos en forma de cruz, esperando ya la muerte. Pero Juan, por respeto a aquella sacra señal, le perdonó la vida, lo levantó y dejóle partir libremente. Luego, prosiguiendo su camino, entró en la iglesia de San Miniato a orar y vió entonces cómo la imagen del Crucificado inclinaba hacia él su cabeza como en actitud de infinita ternura. Profundamente conmovido, resolvió no combatir ya sino sólo por Dios; con sus propias manos cortóse su hermosa cabellera, y tomó el hábito monástico: su victoria sobre sí mismo fué el preludio de una larga vida de santidad. (*Acta Sanctorum Boll.*, Mens. Julius, t. III, pág. 313 y 343-344).

Caros hijos e hijas, probablemente no tendréis vosotros que practicar heroísmo tan extraordinario, ni recibiréis seguramente favor tan prodigioso. Pero todos los días deberéis estar dispuestos a perdonar las ofensas recibidas en la vida familiar o social, y cada día repetiréis de rodillas ante el Crucificado: «Padre nuestro... perdónanos nuestras deudas, como nosotros las perdonamos a nuestros deudores» (*Matth.*, VI, 12). Y si no llegáis a ver sensiblemente que Cristo inclina hacia vosotros, con una sonrisa, su frente coronada de espinas, sabréis, sin embargo, creeréis con firme fe y absoluta confianza, que, desde aquella divina frente, desde las manos

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

y los pies del Salvador Jesús — sobre todo desde su corazón siempre abierto —, la sangre redentora hará caer sobre vuestra alma las olas de su perdón con tanta mayor largueza cuanto mayor haya sido la generosidad con que vosotros mismos hayáis perdonado.

XXIV

17 DE JULIO DE 1940

INVICTOS HÉROES DE LA CARIDAD CRISTIANA

Numerosas parejas de recién casados y numerosos fieles de toda clase y edad formaban devotísima corona en torno al Sumo Pontífice. La Audiencia, memorable para cuantos participaron en ella, se desarrolló en la Sala Ducal, en donde Su Santidad, después de haber respondido con benévolas señales de gratitud a las vibrantes manifestaciones con que fué recibido al llegar, se complació en dirigir su palabra a los presentes.

Es costumbre en algunos países celebrar cada año la «Semana de la Bondad» o «de la Caridad». Si tal costumbre hubiera de extenderse a toda la gran familia cristiana, una de las fechas más oportunas para ella sería, tal vez, a mediados de julio, pues los Santos cuyas fiestas, según el calendario de la Iglesia universal, se celebran en los tres días que siguen inmediatamente al día de hoy, son maravillas de la caridad: se llaman Camilo de Lelis, Vicente de Paúl y Jerónimo Emiliano. Los tres realizaron de manera admirable la ley de oro de la caridad; mas el esplendor de este oro tiene en cada uno su especial reflejo. Camilo se consagró sobre todo a los enfermizos, a los incurables, a los moribundos. Vicente, el gran organizador de la beneficencia, se dedicó a los miserables, a los abandonados de toda clase, y fundó varias asociaciones caritativas de hombres y de mujeres, entre las cuales conocéis las Hijas de la Caridad, las de alas blancas como la inocencia, amplias como el amor, palpitantes como el celo. Jerónimo se preocupó especialmente de los hijos pobres del pueblo, de los huérfanos privados de ternuras, abandonados por los caminos, despojados de todo bien. Los tres sufrieron con los que sufrían y, olvidados de sus propios dolores, participaban en los sufrimientos de los demás, a trueque de aliviarles su peso.

Limitando hoy Nuestras palabras, necesariamente breves, al primero de los tres Santos que hemos nombrado, Nos os exhortamos, dilectos hijos e hijas, a seguir su luminoso ejemplo, teniendo cuidado de los enfermos y de los débiles que se

hallan, ya junto a vosotros, ya a vuestro alrededor. La palabra enfermo — del latín *in-firmus*, no firme, no estable — indica un ser sin fuerza, sin firmeza. Ahora bien, en todas las familias generalmente hay ante todo dos categorías de seres débiles, y que, por lo tanto, tienen mayor necesidad de vuestros afanes y afectos: los niños y los ancianos.

El instinto da aun a los animales irracionales la ternura hacia sus pequeñuelos. ¿Qué necesidad hay, pues, de inculcarla a vosotros, nuevos esposos y futuros padres cristianos? Puede suceder, sin embargo, que a veces un exceso de rigor, una falta de comprensión, alce como una barrera entre el corazón de los hijos y el de los padres. Decía ya San Pablo: «Heme hecho débil con los débiles...; heme hecho todo para todos, a fin de salvarlos a todos» (*I Cor.*, IX, 22). Gran cualidad es la de saber hacerse débil con los débiles, pequeño con los pequeños, niño con los niños, sin comprometer por ello la autoridad paterna o materna. Convendrá, además, siempre dentro del círculo de la familia, asegurar a los viejos aquel respeto, aquella tranquilidad, en una palabra, aquellos cuidados delicados de que tienen necesidad. ¡Los ancianos! A veces, quizá inconscientemente, somos duros con sus pequeñas exigencias, sus inocentes manías, arrugas que el tiempo ha socavado en sus almas, como las que surcan su rostro, pero que deberían hacerlo más venerando a los ojos de los demás. Hay fácil inclinación a echarles en cara lo que ya no hacen, en vez de recordarles, como se merecen, lo que ya hicieron. Extraña tal vez su falta de memoria, pero no siempre se reconoce la prudencia de sus juicios. En sus ojos ofuscados por las lágrimas se busca en vano la llama del entusiasmo, pero no se sabe ver la luz de la resignación en la que ya se enciende el deseo de los eternos resplandores. Felizmente, estos ancianos, cuyo vacilante paso tropieza por las escaleras y cuya blanca cabeza temblorosa se mueve lentamente en un rincón de la habitación, son ordinariamente el abuelo o la abuela, el padre o la madre a quienes lo debéis todo. A ellos os obliga, cualquiera que sea vuestra edad, como bien lo sabéis, el precepto del Decálogo: «Honra a tu padre y a tu madre» (*Ex.*, XX, 12).

No seréis, pues, vosotros del número de aquellos hijos ingratos que se despreocupan de sus ancianos padres, y que luego a su vez se encuentran con frecuencia abandonados, cuando por la edad se hallan necesitados de la ayuda de los demás.

Cuando se habla de compasión hacia los débiles, se piensa ordinariamente en personas de toda edad, afligidas de un mal físico, pasajero o crónico. A socorrer semejantes sufrimientos os anima, sobre todo, el ejemplo de San Camilo. La llama de su celo se extendió desde los hospitales a fuera de ellos; sin esperar que vinieran a él los enfermos, con frecuencia iba él mismo a curarlos y consolarlos en su propio domicilio. Ya que en aquel tiempo, como sucedía hacía siglos, en muchas casas había débiles: ciegos, deformados, paralíticos, y enfermos: calenturientos, tuberculosos, cancerosos. Pero ¿es que no existen también hoy? Dilectos nuevos esposos, si Dios preserva vuestra familia de las enfermedades — como os deseamos de corazón —, acordaos entonces tanto más de las miserias de los demás y dedicaos, en cuanto os sea posible y os lo permitan vuestros deberes, a las obras de misericordia y de caridad.

En el jardín de la humanidad, desde que ya no se llama paraíso terrenal, ha madurado y madurará siempre uno de los amargos frutos del pecado original: el dolor. Instintivamente el hombre lo aborrece y rehuye; querría hasta perder su recuerdo y su vista. Pero después que, en la Encarnación, Cristo se «anonadó», tomando la forma de siervo (*Phil.*, II, 7); después que le plugo «elegir las cosas débiles del mundo, para confundir las fuertes» (*I Cor.*, I, 27); después que «Jesús, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia» (*Hebr.*, XII, 2); después que Él reveló a los hombres el sentimiento del dolor y la íntima alegría del don de sí mismos a los que sufren, el corazón humano ha descubierto en sí abismos insospechados de ternura y de piedad. La fuerza — es verdad — continúa siendo la absoluta dominadora en la naturaleza irracional y en las almas paganas de hoy, semejantes a las que en su tiempo llamaba el apóstol San Pablo «sine affectione», sin corazón, y «sine misericor-

dia», sin piedad hacia los enfermos pobres y los débiles (*Rom.*, I, 31). Mas para los verdaderos cristianos la debilidad se ha tornado un título para el respeto, y la enfermedad un título para el amor. Ya que la caridad, al contrario del interés y del egoísmo, no se busca a sí misma (cfr. *I Cor.*, XIII, 5), sino que se da entera; cuanto más débil es un ser, desgraciado, necesitado o deseoso de recibir, tanto más se ofrece a su benigna mirada como un objeto de predilección.

En el siglo décimosexto, en que vivió San Camilo, la organización de la beneficencia cristiana no había alcanzado el desarrollo que hoy podemos admirar. Durante su disipada juventud, Camilo fué acogido en el hospital de Santiago de Roma para ser curado. Mas para ganarse el derecho a una larga permanencia en aquel caritativo Hospital, procuró emplearse como sirviente; la pasión del juego le hizo tan olvidadizo de sus deberes, que hubo de ser despedido porque, como narran sus biógrafos, «después de repetidas pruebas, se comprobó que era incorregible e inepto para el oficio de enfermero». Y, sin embargo, era el hombre que la divina gracia había de terminar por convertir en fundador y modelo de los «Ministros de los enfermos», esto es, de una nueva orden religiosa que tendría como especial misión curar a los enfermos, socorrer a los contagiosos, asistir material y espiritualmente a los moribundos, no por un mezquino salario, sino por el amor de Cristo doliente en los enfermos y con la sola esperanza de la eterna recompensa.

Una molesta llaga, que le apareció cuando tenía diecisiete años en el cuello del pie derecho, y que, al transformarse luego lentamente en profunda úlcera purulenta e insanable, se le extendió a toda la pierna, no le impidió dedicarse durante cuarenta años al alivio de todos los dolores; de viajar, desde una ciudad a otra, para sus fundaciones o para correr en auxilio de nuevas calamidades; de caminar a través de las calles de Roma o por las casas privadas, mientras con un bastón en la mano ascendía las escaleras más pendientes, sin otro pensamiento que el de la caridad.

A esta llaga tan dolorosa la llamaba él la primera misericordia de Dios: la primera, porque habían de sobrevenirle otras penosísimas enfermedades que recibió igualmente como pruebas de la divina bondad. Es una idea específicamente cristiana ver en el dolor una señal del amor de Dios y una fuente de gracias. Para ayudar a sus discípulos a comprenderlo, Jesucristo no les ha impuesto sólo el precepto de la caridad como su mandamiento esencial (*Io.*, XIII, 34-35; XV, 12); ni se ha contentado con proponer como modelo al buen Samaritano, que interrumpe su viaje para socorrer a un hombre desconocido que yacía casi muerto en medio del camino. Él ha conocido y ha experimentado en su misma carne santísima toda la gama de los dolores humanos. Hasta ha querido como identificarse con todos los miembros doloridos de la humanidad. Sus discípulos lo verán a Él mismo, su divino rostro, sus adorables llagas, a través de toda carne humana pálida por la fiebre, corroída por la lepra, consumida por el cáncer; y si esta carne ensangrentada o fétida repugnare a la naturaleza, ellos llegarán a colocar sobre ella sus labios en un prolongado beso de amor, como hizo San Camilo, como hizo Santa Isabel, como hicieron San Francisco Javier y tantos otros Santos. Bien sabían ellos que el Señor les dirá en el último día: «El débil, el enfermo que visitasteis y socorristeis, era yo mismo»: «*Infirmus eram. et visitastis me*» (*Matth.*, XXV, 36).

¡Que podáis también vosotros, dilectos hijos e hijas, con las limosnas, con la oración y con los sacrificios, con vuestra eficaz caridad, participar en las obras de misericordia, y con ello aseguraros un día acogida benigna y misericordiosa junto al Juez supremo, que os abrirá las puertas del cielo en los esplendores de la eternidad!

XXV

24 DE JULIO DE 1940

PROGRAMA DE VIDA SEGÚN EL EJEMPLO DE SANTIAGO EL MAYOR

Una vez más con particular cordialidad hizo el Sumo Pontífice don de amables enseñanzas a los nuevos recién casados admitidos en Audiencia, al ilustrar la figura de Santiago el Mayor, en la víspera de su fiesta. He aquí tan feliz exposición.

DESPUÉS del Tabernáculo, donde vive realmente presente, aunque invisible, Nuestro Señor Jesucristo; después de Palestina, que conserva, además de su Santo Sepulcro, los vestigios de su paso por la tierra; después de Roma, que custodia los gloriosos sepulcros de los dos Príncipes de los Apóstoles, no hay quizá lugar a donde haya acudido, a través de los siglos, mayor número de devotos peregrinos, que a la capital histórica de Galicia, Santiago de Compostela, donde, según una antigua tradición, reposan las reliquias del apóstol Santiago el Mayor (cfr. *Acta Leonis XIII*, IV, 1884, página 159 y siguientes). Y puesto que mañana se celebra su fiesta, hoy deseamos Nos trasladarnos junto con vosotros en espíritu, dilectos hijos e hijas, a aquel tan célebre santuario, para recoger allí algunas útiles enseñanzas.

Por la vía de tierra, siguiendo los caminos aun visibles en varios países de Europa que trazaron los peregrinos de la Edad Media, vestidos con esclavina y apoyados en su bordón, la duración del camino permitiría releer las piadosas crónicas que amplían la vida del Santo con múltiples detalles. Mas, para un viaje puramente en espíritu, bástanos lo que se lee en los Santos Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles: breves noticias, suficientes, sin embargo, para mostrar que Santiago comenzó bien; en un momento, no continuó tan bien; pero luego prosiguió y terminó bastante bien.

VOCACIÓN

El comenzó bien. En pocas líneas compendia el Evangelio la llamada que Jesús les dirigió a él y a Juan, y su respuesta:

«Ellos inmediatamente, dejadas las redes y su padre, le siguieron» (*Matth.*, IV, 21-22). Poco es en apariencia; pero en realidad, mucho. Porque Santiago (no menos que su hermano), dejando a su padre Zebedeo en la barca, que se mecía en la orilla, mientras las redes de la pesca secábanse colgadas de unos palos, sumergía para siempre en las aguas del lago sus ternuras de lo pasado y ponía incondicionalmente en manos del divino Maestro sus esperanzas para lo por venir.

También vosotros, dilectos nuevos esposos, en la nueva vida a que habéis sido llamados, os daréis a Dios sin vacilar. Tomad ya desde hoy con seriedad las graves obligaciones que lleva consigo. Guardaos de continuar una vida tal vez despreocupada y ligera; en los jóvenes, desenfrenada o indolente; en las jóvenes, frívola o melindrosa. Dirigid todas vuestras energías a los deberes de vuestro nuevo estado. Ha pasado ya el tiempo en que las muchachas iban con frecuencia al matrimonio casi sin conocerlo; pero desgraciadamente aun dura el tiempo en que ciertos jóvenes esposos creen poder permitirse al principio un período de cierta libertad moral y gozar de sus derechos sin preocuparse de sus deberes. Grave culpa, que provoca la ira divina; fuente de infelicidad aun temporal, cuyas consecuencias deberían llenar de temor a todos. El deber que se comienza a desconocer o a despreciar, se va demorando cada vez para más tarde, tan tarde que se termina casi olvidándolo, y con él pierden las alegrías que su valeroso cumplimiento lleva consigo. Y cuando torna su recuerdo y nace el arrepentimiento, se comprende a veces, con inútiles lágrimas, que ya es demasiado tarde: a la pareja infiel en su misión ya no le queda sino marchitarse sin esperanza, en el desierto de su estéril egoísmo.

PERSEVERANCIA

Comenzar bien no lo es todo: la salvación del alma no se ha prometido sino a la perseverancia (*Matth.*, X, 22). Santiago, con su generoso ímpetu, ya había comenzado bien; nos da a conocer el Evangelio cómo continuó. Por parte de Jesús, cuyo amor jamás cambió, fué objeto de una especial predi-

lección; él, su hermano Juan y Pedro, su vecino y compañero en el oficio, formaban una tríada a la que Jesús reservó singulares favores: sólo ellos vieron manifestarse particularmente su bondad en la resurrección de la hija de Jairo (*Luc.*, VIII, 49-56), su gloria en la transfiguración (*Matth.*, XVII, 1-8), su tristeza y su obediencia en la agonía de Getsemaní (*Marc.*, XIV, 33). ¡Aquí es precisamente donde Santiago ya no fué fiel a su divino Maestro! Y, sin embargo, lo había amado sinceramente; lo había seguido con ardor; no sin razón Nuestro Señor había dado el sobrenombre de «Hijos del Trueno» a los dos hermanos hijos del Zebedeo (*Marc.*, III, 17). Su buena madre, ambiciosa como tantas otras, se había atrevido a pedir un día a Jesús para sus hijos un puesto de preferencia en su reino; y habiendo preguntado el Salvador a los interesados: «¿Podéis beber el cáliz que yo beberé?», respondieron ambos con la mejor buena fe: «Sí, podemos» (*Matth.*, XX, 20-22). ¡Oh Santiago! Tu hermano Juan, el Apóstol del amor, al menos estará presente en el Calvario; pero tú, ¿dónde andarás entonces? La defección comenzó en Getsemaní, cuando los tres Apóstoles predilectos se merecieron este doloroso reproche del Maestro: «¿De suerte que ni una hora siquiera habéis podido velar conmigo?» Y Jesús les dijo luego: «¡Velad y orad, para que no caigáis en la tentación!» (*Matth.*, XXVI, 40-41).

Y así, para mantener la generosidad del fervor inicial, son necesarias la vigilancia y la oración. Si habéis imitado a Santiago en la bondad de sus comienzos, aprovechad esta segunda enseñanza para buscar en la vigilancia y en la oración el secreto de la perseverancia. Cierto que la mayor parte de los niños de nuestros países católicos ya lo aprenden muy temprano; pero ¡cuán fácil es olvidarlo! Hay jóvenes que piensan que en el mundo, al comenzar cierta edad, la oración es un incienso cuyo humo oloroso conviene dejar a las mujeres, como ciertos perfumes de moda; otros van alguna vez a la Santa Misa, cuando les parece bien, pero se creen, según parece, demasiado grandes para arrodillarse, y no bastante místicos, como algunos dicen, para acercarse a la sagrada Comunión.

Y ni siquiera faltan mujeres jóvenes que, aun habiendo sido educadas con todo cuidado por sus madres o por buenas religiosas, se creen, una vez casadas, exentas de las más elementales normas de prudencia: lecturas, espectáculos, bailes, distracciones peligrosas, todo parece estarles permitido. Por el contrario, en una familia verdaderamente cristiana, el marido sabe que su alma es de la misma naturaleza, y no menos frágil, que la de su mujer y de sus hijos; por esto une su cotidiana oración a la de ellos, y de igual suerte que se complace viéndolos junto a sí en la mesa familiar, tampoco deja de acercarse con ellos a la mesa eucarística. La mujer, aun antes de que sobre ella pesen los graves deberes de la educación de sus hijos, se dice a sí misma, como luego les dirá a ellos, que quien juega con fuego, se quema, y «quien ama el peligro, perecerá en el mismo» (*Eccli.*, III, 27); ella escucha a la divina Sabiduría, cuando proclama que la virtud de la prudencia hace de la esposa un don particular de Dios a su esposo (cfr. *Prov.*, XIX, 14); y no puede pensar sin turbarse en el grave aviso de la Escritura, apuntado ya en el Antiguo Testamento, y explícitamente formulado en el Nuevo, de que el amor desordenado del mundo es enemistad con Dios (cfr. *Iac.*, IV, 4).

HASTA LA MUERTE

La tercera enseñanza de Santiago es su muerte. También aquí es breve la narración de la Escritura: «El rey Herodes (Agripa) mató con la espada a Santiago hermano de Juan» (*Act.*, XII, 2). De cuanto había hecho el Apóstol después de la resurrección de Cristo, de sus viajes, de sus trabajos por la salvación de las almas, no se encuentra ninguna mención especial. Pero de la lectura del texto se deduce que Santiago bebió, efectivamente, el cáliz que le había predicho Jesús y que él había aceptado tan generosamente: ¡murió mártir! Por otra parte, la debilidad del abandono en las horas tristes de la Pasión había sido perdonada y olvidada por el Redentor; la tarde misma de su gloriosa resurrección, Jesús, al aparecer a sus discípulos, les dirigió, en vez de una amarga

PROGRAMA DE VIDA SEGÚN EL EJEMPLO DE SANTIAGO

queja, un saludo lleno de amor: ¡Paz con vosotros!, *Pax vobis!* (Io., XX, 19).

Queridos hijos e hijas, otras veces durante este mes de julio ya hemos hablado de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor; terminaremos también hoy Nuestra breve exhortación con tan salutífero pensamiento. Por graves que sean los pecados de los hombres, el Corazón de Jesús, fuente viva de su sangre redentora, les está siempre abierto; todos los discípulos, en el primer momento de su Pasión, abandonando a Jesús, huyeron de Él: «Tunc discipuli omnes, relicto eo, fugerunt» (*Matth.*, XXVI, 56). Pero todos fueron perdonados; todos, exceptuado uno: aquel que, no atreviéndose a confiarse al Corazón de Jesús, con una cuerda fatal impidió el acceso a la misericordia. Aunque fuereis vosotros culpables de todos los pecados del mundo, no deberíais añadirles el de no admitir que la bondad de Dios no sea todavía mayor que vuestras culpas y capaz de perdonarlas. Prontos y generosos en el cumplimiento de vuestros deberes, fieles en la oración y en la vigilancia sobre vosotros mismos, haced vuestra aquella humilde súplica del sacerdote en la Santa Misa, antes de la Comunión: «Señor Jesús..., que con tu muerte has dado de nuevo la vida al mundo, líbrame, por este tu Sacrosanto Cuerpo y Sangre, de todas mis iniquidades y de todos los males; haz que yo quede siempre unido a tus mandamientos y no permitas que jamás me aparte de ti». No, jamás, jamás; ¡ni en este mundo ni en la eternidad!

XXVI

31 DE JULIO DE 1940

PODER, EFICACIA Y NECESIDAD DE LAS BUENAS LECTURAS

Una variada reunión de fieles de diversas clases sociales — y entre ellos numerosas parejas de recién casados — ofreció, el día de San Ignacio, devotísimo homenaje al Sumo Pontífice, quien, con su acostumbrada bondad, se complació en confortar a los reunidos con el don inestimable de su enseñanza de vida.

Es el verano ordinariamente la estación de las vacaciones, nombre que suena como alegre campana en los oídos de muchos, porque anuncia un período de descanso, tras de largos meses de trabajo. Vosotros mismos lo gozáis también, dilectos nuevos esposos, en este — por breve que sea — viaje de bodas, que os ha conducido hasta la Ciudad Eterna.

Las vacaciones ofrecen a algunas familias la ocasión del veraneo, ya en alguna vecina comarca acogedora, ya en los bellos montes o costas de Italia. Para otras menos afortunadas, imposibilitadas de abandonar su casa, las vacaciones constituyen el tiempo en que padres e hijos se encuentran unidos durante largo tiempo en la paz del santuario doméstico.

¡La paz! ¡Cuántas familias suspiran hoy por ella! ¡Cuántas esposas, madres, prometidas — firmemente resueltas y prontas aun a los extremos sacrificios en el cumplimiento de su deber y en el sentimiento del amor patrio —, tienen despedazado su corazón por la partida de un ser querido hacia un lejano destino, quizá desconocido, a veces peligroso! Otras, con ánimo mucho más torturado, porque sus agitados pensamientos se pierden en la noche de una angustiosa incertidumbre, preguntan al cielo y a la tierra, para conocer al menos con certeza, por trágica que fuere, la suerte de la persona amada, ¡de la que ya no tienen noticias! ¡La paz! Blanca paloma que, no encontrando ya do posar su pie en esta tierra cubierta de cadáveres y sumergida en el diluvio de la violencia, parece haberse tornado al Arca de la nueva Alianza, que es el Corazón de Jesús («Cor, arca legem continens, etc.» (*Off. Ssmi. C. I. ad Laudes*), para ya no salir de allí sino cuando

pueda coger, por fin, en el árbol del Evangelio, el reverdeciente ramo de la fraterna caridad entre los hombres y los pueblos.

Y, sin embargo, aun a pesar de las tristezas de la hora que vivimos, a no pocos de vosotros, singularmente a los nuevos esposos, os será dado — de corazón os lo deseamos — gozar de algún alivio. Descansar, para el hombre, no es simplemente extender sus cansados miembros y abandonarse a un sueño reparador. El reposo humano lleva consigo distracciones y de ordinario también lecturas. Y puesto que casi no existe hoy familia alguna en la que no entren el libro, el opúsculo, el periódico, y pues durante los ocios de las vacaciones se multiplican las ocasiones de la lectura, Nos querríamos hoy dirigirlos una breve exhortación sobre tema tan interesante.

El primer hombre que, deseoso de comunicar su pensamiento a otros hombres en forma más duradera que el fugaz sonido de las palabras, grabó, tal vez con ruda sílice, en la pared de una caverna, signos convencionales cuya interpretación determinó y explicó luego, inventó con ello la escritura y el arte de la lectura. Leer es penetrar, a través de los signos gráficos más o menos complicados, en el pensamiento ajeno. Y puesto que «los pensamientos de los justos son justicia, y los consejos de los impíos son fraudulentos», síguese que así algunos libros como algunas palabras son fuente de luz, de fuerza, de libertad intelectual y moral, en tanto que otros no llevan consigo sino insidias y ocasiones de pecado; tal es la enseñanza de la Sagrada Escritura: «Cogitationes iustorum iudicia, et consilia impiorum fraudulenta. Verba impiorum insidiantur sanguini; os iustorum liberabit eos» (*Prov.*, XII, 5-6). Hay, pues, buenas y malas lecturas, como hay palabras buenas y palabras malas.

La palabra, muchas veces no es sino un relámpago; en medio de la noche y en la tormenta puede bastar al viandante para hacerle tornar al recto sendero, como, por otra parte, aun en el camino más seguro, un rayo puede bastar para matar a un incauto caminante: tal es el efecto de una buena o mala palabra. El libro, por el contrario, no obra tan rápida-

mente, mas su acción se prolonga en el tiempo; es llama que puede esconderse bajo la ceniza o bien arder cual fuego luminoso de la noche, para reanimarse súbitamente, benéfica o devastadora; será lámpara del santuario, siempre presta a señalar el tabernáculo santo y su divino Huésped al fiel que se le acerca, o será un volcán cuyas terribles conmociones precipiten a ciudades enteras en la desolación y la muerte. Vosotros deseáis conversaciones agradables, palabras prudentes y confortadoras, y con razón detestáis la blasfemia y los corruptores discursos. Buscad también los buenos libros y detestad los malos.

No es Nuestra intención en la mañana de hoy el describiros los daños causados por la mala prensa, sino antes bien mostraros el gran beneficio de las buenas lecturas, a fin de exhortaros a que las améis y las favorezcáis en su difusión. En tal aspecto nos ofrece luminoso ejemplo en su vida el Santo cuya fiesta celebra hoy la Iglesia: Ignacio de Loyola.

Capitán ansioso de fama y de gloria, intrépido defensor de Pamplona contra los soldados del rey de Francia, Ignacio fué alcanzado por una bala de bombarda, que le fracturó la pierna derecha, hiriéndole, además, gravemente la izquierda. Los franceses, al penetrar en la ciudadela, estimando dignamente el valor heroico que había demostrado, lo trataron caballerosamente y lo transportaron en litera a su castillo de Loyola. Allí, tras dolorosísimas operaciones, durante su convalecencia se hubiera dedicado gustoso, para combatir el tedio, a leer los libros de caballería, novelas de amor y de heroísmo muy en boga a la sazón, como el *Amadís de Gaula*; pero en aquel austero castillo no se encontró ninguno, y en cambio le ofrecieron la *Vida de Cristo*, de Ludolfo de Sajonia, y las *Leyendas de los Santos*, de fray Jacobo de Vorágine. A falta de otra cosa, resignóse Ignacio a leer tales libros; pero muy pronto, insensiblemente, en su alma leal, sorprendida en el primer momento y luego sojuzgada, infiltróse una luz más pura, más dulce, más fúlgida que todo el vano brillo de las cortes de amor, de los torneos de caballería y de las hazañas de las batallas. Ante sus ardientes ojos debilitados

por la fiebre, comenzó a palidecer la visión, hasta entonces tan admirada, de los grandes caballeros, los de las armaduras adamasquinadas; y en su lugar comenzaron a surgir otros héroes, apenas percibidos antes en los cortos ratos de oración; poco a poco, en las largas noches de insomnio, pareciale que tomaban cuerpo las sombras de los mártires, de los monjes con cogulla de peregrino, de las vírgenes con albas vestiduras, pintadas por Jacobo de Vorágine; animábanse sus frías figuras, sus ademanes adquirían expresión y movimiento; luego, por encima de ellas surgía, de entre las páginas de Ludolfo, la imagen de un rey magnánimo que llamaba, para que le siguieran a conquistar toda la tierra de infieles, a legiones de soldados obedientes y a una selecta pléyade de entusiastas caballeros, ansiosos de distinguirse singularmente en su servicio. Y este Rey soberano y Señor eterno ya no hablaba de epopeyas heroicas ni de sangrientas luchas, en las que hubiera que herir con la pica o la espada. Decía Él: «Quien quiera venir conmigo, ha de sufrir conmigo a fin de que, siguiéndome en los sufrimientos, me siga igualmente en la gloria». El alma de Ignacio, ilustrada con esta nueva luz, se iba despegando gradualmente de sus falaces sueños terrenos e iniciaba su total oblación al Señor de todas las cosas (cfr. *Exerc. spir., De Regno Christi*).

Dilectos hijos e hijas, recogeos un instante en vuestro interior y pensad sinceramente de dónde os viene cuanto de mejor veis en vosotros. ¿Por qué creéis en Dios, en su Hijo encarnado para la redención del mundo, en su Madre María, que Él ha hecho Madre vuestra? ¿Por qué obedecéis a sus mandamientos, amáis a vuestros padres, a vuestra patria, a vuestro prójimo? ¿Por qué estáis resueltos a fundar una casa en la que Jesús sea el Rey y donde podáis transmitir a vuestros hijos el familiar tesoro de las virtudes cristianas? Ciertamente, porque la fe os fué infundida en el Santo Bautismo; porque vuestros padres, vuestro párroco, vuestros maestros y maestras de escuela, os enseñaron de viva voz y con su ejemplo a hacer el bien y a evitar el mal. Mas escudriñad con mayor cuidado aún vuestros recuerdos: entre los mejores y más de-

cisivos, siempre encontraréis tal vez el de algún libro bienhechor: el Catecismo, la Historia Sagrada, el Santo Evangelio, el Misal Romano, la Hoja Parroquial, la Imitación de Cristo, la Vida de un Santo o de una Santa... Con los ojos de vuestra mente volveréis sobre todo a ver uno de aquellos libros, tal vez ni el más bello, ni el más rico, ni el más docto, en cuyas hojas paróse de repente una tarde vuestra lectura, conmovióse más fuertemente vuestro corazón, bañáronse en lágrimas vuestros ojos; y entonces grabóse en vuestra alma, bajo el invisible impulso del Espíritu Santo, un profundo surco que, no obstante los años transcurridos y las desviaciones más o menos duraderas, aun os puede servir de guía en vuestro camino hacia Dios. Si vosotros, especialmente los más jóvenes, no habéis hecho aún tal experiencia, sentiréis quizá su penetrante dulzura cuando, volviendo a encontrar en una desordenada alacena o en un viejo armario un librito de los de vuestros primeros años, descubráis con emoción en sus amarillentas páginas, cual flor disecada del jardín de vuestra infancia, tal historia edificante, tal máxima moral, tal devota oración, que ya habíais dejado enterrar bajo el polvo de las ocupaciones y preocupaciones de la vida cotidiana, pero que de repente tornará a tener el aroma, el sabor, la vivacidad de los colores, con los que en otro tiempo se encantaba y robustecía vuestra alma. Ved una de las grandes ventajas del buen libro. El amigo, cuyos prudentes avisos y justas censuras desdeñáis, os abandona; pero el libro, que vosotros abandonáis, os permanece fiel; por muchas veces que sea rechazado o abandonado, siempre está pronto a daros de nuevo la ayuda de sus enseñanzas, la saludable amargura de sus reprensiones, la clara luz de sus consejos. Escuchad, pues, sus avisos, tan discretos como directos. La censura, muchas veces merecida, que os dirige; el deber, con harta frecuencia olvidado, que os recuerda, los ha dicho ya a muchos más antes que a vosotros; pero no os descubrirá sus nombres, como tampoco publicará el vuestro a nadie; y mientras bajo la lámpara silenciosa, a través de vuestros ojos fijos en él, os avisa o bien os consuela, ninguno oirá su voz, excepción hecha de vuestro propio corazón.

XXVII

7 DE AGOSTO DE 1940

LOS GRAVES DAÑOS DE LAS MALAS LECTURAS

La vasta Sala Ducal estaba repleta de fieles que se unieron a numerosos recién casados para atestiguar al Sucesor de San Pedro su filial devoción. El Padre Santo se dignó dirigir a tan densa muchedumbre algunas saludables palabras, denunciando sobre todo los graves daños y la terrible responsabilidad de la prensa que fomenta el mal, difunde la mentira y provoca el odio.

CUANDO, bajo el radiante sol de agosto, un niño deja temporalmente su familia para marchar a una colonia de verano, marítima o montañera, muy superfluo creería su padre tener que decirle: «Hijo mío, no lleves en la maleta una serpiente; y si en tus paseos ves alguna, evita el cogerla sin gran precaución para examinarla».

Y, sin embargo, el amor paterno Nos dicta un consejo semejante para vosotros. En la audiencia del miércoles pasado expusimos brevemente la utilidad de las buenas lecturas; hoy tenemos que recordaros el peligro de las malas, peligro contra el que jamás ha cesado la Iglesia de elevar su voz, pero cuya gravedad desconocen y aun discuten no pocos cristianos, a pesar de avisos tan saludables.

Habéis de persuadiros de que hay libros buenos y malos para todos, a semejanza de los venenos contra los que nadie puede afirmarse inmune. A la manera que en todo hombre se halla sujeta la carne a las debilidades y el espíritu está pronto a las rebeldías, así las lecturas constituyen un peligro para todos y cada uno. Los *Hechos de los Apóstoles* cuentan que, predicando San Pablo en Efeso, muchos de los que habían caminado tras las vanas artes y supersticiones llevaron consigo sus libros y los quemaron públicamente; calculado el valor de todos aquellos escritos de magia, así reducidos a cenizas, encontróse que ascendía a unos cincuenta mil denarios (*Act.*, XIX, 19). Después, en el correr de los siglos, los Romanos Pontífices tuvieron cuidado de publicar un catálogo o *Índice* de los libros cuya lectura estaba prohibida a los fieles,

advirtiéndolo, empero, que muchos otros libros, no nombrados expresamente, caen bajo la misma condenación y prohibición como dañosos a la fe y a las buenas costumbres. Y ¿quién podría maravillarse de semejante prohibición por parte de quienes son los tutores de la salud espiritual de los fieles? ¿Acaso la misma sociedad civil no dispone, por medio de prudentes normas legislativas y profilácticas, el impedir la deletérea acción de las sustancias tóxicas en la economía doméstica e industrial, vigilando cautelosa la venta y el uso de los venenos, especialmente de los más nocivos?

Si os recordamos tan grave deber, es a causa de la extensión del mal, facilitada actualmente así por la creciente producción bibliográfica como también por la libertad de leerlo todo que muchos se atribuyen. Mas no puede haber una libertad para leerlo todo, como no la hay para comer de todo o para beber cuanto nos venga a mano, aunque fuera la cocaína o el ácido prúsico.

Dilectos nuevos esposos, a vosotros se dirigen singularmente estos tan paternales avisos. Os encontráis, los más, en una edad y en una situación en que como nunca se complace el espíritu en narraciones románticas, y la multitud de los deseos encuentra saciedad en felicidades tal vez imaginarias, a la par que se trata de atenuar la rudeza de la vida real con la falsa dulzura de los sueños. Ciertamente que no os está prohibido gustar el encanto de las narraciones de una ternura humana pura y sana; aun la Sagrada Escritura nos ofrece semejantes escenas que han conservado a través de los siglos su frescor idílico: recordemos el encuentro de Jacob y de Raquel (*Gen.*, XXIX, 9-12), los desposorios del joven Tobías (*Tob.*, VII), la historia de Rut (*Ruth*, III). Han existido también autores de gran ingenio, que han escrito buenas y honestas novelas: basta citar a nuestro Manzoni. Pero junto a estas flores tan puras, ¡cuán grande es el pulular de plantas venenosas en el vasto imperio de las obras de imaginación! Y con harta frecuencia éstas son las escogidas, por ser más accesibles y más vistosas, y porque se aspiran de mejor grado a causa de su perfume intenso y embriagador.

«Ya no soy una niña — dice aquella joven dama — y conozco la vida; tengo pues el deseo y el derecho de conocerla todavía mejor». Pero la pobrecita no advierte que su lenguaje es el mismo de Eva ante la fruta prohibida. ¿Cree ella tal vez que para conocer, amar y gozar la vida, sea necesario escudriñar todos sus abusos y deformaciones?

«Ya no soy un niño — dice, a su vez, aquel hombre joven — y, a mi edad, las descripciones sensuales y las escenas voluptuosas ya nada impresionan». Pero ¿está bien seguro de ello? Si fuese verdad, sería indicio de una perversión inconsciente, fruto ya de malas lecturas. Así, según algunos historiadores, Mitrídates, rey del Ponto, cultivaba hierbas venenosas, que preparaba y luego experimentaba en sí, por deseo de habituarse a ellas; de ahí el nombre de mitridatismo.

Pero no creáis, hombres y mujeres jóvenes que tal vez os dejáis arrastrar a la lectura secreta de libros sospechosos, no creáis que su veneno no haga efecto en vosotros; temed más bien que tal veneno, al no ser inmediato, sea mucho más maléfico. En los países tropicales del África existen algunas glosinas o insectos dípteros, conocidos con el nombre de moscas tsé-tsé, cuya picadura no ocasiona muerte repentina, sino tan sólo una simple y fugaz irritación local, inoculando en la sangre deletéreos tripanosomas; cuando los síntomas del mal se manifiestan claros, es ya demasiado tarde para poner remedio con los medicamentos de la ciencia. No de otro modo las imágenes impuras y los nocivos pensamientos que el libro malo produce en vosotros, parecen entrar a veces en vuestra mente sin haceros, como se dice, una herida sensible. Y entonces reincidiréis fácilmente, sin percataros de que por las ventanas de los ojos penetra así la muerte en la casa de vuestra alma (cfr. *Ier.*, IX, 21). Si no reaccionáis pronta y fuertemente, ésta, cual organismo entorpecido por la «enfermedad del sueño», terminará deslizándose lánguidamente hacia el pecado mortal y la enemistad de Dios.

El peligro de las malas lecturas es, en ciertos aspectos, más grave aún que el de las malas compañías; porque sabe familiarizarse más traidoramente. ¡Cuántas señoritas y seño-

ras jóvenes, solas en su habitación, con el libro de moda, dejan que éste les diga crudamente lo que jamás permitirían a otros ni murmurar siquiera en su presencia, y se dejan describir escenas en las que por nada del mundo querrían ser actrices o víctimas! ¡Así es como, inconscientes, se preparan para llegar a ser tales en el día de mañana! Otros, cristianos y cristianas, que desde la infancia caminaron por el recto sendero, gimen luego por el inesperado acumularse de tentaciones que les oprimen y ante las que siéntense cada vez más débiles. Si acaso preguntaren sinceramente a su conciencia, reconocerían haber leído una novela sensual, hojeado una revista inmoral, fijado la mirada en inconvenientes ilustraciones. ¡Pobres almas! ¿Podrán luego lamentarse leal y lógicamente de que una ola de fango amenace sumergirlas, cuando fueron ellas quienes abrieron los diques de un océano envenenado?

Pero además, dilectos nuevos esposos, puesto que os preparáis ahora vuestro porvenir e imploráis entre otros favores divinos una bendición de fecundidad para vuestra unión, pensad que el alma de vuestros hijos será el reflejo de la vuestra. Ciertamente estáis resueltos a educarlos como buenos cristianos y a no inspirarles sino los mejores principios. ¡Óptimo propósito! Pero ¿será siempre bastante? Por desgracia a veces acontece que padres cristianos, tras tantas cautelas en la educación de un hijo o de una hija, mantenidos siempre alejados de peligrosos placeres y de perversas compañías, de repente les ven en un momento, hacia la edad de dieciocho a veinte años, hacerse víctimas de miserables y aun escandalosas caídas: el buen grano que ellos sembraran ha quedado arruinado así por la cizaña. ¿Quién ha sido el *inimicus homo* que tanto mal ha hecho? Es que en el mismo hogar doméstico, en este pequeño paraíso, se ha introducido furtivo el tentador, el astuto enemigo, y ha encontrado allí ya cultivado el fruto corruptor para ofrecerlo a manos inocentes. Un libro, dejado al azar en la mesa del padre, es el que ha minado en el hijo la fe de su bautismo; una novela, olvidada en el sofá o en la alcobilla por la madre, es la que ha ofuscado en la

hija la pureza de su primera Comunión. Desgraciadamente el mal, que se descubre entre turbaciones, es tanto más difícil de curar, cuanto más tenaz es la mancha lanzada contra el candor de un alma virgen.

Pero junto a los escritos que propagan la impiedad y las malas costumbres, no podemos omitir el mencionar otros que difunden la mentira y provocan el odio. La mentira, abominable a los ojos de Dios y detestada por todo hombre (*Prov.*, VI, 17, y XIII, 5), lo es mucho más cuando aparece la calumnia y siembra la discordia entre los hermanos (*Prov.*, VI, 19). Como los diabólicos anónimos, cuya pluma teñida en hiel y en fango hace desmoronarse la felicidad doméstica y la unión de las familias, así cierta prensa parece haberse propuesto la misión de destruir, en la gran familia de los pueblos, las relaciones fraternas entre los hijos del mismo Padre celestial. Esta obra de odio se lleva a cabo a veces con los libros, pero más frecuentemente con los periódicos.

Que en la prisa del jadeante trabajo cotidiano un escritor cometa un error al aceptar una información mal comprobada o al expresar un juicio injusto, puede a veces acusar más bien ligereza que culpa. Pero aun así debería pensar que tales ligerezas o inadvertencias pueden ser ocasión bastante, sobre todo en épocas de agudizada tensión, para suscitar las más graves repercusiones. ¡Quisiera Dios que la historia no registrase guerra alguna provocada por una mentira hábilmente difundida!

Todo escritor, consciente de su misión y de su responsabilidad, tiene el deber de restablecer la verdad, si hubiere divulgado el error. Hállase obligado, frente a los millares de lectores en quienes pudieran hacer impresión sus escritos, a no arruinar ni en ellos ni en torno a ellos el sacro patrimonio de la verdad liberadora y de la caridad pacificante, que diecinueve siglos de cristianismo han aportado laboriosamente al género humano. Se ha dicho que la lengua ha matado más hombres que la espada (cfr. *Eccli.*, XXVIII, 22). De igual suerte la literatura mentirosa puede llegar a ser más

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

mortífera que los carros blindados y que los aeroplanos de bombardeo.

El Evangelio de la Transfiguración del Señor que ayer leímos en la Santa Misa, nos narra como el divino Maestro, a fin de revelar su gloria a los tres Apóstoles predilectos, comenzó por traerlos aparte de los otros y conducirlos consigo a un alto monte (*Marc.*, IX, 1). Si queréis vosotros que también vuestra morada sea favorecida por las bendiciones de Dios, por la especial protección de su Corazón, por las gracias de la paz y de la unión prometidas a quien le honra, procurad separaros de la turba, rechazando las publicaciones reprochables o desmoralizadoras. Buscando el bien en esto como en todo, viviendo habitualmente bajo la mirada de Dios y en la observancia de su ley, haréis de vuestra casa un íntimo Tabor, al que no podrán ascender los miasmas de la llanura y donde podréis decir como San Pedro: «Maestro, bueno es estarnos aquí» (*Marc.*, IX, 5).

XXVIII

10 DE AGOSTO DE 1940

AL NUEVO EMBAJADOR DE BOLIVIA

Al recibir a S. E. el Gen. Carlos Quintanilla, nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Bolivia, que presentaba sus credenciales, Su Santidad se dignó responder así al discurso de devoto homenaje del ilustre diplomático, Ex-Presidente de aquella República.

SEÑOR EMBAJADOR:

DESPUÉS de cosechar tantos laureles, bien merecidos en vuestra carrera al servicio de la patria aun desde su más elevada Magistratura, Su Excelencia el Señor Presidente de la República de Bolivia os honra confiándoos ante Nos una misión de tanto mayor importancia cuanto más arraigados y profundos son los sentimientos católicos de vuestro pueblo.

Las manifestaciones con que habéis querido acompañar la presentación de vuestras Credenciales, Nos confirman gratamente en la persuasión de que, por encima de todos los vaivenes de la política y los consiguientes cambios de personas y cosas, los dirigentes de la Nación y el pueblo boliviano perseveran unánimes en el propósito de conservar y afianzar las relaciones tradicionales de confianza y amistad entre la Santa Sede y la Nación boliviana.

Con singular agrado os hemos escuchado, Señor Embajador, cuando Nos decíais que «consideráis esta misión como el más alto honor a que podíais aspirar como católico y ciudadano de una República verdaderamente cristiana»; pues esta declaración es para Nos garantía segura de que las tareas de vuestro nuevo cargo, encaminadas a promover los más elevados intereses espirituales y morales de vuestra patria, hallarán en Vos aquel cariño y perseverancia en el esfuerzo, que Dios suele galardonar con feliz resultado.

Desde las elevadas y serenas cumbres de los Andes y a través del ancho Océano venís, Señor Embajador, de una Nación católica cuya capital fué fundada con el dulce nombre de *Nuestra Señora de la Paz*. En un momento en que las con-

vulsiones de una guerra tremenda atormentan a Europa, llegáis augurándonos cordialmente la consolación del éxito a Nuestros esfuerzos y anhelos intensísimos por la paz.

Como hijo y representante de un pueblo que se siente orgulloso de la cultura católica recibida de Europa, sabéis muy bien que en la humanidad redimida por Cristo es imposible una paz verdadera fuera de los principios y normas de justicia y caridad promulgados en el Evangelio. En todo tiempo la Cátedra de Pedro se ha esforzado por lograr que en esos supremos criterios de verdadera fraternidad humana buscaran los hombres desapasionadamente noble solución a los problemas que los dividen. Y Nos, sintiendo en estos momentos toda la gravedad del peso de Nuestro deber, declaramos que no cesaremos de amonestar a lo mismo con paternal insistencia a todos y en especial a los que llevan sobre sus hombros la tremenda responsabilidad del porvenir de las naciones. Pensamos, con San Agustín, que «Dios es el que dirige los principios, el desarrollo y los fines de las mismas guerras» (*De Civitate Dei*, l. VII, c. 30); y en consecuencia no dudamos que la divina Providencia sabrá obtener sus frutos espirituales y morales de la contienda; pero a la vez exhortamos a seguir la voz de la Iglesia, que con amor materno manda suplicar a Dios y amonesta a los hombres para que libren a la humanidad del azote de la guerra.

Nos complace saber que en el corazón del pueblo boliviano han hallado siempre filial acogida Nuestras llamadas a la paz y que en su clarividencia ha comprendido perfectamente la imparcialidad, desinterés y elevación de los motivos que Nos obligan a aconsejarla, conforme a los deberes santísimos de Nuestro ministerio apostólico; y le rogamos Nos ayude a obtenerla de Dios con sus oraciones ante la Reina de la Paz en el Santuario de la Virgen de la Candelaria.

Implorando la protección benéfica del Altísimo para el noble pueblo boliviano, os pedimos, Señor Embajador, seáis intérprete, ante Su Excelencia el Señor Presidente y ante los miembros de su Gobierno, de Nuestros sinceros votos por su personal felicidad al frente de la Nación boliviana.

AL NUEVO EMBAJADOR DE BOLIVIA

Y a Vos, para que estéis seguro de Nuestro benévolo apoyo en las gestiones de vuestro alto cargo y para satisfacer al deseo que Nos acabáis de manifestar, os damos de corazón, y la extendemos a Nuestros amados hijos de la lejana Bolivia, la Bendición Apostólica.

XXIX

4 DE SEPTIEMBRE DE 1940

A LOS DIRECTIVOS DE LA ACCIÓN CATÓLICA ITALIANA

En la Gran Aula de la Bendición formaban imponente Asamblea, guiados por los Eminentísimos señores Cardenales que componen la Comisión para la A. C. I. y por numerosos Obispos, los directivos diocesanos de las varias organizaciones adheridas a la misma Acción Católica Italiana. Su Santidad les dirigió palabras de aplauso y de estímulo, ratificando la finalidad, las características, la eficacia y el espíritu de tan selecta milicia.

Si los devotos afectos de los hijos, que vienen a Nos para mutuo consuelo de oraciones y de esperanzas, pueden templar Nuestras penas y Nuestros temores que tanto gravan Nuestro ánimo en esta hora áspera y pugnaz de los pueblos, grande es Nuestra alegría al acoger a una tan selecta representación de la Acción Católica Italiana, reunida en torno a sus Consiliarios eclesiásticos, a numerosos ilustres Prelados, al celoso Obispo Director General, al Señor Cardenal Nuestro querido Secretario de Estado, al venerando Señor Cardenal Decano, y a los Señores Cardenales que componen la Comisión especial y tan altamente benemérita, de la que se ha hecho intérprete tan elocuente su dignísimo Presidente. En esta Obra de tanta amplitud Nos es dulce y grato saludar la cara y preciosa herencia que Nos dejó, como hija predilecta de su encendido celo por el incremento de la vida cristiana, Nuestro incomparable y sabio Predecesor. Porque si la fe y la caridad de Cristo nos hermanan a todos y nos excitan al recíproco bien; si la colaboración de los seglares en el apostolado jerárquico aparece provechosa y reconocida, ya desde la aurora del Cristianismo, en la primitiva predicación apostólica; si este cooperante apostolado ha tomado a través de los siglos en la historia de la Iglesia los más variados aspectos de agregación, de disciplina, de actuación e intensidad según las circunstancias de los tiempos; esta forma nobilísima de colaboración, que constituye la Acción Católica Italiana,

desarrollada bajo los Pontificados de Pío IX, de León XIII, de Pío X y de Benedicto XV, recibió de la gran mente y del gran corazón de Pío XI su más vigoroso impulso y su definitiva organización.

Honra, empero, es de toda buena institución el crecer custodiada y reglada, perfeccionándose en su desarrollo y ajustándose cada vez más a la elevada intención de sus fines. Por ello Nos complacemos en dar las gracias a la Comisión Cardenalicia por la redacción de los nuevos Estatutos (en otras naciones, aun manteniendo la identidad del concepto fundamental y de las líneas esenciales, podrán adoptarse otras formas y reglamentos especiales según las diversas tradiciones y las circunstancias particulares), nuevos Estatutos, cuya única mira es hacer la Acción Católica más adecuada y ajustada a las necesidades de las almas y de los tiempos y cada vez más estrechamente unida a la Jerarquía eclesiástica, para que este árbol perenne, que Nuestro Antecesor hizo florecer de nuevo en el jardín de la Iglesia, extienda sus ramas en medio del pueblo cristiano, ofreciendo todos aquellos frutos del buen olor de Cristo que su raíz produce y multiplica gracias al vigor de la savia divina.

ALTA MISIÓN DE LA A. C. :

SU CAMPO DE MIRA ESPIRITUAL

Bien manifiesto es, por lo tanto, cuán alta sea la misión de la Acción Católica, pues presta su concurso a alcanzar el fin mismo de la Iglesia: cooperar a la salvación de las almas, continuando a través del tiempo y del espacio la obra redentora de Jesucristo. ¿Acaso no es la conversión del mundo y la reunión de las gentes en el reino de Dios el excelso fin de la Iglesia y de la Jerarquía eclesiástica? ¿No es la cruz del Gólgota, fuente de sabiduría, de fuerza y de victoria (cfr. *I Cor.*, I, 22-25), la divina señal de la redención de todos los hijos de Adán y el faro de salud eterna para la humanidad, náufraga en el mar del error y de la culpa? Levantad vuestra mirada al Gólgota, dilectos hijos e hijas, y contemplad a la Esposa de Cristo, que con el cáliz de su sangre desciende para conquistar

y reconciliar al mundo con Dios; a su lado, con las llaves del cielo, está Pedro, Vicario de Cristo; están los Apóstoles, los Obispos, los sacerdotes y los ministros cooperadores de tan santa empresa; ved cómo se reúnen en torno a ellos las turbas y los pueblos regenerados por el bautismo y la palabra que divinizan a las almas, y todos se hermanan ante el único Maestro, ovejuelas y corderos en un solo redil, «donde no hay griego ni judío..., bárbaro o escita, siervo o libre; sino que Cristo lo es todo, y en todos» (*Col.*, III, 11). «Unus est enim Magister vester; omnes autem vos fratres estis» (*Matth.*, XXIII, 8): todos hechos a imagen de Dios, todos rescatados por Cristo, todos hijos del Padre celestial, todos unidos en una misma fe, todos, mientras estamos en el cuerpo, peregrinos hacia Dios y hacia la patria celestial (cfr. *II Cor.*, V, 6).

Aunque en este mundo tenemos una patria que tanto amamos y a la que debemos un culto de fiel amor (*S. Th.*, 2.^a 2.^{ae}, q. 101, a. 1), ésa no es sino la de nuestra peregrinación terrena, patria que estamos atravesando en el tiempo, en el camino y en las alternativas alegres y tristes de la vida y de la convivencia social y civil, en las necesidades y en los auxilios de los amigos y compatriotas, en la custodia y defensa de la casa nativa, en la busca de una prosperidad o de una fama que pasan con la figura de este mundo (cfr. *I Cor.*, VII, 31). No tenemos, pues, aquí una ciudad permanente, sino que andamos buscando la futura (*Hebr.*, XIII, 14). Allá arriba, mucho más alta, está nuestra patria estable; para ella hemos nacido, a ella estamos destinados y nos dirigimos caminando con todos los hermanos de fe y de esperanza, unidos por la caridad que supera a la fe y a la esperanza, como a la riqueza y a la pobreza, a la ciencia y a la ignorancia; y toda benigna, toda alegre por la verdad, sufriendolo todo, creyéndolo todo, esperando todo, soportándolo todo, atrae y arrebatada consigo a los hermanos para hacérselos compañeros eternos en el cielo, en la beata visión de Dios. Ved a dónde mira el cooperar al fin de la Iglesia y a la salvación de las almas. Ved el campo de la mies espiritual de la Acción Católica en la hora presente.

PREGÓN PARA LA A. C. :
COOPERACIÓN Y CELO

La hora presente es la hora de las grandes pruebas para las almas. En la vorágine del progreso material; en las victorias del ingenio humano sobre los secretos de la naturaleza y sobre las fuerzas de los elementos de la tierra, de los mares y del cielo; en la porfía ansiosa por superar las alturas logradas por los competidores; en los campos de la entusiasta investigación; en las conquistas y en el orgullo de la ciencia, de la industria, de los laboratorios y de las fábricas; en la avidez de la ganancia y del placer; en la tendencia hacia un supereminente poder más temido que discutido, más envidiado que logrado; en el tumulto de toda la vida moderna; ¿dónde encontrará su paz verdadera el alma del hombre, cristiana por naturaleza? ¿Acaso en engreírse de sí misma? ¿Acaso en gloriarse cual señora del universo, envuelta en las nieblas de una ilusión que confunde la materia con el espíritu, lo humano con lo divino, lo momentáneo con lo eterno? No; en los sueños embriagadores no se tranquiliza la tempestad del alma y de la conciencia, agitadas por el ímpetu de la mente que está por encima de la materia, y que se lanza, consciente de un destino inmortal, irrecusable, hacia lo infinito y a sus inmensos deseos. Acercaos a esas almas; interrogadlas. Os responderán con el lenguaje del niño, no del hombre (cfr. *Hebr.*, V, 12-13). No tuvieron una madre que, cuando niños, les mostrara con el dedo un Padre en el cielo; crecieron entre paredes sin Crucifijo, en casas mudas para la religión, en campos alejados de un altar y de un campanario; leyeron páginas con nombres muy distintos que los de Dios y de Cristo; oyeron vituperar a sacerdotes y religiosos; pasaron de las campiñas, de las ciudades, del hogar doméstico, a la fábrica, a la tienda, a las aulas del saber, a todo arte y trabajo, sin frecuentar la iglesia, sin conocer al párroco, sin un buen pensamiento siquiera en el corazón.

Son almas infelices que en los peligros de la primera edad no tuvieron quien las instruyese, las guiase, las corrigiese, las

afirmase en la fe y en la piedad; o, si la tuvieron, pronto la indiferencia, el descuido, el mal ejemplo de los compañeros, el hervor de la juventud, las diversiones y las ocupaciones familiares les oscurecieron la lámpara de la fe y de las prácticas religiosas, apartando de ellas su pensamiento y enfriando su corazón, transformándoles su buena raíz en árido tronco, que tornará a florecer en la hora de la desventura, ya al calor de una palabra amiga y piadosa, ya al llegar la vida a su helado ocaso. ¡Cuántas de tales almas, con el incesante crecer de las ciudades y de las industrias, o el rellenarse las campiñas con pléyades de obreros, se van condensando en los suburbios y nuevos barrios ciudadanos, donde tal vez no encuentran iglesias o, a lo sumo, muy alejadas; almas que el sacerdote y el párroco apenas si llegan a conocerlas! ¡Tan desproporcionados son, frente al número y a las necesidades tan grandes de las almas, el número y la actividad de los ministros de Dios! ¡Tan apremiante es la necesidad que sienten los pastores sagrados y los párrocos, particularmente en las grandes ciudades, de la ayuda de fieles colaboradores en el múltiple, arduo, inmenso trabajo que los agobia para apacentar y vigilar la muchedumbre siempre creciente de su grey! Querría su celo llegar a todas las ovejas confiadas a ellos, reunir todas las descarriadas, iluminar a todas para conducir las de nuevo al divino Pastor de las almas; pero no pocos sectores de la vida social permanecen casi cerrados a la acción sacerdotal en tanto que están abiertos a la de los seglares.

Es una gran ley de naturaleza y de gracia que la semejanza abre las puertas al acercamiento y al amor; ella es un vínculo que, al aproximar un seglar a otro, inicia la amistad; y puede elevar a ambos hasta encontrarse en la alta esfera del espíritu, con tal de que el uno ame en el otro a su hermano y lo contemple en una visión de fe y de paraíso, sintiéndose devorado por el celo de la casa de Dios. San Agustín pregunta: «¿Quién es el que se halla devorado por el celo de la casa de Dios? Aquel que, si ve el mal en ella, trata de corregirlo, suspira por enmendarlo... Cuando un hermano se desvía de la casa de Dios, reténlo, amonéstale, si es que te devora el celo de la casa

de Dios... Reprende a cuantos puedas, detén a cuantos puedas, excita a cuantos puedas, conforta a cuantos puedas; pero no descanses... No mires sólo a ti mismo; no digas en tu corazón: ¿Pero es que me toca cuidarme de los pecados de los demás? Me basta mi alma, salvarla delante de Dios. Pero ¿es que no te acuerdas del siervo que escondió el talento recibido de su amo y no quiso hacerlo fructificar? ¿Fué acusado de haberlo perdido o no más bien de haberlo conservado sin ganancia?... ¡Oh hermanos — concluye el gran Obispo de Hipona, — bien sabéis de qué modo descubre Dios el camino, cómo abre la puerta a su palabra; no reposéis en el ganar almas para Cristo, ya que Cristo mismo es quien antes os ha ganado» (*In Ioannis Evang.*, tract. X, n. 9: Migne, *P. L.*, t. 35, col. 1471-1472). En tan ardientes acentos de celo episcopal oís vosotros el corazón de Agustín, su exhortación, su pregón de Acción Católica para su tiempo y para el futuro; porque la Casa de Dios, que es la Iglesia Católica, al ser de todos los tiempos, lo es también del nuestro, y su celo debe encender a sus hijos con aquel fuego devorador que Cristo vino a traer y extender por la tierra.

Llamas de tal fuego divino de celo apostólico vemos Nos a la sazón en los lábaros que unen y guían a las cohortes de la Acción Católica; llamas que iluminan lo que han hecho y lo que están haciendo; llamas que con las fervorosas pléyades de hombres y de mujeres, de juventudes masculinas y femeninas, de universitarios y universitarias, de laureados católicos, forman una falange auxiliar, obediente a la voz del Sumo Pastor y a la dirección de los Obispos en la conservación y en la difusión de la fe y de la moral cristiana en medio del pueblo. A vosotros, dilectos hijos e hijas de la Acción Católica, que habéis hecho vuestro el lema de obrar y sufrir cristiana y romanamente cosas fuertes, a vosotros Nuestra paterna complacencia, Nuestra intensa gratitud, Nuestra alabanza. Bien habéis merecido de la Iglesia y de la sociedad civil; sí, también de la sociedad civil; porque difundiendo y realizando, en la vida individual, familiar y social, los principios católicos de auto-ridad, de obediencia, de orden, de justicia, de equidad y de

caridad, habéis cooperado a hacer brillar, fortalecer y consolidar aquellas que son las bases más firmes de la sociedad civil.

LA VUELTA DE CRISTO A LAS CONCIENCIAS

En vosotros ponemos muchas de Nuestras esperanzas para lo por venir. En esta hora tan grave, en que las pasiones humanas, que la paz tenía adormecidas, se yerguen, saltan, se encienden, luchan en un duelo de sangre y de daños; en la angustia que oprime a Nuestro corazón de Padre común a causa del fiero conflicto que arde entre hijos tan caros a Nos, fijamos la mirada en la Acción Católica y confortamos Nuestro ánimo esperando con razón, bien confiados, encontrar en ella, recogida y estrechada en torno a los Obispos y a la Sede Apostólica, a los devotos y ardientes colaboradores en la gran empresa que sobre toda otra grava Nuestro espíritu por el supremo interés de las almas y de las naciones: la vuelta de Cristo a las conciencias, a los hogares domésticos, a las costumbres públicas, a las relaciones entre las clases sociales, al orden civil, a las relaciones internacionales. Empresa altamente cristiana, que eleva a los celosos hijos de la Iglesia militante al mérito y al honor de la más noble y santa cruzada, emprendida por el incremento, la defensa y la consolidación, en el seno de la humanidad, del reino de Cristo: de Cristo, «luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Io.*, I, 9); de Cristo, luz de justicia entre Dios y el hombre, entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo; de Cristo, luz de verdad, que el mundo malvado no se cuida ni gusta de conocer y entender (mientras, imitando a Pilatos, pregunta qué es) para obrar el bien; de Cristo, luz de concordia y de salvación en las turbaciones de la paz entre las naciones.

La Acción Católica Italiana responderá con plena satisfacción a los designios y a las esperanzas de la Iglesia, si para ello se subordina toda entera a aquella unión que es su vida y su fuerza. Unión que es cuádruple: con la Jerarquía eclesiástica; con Dios, por la íntima formación espiritual; con sus

miembros, por la concordia en el obrar; con los miembros de otras Asociaciones, sometidas igualmente a la dirección eclesiástica.

UNIÓN CON LA JERARQUÍA

Responderá ante todo a la esperanza de la Santa Iglesia, si se mantiene siempre unida cada vez más estrecha e indefectiblemente con los Obispos y con la Santa Sede. A la Jerarquía corresponde el oficio y la autoridad de enseñar y de guiar; la Acción Católica es su dócil colaboradora, poniendo a su disposición todas sus energías. En el amor, en la obediencia, en la entrega sumisa y pronta al Sumo Pontífice y a los Obispos, encuentran sus miembros su alegría y su fuerza no menos que la garantía de su fructífero éxito, ya que a la Jerarquía, heredera de la misión apostólica, se refiere la indefectible promesa de Cristo: «Sabed que estoy siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos» (*Matth.*, XXVIII, 20).

Además, como «no hay poder sino de Dios, y los que existen están ordenados por Dios» (*Rom.*, XIII, 1), presten los adscritos a la Acción Católica el debido respeto y la leal y consciente obediencia a las Autoridades civiles y a sus legítimos mandatos; «porque, dice el Principe de los Apóstoles, tal es la voluntad de Dios, que haciendo el bien cerréis la boca a la ignorancia de los hombres necios; como libres y no como sirviéndoos de la libertad para velo de la malicia, sino como siervos de Dios. Honrad a todos; amad a los hermanos; temed a Dios; respetad al rey» (*I Petr.*, II, 15-17). De esta suerte los socios de la Acción Católica, que ni es ni quiere ser una asociación política, sino más bien una selección en el ejemplo y en el fervor religioso, demostrarán ser no sólo fervorosísimos cristianos, sino también perfectos ciudadanos, no extraños a los altos problemas de la convivencia nacional y social, amantes de su patria y prontos a dar por ella aun la vida, siempre que el legítimo bien de la Nación requiera este supremo sacrificio (1).

(1) Cfr. Leonis XIII Enc. *Sapientiae christianae*, 10 Jun. 1890.

UNIÓN CON DIOS

El fundamento principal de la Acción Católica, para hacerse auxiliar de la Jerarquía eclesiástica, ha de ser la unión con Dios; esto es, si todos sus miembros llevan al apostolado una profunda formación religiosa, espiritual y cultural. Muy cierto es que el espíritu de apostolado es cosa grande y digna de alta alabanza en todo cristiano, por cuanto, al estar inscrito en el cuerpo místico de Cristo, ha de vivir su fe. Mas el pertenecer a la Acción Católica implica una selección, exige un espontáneo arranque de generosa entrega que no titubee en la oblación y en el sacrificio de sí mismo, impone y determina una exquisita preparación y formación, adquirida o por adquirir, según corresponda a la naturaleza de la Asociación. A los Consiliarios eclesiásticos, bajo las órdenes de la Jerarquía del Episcopado, corresponde especialmente plasmar e instruir a los socios de la Acción Católica, alimentándolos y haciéndoles crecer con los pastos de una espiritualidad segura, sana e íntima, y saciándoles en las puras fuentes de la doctrina cristiana.

En tal palestra espiritual recomendamos Nos sobre todo la oración, como ya dijimos a los alumnos del Santuario la primera vez que acudieron en torno a Nos. Orañ, orad, orad: la oración es la llave de los tesoros de Dios; es el arma del combate y de la victoria en toda lucha por el bien y contra el mal. ¿Qué no puede la oración, adorando, propiciando, suplicando, dando gracias? Su vida, que señalamos ardientemente a las pléyades de la Acción Católica, es la consciente participación en el Santo Sacrificio de la Misa, la frecuencia de los Sacramentos, los Ejercicios Espirituales, y junto con las diversas formas de piedad, el ánimo y el ardor para el sacrificio, gran ley y condición para la fecundidad del apostolado. Pertenecer a la Acción Católica no coloca en posición de privilegio ni de superioridad, sino que infunde a sus miembros un obligado impulso de hacerse, con espíritu de humildad, de abnegación y de caridad, todo para todos (*I Cor.*, IX, 22)

a fin de ganar a todos para Cristo, y sentirse hacia todos, como el Apóstol, «deudores» de los inefables tesoros que han recibido de la divina Bondad.

UNIÓN ENTRE SÍ: CONCORDIA EN EL AMOR

De la unión con la Jerarquía y de la unión con Dios no puede separarse ni debe faltar en los adscritos a la Acción Católica, como condición de vigorosa eficacia en el campo espiritual, tal unión entre ellos que los acerque y los una tan estrecha y mutuamente que no formen sino una sola gran familia de personas maduras y de jóvenes. Haya la máxima concordia entre los Consiliarios eclesiásticos de las diócesis y el centro, especialmente en aquel gran bien que mejor conduce al recto fin buscado; y toda divergencia en las cosas pequeñas, que nunca es contra la amistad, quédese en el entendimiento sin descender a la voluntad en aras de la caridad y de la paz común (*S. Th.*, 2.^a 2.^{ae}, q. 29, a. 3 ad 2.^{um}). Realícese espontánea y regularmente el paso de una Asociación a otra, organizada según la edad; y haya coordinación en las iniciativas y en los planes de trabajo, tanto entre los Sacerdotes como entre los seglares, para que no haya dispersión de energías.

UNIÓN CON LAS DEMÁS ASOCIACIONES

Pero, además de la unión entre sí, honra será de amoroso y amistoso afecto si reina también la unión entre los miembros de la Acción Católica y los de otras Asociaciones. La organización de la Acción Católica Italiana, aunque sea el encuadramiento principal de los católicos militantes, admite, sin embargo, junto a sí a otras Asociaciones dependientes también de la Autoridad eclesiástica, algunas de las cuales, al tener también fines y formas de apostolado, bien pueden llamarse colaboradoras del apostolado jerárquico. Entre estas Asociaciones y las de Acción Católica, ¿quién no ve cuán necesario sea que exista una mutua benevolencia, una amplia comprensión, una sincera cooperación: dotes y virtudes, que

tienen su raíz, de una parte, en el purísimo celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas que inflama a todas; y de otra, en pertenecer, habiendo en él la savia de la vida, al mismo cuerpo místico de Cristo? Las unas y las otras no se estorbarán en el trabajo, al que se consagran según los propios Estatutos aprobados por la autoridad de la Iglesia; más bien se ayudarán y sostendrán mutuamente y como a porfía, a fin de que, en la variedad espiritual, que se acomoda, se conforma y se adapta a las diversas costumbres, al cambiar de las circunstancias, a la índole de los temperamentos, aparezca y refulja brillante la luminosa señal característica del cristiano: la caridad.

Y si en los Institutos católicos de educación, así como en las Asociaciones eclesiásticas que tengan también fines y formas organizadas de apostolado, se injertaren Asociaciones internas de Acción Católica, ésta entrará allí con discreción y prudencia, no turbando en nada la estructura y vida del Instituto o de la Asociación, sino tan sólo imprimiendo un nuevo impulso al espíritu y formas del apostolado, al encuadrarlas en la gran organización central.

Preparados, formados y unidos de este modo, los miembros de la Acción Católica se lanzarán como apóstoles a los varios campos de la sociedad en todas sus direcciones, dondequiera haya almas que conquistar para Cristo, dondequiera haya un refugio o reunión de vida individual o colectiva, en que Cristo Nuestro Señor deba reinar.

«ID A LOS ABANDONADOS»

Id, dilectos hijos e hijas, id a los humildes, a los pobres, a los enfermos, a los infelices, a los abandonados por el mundo; id a ellos para levantarlos, para restaurarlos, para consolarlos, para ayudarlos, para animarlos. En sus desazones, en sus sufrimientos, en sus dolores, en su soledad, sientan ellos la proximidad del hermano que llora con ellos, que toma parte en su desventura y miseria, que es su amigo en la adversidad, que tiene una mano que los ampara, una palabra

que calma su desdicha y les señala, por encima de la fugaz apariencia del tiempo, los inmutables bienes de la eternidad.

«ID A LA JUVENTUD»

Id a la juventud, pues aunque en Italia la prudencia de los gobernantes ha reconocido la enseñanza religiosa en las escuelas elementales y medias como «fundamento y perfección de la instrucción pública» (1), sin embargo, por su condición y fervor juvenil, se halla sujeta a encontrarse con tantos y tan graves peligros, que tiene necesidad de una vigilancia cada vez más asidua y profunda. Los jóvenes son la esperanza de la familia y de la patria. Jesús mismo amó singularmente a los jóvenes, y amó al joven virtuoso; y en los núcleos de la juventud, ávida de lo por venir, cálida en sus entusiasmos, impávida ante los obstáculos, es donde encuentra la Esposa de Cristo sus levitas, aquellos corazones tan ardientes y generosos que habrán de guardar el arca santa y llevarán la buena nueva a todo el pueblo y a todas las gentes hasta los confines de la tierra. En medio de la juventud, haceos abanderados, maestros, compañeros; haceos jóvenes con los jóvenes, niños con los niños, para llevarlos a todos en torno a Cristo, a fin de que sientan sus caricias y su abrazo divino; entrad en sus almas para conservar en ellas las flores de la inocencia y de la virtud, y sembrarlas con las semillas de aquella sabiduría de camino, de verdad y de vida, que es lámpara de la fe que a la postre ha de posarse en el último descanso de la tumba.

«ID A LOS ADULTOS»

Id también a los adultos que, al crecer en su juventud y educarse en una atmósfera saturada de agnosticismo, cuando el hombre, temerario investigador de la materia y de la naturaleza, se ensoberbecía por sus inventos y por sus sueños, enfrentándose con Dios, hoy, al derrumbarse tantas ideolo-

(1) *Concordato fra la S. Sede e l'Italia*, art. 36.

gías y sistemas, sienten, consciente o inconscientemente, que desde el fondo de su espíritu se levanta el grito angustioso del alma inmortal, no satisfecha ya con los triunfos de la ciencia puramente humana ni con los atractivos del progreso moderno; grito que suscita en ellos la adormecida pero irresistible nostalgia de acercarse a Jesucristo y a los inefables fulgores de su doctrina.

«ID AL MUNDO»

Id en medio del mundo. Confiad en Cristo que ha vencido al mundo. Que vuestras armas sean el apostolado de la oración, del ejemplo, de la pluma y de la palabra; la humildad y la benevolencia, la paciencia y la mansedumbre, la prudencia y la discreción; la caridad prudente, que condesciende con los equivocados pero no con el error, porque nada desea más ni con mayor ardor toda alma humana que la verdad. Sean vuestras reglas y artes en la palestra espiritual todas aquellas múltiples iniciativas y actuaciones que llegaren a aprobar, coordinar y dirigir los Obispos y la Comisión Cardenalicia que Nos hemos instituido.

EL ALMA DEL CUERPO MÍSTICO

Y así, en esta solemne asamblea de la Acción Católica Italiana, Nos alegramos y Nos consolamos contemplando las falanges del apostolado de los seglares, asociados a la Jerarquía eclesiástica en el celo por la salvación de las almas redimidas por Cristo, y exaltados a la luz de promotores y renovadores del nombre y de la vida cristiana. El alma del cuerpo místico de la Iglesia es la que resplandece y triunfa especialmente en la Acción Católica; alma de fe, de esperanza, de caridad difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, aquel Espíritu que en el día de Pentecostés, después de un íntimo recogimiento de diez días en perseverante y concorde oración con la Virgen Santísima, Mediadora y Esposa del mismo Espíritu, descendía al Cenáculo no sólo sobre los Apóstoles, sino también sobre todos aquellos discípulos allí

reunidos, que bien podemos llamar sus primeros colaboradores en el apostolado. Y descendía en lenguas de fuego; lenguas que resonaban después como trompetas de la fe por el universo mundo; lenguas ardientes con aquel fuego traído por Cristo a la tierra y que Él no quiere sino que se encienda (*Luc.*, XII, 49). También nosotros tenemos necesidad del fuego de esas lenguas, de los dones del Espíritu Santo, que sustenta nuestra debilidad ignorante de lo que nos conviene pedir y que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inefables (*Rom.*, VIII, 26). Por ello deseamos y oramos para que, como en otro tiempo sobre la Iglesia naciente, también hoy descendiendo copiosamente el Espíritu Santo, por la intercesión de María Reina de los Apóstoles y de todo el apostolado, sobre la Acción Católica Italiana, sobre este gran Cenáculo, que recoge en torno a los sucesores de los Apóstoles una férvida falange de fieles y generosos colaboradores. Que ese espíritu omnipotente que en la mañana del universo aleataba sobre las aguas de los abismos (cfr. *Gen.*, I, 2) y las fecundaba, renueve ahora la faz de la tierra (*Ps.* CIII, 30), campo de tan cruentas luchas de los hijos de los hombres, mar de tantas lágrimas y naufragios; y que haga aparecer, en medio de las tormentas de la humanidad, nuevos cielos y nueva tierra (*II Petr.*, III, 13), y que restaure aquella ordenada tranquilidad y concordia de los pueblos por que suspira el mundo, pero que no puede fundarse, inmóvil ante los terrores y los halagos, sino sobre el reino de Dios, que es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo (*Rom.*, XIV, 17).

GRATITUD POR LOS DONES Y ORACIONES

No podemos, dilectos hijos e hijas, terminar este Nuestro discurso sin manifestaros Nuestro más vivo agradecimiento paternal por los dones que generosamente habéis ofrecido; agradecimiento que, más que de palabras, es de gozo y de maravilla nacidos al ver cómo vuestra fe y vuestra piedad, aun en esta hora de malestar y sacrificio universal, saben socorrer a las iglesias pobres y demostrar cuánto amor tenéis por el

decoro de la casa de Dios y por el lugar de la morada de Cristo, gloria de nuestros altares, en medio del pueblo cristiano (*Ps. XXV, 8*). Es una gracia que el Señor os ha concedido, os diremos, haciendo Nuestro el elogio que de las iglesias de Macedonia proclamaba el Apóstol en su segunda carta a los de Corinto: «En medio de las muchas aflicciones con que se hallan probados aquellos fieles, su gozo ha sido abundante, y su profunda pobreza se ha desahogado en riquezas de su buen corazón, porque han sido espontáneamente liberales... según sus medios y aun más allá de lo que éstos permitían» (*II Cor., VIII, 2-3*).

Vosotros habéis vencido la adversidad de los tiempos, y en vuestros dones, inspirados en los más altos sentimientos, habéis impreso una forma que los realza a la más elevada esfera espiritual de la Acción Católica, donde brilla el sol del Cordero divino muerto por la salud del mundo mientras de los turíbulos de los ángeles ascienden los perfumes de las oraciones de los santos. Vosotros, de hecho, habéis reunido el generoso tributo de oraciones según Nuestras intenciones — que son de reconciliación y de paz entre los pueblos — con una abundante oferta de sacros cálices y de ornamentos litúrgicos, testimonio y prenda de vuestra profunda veneración hacia el más divino misterio de la fe y del culto católico. Estos vuestros dones preciosos recordarán a los pueblos devotos, tanto en la patria como en las misiones, el vínculo de vuestro afecto fraterno y vuestro activo celo por la digna celebración de la divina liturgia; y en torno al altar y a la sagrada mesa simbolizarán y sellarán en el amor de Jesús y en la oración común la unión espiritual de los hijos de la Esposa de Cristo que por todo el mundo participan de una misma bebida y de un mismo pan supersubstancial (*cfr. I Cor., X, 16-17*). Cuando el sacerdote ascienda al altar, y cuando en las patenas donadas por vosotros y en los cálices ofrecidos por vosotros se hallen presentes su Cuerpo y su Sangre bajo la sombra de pan y de vino transformados, los espíritus celestiales, que circundan aquellas aras sagradas, volarán hacia vosotros, dilectos hijos e hijas de las diócesis italianas, que

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

habéis hecho tal donativo, y os lograrán la bendición del cielo y la gratitud de la tierra por vuestra benéfica acción, haciendo refluir sobre vosotros y sobre vuestras obras de apostolado un río de consuelo, de amor y de gracia, que brota del inflamado Corazón del Hijo de Dios, hecho hombre «propter nos homines et propter nostram salutem». Que el Señor, tan generoso en su misericordia y munificencia, conceda a Nuestras palabras la fuerza de un deseo y de una oración, que le ofrecemos para que se digne cambiar, en la manera inefable que sólo Él sabe y puede practicar, vuestros dones, mientras, como prenda de particular benevolencia, os damos a todos, presentes y ausentes, con todo Nuestro corazón, la Bendición Apostólica.

XXX

1 DE OCTUBRE DE 1940

PARA EL AÑO JURÍDICO DE LA SACRA
ROTA ROMANA

El año jurídico de la Sacra Rota Romana tuvo comienzo solemne dicho día en el Palacio Apostólico Vaticano. Después de la Santa Misa, celebrada en la Capilla Paulina, Su Santidad admitió en Audiencia a los miembros del insigne Tribunal, en la Sala del Trono, y les dirigió un venerado Discurso de soberanas felicitaciones, de profundas consideraciones, de vivísima exhortación.

EN tanto que el tumulto del mundo y de sus fieras luchas aumenta en Nos el ansia de aquella justa paz que suspiramos renazca y florezca entre los pueblos, vuestra presencia en torno a Nos y la prudente voz de vuestro Decano nos llevan con el pensamiento y Nos tornan a la contemplación de aquellas controversias que son el campo en que el Tribunal de la Sacra Rota Romana labora para que la justicia y la paz se abracen. Desde las gradas del altar, ante el que habéis invocado la divina asistencia del Espíritu que es amor del Padre y del Hijo, os habéis llegado a Nos para implorar Nuestra bendición al inaugurar el nuevo año jurídico de las decisiones que el mundo católico pide a vuestro ínclito Colegio; y con la plenitud de Nuestro paternal afecto, Nos es dulce el dárosla, para que ella promueva y avalore aquella paz de la que vuestro Tribunal ha de ser mediador en las luchas por la justicia y el derecho.

De vuestra solicitud y estudio tan beneméritos por el triunfo de la justicia y de la paz, son testimonio y confirmación las ponderadas palabras de vuestro digno Decano, quien al exponernos los motivos de satisfacción, el desarrollo de los trabajos, el número, la calidad y las decisiones de las causas tratadas en el transcurrido año jurídico, señala el camino de lo pasado como el principio de donde ha de arrancar e iniciarse lo por venir y el camino del nuevo año de la Sacra Rota Romana. Vosotros ya no seguís el paso del

«ritroso fanciul...,
Quando la madre a'suoi trastulli il fura,
C'he il piè va lento innanzi, e l'occhio indietro» (1);

(1) MONTI, *Bassvilliana*, canto I.

sino que imitáis al gran apóstol Pablo cuando, olvidando lo que pesaba sobre sus espaldas, alargando el paso y lanzándose con todo su esfuerzo hacia las cosas que tenía delante, avanzaba en su carrera hacia la meta: «Unum autem: quae quidem retro sunt obliviscens, ad ea vero, quae sunt priora, extendens meipsum, ad destinatum persequor, ad bravium supernae vocationis Dei in Christo Iesu» (*Phil.*, III, 13-14). También vuestra vocación es celestial, de Dios en Cristo para el premio eterno, vocación a la que enderezáis acá abajo vuestro servicio a la justicia, no ya con lento pie, sino más bien con aquella diligencia y prontitud que no torna atrás la vista como parada en el camino, si no es para lograr mayor luz y consejo en los tesoros de sabiduría de lo pasado. Con el año jurídico que inauguráis hoy, movéis vuestro ánimo y vuestra mente para cosechar nuevos méritos; y esa ciencia perspicaz y prudente, que tan ilustre y célebre ha hecho a vuestro Tribunal, y por cuya causa son tan rebuscados los muchos volúmenes de sus decisiones y sentencias, os acompañará y guiará en la nueva liza y en las dudas de las cuestiones en busca de la verdad; pues hija de la verdad ha de ser la justicia, si ha de hacerse madre de la paz; por ello al final del Digesto leemos que «res iudicata pro veritate accipitur» (1); y no hay otro gozo que tanto satisfaga, tranquilice y liberte el alma humana como la verdad.

Fuente de esa verdad, que es justicia, es Dios, creador y emperador del Universo, que se asienta allá arriba en un trono inaccesible con la sublime tiara de la divinidad, de la justicia y de la misericordia; misericordia que no quita la justicia, sino que la cumple y realza (*S. Th.*, p. 1.^a, q. 21, a. 3 ad 2.^{um}). Ante este Dios de justicia y de misericordia os habéis inclinado adorando e invocando su Espíritu de amor; porque la Iglesia, que fué vivificada por sus llamas en el Cenáculo, es madre que, al dar lo suyo a cada uno de sus hijos, posee también una tiara de autoridad divina, de justicia y de misericordia que adorna su frente. Hija de la Iglesia, la Sacra

(1) *Fr. 207 D. de div. regulis iuris c. 1. 17.*

Rota Romana, que sabe también unir la justicia con la misericordia, compañera de la justicia, no ignora ni la debilidad, ni la timidez, ni la malicia humana; y así como concede amplia libertad a la defensa y asiste al pobre, no traba el camino a la aplicación incorrupta e imparcial de la ley, que constituye la jurisprudencia, que vosotros admiráis, en una de las pechinas de la bóveda de la Estancia de la Signatura, representada por Rafael en una dama que tiene en la diestra alzada la espada para separar la justicia de la injusticia, y en la izquierda, la balanza con sus dos platillos equilibrados: «Ius suum unicuique tribuit». Orgullo y gloria de la Sede Apostólica es vuestro Tribunal, al que se recurre y se apela desde todas las regiones del mundo católico y al que hasta el mismo Vicario de Cristo confía soluciones de causas particulares, de suerte que sois llamados a participar de aquella solicitud de todas las Iglesias, que es el oficio del Pastor universal.

Y por cuanto en vuestro Foro predominan las causas matrimoniales, la Sagrada Rota Romana tiene la gloria de ser el Tribunal de la familia cristiana, humilde o noble, rica o pobre, en la cual entra la justicia para hacer triunfar la ley divina en la unión conyugal, cual defensora del vínculo indisoluble, de la plena libertad del consentimiento en la unidad de vida, de la santidad del sacramento. Por ello vosotros, con cuidado muy atento, examináis y ponderáis las declaraciones de las partes, los testigos, las relaciones de los peritos, los documentos, los indicios, a fin de lograr descubrir posibles fraudes y para impedir así la violación de un tálamo bendecido, en que el Creador puso la fuente de la multiplicación del género humano, de los compañeros de los bienaventurados ángeles hasta la consumación de los siglos, cuando los innumerables grupos de hijos de Adán se presentarán ante el Tribunal de Cristo, juez de vivos y de muertos, para dar cuenta de sus obras, buenas o malas.

En la sociedad familiar se inicia la sociedad humana, se vigorizan y crecen los nombres de padre y de madre, el árbol de la casa encuentra sus brotes, la patria sus campeones, la Iglesia sus ministros. Y así la Rota Romana resplandece en

el orden judicial como paladión de las sagradas bodas, y se torna en gran alabanza vuestra el que el Estudio Rotal y las aulas del Tribunal de la Rota lleguen a erigirse en alta escuela de procedimiento y de discusión jurídica, dado el número cada vez mayor de sacerdotes, de religiosos y hasta de seglares de toda nación y lengua del mundo católico, que allí acuden y aprenden cómo la Roma cristiana no cesa de erigirse en maestra del derecho de gentes, heredera y émula de aquella severa e investigadora sabiduría, que tan famosos hizo a los jurisconsultos imperiales.

Pero si la Sagrada Rota es guardiana y defensora de la indisolubilidad del matrimonio, sabe también distinguir de ésta perfectamente el matrimonio contraído inválidamente y que, por lo tanto, jamás ha existido. En este caso asiste de hecho *iure naturae* a los cónyuges, que no hayan sido causa culpable del impedimento o de la nulidad, el derecho de denunciar el matrimonio; derecho al que corresponde en el juez, que *ex actis et probatis* haya llegado a formarse certeza moral de la invalidez del matrimonio, la obligación de declararlo nulo, pronunciando la correspondiente sentencia.

Dejad, por fin, que Nuestro pensamiento y Nuestro corazón retornen a la fuente de Nuestro dolor al contemplar a los hijos, armados y combatiendo los unos contra los otros, como si no fueran hermanos de una fe y de una esperanza. La historia juzgará, según corresponda, esta lucha sangrienta y destructora; mas el pensamiento y el juicio del hombre no son el juicio y el pensamiento de Dios. En su Tribunal escuchan las familias de los pueblos, a través del curso de los siglos, una sentencia que se cumple infaliblemente: «*consilium Domini in aeternum manet*» (*Ps. XXXII, 11*); y mientras el Señor «*dissipat consilia gentium, reprobant autem cogitationes populorum et reprobant consilia principum*» (*Ps. XXXII, 10*), con justicia y misericordia humilla y levanta, da y quita los imperios, borra y sepulta sus nombres bajo el musgo de las ruinas y bajo la arena de los desiertos, como en otro tiempo disipaba las reliquias de Israel a todos los vientos sobre la faz de la tierra (*Ezech., V, 1-4 y 12; IX, 8-11*). A este

PARA EL AÑO JURÍDICO DE LA SACRA ROTA ROMANA

Dios de misericordia y de justicia, cuya misericordia triunfa en todas sus obras, Nos dirigimos, invocando su piedad; porque en su tribunal de justicia sobre los pecados de los hombres no se puede apelar sino por la oración, avalorada por su misericordia. Roguemos, dilectos hijos, imploremos la divina piedad y clemencia, a fin de que cese la tempestad desencadenada sobre la desgraciada humanidad, el cielo se torne sereno y brille la aurora de la suspirada paz.

XXXI

6 DE OCTUBRE DE 1940

A LA JUVENTUD FEMENINA ITALIANA DE ACCIÓN CATÓLICA

Su Santidad se dignó premiar por su mano a las asociadas de la Juventud Femenina Católica Italiana, vencedoras en los concursos de cultura religiosa. En el patio de San Dámaso, en el Vaticano, se reunieron unas 20.000 jóvenes para ofrecer sus donativos al Padre Santo y de él recibir el premio y la bendición. Su Santidad, vivamente complacido por el filial obsequio, lo elogió en un aclamado Discurso, integrado por las normas providenciales para el incesante desarrollo de organización tan floreciente.

ESTE alegre espectáculo de millares de blancos velos y de vestidos blancos, símbolos del candor de vuestras almas, suscita en Nos la visión de un jardín de mil flores primaverales, nacidas milagrosamente en la sangrienta aurora de un día de otoño; flores entre las cuales, lo diré en buen grado, Nos vemos crecer los lirios en las *mayores* y otras; abrirse las margaritas en las *Benjaminas* y *queñitas*, y sonreír junto a ellas, cual gotas de rocío hechas a los rayos del sol, los *Angelitos de Acción Católica*; en este gracioso jardín saludamos Nos especialmente en el día de hoy las primulas o primaverales, nombre que se merecen entre vosotras aquellas que se abren a la primavera de la vida conscientemente libre y responsable; nos referimos a las *Aspirantes*, que forman una herencia rica en las más alegres promesas.

Jardín más grande es la Iglesia universal, con regiones sin fin, con excelsos árboles, con amplias viñas y olivares, con bosques de solitarios descansos, con retiros de contemplación, con campos de actividad, y caminos y senderos diversos en acción, que conducen a invernaderos, donde se cultivan los arbustos y las flores trasplantables a otro terreno, en el que mejor crezcan, florezcan y den fruto. Gentiles flores sois vosotras, jovencitas *Aspirantes*, que deseáis crecer hasta ser trasplantadas a la Acción Católica como asociadas efectivas de la Juventud Femenina. Esencialmente os corresponde el nombre de *Aspirantes*, que designa almas ansiosas de movimiento y de ascensiones del espíritu. Quien ansía, no aspira a pararse ni a ir cayendo hacia abajo.

PASADOS VEINTE AÑOS...

PREPARAOS PARA EL MAÑANA

En el seno de la Acción Católica celebra vuestra Sección su año vigésimo. Ninguna de vosotras pudo ser testigo de su fundación; las de mayor edad se glorían tan sólo de sus quince años, y tal vez por ello veinte años os parece un tiempo antiguo. ¡Ilusión que el volar de la vida se encargará de disipar! Vuelan los años; aunque algunos de ellos parezcan estar casi parados o durar más que los otros, como retenidos por el número o por el peso de los acontecimientos que aglomeran y llevan consigo. Si fijamos la mirada sobre Europa y sobre el mundo, vemos de hecho cómo en veinte años han podido suceder profundos trastornos que valen por siglos, los cuales no sólo cambian la estructura política de las naciones y sus mutuas relaciones, sino que hasta modifican las mismas ideas morales y sociales de la humanidad. De tal contemplación, ora confortante, ora entristecedora, Nos es grato tornar Nuestra mirada a la obra realizada en esos mismos veinte años por vuestro grupo, de la que seguramente no es sino parte muy pequeña la exquisita y conmovedora «Historia» que hoy Nos habéis querido ofrecer. De todos modos, lo pasado Nos mueve a predecir bien para lo por venir.

Lo por venir es el mañana, al que se lanza vuestro deseo. Pero ¿de qué sirve el desear sin un fuerte querer? Y ¿de qué sirve un fuerte querer sin un franco emprender? Una aspirante es, por lo tanto, una alumna que se ejercita en la práctica de un arte que la haga hábil y pronta para el trabajo del mañana.

¡Mañana! Palabra cuyo misterio sólo Dios penetra, gobierna y prevé, y que ocasiona con la oscuridad de lo futuro cierta perturbación a la mirada del hombre. Pero no a la vuestra. Los ojos de la juventud, rica en lo por venir, no miran sino hacia adelante, y se gozan contemplando en la luz de lo futuro la realización de sus «aspiraciones»; los ojos del hombre maduro, y especialmente los del viejo, ofuscados por

los espectáculos de lo pasado, proyectan sus recuerdos sobre lo por venir cual un reflejo de la sombra.

¡Feliz juventud! Daos prisa en aprovechar el ardor y la confianza de vuestra edad (cfr. *S. Th.*, 1.^a 2.^a, q. 40, a. 6). Preparaos a los deberes que Dios os reserva y que son muy grandes, por cierto: «*Grandis enim tibi restat via*» (III *Reg.*, XIX, 7). Pero, mientras el Señor os los impone, os da también, como al profeta Elías, un pan celestial que os fortalecerá a lo largo del camino: la Eucaristía, fuente de celo para el apostolado, fuente de consagración valiente hasta el heroísmo, según lo declara vuestro programa: *Eucaristía, Apostolado, Heroísmo*.

La hora presente doquier es hora de devastación; mas por ello ha de ser para vosotras la hora de un trabajo tanto más confiado e intenso en beneficio de vuestra querida Patria y de vuestros semejantes, hermanos y hermanas en la caridad de Cristo. Mañana, si es que no quiere permanecer para siempre sepultado en las sombras de la muerte, el mundo tendrá que esforzarse por reparar y enderezar sus ruinas. Entonces habrá llegado el momento de vuestra colaboración, ¡oh Juventud Católica! ¡Cuán bellas obras son las que esperan vuestro concurso! Reconstruir la sociedad sobre bases cristianas: reponer el Evangelio y su moral en estima y honor; renovar la familia, restituyendo al matrimonio la aureola de su dignidad sacramental, a los esposos el sentir de sus deberes y la conciencia de sus responsabilidades; reafirmar en todos los grados de la sociedad la genuina noción de la autoridad, de la disciplina, del respeto a las leyes sociales, de los derechos y deberes recíprocos de la persona humana. Ved vuestro mañana.

DIFUNDID LA DOCTRINA DE CRISTO

Una de vuestras grandes tareas será difundir la doctrina de Cristo. En el mundo actual domina ampliamente el «laicismo», que representa el esfuerzo del hombre para pasarse sin Dios; tendencia vana e impía empresa, que toma, según los tiempos y los países, los más variados aspectos y nombres:

indiferencia, negligencia, desprecio, revolución y odio. Estos últimos y más desventurados sentimientos no son frecuentes, por suerte, en el seno de las familias italianas, impregnadas y nutridas por un cristianismo multisecular; pero, por desgracia, también aquí, como en otros países, con el desarrollo, con el incremento y con la difusión de las ciencias y de las artes mecánicas y con el progreso del bienestar material, en no pocos ha surgido asimismo una indiferencia cada vez más creciente hacia Dios y las cosas divinas. Al conquistar mayores bienes en la tierra, creyéndose depender menos inmediatamente del Creador y Señor soberano, los hombres olvidan, ingratos, que todo es don de Dios, aun las mismas fuerzas de la Naturaleza que ellos sojuzgan, y las facultades intelectuales y sus brazos que son las armas de sus éxitos y de sus victorias.

En otros tiempos — aunque no inmunes de deficiencias y desvíos — la fe religiosa penetraba e imbuía la vida social, y mucho más la vida familiar con las paredes adornadas por el Crucifijo y por piadosas estampas y recuerdos. Inspirábanse la literatura y las artes del hogar doméstico en las narraciones bíblicas; nombres de santos protectores señalaban ciudades y pueblos, montañas y fuentes; los senderos de las campiñas y los rincones de las calles ofrecían doquier a la mirada de los viandantes la imagen de Cristo Crucificado y la de su Madre bendita. Parecía que todo, hasta el aire mismo, hablaba del Señor; de tal suerte, que el hombre vivía como en contacto con Dios por el pensamiento de su presencia universal y de su potencia soberana. La campana de la iglesia lo despertaba, le invitaba al divino sacrificio, al triple saludo diario a la Bienaventurada Virgen, a las funciones sagradas; regulaba el orden de los trabajos cotidianos, como la voz del sacerdote aseguraba su consciente cumplimiento. No hubierais encontrado entonces familia alguna que no poseyese el Catecismo, la Historia Sagrada, a veces también las Vidas de los Santos para cada día del año. Hoy, por el contrario, cuántas casas, más o menos repletas con volúmenes de multiformes títulos, con novelas y cuentos de aventuras, hállanse faltas tal vez de

aquellos libros! ¡Cuántos padres, justamente preocupados porque sus hijos aprendan y conozcan los preceptos de higiene, cuídanse bien poco de la enseñanza religiosa!

La ignorancia de la doctrina cristiana y los graves daños que la siguen para las almas han sido muchas veces lamentados y denunciados al mundo por Nuestros venerados Predecesores; por ello la Acción Católica, jamás sorda a las voces de los Romanos Pontífices, considera como uno de sus fines esenciales, además de la formación religiosa y moral de sus miembros, su preparación pedagógica para la enseñanza del Catecismo, libro fundamental de la sabiduría y de la vida cristiana. Saludamos, pues, con alegría a las vencedoras en el *Concurso nacional de cultura religiosa*. Todas son jóvenes, algunas muy jóvenes. Su vista nos recuerda a la amable Santa Teresa del Niño Jesús, que, cuando todavía era la Teresita Martin, mereció ser llamada por el sacerdote catequista «su doctorcita» (1). Las jóvenes que suspiran hoy por formar una familia cristiana (y ¿no es tal, acaso, el sueño de muchas de vosotras?), deben prepararse y adiestrarse en ser, si no doctoras, al menos maestras de religión; más de una se verá obligada algún día a tener que recordar a su marido, con infinita delicadeza y sabia paciencia, las verdades de la fe y los preceptos de la moral evangélica. De todos modos, ciertamente que deberán ellas cumplir tal oficio con sus hijos; pero una obligación tan grande nunca les hará dudar ni temer, si a tiempo han adquirido su experiencia y su práctica en la Acción Católica.

DAR Y DARSE

Enseñar, instruir un alma, es dar y darse al mismo tiempo; es lo que corresponde a una de las más hermosas aspiraciones de vuestro sexo y de vuestra edad. La joven, la señora, hecha maestra de la verdad y del bien, da a los demás algo de los tesoros de su mente y de su corazón gracias a la palabra; darse a sí misma y se da para una vida espiritual, a la

(1) *Histoire d'une âme*, pág. 63.

manera que una madre sabe darse para la vida corporal de su niño, a veces hasta con el sacrificio heroico de la propia vida. Generosa es la mujer aun en el darse con el trabajo de su mano; la historia conoce y ensalza a la mujer fuerte, no a la mujer avara. De tal grandeza y necesidad de entrega hemos visto Nos, entre otras tantas, una prueba en la rica colección de *ornamentos sagrados* que vosotras Nos habéis ofrecido para las iglesias pobres y para las misiones.

Jesucristo ha querido vivir en el tabernáculo como un mendigo de amor. Otras hermanas vuestras, amantes de Él, con el trabajo de sus manos recogen y trituran el grano, y de dorados racimos exprimen el vino, ofrenda que poner en las manos del sacerdote para el gran misterio de amor que Cristo realiza millares y millones de veces sobre el incruento Calvario de nuestros altares. Y vosotras, para vestir la pobreza eucarística del Dios del tabernáculo, que en su infinita riqueza se ha hecho pobre por nosotros, le habéis ofrecido los sacros ornamentos para el ara de su místico sacrificio; y este don no se debe tan sólo a vuestros haberes, por muy modestos que sean. Porque vosotras le habéis dado también vuestro tiempo, vuestro trabajo, vuestro descanso; en cada punto del cosido o del adorno, en cada detalle del encaje o del bordado, habéis puesto un acto de fe en su presencia sacramental y como un reparador beso de amor sobre sus llagas. El divino Prisionero de amor jamás se deja vencer en generosidad de dones. A su vez, en cada uno de los tabernáculos de las iglesias pobres o de las capillas de las misiones, ante los cuales estos sagrados ornamentos, exquisitos frutos de vuestra caridad y de vuestro arte, revestirán a Nuestro Señor Jesucristo en la persona de su sacerdote, Él os bendecirá doblemente desde el fondo de su divino Corazón.

«CRUZADA DE LA PUREZA»

Ropas de altar, manteles de altar, estos finos trabajos han salido blancos y puros de vuestras manos; blancos y puros servirán para sus santos misterios, que no admiten contacto

impuro. Mirad al altar y al tabernáculo: cubierto enteramente el uno por el mantel de lino que cae por ambos lados; velado el otro por el conopeo. Así pues, vosotras, que revestís tan piadosas el altar y la morada de Jesucristo, no olvidéis jamás que lleváis a Dios en vosotras mismas por la gracia que viste vuestra alma; y que esta divina presencia hace no sólo de vuestra alma, sino también de vuestro cuerpo, un templo santo. «¿No sabéis, escribía el apóstol Pablo en su primera carta a los de Corinto, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... ¿No sabéis que vuestros miembros son el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que os ha sido dado por Dios, y que ya no os pertenecéis a vosotros mismos?» (*I Cor.*, VI, 15 y 19). El pensamiento consciente de esta divina habitación, de esta incorporación a Cristo, ha engendrado y desarrollado a través de los siglos, en los pueblos dóciles al Evangelio, un religioso respeto al cuerpo, que se explica en un conjunto del modo de ser de la persona, de las maneras, del porte, de las palabras reguladas y medidas con prudencia: la modestia. Ya el mismo Apóstol, en los albores de la Iglesia, quería que las mujeres llevaran velo en las reuniones sagradas, y decía también a los de Corinto: «Sed jueces vosotros mismos: ¿es honesto que la mujer ore a Dios sin cubrirse con el velo?... Gloria de la mujer es su larga cabellera; pues que los cabellos le han sido dados a guisa de velo» (*I Cor.* XI, 13 y 15).

En este año vosotras habéis señalado como meta de vuestros pensamientos y de vuestras iniciativas *la gran Cruzada de la pureza*, de aquella pureza cuya guarda es la modestia. Y como la naturaleza pone en toda criatura un instinto que la induce y mueve a defender su propia vida y la integridad de sus miembros, así la conciencia y la gracia, que no destruye, sino que perfecciona la naturaleza, infunden en las almas como un sentido que las pone en guardia vigilante contra los peligros que acechan a su pureza, y que es la singular característica de la joven cristiana. Léese en la *Passio Ss. Perpetuae et Felicitatis* — considerada justamente como una de las joyas más preciadas de la antigua literatura cris-

tiana — que, cuando en el anfiteatro de Cartago la mártir Vibia Perpetua, lanzada al aire por una ferocísima vaca, cayó sobre la arena, su primer cuidado y su primer ademán fué arreglarse bien su túnica, que se le había abierto al costado, para recubrirlo «*pudoris potius memor quam doloris*», más solícita del pudor que del dolor (1).

La moda y la modestia deberán andar y caminar siempre juntas como dos hermanas, pues que ambos vocablos tienen la misma etimología, del latín *modus*, que es tanto como recta medida, más acá o más allá de la cual no puede ya encontrarse lo justo (2). ¡Pero la modestia ya no está de moda! Semejantes a aquellos pobres alienados que, perdido el instinto de su conservación y la noción del peligro, se lanzan al fuego o a los ríos, no pocas almas femeninas, olvidadas, por ambiciosa vanidad, de la modestia cristiana, caminan miserablemente hacia peligros donde su pureza puede encontrar la muerte. Sufren ellas la tiranía de la moda, aunque sea inmodesta, de tal suerte que parecen no sospechar ya ni siquiera su inconveniencia; es que han perdido el concepto mismo del peligro, el instinto de la modestia. Ayudar a esas infelices para que tornen a adquirir la conciencia de sus deberes, será vuestro apostolado, vuestra Cruzada en medio del mundo. «*Modestia vestra nota sit omnibus hominibus*» (*Phil.*, IV, 5).

Vuestro apostolado obrará ante todo con el ejemplo. Tocará a vuestra amadísima Presidenta, a vuestras prudentes Directoras, enseñaros que antes de poneros un vestido, habéis de preguntar a vuestra conciencia cómo lo juzgará Jesucristo, y avisaros que, antes de aceptar una invitación, debéis considerar si vuestro guardián invisible y celestial podrá seguirnos a semejante reunión sin tener que velar su cara con las alas: os indicarán qué espectáculos, qué reuniones, qué playas debéis evitar; os mostrarán cómo una joven puede ser moderna, culta, deportista, llena de gracia, de naturalidad y

(1) Cfr. ed. FRANCHI DE' CAVALIERI en «*Römische Quartalschrift*», 1896, págs. 142-144.

(2) Cfr. HOR., *Serm.* I, 1, págs. 106-107.

de distinción, sin esclavizarse a todas las vulgaridades de una moda malsana, conservando un rostro que ignore los afeites, como el alma cuyo reflejo es, y también una mirada sin sombras interiores ni exteriores, que al mismo tiempo sea reservada, sincera y franca.

LA EUCARISTÍA. LA VIRGEN INMACULADA

Y Nos, para defensa de esa vuestra pureza tan valientemente activa, os recomendaremos sobre todo la oración, y especialmente el culto de la Santísima Eucaristía y de la Bienaventurada Virgen Inmaculada, a la que os habéis consagrado.

En la Eucaristía encontráis a Dios, que es la misma pureza, porque es la perfección infinita. Cuando Él se os da — Nos place repetir las palabras del Profeta — como «trigo de elegidos y vino que hace brotar vírgenes» (*Zach.*, IX, 17), Nuestro Señor, «candor de luz eterna y espejo sin mancha» (*Sap.*, VII, 26), purifica vuestra alma y sus facultades, vuestro cuerpo y sus sentidos. Cuanto más se acerca una criatura a Dios y se le une, tanto más pura es: cuanto más anhele la pureza, tanto más tiende hacia el Ser puro.

Cuando el Verbo quiso encarnarse y nacer de una mujer, dirigió su mirada a la criatura idealmente más perfecta: una joven con la gracia de su virginidad. Después que a ta! gracia se añadió, por un milagro singular, la de la divina maternidad, apareció ella con tan sublime belleza, que los artistas, los poetas, los santos, tentaron ardientemente retratar su imagen, pero siempre en vano. La Iglesia y los Ángeles la saludan con los nombres de Reina y Madre; los títulos con que la piedad de los fieles ha ceñido su frente, cual diadema de mil brillantes, son innumerables. Pero entre todos estos nombres y títulos de gloria, hay uno que le es singularmente preferido y que basta para designarla: ¡la Virgen!

¡Que esta Virgen de las Vírgenes, María, Reina del Santísimo Rosario, pueda ser vuestro modelo y vuestra fuerza en toda vuestra vida de jóvenes católicas, pero especialmente en vuestra Cruzada de la pureza!

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

Con tal deseo, y como prenda de su protección maternal y de las más abundantes gracias divinas, os damos de corazón a vosotras, así como a todas las personas, obras y santas intenciones para las que la habéis invocado, Nuestra Bendición Apostólica.

XXXII

13 DE OCTUBRE DE 1940

RADIOMENSAJE PARA EL CONGRESO EUCARÍSTICO
NACIONAL ARGENTINO

La Radio Vaticana transmitió el siguiente Mensaje de Su Santidad a los fieles de la Argentina convergentes "como a faro de nueva luz y de ardor cristiano" en la ciudad de Santa Fe, para celebrar el Congreso Eucarístico Nacional.

VENERABLES HERMANOS Y QUERIDOS HIJOS :

BENDITO Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (*II Cor.*, I, 3). Esta alabanza agradecida, que el gran Apóstol Nos pone en los labios en una hora grave de crueles conflictos en el mundo y de tristeza para Nos, es la que elevamos al cielo al dirigiros Nuestra palabra a vosotros que Nos consoláis, caminando en la verdad del amor que dejó Cristo a los hombres como mandato suyo, y exaltándole en el trono de adoración, desde donde impera y reina en la Iglesia y sobre el Universo como Rey pacífico, viviente e invisible, de nuestras almas. El nuevo triunfo con que vuestra fe y piedad religiosas lo vuelven a exaltar y glorificar en el Congreso Eucarístico Nacional de Santa Fe de la Vera Cruz, despierta en Nos la espléndida y fulgurante visión de la celebración eucarística universal que en la nobilísima capital de vuestra República, hace ya más de un lustro, hizo convenir a los pies de la santa Hostia de paz y de amor una inmensa multitud de adoradores de todas las partes de la tierra; cuando presentes también Nos, como Legado de Nuestro inmortal Predecesor, sentimos latir junto a Nuestro corazón el corazón de la Argentina y el de todos los pueblos, con esa fe que atraviesa todo velo, con ese ímpetu de veneración y de amor que sobrenaturaliza el espíritu. Hoy desde el Solio pontificio, al que de Nuestra pequeñez ha querido elevarnos el arcano consejo divino, volvemos con gozo en medio de vosotros, y con Nuestra voz, llevada en alas de

portentoso secreto arrancado a la naturaleza por el genio humano, participamos en vuestro solemne homenaje nacional al Dios oculto bajo los sacrosantos velos, e invocamos con vosotros aquella abundancia de gracia, de fervor, de progreso espiritual que tan generosamente os dió la divina liberalidad en Buenos Aires, centro y corazón de vuestra potente vida pública y de los campos sin fin, y de las ciudades, donde sobre las laboriosas industrias y el trabajo agrícola ondea junto a la Cruz vuestra bandera.

La «verdadera Cruz» caracteriza y marca con la «santa fe» la ciudad del presente Congreso Eucarístico, al que convergen los ánimos y las miradas de la Nación, como a faro de nueva luz y de ardor cristiano que, así como en el pasado difundió sus benéficos rayos sobre el creciente pueblo de la Argentina, así también, emulando la fe del descubridor del Nuevo Mundo, dió nombres sagrados a gran parte de las nuevas ciudades.

A la Cruz, pues, que consagra el altar y es signo de la santa fe, levantáis, queridos hijos, el pensamiento de la fe. En la piedra del altar reconocéis la piedra del Gólgota; en el sacerdote veis al mismo Cristo, Sacerdote eterno que por nuestro amor renueva y ofrece, misterio de la fe, el sacrificio de sí mismo por la remisión de los pecados. Él es el mediador único y supremo entre Dios y los hombres; pero en su bondad y misericordia quiso que también éstos participaran en su sacerdocio y fuesen ministros de su divina mediación. Dichosos de vosotros, oh jóvenes que, respondiendo a la invitación de Cristo, aumentáis las filas de sus apóstoles y de sus operarios en la mies de los florecientes campos de vuestra Nación. Llor a vosotros, oh jóvenes, que del apostolado de la férvida Acción Católica Argentina pasáis al apostolado del santuario y del altar, para servir a Cristo, para consolarlo con vuestro número, para dar a conocer y multiplicar los tabernáculos de su misterio de amor, para rodearlo en cortejo exultante, en su triunfal paso por las calles de vuestras ciudades y pueblos.

Desde el Chaco y la Tierra del Fuego, desde los Andes y las orillas del Océano, habéis venido con vuestros Pastores a la ciudad que resume y compendia en su nombre la fe del

pueblo argentino, arrebatados por el ardor y la fe que vuestros antepasados conocieron y sintieron en lo profundo de su espíritu. Habéis venido como los discípulos y las turbas de Palestina, a buscar a Cristo, camino, verdad y vida; a apretaros en torno a Él y a adorarle, presente e invisible bajo el velo de la Eucaristía, como Nación que lo siente en sí misma, que lo ama y le ofrece el homenaje de su corazón y le repite y renueva la oferta de sí con no menos ardiente devoción que cuando en la máxima ciudad de vuestra República causaba en día no lejano la admiración del mundo católico allí convenido de allende los océanos.

Buscad la justicia y el reino de Dios en vosotros y en vuestras obras. Haced que Cristo reine siempre en medio de vosotros, en vuestro pueblo destinado a grandes cosas. Que reine en la familia, en el tálamo inmaculado, en la corona de los hijos, en las escuelas públicas, en la prensa, en las visiones escénicas ofrecidas a los ojos juveniles y al pueblo, en la palabra radiada, en las casas, en la vida social, entre los trabajadores diseminados en nuevas regiones agrícolas e industriales. Brille ante los ojos de vuestros gobernantes la luz de Cristo y su justicia que eleva las Naciones y las protege, como muro, contra las insidias y asaltos de la impiedad que mina sus fundamentos. Que la santa fe, la verdadera Cruz, el estandarte de Cristo que ondea sobre las ciudades y en las calles de los pueblos, esté íntimamente plantado en vuestros corazones y eche en ellos aquellas divinas raíces que consolidan la vida moral, que inmunizan el entendimiento contra el error y la incredulidad, que hacen germinar las flores de la libertad de los hijos de Dios y madurar los frutos de la paz de Dios, que supera toda inteligencia (*Phil.*, IV, 7).

Rogad, Venerables Hermanos y queridos hijos, con Nos y con Nuestro Legado el Cardenal Arzobispo de la capital de vuestra ínclita República; rogad al Príncipe divino de la paz que reconcilió con su sangre la tierra y el cielo, y unificó en el místico banquete de su altar a todo el pueblo creyente; rogad a Jesucristo Señor Nuestro que infunda su paz, domadora de las pasiones humanas, en el ánimo de todos los pue-

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

blo para que rebose de los corazones y apague la áspera lucha que siembra la muerte en la tierra, en los mares y en los cielos, y alimenta a los pueblos con el pan del dolor empapado en lágrimas de sangre. Sólo en Cristo, Salvador del mundo, está Nuestra esperanza y Nuestra confianza, porque en sus manos están los corazones de los hombres, y Él sabe y puede calmar el tumulto del oleaje.

Con esta esperanza y confianza, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María de Luján, Patrona particular de la República Argentina, de San Miguel Arcángel, de San Juan Bautista, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de los Beatos Mártires Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo y de todos los Santos, impartimos a todos y a cada uno de vosotros la Bendición Apostólica.

XXXIII

16 DE OCTUBRE DE 1940

EL ROSARIO EN LA FAMILIA

Su Santidad admitió a su augusta presencia, en el Aula de la Bendición, a un nutrido grupo de recién casados. Sentado en el Trono, el Padre Santo se dignó benigno exaltar las sublimes prerrogativas del Santo Rosario, la oración por excelencia de la familia cristiana.

DE todo corazón os damos la bienvenida, dilectos nuevos esposos, que parecéis conducidos a Nos por la Virgen del Santísimo Rosario, en este mes a Ella consagrado. Nos place contemplarla con los ojos del espíritu — como la han visto algunos Santos privilegiados — inclinada hacia vosotros con una sonrisa, para ofreceros aquel sencillo y devoto objeto que, a través de una cadena de anillos plegables y ligeros, significando no otra esclavitud que la del amor, reúne por decenas sus pequeños granos, llenos de un invisible jugo sobrenatural, mientras, por vuestra parte, arrodillados ante Ella, prometéis honrarla, ofreciéndole con la mayor frecuencia posible, en todas las vicisitudes de la vida familiar, el tributo de vuestra piedad.

GUIRNALDA DE ROSAS (GOZO)

El rosario, según la etimología misma de la palabra, es una *corona de rosas*: cosa encantadora, que en todos los pueblos representa oferta de amor y señal de alegría. Pero estas rosas no son aquellas de que se adornan con premura los impíos, de quienes habla la Sagrada Escritura (*Sap.*, II, 8). «Coronémonos de rosas — gritan ellos —, antes de que se marchiten». Las flores del rosario no se marchitan; su frescor es renovado sin cesar en manos de los devotos de María; y la diversidad de las edades, de los países y de las lenguas da a esas vivaces rosas las variedades de sus colores y de su aroma.

Ya desde vuestra infancia habéis tomado parte en este rosario universal y perenne. Vuestras madres os enseñaron a

hacer correr lentamente entre vuestros dedos infantiles los granos del rosario y a pronunciar al mismo tiempo las sencillas y sublimes palabras de la oración dominical y de la salutación angélica. Un poco más tarde, cuando llegó vuestra primera Comunión, os consagrasteis a vuestra Madre celestial, rezando el rosario, recibido en regalo como recuerdo de aquel gran día, con un fervor ingenuamente aumentado por la delicada belleza de sus perlas. ¡Cuántas veces después habéis renovado vuestra doble oferta, a Jesús y a su Madre divina, ante el tabernáculo eucarístico o en la Congregación mariana! Y ahora, con el sacramento del matrimonio, celebrado en este mes dedicado a María, Nos parece que toda vuestra vida futura será como una guirnalda de rosas, un rosario, cuyo rezo perseverante y concorde ha comenzado cuando a los pies del altar habéis unido vuestros corazones, ligados así por los nuevos y más graves deberes que habéis contraído libremente con vuestro consentimiento nupcial bendecido por Dios.

Vuestro «sí» sacramental tiene de hecho algo del «Padre nuestro» por el compromiso que lleva consigo de santificar a la vez el nombre de Dios en la obediencia a sus leyes («sanctificetur nomen tuum»), de establecer su reino en vuestro hogar doméstico («adveniat regnum tuum»), de perdonar diariamente el uno al otro las mutuas ofensas y faltas («et dimitte nobis... sicut et nos dimittimus...»), de combatir las tentaciones («et ne nos inducas in tentationem»), de huir el mal («sed libera nos a malo»), y sobre todo el «Fiat» resuelto y confiado, con que os encamináis al encuentro de los misterios de lo futuro. Aquel «sí» es también como un reflejo de la salutación angélica, porque os abre una nueva fuente de gracia, de la que María es la soberana dispensadora («gratia plena»), y que es la habitación de Dios en vosotros («Dominus tecum»); es una prenda especial de bendiciones no sólo para vosotros, sino también para los frutos de vuestra unión; un nuevo título para el perdón de los pecados durante la vida y para la asistencia materna en la hora suprema («nunc et in hora...»). Vosotros, pues, permaneciendo fieles a los deberes de vuestro

nuevo estado, viviréis en el espíritu del santo rosario, y vuestros días se desarrollarán como un encadenamiento de actos de fe y de amor hacia Dios y hacia María, a través de los años que os deseamos numerosos y ricos en favores celestiales.

PROVIDENCIALES DEBERES (DOLOR)

Pero un rosario, dilectos hijos e hijas, significa también que los misterios de vuestro porvenir no serán siempre y solamente de alegría; a veces llevarán también providenciales dolores. Es la ley de toda vida humana, como de todo ramo de rosas, que las flores estén mezcladas con las espinas. Vivís ahora vosotros los *misterios gozosos*, y Nos os deseamos que gustéis largamente su dulzura, porque la felicidad está prometida a quien teme al Señor y pone toda su delicia en sus mandatos (*Ps. CXI*, 1); está prometida a los mansos, a los misericordiosos, a los puros de corazón, a los pacíficos (*Matth.*, V, 4-9), y vosotros os esforzaréis en ser todo esto. Sobre todo esperáis que la Providencia, cuyos secretos designios os han atraído al uno hacia el otro, derrame sobre vuestro hogar la bendición prometida a los patriarcas, cantada por los profetas, ensalzada por la Iglesia en la liturgia del matrimonio; la bendición alegre de la fecundidad: «*matrem filiorum laetantem*» (*Ps. CXII*, 9).

Y como habéis recibido y recibiréis las alegrías — las de hoy y las de mañana — con filial reconocimiento y prudente moderación, ¿acogeréis también, con espíritu de fe y sumisión, los *misterios dolorosos* del porvenir, cuando llegue su hora? ¿Misterios? Es el nombre que da con frecuencia el hombre al dolor, porque, no avezado por lo común a buscar justificación de sus alegrías, querría en cambio con su corta vista hallar la de sus desgracias, y sufre doblemente, cuando en la tierra no ve su porqué. La Virgen del Rosario, que es también la del «*Stabat*» del Calvario, os enseñará a permanecer erguidos bajo la cruz, por muy densa que pueda ser su sombra, ya que comprenderéis por el ejemplo de esta «*Mater dolorosa*» y Reina de los mártires que los planes de Dios

superan infinitamente a los pensamientos de los hombres, porque, hasta cuando despedazan el corazón, están inspirados por el más tierno amor de nuestras almas.

VERDADERA GLORIA

¿Podéis esperar vosotros, debéis desear, en el rosario de vuestra vida, también *misterios gloriosos*? Sí, cuando en ello se trate de la gloria que sólo la fe puede percibir y gustar. Los hombres se detienen con frecuencia en los humeantes relámpagos de la fama, que se dan o se disputan entre sí con altisonantes palabras o acciones. Ser alabados, ser célebres: he aquí en qué consiste para ellos la gloria. «Gloria est frequens de aliquo fama cum laude», escribía Cicerón (1). Pero los hombres con frecuencia no se cuidan de la gloria que sólo Dios puede dar, y por ello, según la palabra de Nuestro Señor, no tienen la fe: «¿Cómo es posible que creáis, decía el Redentor a los judíos, vosotros, que vais mendigando gloria los unos de los otros y no buscáis la gloria que procede sólo de Dios?» (*Io.*, V, 44). La gloria del mundo se marchita cual flor del campo, exclamaba Isaías (XL, 6); y el Dios de Israel anunciaba por boca del mismo profeta que humillaría a los grandes de la tierra (*Is.*, XLV, 2). ¿Qué hará, pues, el Dios encarnado, aquel Jesús que se declaraba «humilde de corazón» (*Matth.*, XI, 29) y que no había buscado jamás su propia gloria? (*Io.*, VIII, 50).

Alzad, pues, vuestra mirada más a lo alto, o bien penetrad más profundamente, con los ojos de la fe y a la luz de las Santas Escrituras, en lo íntimo de vuestras almas. «Es una gran gloria, os dirá el Espíritu Santo, seguir al Señor» (*Eccli.*, XXIII, 38). En una familia donde Dios es honrado, «corona de los ancianos son los hijos de los hijos, y gloria de los hijos son sus padres» (*Prov.*, XVII, 6). Cuanto más puros sean vuestros ojos, oh jóvenes madres de mañana, tanto más veréis vosotras en los queridos seres pequeños, confia-

(1) *De inventione*, l. II, c. 55, § 166.

dos a vuestros cuidados, almas destinadas a glorificar con vosotros el único objeto digno de todo honor y de toda gloria. Y entonces, en vez de perderos, como tantas otras, en ambiciosos ensueños sobre la cuna de un recién nacido, os inclináis con la mente devota sobre el frágil corazón que comienza a palpar, y pensaréis sin vanas inquietudes en los misterios de su porvenir, que confiaréis a la ternura — ¡mucho más maternal y mucho más potente que la vuestra! — de la Virgen del Rosario.

Así es como el Santo Rosario os enseña que la gloria del cristiano no se realiza en su terrenal peregrinación. Interrogad la serie de los misterios: gozosos y dolorosos, desde la Anunciación a la Crucifixión, señalan como en diez cuadros toda la vida del Salvador; los misterios gloriosos no comienzan sino el día de Pascua, y entonces ya no cesan: ni para Jesús resucitado, que asciende a la diestra del Padre y envía el Espíritu Santo para presidir, hasta la consumación de los siglos, la propagación de su reino; ni para María, que, arrebatada sobre las ardientes alas de los ángeles hasta el cielo, recibe allí de las manos del Padre celestial la corona eterna.

Otro tanto os sucederá, dilectos hijos e hijas, si permaneciereis fieles a las promesas hechas a Dios y a María y observareis lealmente las obligaciones que mutuamente habéis contraído. No os avergoncéis del Evangelio (cfr. *Rom.*, I, 16); y en un tiempo en que muchas almas débiles y vacilantes se dejan vencer por el mal, no imitéis sus extravíos, sino triunfad del mal, según el consejo de San Pablo, haciendo el bien (cfr. *Rom.* XII, 21). Así el rosario de vuestra vida, continuado por una cadena de años que os deseamos largos y llenos de bendiciones, tendrá su cumplimiento feliz, cuando para vosotros caiga el velo de los misterios en la glorificación luminosa y eterna de la santa Trinidad: «Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, Amen».

XXXIV

18 DE OCTUBRE DE 1940

A LOS FIELES DE RITO BIZANTINO EN ITALIA

Los participantes en el Sínodo Intereparquial, celebrado en la insigne Abadía de Santa María de Grottaferrata, una vez terminados sus trabajos, ofrecieron un especial homenaje al Sumo Pontífice y le ratificaron sus sentimientos de indefectible obediencia y amor. Su Santidad se dignó dirigir a los Sinodales veneradas palabras de altísimo significado: recuerdo de las solicitudes seculares de la Iglesia por los católicos de rito bizantino en Italia; exhortación a la misión que deben desarrollar para edificación de sus hermanos de Oriente, separados de Roma.

CON verdadera alegría e íntimo afecto os damos la bienvenida, Venerables Hermanos y dilectos hijos, conducidos y guiados por el carísimo Señor Cardenal Lavitrano; a vosotros, Ordinarios y clero de las tres eparquías del rito bizantino en Italia, que, tan allegados a Nuestro corazón, Nos recordáis con vuestra presencia en la casa del Padre común de la Cristiandad aquellas regiones del Oriente, que Nos amamos tanto. Y Nos es ocasión de especial alegría poderos recibir hoy con motivo de vuestro primer Sínodo Intereparquial, celebrado en la veneranda Abadía de Santa María de Grottaferrata, honra y gloria griega del Lacio, que dora el rayo del sol de Roma al atardecer y sombrea con su sagrada protección la aérea cúpula que corona la tumba del Príncipe de los Apóstoles; Abadía que, distinguida en todos los tiempos por la particular benevolencia de los Romanos Pontífices, atestigua con su existencia y duración a través de las vicisitudes de los siglos, cuán singular ha sido la solicitud que los Sucesores de Pedro han tenido siempre por el rito bizantino y la custodia de las tradiciones que habéis heredado de vuestros padres.

Este Sínodo, que Nos deseamos sea el alba de un nuevo mediodía en la historia religiosa de los ítalo-griegos, recuerda a Nuestra mente la visión de un pasado rico en preciosa actividad para gloria de Dios y para bien de las almas, y Nos insinúa y da confiada esperanza de realidades no menos bellas y fecundas para lo por venir. En vuestras comunidades Nos place volver a ver un árbol venerando que, sin disminuir en nada su vigor, y más bien renovado, a través de los siglos, da siempre savia nueva y potente, echa robustos brotes en sus ramas y crece frondoso con abundancia de generosos frutos.

Y al igual que reviven y pasan ante Nuestra vista ahora las florecientes colonias griegas de la Italia meridional que, en noble porfía con la madre patria, se elevaron en bienestar y civilización, vemos también, en el siglo séptimo, encontrar asilo y refugio en la hospitalaria tierra italiana a los prófugos de Siria y de Egipto, amenazados por la invasión musulmana, y en el octavo a los monjes y monjas que huían de la opresión de los emperadores iconoclastas. Y ved en los siglos siguientes abrirse y difundirse una floración de vida religiosa, de que hablan las iglesias de Palermo y de Monreal, de Cefalú y de Nápoles, con sus mosaicos de finísima factura y de alta inspiración, así como también las otras numerosas iglesias, mudos pero elocuentes testimonios de la profunda piedad de todos los grupos de población; hablan los preciosos rollos y manuscritos, que nos han conservado los tesoros de la sabiduría eterna y humana y nos hacen admirar el exquisito gusto artístico y la pericia de los copistas. Y así es como, dominados por estos recuerdos, que alivian el espíritu, pensamos en aquellas fúlgidas figuras de apóstoles, en San Nilo, en San Bartolomé, y en su infatigable actividad conquistadora junto a toda clase de personas, desde el rey hasta los humildes; dirigimos Nuestra mente a aquellos oasis de vida religiosa y contemplativa, a aquellos focos de renovación interior, que fueron los monasterios de San Salvador en Mesina, del Patirión en Rossano, de los Santos Elías y Anastasio en Carbone, y numerosos otros; y Nuestro ánimo, arrebatado por tanta luz de belleza, se desata en un himno de reconocimiento a Dios Óptimo Máximo por las admirables obras que cantaron y cantan todavía hoy su gloria.

Cierto es que por algún tiempo pareció que la planta, que había madurado en frutos tan bellos y excelentes, se empobrecía y estaba como para secarse y desaparecer; mas un nuevo jugo vino a vigorizarla de nuevo y a rejuvenecerla, gracias a la llegada, al finar del siglo décimoquinto, de numerosos prófugos albaneses, todavía fascinados por las victorias y prestigio del gran Jorge Castriota Scanderbeg, «or-

thodoxae fidei fortissimus athleta et intrepidus pugil» (1), «verus athleta et propugnator nominis christiani» (2), como le llamaron los Pontífices Nicolás V y Calixto III, tan pródigos en ayudarle con toda generosidad. Y cuando con la muerte del héroe, el heroísmo de todo un pueblo, que surgió en defensa de su libertad y de su fe, cayó desafortunado bajo la prepotencia de la fuerza enemiga, estos nobles y admirados prófugos, que habían preferido el destierro a sacrificar cuanto tenían de más caro y de más precioso, encontraron en su fuga la seguridad y la posibilidad de vivir en una tierra, convertida muy pronto en su segunda patria, y poseyeron plena facultad de conservar y de practicar su rito griego y sus tradiciones.

Porque la Sede Apostólica, Venerables Hermanos y dilectos hijos, siempre miró con ojos de maternal complacencia los ritos orientales. Mucho antes del lamentable cisma de la Iglesia de Oriente, eran numerosos en Roma los claustros y altares en que monjes griegos cantaban al Señor según su propio rito y en su propia lengua, de suerte que cuando el Patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, clausuraba los monasterios de los latinos y expulsaba a sus abades y monjes, el Papa San León IX, en el año 1053, podía con razón lamentarse con estas admirables palabras, que han permanecido fieles en la historia de la Iglesia: «Ecce in hac parte Romana Ecclesia quanto discretior, moderatior et clementior vobis est! Siquidem cum intra et extra Romam plura Graecorum reperiantur monasteria sive Ecclesiae, nullum eorum adhuc perturbatur vel prohibetur a paterna traditione, sive sua consuetudine; quin potius suadetur et admonetur eam observare». Y añadía una razón que revela y pone bien de manifiesto la prudencia delicadamente amorosa de la Iglesia Romana: «Scit namque quia nil obsunt saluti credentium diversae pro loco et tempore consuetudines, quando una fides,

(1) Cfr. KAYSER, en «Görres-Gesellsch. Historisches Jahrbuch», VI, 1885, pág. 215.

(2) Cfr. THEINER, *Vetusta Monum. Histor. Hung. Sacram illustrantia*, II, pág. 303.

per dilectionem operans bona quae potest, uni Deo commendat omnes» (Migne, *P. L.*, t. 143, col. 764).

Con este mismo espíritu la Santa Sede jamás ha dejado, en el correr de los tiempos, de preocuparse por la conservación del rito griego en Italia. Por ello un erudito protestante alemán, que andaba investigando los manuscritos relativos a la historia de los griegos y de los albaneses en la Italia meridional, no dudaba en escribir a un ilustre historiador católico que el trabajo a que se había dedicado «constituiría una página de honor para la Curia Romana y para la misma Congregación del Santo Oficio, que habían tomado a su cargo los cuidados de todos aquellos prófugos, protegiéndoles en sus ritos y en sus privilegios» (1).

La Sede Romana, con su experta perspicacia de maestra, junto con el rito, hizo cuanto pudo para mantener la fe en su genuina pureza, y ordenar y dirigir la disciplina en modo conforme a ella, como es su alta misión, que le fué confiada por Dios, fundador de la Iglesia en Pedro.

Ya en 1098 Urbano II convocaba, en Bari, un Concilio de Obispos latinos y griegos de la Italia meridional, donde brilló la doctrina de San Anselmo en la exposición y en la defensa de la fe católica (2).

Harto prolijo sería referirnos a la actividad de los Sumos Pontífices posteriores, como Pío IV, Pío V, Clemente VIII y otros más; pero no podemos pasar por alto el nombre de Benedicto XIV, quien con su célebre Constitución «*Etsi pastoralis*» de 1742 dió a los ítalo-griegos y a los ítalo-albaneses un breve código de leyes, donde en armónico consorcio brillan la preocupación por conservar el rito y la solicitud por una ordenada vida eclesiástica.

Para obtener semejante fin nada omitieron los Romanos Pontífices que fuera sostén necesario y auxilio para la formación de un excelente clero ítalo-albanés, tanto mediante la erección de seminarios — y el Colegio griego de Roma hace

(1) Cfr. PASTOR, *Geschichte der Päpste*, XI, pág. 501.

(2) Cfr. EADMER, *Vita S. Anselmi*, l. II, c. 5, n. 47; *Historia Novorum*, l. II; Migne, *P. L.*, t. 158, c. 102 y t. 159, c. 415.

ya siglos que provee de sacerdotes sólidamente formados en la doctrina y en la piedad a las iglesias de rito bizantino en Italia —, como con el nombramiento de obispos consagrantes para su rito. Ni desconocéis ciertamente las sabias disposiciones del gran Pontífice León XIII para suprimir varias infiltraciones del rito latino, consolidando y restituyendo el rito bizantino a su forma originaria y genuina. Por ello le fué gran beneficio y protección el que Benedicto XV fundara en 1919 la eparquía de Lungro en Calabria para los ítalo-albaneses de rito bizantino en la Italia continental, y que Nuestro inmortal Predecesor Pío XI, en 1937, erigiera otra eparquía semejante en Sicilia, mientras al propio tiempo declaraba la Abadía de Grottaferrata «nullius dioeceseos», esto es, Monasterio Exárquico. Así es como los ítalo-albaneses tuvieron el orgullo y el honor de ser gobernados por sus propios Pastores.

Era, pues, oportuno que las diversas cuestiones surgidas de tal regulación, fueran tratadas y discutidas en un Sínodo que se preocupase por establecer las normas prácticas para el desarrollo de las comunidades ítalo-griego-albanesas, normas que — no lo dudamos — estimularán a un nuevo celo tanto al clero como al pueblo y los moverán a una perfecta observancia de sus deberes sacerdotales y cristianos.

Base fundamental de toda vida cristiana es la fe, sin la cual no hay salvación. Cualquiera que sea la diversidad de los ritos, única es la llama de la fe, que ilumina y guía a todos los miembros de la Iglesia de Cristo: «Unus Dominus, una fides, unum baptisma» (*Eph.*, IV, 5). La verdad, por más que pueda tener diversas vestiduras, no tiene dos caras. No hay una verdad para el latino y otra para el griego, sino que es una sola, la que Jesucristo anunció al mundo y confió a su Iglesia, «columna et firmamentum veritatis» (*I Tim.*, III, 15). Y tal fué precisamente la profunda amonestación de Nuestro Antecesor Pío IX cuando, al defender la legitimidad de los diversos ritos que con su variedad aumentan y multiplican el esplendor y la majestad del culto católico, exhortaba a estar en guardia «ne quid in ritus ipsos forsitan induceretur, quod fidei catholicae adversetur, vel periculum generet animarum,

vel ecclesiasticae deroget honestati» (*Litt. Apost. «Romani Pontifices»*, 6 Ian. 1862).

También Nos, apoyados y animados por los apostólicos ejemplos de Nuestros venerados Predecesores, deseamos que los usos legítimos del rito y las prescripciones de la liturgia sean observados en su pureza integral, conociendo bien por experiencia que la exacta observancia de las normas litúrgicas suscita en los ánimos de los fieles estimación y amor de la constitución eclesiástica y del culto divino, y que une más estrechamente al hombre con la Iglesia y con Dios.

Pero si la diversidad del rito no debe disminuir ni rasgar la unidad en la fe, tampoco ha de crear impedimento alguno a la unión en la caridad. Nuestro divino Redentor quiso que el amor fuera la señal distintiva de sus seguidores, y antes de dejar el mundo, en su oración sacerdotal, imploró del Padre «ut sint unum» (*Io.*, XVII, 11 y 22), que sus discípulos estuviesen unidos en la doctrina y el amor. Luego, si es justo que se ame y se observe el propio rito, tal amor no deberá ser exclusivo, ni hacer perder de vista que por encima de todas las cosas domina e impera soberana la caridad, que es el «vinculum perfectionis» (*Col.*, III, 14). Dondequiera, pues, que convivan fieles de distintos ritos, precisa que cada uno respete los derechos de los demás y que nadie se esfuerce en prevalecer con daño de los otros, sino que más bien los pertenecientes a un rito rodeen de amor y respeto a los miembros del otro, según el precepto del Apóstol: «Caritate fraternitatis invicem diligentes: honore invicem praevenientes» (*Rom.*, XII, 10).

No dudamos, Venerables Hermanos y dilectos hijos, que vuestros pensamientos y vuestros propósitos sean iguales a los Nuestros; sólo con su exacta observancia los católicos del rito bizantino en Italia darán a sus hermanos de Oriente separados, aquel ejemplo de doctrina, de práctica cristiana y de católica concordia, que será invitación e impulso para reconocer cuán emuladora y recíproca actuación en el bien y cuánta genuinidad primitiva de la vida cristiana pueden surgir y florecer en la unidad con la Iglesia de Roma.

XXXV

19 DE OCTUBRE DE 1940

RADIOMENSAJE AL EPISCOPADO Y A LOS CATÓ- LICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

*En la vigilia del "Día de las Misiones" dignó-
se el Sumo Pontífice enviar un Radiomensaje
al Episcopado y a los fieles de los Estados
Unidos de América. Al apostólico llamamien-
to de Su Santidad en pro de las Misiones siguió
en todo aquel vasto país una noble competencia
de oraciones y de generosidad.*

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

ESTAMOS en vísperas del día destinado a propulsar el crecimiento de las misiones católicas por todo el mundo; y mientras Nuestro corazón abarca con el amor de Padre todo el gran rebaño de Cristo, mira con un sentimiento especial hacia vosotros, generosos ciudadanos de los Estados Unidos de América, cuyas tierras han recibido de la naturaleza misma una abundante largueza de sus tesoros y donde los cielos sonríen a un pueblo industrial y fuerte. Nuestra voz sale de la colina Vaticana, en alas de esta maravillosa creación del genio humano, para ir a través del Atlántico como respuesta a vuestro deseo de oír de Nos mismo una palabra que pueda estimular el ardor de vuestro celo misionero. En Nuestra mente vive todavía delicioso el recuerdo de Nuestra visita a vosotros y de los largos viajes que hicimos por aire a través de esas fértiles regiones que asombran con sus montañas y sus llanuras, sus lagos y sus ríos. Pudimos después conocer y admirar vuestras ciudades, vuestras iglesias y catedrales, vuestras escuelas superiores, colegios y universidades, el equilibrado espíritu de vuestra diligente actividad, los extraordinarios monumentos de vuestra fe y de vuestra caridad ardiente.

Hoy, aunque indigno sucesor suyo, ocupamos la Cátedra de Pedro; y mientras estos preciosos recuerdos que nunca podrán borrarse llevan Nuestro pensamiento a vosotros, Nuestra mirada abarca toda la faz de la tierra y la esperanza de

que ayudaréis a extender el Evangelio adquiere nueva vida, nueva fuerza, se extiende y se levanta a las sublimes alturas alcanzadas por vuestro ágil y abnegado celo para llevar las naciones a los pies de Cristo. Vuestra es Maryknoll, la sociedad para las Misiones extranjeras de Maryknoll, cuyos miembros se esfuerzan por extender la fe en el Asia Oriental en santa rivalidad con otros institutos religiosos de hombres y de mujeres, fundados, es verdad, en Europa, pero que también cuentan entre sus misioneros a tantos de vuestros héroes y heroínas. También os pertenece la gloria de una liberalidad de amplio espíritu, que honra a vuestro nombre en las mieses del Evangelio, entre los retoños de Cristo. Y lejos de permitir que el brillo de esta gloria se empañe, os preparáis mañana para añadir nuevo lustre a su esplendor.

Cuando amanezca el día de mañana y los católicos por todo el mundo rivalicen unos con otros en su deseo de ayudar a las misiones, los misioneros de Cristo mirarán desde los campos en que ellos trabajan con el sudor de su frente, donde ellos sufren privaciones, pelean sus batallas, ganan sus victorias; hermanas, consagradas a instruir a la juventud y a aliviar las desgracias de la humana fortuna, mirarán desde sus orfanatos, desde sus hospitales, desde sus escuelas; el Este y el Oeste, las tierras heladas de ambos polos, las regiones inmensas destrozadas y desoladas por la lucha internacional, estarán a la expectativa; la Iglesia, la Esposa de Cristo, con sus manos juntas, Nos, con los ojos elevados al cielo hasta vos, oh Cristo, Redentor del mundo, esperaremos con santa confianza la promesa del día. Fué Él, el Dios-Legado del Padre, que bajó del cielo en forma de siervo, heraldo de las divinas nuevas, embajador divino; y cuando su misión de traer la vida fué coronada por la amargura de la muerte, alzado sobre la tierra en la cruz del Gólgota, crucificado, abrió Él sus brazos para juntar a todos los hombres en Sí mismo (*Io.*, XII, 32).

Mirad, Venerables Hermanos y dilectos hijos, contemplad el mundo y ved cuán placentera aparece en todas partes la mies de las almas. Pero la sacuden rugientes las olas de la

tempestad de las batallas, de la destrucción, del sufrimiento, de innumerables penas humanas. Mirad cuántos mensajeros del Evangelio, cuántos hombres y mujeres, héroes de Cristo, trabajadores de su viña, viven y penan, luchan y sufren entre peligros y obstáculos, entre privaciones y miserias, que enfrian el ardor de su celo y ponen murallas de roca en el camino de su santa y caritativa ambición. Con los ojos y las manos alzadas, todos miran a vosotros y con ellos miran también los fieles de su rebaño, y cuantos todavía han de oír la voz del Pastor mientras, de momento, vagan y se sientan en la sombra de la muerte, ignorantes de Aquel que los ha redimido y que les ha prometido la vida eterna y la paz. Pedid para que el Dueño de la viña envíe también obreros para esos hermanos vuestros; que también ellos han sido llamados a renacer en Cristo. La oración es la espada que atraviesa el corazón de Dios y hace fluir su amor y su misericordia; es la oferta hecha por vuestros labios, por el amor interesado de vuestro corazón a los misioneros de Cristo, a los corderos extraviados del rebaño, a esos patéticos dolientes que soportan la carga y los tormentos de nuestra calamitosa época.

La oferta de estas plegarias, que se levanta ante los sagrados tabernáculos donde mora el divino Pastor del rebaño redimido que le alienta y asocia con sus apóstoles por todos los campos y por los senderos donde ellos soportan la fauga, no dejará de ir acompañada por un donativo de vuestras manos. Vosotros lo ofreceréis en estas tristes y desalentadoras horas para ayudar a la Esposa de Cristo en la propagación de la fe. Vosotros la ayudaréis a impulsar el buen trabajo comenzado, a reconstruir lo que ha sido dañado o destruido; a tranquilizar a los débiles de corazón y a los desalentados, a multiplicar los escasos recursos, a sostener, a aumentar y a hacer adelantar todo el movimiento misionero hasta el definitivo triunfo de este reino de Dios en la tierra. Tal es el objeto de nuestras peticiones diarias al Padre celestial en la plegaria que Cristo nos enseñó: Venga a nos el tu reino. Éste es el reino de la paz entre hermanos, fundado en el mutuo

amor; de la paz entre los pueblos y naciones del mundo, basado en un arreglo equitativo de las diferencias y en la unión que llegue con un orden justo. En la hora presente, los hombres están lejos, muy lejos, de esta paz; el sentido íntimo de los valores comunes en el orden natural y sobrenatural amenaza con quedar subordinado en muchos corazones a los principios opuestos; tanto más consoladora y más inspiradora habrá de ser, pues, vuestra eficaz fidelidad al espíritu católico misionero. Porque después de todo, la paz en el mundo es también un fin misionero de la Iglesia. De la tranquilidad en el orden entre los hombres depende su vida, la conquista y la salvación de las almas, la difusión del don precioso de la fe, el triunfo sobre el mal. Todo ello conduce a esta meta: la paz inmutable en la eternidad.

En estos sublimes y santos pensamientos ha de encontrar su impulso vuestra plegaria y vuestra generosidad. El dinero que deis para ayudar a las pobres misiones, es un préstamo hecho al Señor, que el propio Señor os recompensará (*Prov.*, XIX, 17). Cristo, que habla y obra por los abandonados de su Evangelio, os hará partícipes de sus méritos, porque considera como dado a Él todo cuanto a ellos diereis.

Ojalá que el Dios de nuestros tabernáculos os halle pronto a cooperar, con los bienes terrenales de que os ha dotado, en construir y multiplicar, en medio de los hijos de los hombres, los tabernáculos de las delicias divinas. Ojalá se levanten éstos en todas las playas del mar, en todas las llanuras y montañas de la tierra, aun en las regiones congeladas por el frío de los polos o quemadas por el sol abrasador, a las que solamente en el avión zumbador puede llegar el sacerdote que sobre un altar celebre el divino sacrificio. En aquellas soledades de Dios, en aquellos remotos rincones, lejos de las angustias de los hombres, almas recién nacidas a Cristo se levantarán orantes con plegaria de acción de gracias a Dios y de gratitud a vosotros. Para vosotros y para vuestro trabajo, para vuestras decenas de florecientes escuelas, vuestros institutos científicos, vuestras instituciones de caridad y de socorro, implorarán ellos abundante recompensa

AL EPISCOPADO Y A LOS CATÓLICOS DE LOS EE. UU. DE AMÉRICA

de divinos favores. Como prenda y presagio de estas bendiciones celestiales, recibid la Bendición Apostólica que Nos, que conocemos vuestra sincera y cálida devoción al Vicario de Cristo, os enviamos a todos y a cada uno de vosotros, con todo el profundo amor de Pastor del rebaño de Cristo.

XXXVI

20 DE OCTUBRE DE 1940

AL NUEVO EMBAJADOR DE LA REPÚBLICA DE PORTUGAL

En virtud del vigente Concordato entre la Santa Sede y la República de Portugal, la Representación diplomática de este País junto al Sumo Pontífice alcanzó de nuevo su antigua categoría de Embajada. El nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, S. E. el Prof. Antonio Faria Carneiro Pacheco, presentaba a Su Santidad las cartas credenciales. A las palabras de homenaje que le dirigió, el Padre Santo se dignaba contestar formulando sus deseos más elevados por la prosperidad religiosa de aquel Estado cristiano.

SEÑOR EMBAJADOR:

A CREDITADO por laudatorias Cartas de Su Excelencia el Señor Presidente de la República portuguesa; rico en eminentes cualidades y en insignes méritos, cuyo valor han reconocido tan altamente así el Gobierno como la opinión pública, Vuestra Excelencia viene a Nos como Representante de una Nación particularmente cara a Nuestro corazón, para ocupar en el seno del Cuerpo diplomático junto a la Santa Sede el puesto de honor que corresponde al glorioso pasado de ese País, no menos que a la energía actual de su esfuerzo hacia un porvenir sano y vigoroso, bajo la sabia guía de los que hoy dirigen sus destinos.

En medio de las tempestades y de las inquietudes de este período de guerra tan angustioso — que tan profundamente aflige a Nuestro corazón de Padre común de la Cristiandad —, es para Nos este día de consuelo y de alegría, por el que Nos damos al Señor Dios, Dueño de los corazones y Salvador de las almas, las más vivas acciones de gracias; este día en que Nos sentimos unidos a quienes con valiente y realista clarividencia han sabido crear en Portugal tal estado de cosas y tal estado de espíritu, que han sido el preliminar elemento indispensable para los felices acontecimientos del año presente, no menos importantes para la Iglesia que para el mismo Estado.

En este año de 1940 ha celebrado la Nación portuguesa el octavo centenario de su independencia y el tercero de su restauración; en un mundo sacudido por las febriles agitacio-

nes de la guerra, Portugal ha sabido probar con hechos que se encaminaba por nuevas ascensiones a una noble grandeza. Hasta en el terreno religioso, ha sido este año el de un giro providencial al establecerse las relaciones entre la Iglesia y el Estado sobre una nueva base, que alienta las mejores esperanzas, constituyendo uno de esos grandes actos simbólicos de renovación que se repiten en la historia de la Iglesia siempre que los pueblos, después de pasajeros desvíos, se tornan a las verdades olvidadas, a los ideales abandonados, a los altares privados de una fe en la que sus antepasados habían encontrado fuerza y auxilio, no tan sólo para los individuos, sino también para la comunidad entera.

«Fons sapientiae verbum Dei in excelsis, et ingressus illius mandata aeterna» (*Eccli.*, I, 5). Estas palabras de la Sagrada Escritura pueden ciertamente aplicarse a todas las esferas de la actividad humana en su principio, en su desarrollo y en su perfección. En un sentido superior y decisivo pueden aplicarse a la obra indeciblemente grave y ardua de quienes, investidos con la autoridad del Estado, tienen el deber tan honroso como difícil de orientar los destinos de sus pueblos, a través de las olas impetuosas de un caótico presente, hacia las playas de un porvenir de orden y de seguridad.

El Señor ha dado a la Nación portuguesa un Jefe de Gobierno que ha sabido conquistar no solamente el amor de su pueblo, y especialmente de las clases más pobres, sino también el respeto y la estimación de todo el mundo. Le corresponde el mérito de haber sido por parte del Gobierno, bajo los auspicios del eminente Presidente de la República, el artífice de una gran obra de paz entre el Estado y la Iglesia, esta sociedad perfecta y suprema, cuya acción bienhechora, después de las tristes experiencias de un tormentoso pasado, podrá ahora ejercerse con tranquilidad en el corazón del muy amado pueblo portugués. Nos ha parecido que el reconocimiento formal y la garantía de un apostolado libre y fecundo, en la madre patria y en las tierras de ultramar, en favor de las almas que esperan todavía su salvación, era cosa más importante, más preciosa, más agradable al Señor, que cualquier otro bien o

ventaja material y terrena. Tenemos confianza en la prudencia del Episcopado, en el celo del clero secular y regular, en el fervor de Nuestros queridos hijos e hijas de Portugal, particularmente los consagrados a la Acción Católica; Nos esperamos pues, firmemente, que con una noble fidelidad a la Iglesia y a la Patria, enfrentándose valerosamente con las dificultades y los sacrificios que ordinariamente trae consigo la instauración de un nuevo orden de cosas, harán todo lo posible para animar los artículos de los dos Pactos solemnes — Concordato y Acuerdo misionero — concluídos entre la Iglesia y el Estado, con un soplo de vida alegre, palpitante, conquistador, que los convierta en una realidad fecunda.

A decir verdad, la concordia entre los dos Poderes no se realiza, no se acaba en la mera conclusión de un documento diplomático, sino en una especie de creación continua, mediante la leal colaboración inspirada por una confianza recíproca y una mutua estima. La atenta solicitud que ha puesto el Gobierno portugués al entablar y proseguir esta obra de paz, Nos es una señal consoladora del espíritu con que sostendrá y favorecerá su ulterior desarrollo.

En esta empresa, el ilustre Jefe del Estado os asigna, Señor Embajador, una misión que no podría ser más holrosa, ni más feliz. Las palabras que Vuestra Excelencia acaba de pronunciar, al iniciar su alta misión de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, son como un juramento a la bandera, a una bandera en la que resplandece la Cruz de Cristo. Que el Señor bendiga tan nobles sentimientos y os conceda el éxito a que aspiran vuestro corazón y el corazón de todos los fieles portugueses.

Rogándoos transmitáis a Su Excelencia el Señor Presidente de la República, y luego al Jefe y a los miembros del Gobierno, Nuestros deseos paternos e íntimamente sinceros por la prosperidad de la Nación portuguesa, Nos les concedemos, así como también a todos Nuestros queridos hijos e hijas de Portugal y de sus tierras de ultramar, con la plenitud de Nuestro corazón, la Bendición Apostólica implorada.

XXXVII

23 DE OCTUBRE DE 1940

EL CÁNTICO DEL AMOR BENDECIDO POR DIOS

Hablando a los recién casados, admitidos en Audiencia, Su Santidad trató de las elevaciones, por la gracia, del amor conyugal, y elevó a sus atentísimos oyentes hacia las más sublimes y bienhechoras consideraciones.

La primera palabra, oh dilectos nuevos esposos, que saldrá hoy de Nuestro corazón y de Nuestros labios, es un acto de agradecimiento a Dios, cuya paterna Providencia os ha permitido, entre el tumulto de las discordias y de las armas, cantar ante su altar vuestro cántico de amor; y a Nos, en medio de tantas tristezas, Nos concede la alegría de ser testigos de vuestra felicidad. Dios mismo, según se expresa la Iglesia en su liturgia del matrimonio, ha sido el autor de vuestra unión; que pueda también, por su auxilio celestial, ser su conservador: «Ut qui te auctore iunguntur, te auxiliante serventur».

AMOR Y GRACIA

Dios es amor, escribe San Juan (*I Io.*, IV, 8). Amor sustancial e infinito, se complace eternamente, sin deseo y sin saciedad, en la contemplación de su infinita perfección; y puesto que es el único Ser absoluto, fuera del cual nada hay, si quiere llamar a la existencia otros seres, no puede sacarlos sino de su propia riqueza. Toda criatura, derivación más o menos lejana del Amor infinito, es por lo tanto fruto del amor y no se mueve sino por amor.

En la nebulosa caótica, una primera fuerza de atracción, o sea un primer símbolo de amor, agrupó un día en torno de un núcleo a los elementos cósmicos que formaron un astro; luego la atracción de este primero atrajo a un segundo; y al ser atraído otro a su vez, el maravilloso cortejo de los mundos comenzó su carrera en torno al firmamento. Pero la

obra predilecta de Dios es el hombre, y Él ha dado a esta su obra maestra de amor una potencia de amor que no conocen las criaturas irracionales. El amor del hombre es personal, esto es, consciente; libre, esto es, sujeto al señorío de su responsable voluntad; y este poder de determinarse por sí mismo es, como canta el Alighieri:

Lo maggior don, che Dio per sua larghezza
fesse creando, e alla sua bontate
più conformato, e quel ch'ei più apprezza (1).

Dios había dado al hombre con su cuerpo y su alma cuanto convenía a su naturaleza humana; habían sido colmadas las esperanzas del hombre; mas no lo fué la voluntad de Dios. Para ir aun más allá en el amor, Él hizo a la criatura humana un don nuevo y sobrehumano: la gracia; la gracia, prodigio inescrutable del amor de Dios, maravilla cuyo misterio ni la inteligencia humana puede penetrar, y que el hombre mismo ha llamado «sobrenatural», que es tanto como confesar humildemente que sobrepasa su naturaleza.

Los Padres de la Iglesia, los Doctores y los Santos han escrito amplios tratados sobre esta elevación del hombre a una vida superior; pero en realidad el niño de un pueblecito dice lo mismo cuando repite la frase de su Catecismo: «La gracia (habitual) hace al hombre participante de la naturaleza divina». Dentro de mil años, tal vez diez mil, cuando, entre estos mundos lanzados incesantemente los unos contra los otros, en su inmenso girar en torno al amor, haya descubierto el hombre con estupor la serie continua de criaturas escalonadas por encima y por debajo de sí mismo; cuando la investigación científica y los progresos de la mecánica y la reflexión especulativa hayan logrado un saber tan superior a nuestros conocimientos modernos, como ahora nos parece que éstos superan a las débiles luces de la edad prehistórica, tal vez entonces un genio, con un alma enamorada de Dios, sabrá traducir al lenguaje humano una parte siquiera de las

(1) *Par.*, V, 19-21.

prodigalidades del amor divino a su criatura predilecta que todavía nos son ocultas. Mas cuando este explorador del mundo físico y espiritual, luego de haber pasado muchas cimas sublimes, llegue ante la inmaculada e inaccesible cumbre de la gracia, no encontrará para describirla sino tan sólo las tres breves palabras del Príncipe de los Apóstoles San Pedro: «divinae consortes naturae» (*II Petr.*, 1, 4): la gracia nos hace participantes de la divina naturaleza.

EL MATRIMONIO CRISTIANO

Si aun el amor puramente sensible tiene su tierna y conmovedora belleza, tanto que el Señor se compara a sí mismo con el águila que adiestra en el vuelo a sus pequeñuelos y revolotea sobre ellos (*Deut.*, XXXII, 11), el amor humano es incomparablemente más noble, porque en él participa el espíritu impulsado por el corazón, ese delicado testigo e intérprete de la unión del cuerpo y del alma, que pone de acuerdo las impresiones sensibles del uno con los sentimientos superiores de la otra. Hace siglos que ese encanto del amor humano ha sido el tema inspirador de innumerables obras del genio, en la literatura, en la música, en las artes plásticas; tema siempre antiguo y siempre nuevo, sobre el que todas las edades han bordado, sin agotarlo jamás, las variaciones más elevadas y poéticas.

Pero ¡con qué nueva e inenarrable belleza se crece este amor de dos corazones humanos, cuando con su cántico se armoniza el himno de dos almas, vibrantes de vida sobrenatural! También aquí se verifica el mutuo cambio de los dones; y entonces, con la ternura sensible y sus sanas alegrías, con el afecto natural y sus ímpetus, con la unión espiritual y sus delicias, los dos seres amantes se identifican en todo cuanto tienen de más íntimo, desde la profundidad incommovible de sus creencias hasta la altura irremontable de sus aspiraciones. «Consortium omnis vitae, divini et humani iuris communicatio» (1).

(1) Cfr. *l. l. D. de ritu nuptiarum*, XXIII, 2.

Tal es el matrimonio cristiano, modelado, según la célebre frase de San Pablo, sobre la unión de Cristo con su Iglesia (*Eph.*, V, 32). Tanto en el uno como en la otra, el don de sí es total, exclusivo, irrevocable; en el uno y en la otra, el esposo es la cabeza de la esposa, que le está subordinada como al Señor (cfr. *ibid.*, 22-23); en ambos, el don mutuo se torna principio de expansión y fuente de vida.

El amor eterno de Dios ha hecho surgir de la nada el mundo y la humanidad; el amor de Jesús por la Iglesia engendra las almas a la vida sobrenatural; el amor del esposo cristiano a su esposa participa de estas dos efusiones divinas cuando, según la voluntad formal del Creador, el hombre y la mujer preparan la morada para un alma, en que el Espíritu Santo vivirá con su gracia. Y así los esposos, en la misión providencial que les ha sido señalada, son propiamente los colaboradores de Dios y de su Cristo; sus mismas obras tienen algo de divino: también aquí ellos pueden llamarse «*divinae consortes naturae*».

GRAVES DEBERES

¿Por qué, pues, maravillarse de que estos tan magníficos privilegios lleven consigo graves deberes? La nobleza de la adopción divina obliga a los esposos cristianos a no pocas renunciaciones y a muchos actos de valor, para que la materia no detenga al espíritu en sus ascensiones hacia la verdad y la virtud ni con su peso lo arrastre hacia los abismos. Mas por cuanto Dios jamás manda lo imposible, y con el precepto que impone da la fuerza para cumplirlo, el matrimonio, que es gran sacramento, lleva, junto con los deberes que pueden parecer sobrehumanos, auxilios que se revelan sobrenaturales.

Tenemos Nos la firme confianza de que os serán dados estos socorros divinos, oh caros esposos, pues los habéis invocado ardientemente, cuando a los pies del altar vuestros corazones se han dado el uno al otro para siempre. Habéis venido hoy, en el mes dedicado a Nuestra Señora del Santísimo Rosario, a implorar de nuevo la abundancia de las gracias celestiales, por intercesión de esta Madre misericordiosa,

EL CÁNTICO DEL AMOR BENDECIDO POR DIOS

que deseáis hacer Reina de vuestro hogar doméstico, bajo la protección de los Príncipes de los Apóstoles, cuyas gloriosas tumbas habéis venerado. Y a todas estas prendas de felicidad para vuestro porvenir temporal y eterno Nos añadimos Nuestra paterna Bendición Apostólica, que os damos de todo corazón.

XXXVIII

27 DE OCTUBRE DE 1940

RADIOMENSAJE AL CONGRESO EUCARÍSTICO
DEL PERÚ

*Su Santidad envió a los católicos peruanos re-
unidos en Arequipa, "la Roma del Perú", con
motivo del Congreso Nacional Eucarístico, un
paternal Mensaje radiofónico para clausurar
la grandiosa manifestación.*

EN este solemne día que Nuestro incomparable Predecesor Pío XI consagró a Cristo, Rey inmortal e invisible de los siglos, triunfa la real soberanía del Redentor del mundo y vosotros triunfáis en Él por vuestra fe, por vuestra esperanza y por aquel amor que supera la fe y la esperanza y os estrecha en Él con una unión mística que imita la suya con el divino Padre. En este triunfo Nos es sobremanera grato elevar la voz de Nuestro gozo paterno y levantar Nuestra mano benediciente en medio de los aplausos, de los cantos, de los himnos, de la santa alegría, que os hacen vibrar en Cristo, a quien ya en el primer Congreso Eucarístico Nacional saludabais y aclamabais con el grito: «Señor, tuyos somos; Cristo Rey, Tú sólo reinarás en el Perú; sólo a Ti te queremos servir».

En Lima, Ciudad de los Reyes, centro de vuestra Nación, a la cual la gran Madre patria, la católica España, llevó los preciosos tesoros de la fe, de la civilización cristiana y de la lengua, elegisteis Rey vuestro a Cristo, Rey invisible de los sagrados tabernáculos, y jurasteis en vuestras almas servirle a Él sólo. Ante Él se inclinaron las más altas dignidades del Estado, penetradas como estaban de que ante el Creador del universo, Salvador del género humano y divino «Pastor y Obispo de vuestras almas» (*I Petr.*, II, 25), humillarse es exaltarse, servir es reinar, seguir su ley es llevar a los pueblos a la grandeza moral, civil, social, a la paz más firme y a la gloria más noble. En la fúlgida y ardiente luz de fe y de amor a Cristo, apuntasteis entonces por la voz de vuestro Metropolitano y con júbilo del dignísimo Pastor de esa ciudad la auro-

ra de esta jornada de Arequipa, para renovar en segundo triunfo eucarístico del Rey divino el regocijo de vuestras almas y la exaltación del gran misterio del altar. Reafirmad hoy vuestro grito de Lima; repetid a Cristo la promesa solemne de vuestro servicio y de vuestra entrega total.

Triunfe también en Arequipa la fe robusta de la capital de vuestra República. Es la fe de Roma; y ¿no ha merecido Arequipa, cuna de la Sierva de Dios Ana de los Ángeles Monteagudo, esplendor de la Orden Dominicana y orgullo de la Nación entera, el título de «la Roma del Perú»? Sí; Nuestra fe es la vuestra, y Nos postramos con vosotros para adorar a Cristo Rey en el sacramento, unidos a vosotros, a través del Océano, por la voz de Nuestros labios y por los latidos de Nuestro corazón, en una visión que os abraza a todos, hijos queridos de la amada tierra del Perú, instruídos en la escuela de las cosas celestiales, guiados a los pastos salutíferos por vuestros eximios Pastores, y hoy reunidos en torno a la persona de Nuestro Legado.

De esta fe católica romana estuvieron animados y con ella vivieron y crecieron vuestros padres y gobernantes, quienes al pie del altar de Cristo, Dios presente y escondido bajo los velos eucarísticos, se inflamaron en el ardor y en el celo de los santos. ¿No es acaso junto al divino tabernáculo donde florecen los lirios de los valles y las rosas de Jericó? ¿No despuntó y se abrió en el jardín de Lima, cual flor primera de santidad de toda la América, cándida como azucena y purpúrea como rosa, la admirable Rosa de Santa María que en el retiro y entre las espinas de la penitencia emuló el ardor de una Catalina de Siena? El orgullo de esta fe exalta vuestro nombre y hace sagradas muchas páginas de vuestra historia; esa fe elevó, sobre los vestigios de la civilización precolombiana y sobre las salvajes soledades y hasta más allá de las vertiginosas cimas de vuestros montes, el espíritu misionero que, regenerándolos romanamente, transformó aquellos pueblos idólatras en devotos hijos de la Esposa de Cristo. Bajo el azul cielo peruano, desde las grandes ciudades a las humildes aldeas, la divina Eucaristía dominó soberana por la abun-

dancia de iglesias, por el número de sacerdotes y religiosos, por el sagrado esplendor de arte que brilla en tabernáculos, ciborios y ostensorios, que aun hoy día son la admiración de los visitantes.

Junto con la alabanza y glorificación de Cristo queréis también, amados hijos de Arequipa, santificar la conmemoración del cuarto siglo de la fundación de vuestra ciudad, poniendo a Dios, Rey inmortal de los siglos, en el arranque del nuevo siglo que se abre; mientras toda la Nación peruana se enciende en Arequipa en una fe más firme, en una esperanza más segura, en un amor más fervido por el triunfo solemne de Cristo, preparado por vosotros con celo tan ardiente, con piedad tan solícita y con tan múltiples sacrificios.

Así el triunfo de Cristo Rey, Dios del Altar, corona cuatro siglos de fe y devoción, iniciadas en vuestros padres y continuadas en vosotros, y hace más bella y luminosa la aurora de los nuevos tiempos consagrados por el refulgente esplendor de la Hostia Santa de paz y de amor, verdadero e inefable prodigio del Rey de Reyes y Señor de los que dominan.

Triunfe, pues, en vosotros la fe que obra por la caridad. Exaltad cuanto podáis a este Rey y Señor del más augusto misterio, porque Él es superior a toda alabanza: «Quantum potes, tantum aude, quia maior omni laude, nec laudare sufficis» (1): porque Él es caridad, porque Él es fuego devorador (*Deut.*, IV, 24).

Glorificadlo en vosotros con ese amor que os hace vibrar ante Él, que disipa las sombras de vuestro camino, que purifica los anhelos de vuestro corazón, que enseorea las pasiones, que os eleva sobre la corrupción del mundo, que os equipara a los ángeles, que os sublima en aquel fuego que Cristo vino a encender en la tierra. Triunfe Cristo en sus predilectos, los pequeñuelos; triunfe en la juventud estudiosa por la fe que vence las insidias de la incredulidad; triunfe en la familia con el sagrado vínculo que ordena y hace santo el amor en la gloria de los hijos; triunfe en la Acción Católica, palestra

(1) *Seq. in festo Sani. Corporis Christi.*

de apostolado de los seglares bajo la dirección de los sagrados pastores; triunfe en entrambos cleros, a fin de que resplandezca en ellos la luz de la piedad, del celo, del espíritu de abnegación, de las virtudes sacerdotales y religiosas para edificación y salud de los fieles.

Sea vuestro orgullo la instrucción religiosa, el pensamiento cristiano en las páginas de la prensa, en la lucha por la verdad y por la pureza de la fe católica contra las súbdoles y deformadoras insinuaciones del error que turba y pervierte la sencillez del pueblo cristiano. Que en este crecer de vuestra fe y de vuestro celo por la causa de Cristo, Rey de las almas por Él redimidas, sea la oración el arma más asidua y garante de victoria: vuestra oración, la de vuestros hijos y la del pueblo entero ante Aquel que es tesoro y fuente de toda fuerza, Dios de los ejércitos y Príncipe de la paz. Pedidle a Él a una con Nos, Venerables Hermanos y queridos hijos, pedidle constantemente para vosotros y para todo el mundo esta paz, voto cotidiano y anhelo insaciable de Nuestro ánimo y de la Esposa de Cristo; mientras con toda la efusión de Nuestro paterno afecto, desde esta colina Vaticana, consagrada por la tumba del Príncipe de los Apóstoles, implorando la intercesión de Santa Rosa de Lima, de los santos Toribio de Mogrovejo y Francisco Solano, de los beatos Martín de Porres y Juan Masías, os bendecimos a vosotros, a vuestros insignes Pastores, Hermanos Nuestros, a las altas dignidades del Estado y a toda la querida Nación peruana.

XXXIX

6 DE NOVIEMBRE DE 1940

SOMOS HIJOS DE SANTOS

Más de cuatrocientas cincuenta parejas de recién casados acudieron al Palacio Apostólico Vaticano para tributar homenaje al Padre Santo. Su Santidad dirigió a tan gran muchedumbre un venerado Discurso de exhortación y de felicitación tomando el tema de las conmemoraciones litúrgicas del mes.

HABÉIS venido, dilectos nuevos esposos, para pedirnos Nuestra Bendición Apostólica sobre vuestro porvenir lleno de esperanzas, en estos primeros días de noviembre, en que la gran muchedumbre de fieles, guiada por el llamamiento de la Santa Madre Iglesia, dirige sus pasos, con sus lágrimas y sus oraciones, hacia aquel ángulo de tierra bendita donde reposan los testigos de lo pasado. El recuerdo de los queridos desaparecidos, si ciertamente hace revivir en todos los corazones la tristeza de las separaciones, deja no obstante sin amargura las almas serenadas por la fe. Aun para vosotros, en el momento mismo de fundar una familia, os es dulce y saludable el pensar en quienes os abrieron el camino de la vida y os transmitieron un patrimonio de virtudes cristianas. Ya que al tornar a la mente sus pálidos semblantes cual los contemplasteis quizá en vuestra infancia u os los habéis piadosamente imaginado, podréis vosotros repetiros mutuamente, el uno al otro, con orgullo y confianza, lo que el joven Tobías decía a su esposa: «Filii quippe Sanctorum sumus»: ¡Somos hijos de Santos! (*Tob.*, VIII, 5).

No ignoráis, ciertamente, que la sagrada liturgia une estrechamente la conmemoración de los fieles difuntos con la solemnidad de todos los Santos. Unión que pone en relieve singular el dogma consolador de la Comunión de los Santos, esto es, del vínculo espiritual que une íntimamente con Dios Nuestro Señor y entre sí a todas las almas que viven en estado de gracia. Y como estas almas se hallan divididas en tres grupos: las unas, que, coronadas ya en el cielo, forman la Iglesia

triunfante; otras, que se encuentran detenidas en el Purgatorio para su plena y definitiva coronación, constituyen la Iglesia purgante; otras, en fin, peregrinas todavía sobre la tierra, que componen la Iglesia militante; la solemnidad de todos los Santos podría llamarse en cierto modo la fiesta de las tres Iglesias. En la oración de la Misa de dicho día se invoca la bondad de Dios por los méritos de todos los Santos: «*omnium Sanctorum tuorum merita sub una tribuisti celebritate venerari*».

Hay, por lo tanto, méritos en las tres Iglesias: glorificados, en la triunfante; adquiridos, que ya no pueden ni aumentarse ni perderse, pero que aun aguardan su recompensa, en la purgante; adquiridos y susceptibles de aumento, pero también de pérdida completa, en la militante. La fiesta de todos los Santos es por ello como una gran fiesta de familia para todas las almas en estado de gracia.

Semejante consideración os debe conmover particularmente a vosotros, que habéis dejado una familia amada, la vuestra hasta ahora, para formar una nueva, que será continuación de la primera, y, si Dios lo quiere (como Nos se lo suplicamos con vosotros), comienzo de una larga serie de otras.

Pensaréis tal vez que en la fiesta de todos los Santos la Iglesia intenta tan sólo glorificar juntamente a todos aquellos a quienes ella ha decretado los honores de los altares. Tal festividad no sería entonces sino como una recapitulación anual del Martirologio Romano. Es eso, en verdad; pero no tan sólo eso. De hecho, cuando el Papa Bonifacio IV, en el año 609 ó 610, purificó el antiguo Panteón de Roma, que le había sido cedido por el emperador Focas, dedicó aquel templo a la Bienaventurada Virgen María y a todos los mártires (cfr. *Liber Pontificalis*, LXVIII), e instituyó una fiesta que debería celebrarse cada año en su honor (cfr. *Martyrologium Romanum*, Kal. Novemb.). Mas ya en el siglo siguiente Gregorio III dedicó, en la basílica de San Pedro, un oratorio «a Nuestro Señor Jesucristo, a su Santa Madre, a los Santos Apóstoles, a todos los Santos Mártires y Confesores, a los jus-

tos perfectos que reposan en toda la tierra» (cfr. *Liber Pontificalis*, XCII). Finalmente, Gregorio IV extendió la celebración de la fiesta de todos los Santos a la Iglesia universal (cfr. *Mart. Rom.*, l. c.).

Todos los Santos, ¿qué quiere decir? Comúnmente y en primer lugar se quiere designar a todos los héroes del cristianismo, esto es, a aquellos que una sentencia del magisterio infalible, última y definitiva, declara haber sido recibidos en la Iglesia triunfante y cuyo culto está prescrito en la Iglesia militante universal (cfr. Bened. XIV, *De Serv. Dei Beatif. et Beat. Canoniz.*, I, cap. 39 y 42). Y entre ellos, ciertamente, no faltan los modelos y patronos especiales para vosotros. Cada familia cristiana dirige casi instintivamente su mirada a la Sagrada Familia de Nazaret y se atribuye un título especial a la protección de Jesús, María y José. Mas después de ellos, numerosos hombres y mujeres se han santificado en la vida familiar, como los santos esposos Crisanto y Daría, mártires siendo Numeriano emperador. Hay en el cielo padres de familia admirables, como San Fernando III, rey de Castilla y de León, que educó piadosamente a sus catorce hijos; madres heroicas, como Santa Felícitas, romana, que — según las Actas de su martirio —, en los tiempos de Antonino, vió con sus propios ojos a sus siete hijos muertos entre atroces tormentos, hasta que también a ella le fué cortada la cabeza. Madre fortísima, narra San Pedro Crisólogo. daba vueltas en torno a los desgarrados cadáveres de sus hijos, más alegre que si se hubiera encontrado entre las amadas cunas donde habían dormido cuando niños, porque con los ojos interiores de su fe contemplaba tantas palmas cuantas eran las heridas, tantos premios cuantos eran los tormentos, tantas coronas cuantas eran las víctimas (S. Petrus Chrysologus, *Sermo CXXXIV*: Migne, P. L., t. 52, col. 566).

Sin embargo, pues cada uno de los Santos tiene en el año su día de fiesta, se puede pensar que la Iglesia en la solemnidad de todos los Santos va más allá de un simple recuerdo colectivo de ellos.

IGLESIA TRIUNFANTE

Ante todo, pensando en la Iglesia triunfante. Que en el cielo — además de los grandes vencedores, refulgentes de luz por su canonización o simplemente por su beatificación — haya multitudes de almas, desconocidas en la tierra, pero beatificadas por la visión intuitiva, y que su número excede todos los cálculos humanos, nos lo atestigua, en el Apocalipsis, el apóstol San Juan, que había visto su gloria: «Post haec vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat...: stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmae in manibus eorum». Y estos electos, sin nombre singular, eran «ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis et linguis». Esto es, de todas las gentes y pueblos, tribus y lenguas (*Apoc.*, VII, 9). Así es como volvéis a encontrar aquí la idea de familia: «Filii Sanctorum sumus!» En aquella gloriosa falange, ¿no tenéis tal vez antepasados, y aun parientes próximos? Elevando en estos días los ojos y el alma hacia el cielo, con la mente podéis contemplar felices allá arriba para siempre algunos de los que habéis amado, y muchos más todavía de los que, a través de una serie de generaciones, han implantado en la continuidad familiar aquella fe, que a vuestra vez vosotros queréis transmitir a otros. Gran fuerza y consuelo grande para vosotros es pensar que ellos, al abandonar esta tierra, no os han olvidado; que os aman siempre con la misma ternura, pero con una clarividencia incomparablemente mayor para conocer vuestras necesidades, y poder para satisfacerlas; y que desde el cielo descenderá su sonrisa de bendición, cual rayo invisible de gracia, sobre cada nueva cuna de su posteridad.

IGLESIA PURGANTE

Verdad es que no podéis tener la certeza de su glorificación definitiva: ¡precisa ser tan puros antes de ser admitidos a contemplar para siempre y sin velos aquel Dios que encuentra imperfecciones aun en los mismos ángeles! (*Iob*, IV, 18). ¿No estarán aún en el cielo aquel venerando abuelo, cuya vida

os pareció tan digna y rica en méritos, y aquella buena abuela cuyos laboriosos días terminaron con una muerte tan piadosa y tan dulce? Ciertamente que podéis al menos, sin vana presunción, apoyándoos con firme confianza en las divinas promesas hechas a la fe y a las obras de una vida verdaderamente cristiana, buscarlos en el lugar de la suprema purificación: el purgatorio. Experimentaréis en ello una serena alegría ante el pensamiento de que aquellos seres amados se hallan ya seguros de su eterna salvación, y preservados del pecado, de las ocasiones de pecado, de las angustias, de las enfermedades y de todas las miserias de acá abajo. Y luego, al considerar las penas con que ellos acaban de ser purificados de sus manchas, vuestro devoto afecto os hará prestar oídos a sus voces queridas, que invocan vuestros sufragios, como Job, en el abismo de sus dolores, imploraba la compasión de sus amigos (cfr. *Iob*, XIX, 21). Y entonces comprenderéis por qué si la alegría de la fiesta de todos los Santos se prolonga en la sagrada liturgia durante una octava, la oración por la Iglesia purgante continúa durante todo el mes de noviembre, dedicado especialmente a tan piadoso sufragio. Y así como pediréis la protección de los Santos que están en el cielo, no dejaréis de socorrer, con la oración, con las limosnas y sobre todo con el santo sacrificio de la Misa, aquellos de vuestros seres queridos que todavía se encuentran en el purgatorio. a fin de que ellos a su vez, según piadosamente se cree, intercedan por vosotros y, admitidos muy pronto a la fuente de toda gracia, puedan derramar sus benéficas ondas sobre toda su descendencia.

IGLESIA MILITANTE

¿Y qué decir ahora de los santos de la tercera Iglesia, esto es, de los que aun militan sobre la tierra? Reconoced, dilectos hijos e hijas, que existen, y que vosotros mismos, si queréis, podéis ser de su número. Según el sentido etimológico y más amplio de la palabra, la santidad es el estado de una persona o de una cosa reputada inviolable y sagrada.

Así Cicerón (1) hablaba de la «*matronarum sanctitas*», de la santidad de aquellas esposas y madres universalmente respetadas, cuales eran las matronas romanas. Y en sentido más alto, en el Antiguo Testamento, decía el Señor a los hijos de su pueblo: «Sed santos, porque yo soy santo» (*Levit.*, XIX, 2). Y, uniendo al precepto el auxilio necesario para cumplirlo, añadía: «Yo soy vuestro Señor, que os santifico» (*Levit.*, XX, 7-8). En el Nuevo Testamento, ser santo significa haber sido consagrado a Dios por el bautismo y conservar el estado de gracia, esa vida sobrenatural toda interior, la única que, a los ojos del Señor y de los ángeles, divide a los hombres en dos clases profundamente distintas: los unos privados de la gracia santificante, los otros elevados hasta aquella misteriosa pero real participación de la vida divina. Por esto los primeros cristianos en varios pasajes del Nuevo Testamento son designados con el nombre de Santos. Y así, por ejemplo, San Pablo se acusa de haber encerrado en las prisiones a un gran número de santos antes de su propia conversión (*Act.*, XXVI, 10). El mismo Apóstol escribía a los fieles de Efeso: «Sois conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (*Eph.* II, 19), y rogaba a los de Roma que ayudaran a las necesidades de los santos (*Rom.* XII, 13).

Estos santos de la tierra tienen también sus méritos, que pueden redundar en ventaja de los demás hombres (cfr. *S. Th.*, 1.^a 2.^{ae}, q. 114, a. 6) y de las almas del purgatorio. Pero bien sabe la Santa Madre Iglesia que los méritos de los vivientes son precarios y que si algunos de sus hijos son ya ahora, en este mundo, poderosos abogados para sus hermanos, también ellos tienen a su vez necesidad continua de intercesión, como todos los que aun militan en el mundo. Por ello concluye así la oración en la fiesta de todos los Santos: «¡Concédenos, oh Señor, la deseada abundancia de tu propiciación, gracias a un número multiplicado de intercesores!»

«*Filii Sanctorum sumus!*» Debéis, por lo tanto, dilectos hijos e hijas, persuadiros bien de que vuestra nueva familia

(1) *Oratio pro M. Caelio*, XIII, 32.

SOMOS HIJOS DE SANTOS

podrá y deberá ser una familia santa, esto es, inviolablemente unida a Dios por la gracia. Inviolablemente: porque el mismo sacramento, que exige la indisolubilidad del vínculo conyugal, os confiere una fuerza sobrenatural, contra la cual, si lo queréis, resultarán impotentes las tentaciones y las seducciones; las pérfidas insinuaciones de la desazón cotidiana, del cansancio habitual, de la necesidad de novedad y de cambio, la sed de experiencias peligrosas, los atractivos del fruto prohibido, no tendrán poder alguno contra vosotros, si conservareis ese estado de gracia con la vigilancia, la lucha, la penitencia, la oración. Unidos a Dios, seréis vosotros santos, y vuestros hijos lo serán después de vosotros, porque, lavados ya desde el bautismo con la sangre redentora de Cristo, vosotros habéis consagrado o sin duda consagraréis vuestro hogar doméstico a su divino Corazón, cuya imagen velará sobre vuestros días y sobre vuestras noches.

XL

10 DE NOVIEMBRE DE 1940

PREMIANDO A LOS VENCEDORES EN EL CONCURSO DE CULTURA RELIGIOSA ENTRE LOS JÓVENES DE LA ACCIÓN CATÓLICA ITALIANA

Recibió el Padre Santo en especial y solemne Audiencia a las Asociaciones Juveniles de Acción Católica Italiana, para otorgar los premios por el Concurso nacional de cultura religiosa y de canto sagrado. Los jóvenes, reunidos en el Aula de la Bendición, donde se efectuó tan grandioso acto, iban acompañados por los Consiliarios Eclesiásticos y por los Directivos. Su Santidad habló a la imponente muchedumbre con augustas palabras de complacencia y de saludables directrices.

EN esta reunión entusiasta de la Juventud Italiana de Acción Católica, guiada en torno a Nos por su amadísimo Presidente central, honrada por la persona del celosísimo y elocuente Señor Cardenal Obispo de Palestrina, del benemérito Obispo Director General y de otros ilustres Prelados, sentimos Nos, queridos hijos, la íntima y profunda alegría de aquella gran paternidad espiritual cuya palpitación y afecto quiso Nuestro Señor Jesucristo infundirnos, como a Vicario suyo: afecto que, mientras se extiende a todos los creyentes y a todas las gentes, se expansiona en medio de vosotros cual una centella de aquel ardor con que Él mismo amaba preferentemente a los pequeños y amó a aquel joven que desde su adolescencia había observado todos los divinos mandamientos (*Marc.*, X, 20-21). Esta suspirada reunión, si es vuestra alegría, es también la Nuestra: damos gracias por ella a vuestro infatigable Presidente, a los Consiliarios eclesiásticos, vuestros maestros y directores, de los cuales es mérito su preocupación por el Concurso de cultura religiosa, cuyos más valientes campeones Nos es agradable, en el día de hoy, proclamar y saludar vencedores.

Todo cuanto habla de ejercicios físicos, de concurso, de emulación, de «deporte», interesa y atrae a la juventud actual. Pero los jóvenes cristianos saben que los movimientos del espíritu, especialmente la aspiración hacia la luz intelectual, el arranque avanzado en el terreno misterioso y tal vez

arduo de la revelación, el impulso hacia la bondad y la santidad, son tanto más bellos, nobles y apasionados, cuanto el saber y la virtud del ánimo exceden y superan a la fuerza de los músculos y a la caduca ligereza y agilidad de los miembros.

El vigor del cuerpo, que acompaña y embellece el florecer de vuestra juventud, no se disminuye ni rebaja, antes bien se exalta y ennoblece por la preocupación de cultura religiosa y por la virtud que domina a las pasiones; y también sirve en esto el dicho del poeta latino, de que «gratior (est) pulchro veniens in corpore virtus» (1). En la juventud brilla tanto ardor de energía en el cuerpo como de virtud en el alma, siempre que en el fondo del corazón germine aquella voluntad que en el temor de Dios encuentra el principio de la sabiduría que ilumina el camino de la vida. También la vida es una lucha, lucha de carrera hacia lo futuro, que sentís vosotros en la sangre y en los impulsos de vuestro corazón y en las visiones de vuestra mente. Desde el principio del camino miráis vosotros una meta que conquistar; buscáis a vuestro lado quien os guíe y os escolte en la carrera, quien entre el bien y el mal os señale lo mejor y os conduzca por la senda de la virtud. Buscáis una madre que os sea maestra más en el alma y en el espíritu que en el cuerpo y en lo material. Y ¿dónde habéis encontrado esta amorosa madre y maestra?, ¿dónde habéis recibido de ella una vida, no de sangre, sino de espíritu?, ¿una enseñanza que os descubre el alto origen y los altísimos destinos de vuestra alma?

LA IGLESIA, MADRE Y MAESTRA

Luego de haber nacido, fuisteis vosotros llevados a una iglesia; el agua lustral bañó vuestra cabeza y vuestra frente; la sal de la sabiduría se posó sobre vuestros labios; vuestro pecho fué ungido con el óleo de la salud; vuestra alma, lavada de la culpa original, fué transformada en ángel celeste.

(1) VERG., *Aeneid.* V, 344.

¿Quién hizo en vosotros semejante milagro? ¿Quién os regeneró? ¿Quién os dió una nueva vida, que no podían daros ni vuestro padre ni vuestra madre con su sangre? La Esposa de Cristo, la Santa Iglesia, fué la Madre de vuestra alma que, como a niños, os besó en la frente con amor de paraíso, y os estrechó contra su pecho como hijos de la sangre esparcida por su divino Esposo, que os amó y se dió a la muerte por vosotros. Ella, con la mano y por la palabra del sacerdote, realizó en vosotros tan gran milagro de la gracia divina, misterio del alma redimida, abismo de la justicia y de la misericordia de Dios, en vuestra elección salvadora, merced al bautismo de regeneración. Y entonces la gracia, con los divinos gérmenes de la fe, de la esperanza, de la caridad y de toda otra virtud infusa, os hizo participantes de la divina naturaleza; y vosotros, por la palabra de vuestros padrinos, respondisteis a la Santa Madre Iglesia, que os pedía la profesión de fe, que creíais en Dios Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra; que creíais en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, que nació y padeció; que también creíais en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable.

Pero la Iglesia, que fué para vosotros Madre amorosa en el Bautismo, os fué Maestra y Confortadora en la Confirmación, fortaleciéndoos y robusteciéndoos en la fe y en las virtudes contra los enemigos espirituales que acechan a vuestra mente y a vuestro deseo de bien. Os revistió con los dones admirables del Espíritu Santo, cual soldados de Cristo, cruzados, caballeros de la fe y de la virtud, con aquella divina armadura de que tan altamente hablaba el apóstol Pablo en su carta a los de Efeso cuando excitaba a los primitivos cristianos a luchar contra el poder de las tinieblas (cfr. *Eph.*, VI, 10 y sigs.). Ved, oh jóvenes, el campo de lucha para vuestro valor cristiano a que os prepara, os educa y os dirige la Iglesia, Madre y Maestra de héroes.

La juventud, inclinada siempre a gloriarse de no temer nada, teme sin embargo y se asusta a veces de no aparecer

bastante moderna, de no ser reputada a la altura de su tiempo, o, como dicen otros, «à la page». Mas el verdadero cristiano está siempre a la altura de todo tiempo; y ¿acaso no crece valiente la juventud, no sólo para la patria, que ama con ardor y sostiene y defiende con valor, sino también para la fe en la milicia de la vida cristiana? ¿Queréis en verdad ser jóvenes católicos, cuales los reclama la hora presente, cuales los requiere el siglo en que el Señor os ha puesto para vivir y para operar?

LA LUCHA DE LA FE

Tened ante todo aquella fe por la que «con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salvación» (*Rom.*, X, 10); aquella fe iluminada, «rationabile obsequium vestrum» (*Rom.*, XII, 1), que tiene la llama en el corazón y la luz en la razón; luz capaz de demostrar no sólo a vosotros, sino también a los demás, no ya la verdad inefablemente escondida de los misterios revelados por Dios, sino los motivos razonables de la credibilidad, porque no se creería si la razón no viera que se debía creer. — Tened una fe generosa y cordial, amiga de toda luz de la naturaleza, que, lejos de ser hostil a los progresos de las ciencias y de las artes, se lanza hacia los vastos campos abiertos a la inteligencia, para colaborar con ella en la investigación de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza, previniéndola a la par contra las desviaciones peligrosas. Sois ciertamente jóvenes; pero, como decía el apóstol Pablo a los de Efeso, ya no sois «niños vacilantes, y llevados doquier por todo viento de doctrina y por los engaños de los hombres, por las astucias con que seduce el error» (*Eph.*, IV, 14). — Tened una fe leal y firme, ignorante de los prejuicios, despreciadora de las supersticiones, vencedora del respeto humano, que no se deja ni desanimar por las amenazas o por las burlas, ni cautivar por fugaces lucros y honores. Tened una fe alegre y fraternal, y junto con la fe, a medida que vaya creciendo cada día más, abunde en cada uno de vosotros la caridad (*II Thess.*, I, 3). Sea tal vues-

tra fe, que no se encierre en su torrecita de marfil, sino que con amable «camaradería» procure en torno a sí conciliar a los corazones y las almas a fin de ganarlas para Jesucristo. Tened, finalmente, una fe vigorosa y militante, como de quien confía en Cristo vencedor del mundo. Tales jóvenes, tales atletas, son los que tanto necesita la hora presente. Hubo un tiempo en que, sin lucha y sin peligro, podía el joven católico vivir su fe, dejándose, por decirlo así, mecer y llevar por todo lo que le rodeaba y en que se movía, flor movediza al margen de la onda del cristianismo; las instituciones políticas y sociales, las mismas costumbres públicas, aun a pesar de las deficiencias y extravíos individuales, operaban como impregnadas por el espíritu evangélico; un impulso de cierto mimetismo religioso bastaba para asegurar, si no la paz de la conciencia, la tranquilidad del externo vivir. Hoy el viento del «laicismo» ha invadido el mundo, ha penetrado toda tierra y ha comenzado a insinuarse tan profundo en el alma de los pueblos, aun los más tradicionalmente católicos, que el joven cristiano, en medio de la sociedad, para lograr conservar viva su fe, necesita que no le falte la audacia del navegar contra una tremenda corriente de materialismo, de indiferencia religiosa, de pagano sensualismo, de locura del placer. Mas ¿donde arraigará vigorosa semejante audacia, que no es más que santo valor, sino en una juventud animosa en la fe y en la esperanza, fuerte y sabia, noble y pura, como la vuestra? «Tu ne cede malis, sed contra audentior ito» (1). Mirad en torno a vosotros, y decid si vosotros, crecidos para las cosas celestiales, no osaríais, por servicio y amor a Jesucristo, aquello que otros jóvenes osan y sufren por la apasionada adhesión a un terrenal y perecedero ideal. Mirad en torno a vosotros, y decid si no sería indecoroso espectáculo ver que la «Juventud atea» piense con más frecuencia y ardor en Dios para negarlo y hacerlo negar, para odiarlo y hacerlo odiar, que vosotros, Jóvenes católicos, para amarlo y servirlo, y hacerlo servir y amar. Permitid, dilectos hijos, que Nos

(1) VERG., *Aeneid.* VI, 95.

repitamos a cada uno de vosotros lo que se dijo a un joven arquero vencedor: «Macte nova virtute, puer: sic itur ad astra» (1).

CRISTO, MAESTRO Y REY

Si la Iglesia es Madre y Maestra, su doctrina que habéis aprendido de labios de vuestros Consiliarios no es sino la doctrina de Cristo, único Maestro de la Iglesia, según Él mismo dijo a sus Apóstoles, futuros heraldos del Evangelio: «Magister vester unus est, Christus» (*Matth.*, XXIII, 10). ¡Y qué Maestro! Un maestro que es la misma Sabiduría de Dios encarnada, eterna, infinita, «por medio de la cual fueron hechas todas las cosas, y sin la cual nada se hizo de todo cuanto fué hecho» (*Io.*, I, 3), que lanzó las estrellas a correr en el firmamento, fijó su camino al sol, a la tierra y a los planetas, y entregó el mundo a la perspicacia del ingenio humano para descubrir en él, sin jamás llegar al fin, los secretos escondidos por su mano maestra en el seno de la naturaleza. Y, sin embargo, este Maestro, en quien están los tesoros todos de la sabiduría y de la ciencia (*Col.*, II, 3), no nos ha enseñado el movimiento de los cielos ni las órbitas de los astros ni las escondidas maravillas del universo, sino que, venido del cielo a la tierra, sólo buscó a los desgraciados hijos de Adán a causa de aquella imagen y semejanza suya que, junto con el Padre y el Espíritu Santo, había impreso en la frente de Adán, cuya naturaleza habría de revestir después, en el centro de los siglos, para poder levantarlo de su caída. Y hecho a semejanza de los hombres, en los hombres buscó sus almas, porque en el alma está la nobleza y la grandeza del hombre y su inmortal destino. Cristo reveló a Dios en la Trinidad de las Personas al hombre y a la par reveló al hombre a sí mismo, para que aprendiese y creyese que la vida eterna es conocer al Padre que está en los cielos, como único Dios verdadero, y a Aquel que había mandado, Jesucristo (*Io.*, XVII, 3).

(1) VERG., *Aeneid.* IX, 641.

Mas la vida eterna, que es la contemplación beatífica de la divina Trinidad, se inicia acá abajo, en nuestro estado de viadores, al ser peregrinos del Señor, y se consuma allá arriba en el cielo, en el estado de gloria y de patria. Y no hay otro Rey de la vida eterna que Jesucristo, a quien el Padre dió poder sobre todos los hombres, para que dé la vida eterna a todos cuantos le ha entregado el Padre (*Io.*, XVII, 2). Para la vida eterna tenemos nosotros necesidad de un pan que no perece en el viaje a la eternidad. Jesucristo mismo se ha hecho nuestro pan. ¿Acaso no es Él quien ha proclamado: «Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo: quien come tal pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi propia carne por la salvación del mundo»? (*Io.*, VI, 51-52). «Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día» (*Io.*, VI, 55).

Ved, dilectos hijos, sobre el ara de nuestros altares, el pan vivo de la vida eterna, colocado por el mismo Cristo, la víspera de su pasión, por vez primera, sobre la mesa del Cenáculo, y distribuído a sus Apóstoles, los primeros sacerdotes, instituídos por Él mismo, del Nuevo y eterno Testamento (cfr. *Conc. Trid.*, sess. XXII, can. 2). En el Cenáculo fué ofrecido al Padre el primer sacrificio incruento, preludio de los millones de Santas Misas en las reuniones cristianas, en las catacumbas y en nuestros templos; en el Gólgota, a la faz del cielo y del mundo, apareció el drama divino del Hombre-Dios, que, Sacerdote y Víctima, muere para ofrecerse al Padre en pro de los hombres y alcanzarles una eterna redención. Del altar del Gólgota no es distinto el altar de nuestras iglesias: también éste es un monte terminado por la cruz y el Crucificado. En el sacrificio incruento es uno mismo el Sacerdote eterno y la eterna Víctima, separados místicamente el cuerpo y la sangre, por virtud de las palabras de la consagración, en el pan y vino transubstanciados: también en nuestros altares se realiza la reconciliación entre Dios y el hombre. ¡Oh!, ¿por qué no corre todo el mundo cristiano, por qué no corren todos los hombres a la casa del Señor y asisten a este divino espectáculo de fe y de piedad delante

del altar? ¿Por qué no se postran invocando misericordia y perdón? ¿Por qué no participan de la mesa celestial? Evidentemente, porque no conocen el infinito amor de Jesucristo; porque su fe se ha tornado fría y descuidada; porque los bienes y los placeres del mundo les ocultan la dignidad del alma inmortal y no saben gustar ni disfrutar la suavidad del Señor y del pan de la vida eterna.

LA «CAMPAÑA DE LA SANTA MISA»

Por todo ello os rendimos entusiasta aplauso a vosotros, Jóvenes de la Acción Católica, que mientras dais al Santuario tantos celosos ministros y a los Seminarios tantos fervientes alumnos, habéis desarrollado y estáis desarrollando, cada día con mayor amplitud, en cada parroquia, la «campana» nobilísima sobre «la Santa Misa»; «campana» que se os torna de no menor mérito y loa que el mismo Concurso de cultura religiosa, pues muestra bien que de la abundancia del corazón habla vuestro labio.

Esta vuestra «campana» quiere ser una empresa esencialmente apostólica. Vuestra voz hablará primero con el ejemplo, como hacéis asistiendo en los días de precepto, y aun con mayor frecuencia, a la Santa Misa; después con los labios, porque habéis de conducir a ella también a los demás, y volver a conducir a aquellos que ya no se cuidan de tornar a ella. Les recordaréis, con aquella gracia, con aquella discreción y con aquella reserva que tan bien cuadran a los jóvenes, la obligación impuesta a todos los cristianos de santificar las fiestas; precepto grave, del cual no es lícito sustraerse a la ligera, so pretexto de una excursión dominguera, de una expedición de caza o de una reunión deportiva. Les haréis comprender bien cuán especialísimo beneficio es la Misa parroquial, que reúne a los fieles en torno a su pastor, que en aquel día celebra *pro populo*, y les permite escuchar la explicación del Santo Evangelio, la exposición de las enseñanzas de la Iglesia, la aplicación de los eternos principios a las necesidades y condiciones del tiempo presente.

Mas, para mayor incentivo vuestro y de los demás, debéis añadir que tomar parte plenamente en la Misa es participar de toda la «Acción» santa; es entrar en el número de todos los circunstantes, recordados por el sacerdote a Dios en el *Memento* de los vivos, que con él ofrecen el divino sacrificio de alabanza por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación e incolumidad (*Canon Missae*); debéis recordar que esta «Acción» santa comprende, después de la oferta de la víctima, su sunción, que es la comunión del celebrante y de los fieles. ¿Acaso no nos atestiguan los Hechos de los Apóstoles (II, 42) que los primeros cristianos eran asiduos en las instrucciones sagradas, en la fracción del pan, o sea en la celebración de la Eucaristía, y en la oración? Y ¿no nos enseña el mártir Justino en su Apología (c. 65-67) que el pan y el vino consagrados, esto es, la carne y la sangre del Verbo encarnado, eran distribuídas a cada uno de los presentes y llevadas a los ausentes? Y ciertamente no ignoráis vosotros, aunque vuestra juventud no os concede haber sido testigos de ello, con qué férvida solicitud Nuestro venerado Predecesor Pío X declaró a la luz del sol la divina dignidad y los frutos saludables de la Comunión frecuente (cfr. *S. C. C. decr. Sacra Tridentina Synodus*, 20 dec. 1905). y cuán bien ha respondido a su llamamiento, hace ya un cuarto de siglo, el incesante crecer, en todas partes, del número de personas — especialmente entre las jóvenes católicas — que se acercan frecuentemente, algunas hasta todos los días, a la sagrada mesa. No menor devoción y amor al Dios de los tabernáculos, ni menor preocupación por el bien espiritual de sus almas, han de tener y mostrar los hombres, los jóvenes católicos, que nutren también en sí la misma fe y la misma esperanza, y que combaten y sienten en sus corazones, frente a los peligros del mundo, luchas no diferentes, y aun ordinariamente más duras. También ellos tienen que avanzar con paso fuerte y animoso en este grande y universal movimiento eucarístico: no pocos ya han comenzado o comienzan: otros se mantienen parados en la Pascua o en las grandes solemnidades. ¿De qué número queréis ser vosotros, oh queri-

dos jóvenes? Sin duda que preferiréis ser del número de los que avanzan, y hasta os proponéis precederles, en esta noble y santa carrera, como «entrenadores de almas» para iluminarlas, animarlas e inducir las a comulgar al menos una vez al mes, confortándolas con el buen ejemplo y previniéndolas contra los desmayos y contra los ataques del respeto humano.

Creced, pues, oh dilectos hijos, os diremos con el apóstol Pedro, creced en la gracia con la voluntad del bien, y con la inteligencia en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo (*II Petr.*, III, 18): «Crescite in gratia et in cognitione Domini Nostri et Salvatoris Iesu Christi». Cuanto más creciereis en gracia, tanto más lo conoceréis; y cuanto más lo conociereis, tanto más lo amaréis; porque en la gracia y en su conocimiento está la vida eterna. Conocedlo cada vez más en sus Evangelios, en su doctrina, en sus Sacramentos, en su Iglesia, en sus preceptos; y mostraos agradecidos a vuestros maestros, como Nos les damos Nuestro bien merecido elogio. Creced en edad, pero más aún en sabiduría y en virtud ante Dios y los hombres; y no olvidéis que no hay ciencia sino en cuanto se recuerda lo que se ha aprendido. Leeréis mucho, estudiaréis mucho, aprenderéis mucho; mas en el ocaso de vuestra vida reconoceréis la suma y esencial importancia del Catecismo: código de la verdad, traída del cielo a la tierra por el divino Redentor, para elevarnos por el bien hasta el cielo.

Nobilísimo y dignísimo concurso de Catecismo ha sido el vuestro de cultura religiosa, en el que de buen grado y con paterna complacencia Nos gozamos en premiar a los vencedores, vanguardia de tantas legiones de ardientes y francos luchadores, bendiciendo a todos junto con vuestro Presidente y con los Consiliarios y Maestros que os dirigen e instruyen, agradeciéndoos vuestros generosos dones en pro de las iglesias pobres e invocando sobre cada uno la abundancia de los favores celestiales, para que el bien de la cultura religiosa, tan felizmente promovido y coronado, prosiga dando más amplia y eficazmente el incremento de frutos que la Santa Iglesia, Madre y Maestra, espera y se promete de la animosa fe y de la santa emulación de esta carísima Juventud Italiana.

XLI

15 DE NOVIEMBRE DE 1940

AL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE RUMANIA

Recibió el Padre Santo en solemne Audiencia a S. E. Basilio Grigorcea, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Rumania, que presentaba sus cartas credenciales. Su Santidad se dignó responder a las deferentes expresiones del Ministro con las siguientes aforables palabras de benevolencia y de afecto.

SEÑOR MINISTRO:

LA hora en que Vuestra Excelencia Nos entrega las Cartas credenciales de su Augusto Soberano, Su Majestad el Rey Miguel I, e inaugura sus honorables funciones de Enviado Extraordinario y de Ministro Plenipotenciario de Rumania junto a la Santa Sede, es como una hora cubierta de sombras y dominada por acontecimientos que transforman el aspecto exterior y la evolución interior del continente europeo, le señalan nuevos derroteros, al mismo tiempo que imponen a los pueblos sacrificios y pruebas cada día mayores.

La parte de sacrificios que toca al pueblo rumano por la causa de la paz, llena de solicitud y de preocupaciones muy comprensibles el corazón de tan noble nación. El eco discreto de estos sentimientos resuena en las palabras que Vuestra Excelencia acaba de dirigirnos. A causa de las repercusiones materiales y espirituales de los recientes acontecimientos, tanto los gobernantes como sus súbditos se encuentran ante deberes arduos y llenos de responsabilidades.

En estas circunstancias, Su Majestad el Rey, cuyos jóvenes hombros llevan valientemente el peso de tan graves preocupaciones, ha juzgado particularmente importante que la Representación diplomática, ejercida antes con tanta dignidad por el ilustre Embajador Nicolás Petrescu Comnen, no quedase largo tiempo sin titular. De buen grado encontramos Nos en esta decisión un noble testimonio de la importancia concedida a los valores espirituales, que tal representación está llamada, por su parte, a conservar y a desarrollar.

Con igual satisfacción, Señor Ministro, os hemos oído declarar que, en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, vuestro Gobierno quiere inspirarse también en tres principios fundamentales: el respeto a la religión, la fiel ejecución de los compromisos contraídos y una profunda adhesión a la causa de la paz.

Iluminada por estos principios, que cada día os permitirá aplicar en múltiples cuestiones, vuestra acción encontrará siempre Nuestro benévolo apoyo, y en lo que toca a Vos, hijo leal de vuestra nación, os dará la conciencia de contaros entre los artífices de un porvenir más feliz para vuestro país.

Nos os rogamos que transmitáis a Su Majestad el Rey, al Jefe y a los Miembros del Gobierno Real la seguridad del vivo deseo que Nos tenemos de mantener y de promover las relaciones amistosas y leales que unen a Rumania con la Santa Sede, y de esta suerte reforzar más aún el ímpetu espiritual de donde nacen para cada pueblo, sobre todo en los días de prueba, las fuentes consoladoras de una firme esperanza y de viriles esfuerzos.

Penetrados de estos pensamientos, Nos imploramos de Dios, para Su Majestad, para el Gobierno Real, para el pueblo rumano, y de manera muy especial para Vuestra Excelencia, la protección omnipotente de Aquel que preside no solamente los destinos de las personas, sino también de todas las Naciones.

XLII

24 DE NOVIEMBRE DE 1940

EN EL DÍA DE SÚPLICA UNIVERSAL

En dicho día, última dominica después de Pentecostés, celebró el Padre Santo en la Basílica Vaticana el divino Sacrificio de la Misa según su intención declarada en el Motu proprio «Norunt profecto» de 27 de octubre del mismo año, por el que ordenaba especiales súplicas en todo el mundo por las víctimas de la guerra. Después del Evangelio, y desde el altar de la Confesión, Su Santidad dirigió al pueblo, recogido en la más profunda atención, una veneranda Homilía en la que invocó «mejores auras y mejores ocasos para nuestros tiempos» en la concordia y en la justicia.

Nos presenta el Evangelio de hoy, amados hijos, una gran parte del discurso de Nuestro Señor Jesucristo, al responder a las preguntas de los Apóstoles: Cuándo sucedería la destrucción de Jerusalén, de suerte que no quedara de ella piedra sobre piedra; cuál sería la señal de su segunda llegada y del final del mundo. Cristo hablaba a sus Apóstoles, sentado, según narra el evangelista Mateo, en el monte Olivete, mirando a Jerusalén y la mole de su templo; escena triste y divinamente austera, en la que el Verbo de Dios hecho carne, viador y contemplador de los siglos eternos, se alzaba y sublimaba profeta sobre los profetas. Él, creador del universo y del hombre; Él, árbitro de lo pasado y de lo por venir, pendiente de su mano, se asentaba en el centro de los siglos anunciando la ruina del viejo templo y la dispersión de los hijos de Israel, como antes había prometido edificar sobre Pedro el nuevo templo de su indestructible Iglesia; anunciador de su segunda venida, cuando «la señal del Hijo del Hombre aparecerá en el cielo; y entonces llorarán las naciones todas de la tierra, y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grandes. Y mandará a sus ángeles con trompeta sonora, y reunirán a sus escogidos por los cuatro vientos, desde un extremo al otro de los cielos» (*Matth.*, XXIV, 30-31); «Ecce praedixi vobis... Caelum et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt» (*Matth.*, XXIV, 25 y 35).

Pasarán los cielos y la tierra. Pasará esta tierra, que pisa nuestro pie, que nuestra mano hiende y baña con sudor, que es-

cudriña nuestro ojo; esta tierra cuyas vísceras taladra y atormenta nuestro hierro, cavando los sepulcros de las selvas extinguidas, de los monstruos coetáneos de playas desconocidas, de los vapores de volcanes apagados y de las venas de los metales y líquidas llamas, que turban los sueños del hombre y sacuden su paz. Pasará este nuestro viejo globo, que parece no bastar ya a los hombres para saciar el ansia de sus encontradas aspiraciones, por las que arde en nuestros días una lucha de proporciones tan gigantescas que sobrepasa y oscurece los mayores acontecimientos y trastornos de la historia del mundo. Pasará la tierra, y todos nosotros habremos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba de Él su premio o su castigo, según que hubiere hecho el bien o el mal (cfr. *II Cor.*, V, 10); pero no pasarán las palabras de Cristo, que predice y anuncia de antemano a sus Apóstoles la historia de su Iglesia y del mundo y las tristes vicisitudes que encontrarán a través de los siglos. Y allí, en aquel mismo discurso del monte Olivete, a la vista de Jerusalén, les previene que cuiden no sea que alguien los seduzca. «Porque, les decía, sentiréis hablar de guerra y de rumores guerreros. Cuidad de no turbaros: necesario es que tales cosas sucedan; pero todavía no será el fin»: «*Audituri enim estis praelia et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini; oportet enim haec fieri, sed nondum est finis*» (*Matth.*, XXIV, 6).

«NADA HEMOS OMITIDO... POR LA PAZ»

No; no ha llegado todavía la consumación de los siglos. Cristo, aunque ascendido al cielo, está siempre con nosotros todos los días, aun en medio de las guerras y de los rumores guerreros. No debemos turbarnos por ellas, como no se turbaron por ellas los Apóstoles al predicar el Evangelio. Mas, si es cierto que la perturbación no Nos abate el espíritu, no lo es menos que en lo profundo de Nuestro ánimo sentimos que la hora presente es una fase de la grave historia de la humanidad anunciada por Cristo. Y vosotros, dilectos hijos, no ignoráis cómo en esta nueva y ferocísima guerra, que pesa sobre

Europa y sobre el mundo, Nuestro corazón necesariamente se grava a causa del paterno amor derivado del oficio que Dios Nos ha impuesto para con todas las gentes; pues bien sabéis que el dolor es hijo del afecto y del amor. ¿Acaso la dolorosa pasión de Cristo no es el fruto de su amor hacia nosotros? «Sic Deus dilexit mundum!» (*Io.*, III, 16). Y en su triunfal entrada en Jerusalén, a la que tanto amó, al acercarse a la ciudad y mirarla con atención, ¿acaso no lloró el divino Redentor sobre ella? Y dijo: «¡Oh, si hubieses conocido también tú, y precisamente en este día, lo que conviene para tu paz!» (*Luc.*, XIX 42). Este inefable lamento del Salvador ante Jerusalén no podía dejar de descender al corazón de su humilde Vicario ante la contemplación de Europa y del mundo en tan feroz conflicto. Nada hemos omitido Nos por la paz entre las naciones, tan conscientes como somos de ser siervos y ministros de un excelso Rey pacífico, que pacifica las cosas de la tierra y las cosas del cielo, no ya con la sangre de las batallas, sino mediante la sangre de su Cruz (*Col.*, I, 20). Hemos seguido el grito y el impulso de Nuestro corazón, para que se restableciese entre las gentes la concordia, perturbada hace tanto tiempo y ahora ya miserablemente despedazada, con un orden más justo y unánime, basado sobre aquella justicia que tranquiliza las pasiones, adormece los odios, apaga los fermentos de rencores y de luchas; un orden que tienda a otorgar a todos los pueblos, en la tranquilidad, en la libertad y en la seguridad, la parte correspondiente a cada uno de ellos, en este mundo, de las fuentes de la prosperidad y del poder, para hacerles posible el cumplimiento del mandato del Creador: «Crescite et multiplicamini, et replete terram» (*Gen.*, IX, 1). Ya desde el primer momento del conflicto. Nuestro pensamiento y Nuestro ánimo jamás han cesado de hacer que los consuelos divinos y los auxilios humanos llegasen, en cuanto Nos era posible, a cuantos el choque de las armas hubiese ocasionado pérdidas y dolores. «Caritas enim Christi urget nos» (*II Cor.*, V, 14). Padre común de los que en Cristo confían, Pastor del inmenso rebaño de Cristo, hijos Nuestros son, ovejitas Nuestras son, los próximos y los leja-

nos, los fieles y los perdidos o descarriados: a todos debemos amor, consuelo, ayuda, compasión; a los débiles y a los poderosos, a los desgraciados y a los infelices, a los sabios y a los ignorantes (cfr. *Rom.*, I, 14). Este valle de lágrimas tiene a veces tempestuosas inundaciones de nuevas lágrimas que secar en el rostro de los niños, de las madres, de los hombres, de los ancianos que sienten un duro abandono de la vida y del espíritu, especialmente en esta hora agitada, cuando la formidable lucha, en vez de cejar, persiste y avanza cada vez más dura.

«DIOS... NOS ESCUCHARÁ»

Mas si el fragor de la guerra parece vencer y ahogar Nuestra voz, desde la tierra alzamos Nos la mirada al cielo, al Padre de las misericordias y al Dios de todo consuelo (*II Cor.*, I, 3), que contempla todo lo de acá abajo, que todo lo gobierna y que manda a la corriente del mar, diciéndole: «Hasta aquí llegarás y ya no pasarás; aquí romperás tu hinchado furor» (*Iob*, XXXVIII, 11). A Él, bajo cuya mano divina, en el orden universal de los acontecimientos y de las cosas, se agita la libre acción del hombre sin poder escapar a su providencial e inquebrantable designio; a Él elevamos Nos el grito de Nuestro corazón y de Nuestro dolor, invocando tiempos mejores para el género humano, mejores auroras y mejores ocasos para nuestras jornadas: «Da pacem, Domine, in diebus nostris». No; nuestro Dios no es como los simulacros de las gentes, que tienen orejas y no oyen, tienen manos y no hacen favores, tienen corazón y no aman (*Ps.* CXIII, 4-7). Nuestro Dios es amor, es la caridad misma; y nosotros hemos conocido y hemos creído en la caridad que tiene Dios por nosotros: «Et nos cognovimus, et credidimus caritati, quam habet Deus in nobis: Deus caritas est» (*I Io.*, IV, 16).

Éste es el misterio del corazón de Dios, el gran misterio del Cristianismo. Dios, con su infinita y amorosa misericordia, que se expansiona sobre todas las criaturas (*Ps.* CXLIV, 9), nos escuchará — en el momento y en la manera que su bendita Providencia tenga dispuestos —, si a los pies de su trono

asciende unánime la oración confiada y ardiente, avalorada por la humillación de la penitencia; porque pertenece a la suprema eminencia de la bondad y de la caridad divina, no sólo distribuir el ser y el bienestar a todos, sino también escuchar en su liberalidad los piadosos deseos que se expresan por medio de la oración. ¿Acaso el Hijo de Dios encarnado no nos ha llamado amigos y discípulos suyos? (cfr. *Io.*, XV, 15). ¿Y no es mérito de la amistad que quien ama quiere que se vea saciada el ansia del amado?

Por ello en la fiesta de Cristo Rey, bajo la protección de la gloriosa Virgen del Rosario, llamamos a todos los hijos de la Iglesia para elevar con Nos públicas oraciones en este día; para que de ellas resulte un solo inmenso coro de suplicantes, que respondan a Nuestra voz, diversos en nacionalidad, en lengua, en costumbres, en hábitos, en ritos, pero ardiendo todos con una misma fe, con una misma esperanza, con un mismo amor, que con Nos dirijan la mirada más allá de las estrellas y presenten al trono del Altísimo humildes invocaciones de gracia y de misericordia.

«REÚNANSE... TODOS...
EN TORNO A NOS»

Mirad, queridos hijos, este altar, esta cruz que la corona, este pan y este cáliz, esta tumba, sobre la que ponemos reverentes el pie, Piedra fundamental de la Iglesia, famosa y venerada por la fe de los pueblos; mirad este centro glorioso de todos los altares del Universo. Éste es el incruento Gólgota de la misericordia y de la justicia divina, en el que se aplaca y se torna propicia la Majestad de Dios. Aquí, entre las alas de los coros celestiales, bajo la mirada de los Profetas, de los Evangelistas, de los Apóstoles y de los Santos, está el propiciatorio del Nuevo y eterno Testamento, en el que Cristo se hace Hostia para el Padre y renueva con el milagro de los milagros su sacrificio del Gólgota en su Cuerpo y en su Sangre derramada para la remisión de los pecados, «no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (*I Io.*, II, 2). Reúnanse, pues, en torno a Nos todos los que creen en

Él; y unidos en espíritu con Nos, que aquí, bajo esta tan admirable cúpula que al cielo se alza, ofrecemos a Dios el divino sacrificio de propiciación, los sagrados ministros, en todo lugar de la tierra, sacrifiquen y ofrezcan al Padre Eterno la misma oblación pura de su querido Hijo, de Cristo, que sobre el altar de la Cruz se ofreció una vez en modo cruento, pero que, en forma incruenta, invención de su inmenso e inefable amor, se ha inmolidado y se inmola innumerables veces sobre nuestros altares.

Sí, ¡oh Padre nuestro que estás en los cielos! ¡Oh Dios, protector nuestro!: dirigid la mirada a Cristo vuestro Hijo; mirad las señales sangrientas de sus heridas a que lo condujo su amor por nosotros y su obediencia a Vos, con las cuales quiso hacerse nuestro Abogado y Propiciador en toda tribulación. Oh Jesús, salvador nuestro, hablad a vuestro Padre y Padre nuestro por nosotros, suplicadle por nosotros, por vuestra Iglesia, por todos los hombres, conquista de vuestra Sangre. ¡Oh Rey pacífico, Príncipe de paz! Vos, que tenéis las llaves de la vida y de la muerte, dad la paz del eterno descanso a las almas de todos los fieles, arrastrados a la muerte por el torbellino de la guerra, tanto conocidos como desconocidos, llorados o no llorados, sepultados bajo las ruinas de las ciudades y de los pueblos destruídos, en las llanuras ensangrentadas, en lo alto de los collados torturados, en lo profundo de los valles o en los abismos del mar. Descienda sobre sus penas vuestra sangre purificadora blanqueando sus mantos y haciéndolos dignos y resplandecientes ante vuestra vista beatífica. Vos, amoroso consolador de los infelices, que llorasteis ante las lágrimas de Marta y María desconsoladas por su hermano muerto, conceded la paz del consuelo, de la resignación y del auxilio a los desgraciados, postrados por las calamidades de la guerra en la tribulación y en el dolor, a los desterrados, a los prófugos de su patria, a los vagabundos desconocidos, a los prisioneros, a los heridos que en Vos confían. Enjugad las lágrimas de tantas esposas, de tantas madres, de tantos huérfanos, de tantas familias, de tantos aban-

donados; lágrimas escondidas que caen sobre el pan del dolor, después de prolongados ayunos, en frías casuchas; pan dividido entre niños muchas veces conducidos ante vuestros altares en la humilde y pequeña iglesia para rogar por el padre o por el hermano mayor, tal vez muerto, tal vez enfermo, tal vez perdido. Consolad a todos con los dones celestiales y con los auxilios y socorros de la fecunda caridad, que Vos sabéis inspirar a las almas generosas que en los atribulados y desgraciados reconocen a sus hermanos y aman vuestras imágenes. Conceded a los combatientes, junto con el heroísmo en el cumplimiento de su deber, aun hasta el supremo sacrificio, por la defensa de la Patria, aquel noble sentido de humanidad que en cada momento no hace con los demás lo que no querría se hiciese consigo o con su propio pueblo (cfr. *Matth.*, VII, 12).

¡Oh Señor!, que reine y triunfe la caridad de vuestro divino espíritu sobre el mundo, y que torne entre los pueblos y naciones la paz de la concordia y de la justicia. Que nuestros votos sean aceptos y gratos a vuestro dulce y humilde Corazón, y que os haga propicio a nosotros el número y la devoción de los santos sacrificios que toda la Iglesia, vuestra Esposa, ofrece postrada a vuestro divino Padre, por medio de Vos mismo, Sacerdote y Víctima eterna. Hablad, Vos, a los corazones de los hombres. Vos tenéis palabras que penetran y mueven el corazón, que iluminan la mente, que calman las iras, que apagan los odios y las venganzas. Decid aquella palabra que apacigua las tempestades; que cura a los enfermos; que es luz para los ciegos y oído para los sordos: que es vida para los muertos. Entre los hombres, que Vos queréis, yace muerta la paz: resucitadla, divino Vencedor de la muerte; y que al fin por Vos se tranquilicen la tierra y el mar; que cesen en los cielos esos ciclones que, desafiando los rayos del sol y ocultos entre las tinieblas de la noche, siembran sobre pacíficas poblaciones el terror, los incendios, las destrucciones, las ruinas; que la justicia junto con la caridad cristiana iguale por uno y otro lado las oscilaciones de las balanzas; de tal suerte que, reparada toda injusticia, restaurado

DISCURSOS DE SU SANTIDAD Pío XII

el imperio del derecho, extinguida toda discordia y rencor de los ánimos, resurja y se reavive, en la serena visión de una nueva y unánime prosperidad, una verdadera, ordenada y duradera paz, que bajo vuestra mirada hermano en el camino de los siglos y en la concordia del supremo bien a todas las gentes de la familia humana. Así sea.

XLIII

1 DE DICIEMBRE DE 1940

EN LA CLAUSURA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES EN EL VATICANO

En dicho día terminaron, en la Capilla Matilde del Palacio Apostólico, los Santos Ejercicios — en los que tomó parte el Sumo Pontífice — dirigidos por el Reverendísimo Padre José Messina, S. I. Después de la plática final de "Recuerdos", Su Santidad reunió en torno a sí a los Emmos. Cardenales, a los Arzobispos, Obispos y Prelados de la Curia Romana participantes en las jornadas de tan intenso retiro, y les dirigió preciosas palabras.

S IEMPRE es gran favor de Dios la soledad en que Él habla a nuestro corazón, y por la voz de quien hace resonar a nuestro oído la doctrina de Cristo y nos muestra su admirable ejemplo, que es luz de sabiduría y virtud para nuestros pasos en vida, nos guía a volver la mirada sobre nosotros mismos, a contemplarnos en Él, Dios salvador, a cargar-nos con el peso de la cruz, que nos haga dignos de Él, a esperar aquella alegría de resurrección que confirma y realza la caridad de acá abajo para sublimarse y eternizarse con Dios. Agradecemos al Señor, por lo tanto, el don y las gracias recibidas en este devoto y silencioso retiro de nuestro espíritu, y «cum gratiarum actione, petitiones nostrae innotescant apud Deum» (cfr. *Phil.*, IV, 6). Porque la gratitud es el aroma de la vida cristiana y sacerdotal, la complacencia de Dios, la llave de sus tesoros.

En estos días, al meditar sobre nuestra vida, en nuestros coloquios con Dios, nos hemos hecho todos pequeños ante Él, invocándolo en el conocimiento más sentido de nuestra nada, humillándonos para ser más exaltados y confortados por la gracia y la misericordia divinas en el camino que nos resta por recorrer en el adelantarnos hacia aquella subidísima meta de perfección, que Cristo mismo nos muestra en nuestro Padre celestial; meta divina a la que nos acercamos sin poderla alcanzar, pero que, al igual del sol, ilumina, dirige y avalora nuestros pasos. Tal es el camino y la ciencia de los santos; tal es el progreso en el bien y en la virtud, en las horas tranquilas y en las horas perturbadas del curso de nuestra vida,

aun en esta hora triste de tormentosos acontecimientos y de lágrimas de sangre. En nuestro recogimiento ante Dios, el pensamiento, bien consciente de la hora actual, ha humillado en la oración nuestras almas, implorando aquella luz y aquella fuerza que nos sostienen y que nuestra mente y nuestro corazón han conocido y deseado más claras, más activas, más despiertas, según es necesidad, para que no sean menores que las angustias, los sufrimientos y los dolores de la Iglesia. ¿No es, tal vez, éste uno de los hermosos frutos que maduran en la concentración del espíritu de quien sirve a la Esposa de Cristo, que sufre y combate en la tierra, para difundir y establecer la paz de Cristo entre los hombres de buena voluntad? Y ¿acaso no es la Curia Romana como el sagrado Dicasterio de la prudencia, de la justicia y de la paz en medio del pueblo cristiano?

Luego de haber expresado su profunda gratitud al Señor y la confianza en nuevos auxilios divinos para lo por venir y los propósitos de adelantar en el bien, Su Santidad quiso expresar su reconocimiento al ilustre Padre director de los Ejercicios, honra del Pontificio Instituto Bíblico, quien, con su palabra iluminada y cálida, había hecho sentir de nuevo profundamente a sus oyentes la grandeza y la eficacia de las verdades eternas y de la inefable doctrina y ejemplo de la vida de Cristo Redentor, justicia, propiciación, amor y esperanza nuestra.

Y en prenda luego de su afecto y complacencia paternos, y a fin de que el Señor confirmara y promoviera todo el bien que había plantado y renovado en la mente y en el corazón de cada uno para la santificación de las almas, para el fervor de la cooperación a la solicitud del Supremo Pastor en el servicio de la Santa Iglesia, invocando sobre todos y cada uno la abundancia de las gracias y de los auxilios celestiales, el Padre Santo concedió con todo su corazón la Bendición Apostólica.

XLIV

9 DE DICIEMBRE DE 1940

AL NUEVO EMBAJADOR DE FRANCIA

Su Santidad recibió en solemne Audiencia a S. E. el académico Leon Bérard, nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Francia, que le presentaba las cartas credenciales y le dirigía palabras de devoto homenaje. El Augusto Pontífice se dignó responderle con una inspirada Alocución.

SEÑOR EMBAJADOR:

EN el momento en que Vuestra Excelencia, llamado por la confianza del ilustre Mariscal de Francia, Jefe del Estado francés, para suceder al benemérito Conde d'Ormeson, inaugura solemnemente su importante y honrosa misión de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, las palabras que acabáis de dirigirnos revelan una emoción y una tristeza ante las cuales tiene que inclinarse todo hombre de corazón.

La profundidad de ese dolor, sus bien conocidas razones, la viril resolución, a pesar de los obstáculos casi sobrehumanos, de conducir vuestro país y vuestro pueblo a días mejores y más serenos, ¿dónde podrían encontrar una comprensión más pronta, una simpatía más íntima, un valor más sincero que en la casa del Padre común de todos los fieles, este Padre cuyo corazón está cerca de todas las naciones en sus alegrías y en sus dolores, y que no puede olvidar cuán poderosa y bienhechora ha sido, en la historia de la humanidad y del Cristianismo, la contribución del pensamiento y de la acción de la Francia creyente?

En medio de los acontecimientos y de los trastornos que comienzan a dar al aspecto exterior y a la fisonomía espiritual de Europa nuevos rasgos, cuyos desarrollos ulteriores quedan de momento tan oscuros, brilla todavía ante Nuestro pensamiento la imagen de la Francia católica que, en la gruta de Massabielle, rogaba tan devotamente con Nos a la Reina de la Paz, cuando ya en el horizonte de Europa comenzaban a aparecer los señales de las futuras tempestades; la imagen de esa Francia con la que, en el santuario de Lisieux, Nos

fué dado vivir horas de alta edificación espiritual; la imagen de esa Francia a la que, bajo las bóvedas de *Notre Dame*, con corazón amante pero preocupado, Nos lanzamos Nuestro grito: «Orate, fratres — Amate, fratres — Vigilate, fratres».

Hoy, Señor Embajador, esa Francia, cuyo digno representante sois, está vestida de luto. Sometida a una prueba que pocas veces se encuentra en la historia agitada de los pueblos, la Nación francesa, pensando en su antigua grandeza, contempla con tristeza sus campos devastados, sus hijos caídos, sus ciudadanos alejados de sus moradas, sus hombres prisioneros, tristeza aumentada más aún por las incertidumbres de lo por venir.

Pero, por muy profundo que pueda ser este dolor de Francia, bajo sus vestidos de luto palpita un corazón fuerte cuya ansia de vivir jamás se apagará.

Queremos Nos esperar que todos aquellos a quienes incumbe la misión de dominar lo presente y de asentar las bases espirituales y materiales de lo por venir, sabrán desarrollar en el orden y en la concordia las riquezas de energía y de sentimiento arraigadas en lo más profundo del alma de los pueblos, y aprovechar el curso de los acontecimientos para señalar a las naciones un ideal digno de la abnegación y de los sacrificios de sus ciudadanos que pueda, por ello, ser capaz de eliminar las sombras y las inquietudes que son obstáculo para una verdadera concordia de las inteligencias y de las voluntades.

De todo corazón deseamos Nos a vuestro país — en medio de sus pruebas actuales — aquella fuerza moral que una profunda palabra de la antigua sabiduría romana definía la «scientia rerum perferendarum vel adfectio animi in patiendo ac perferendo summae legi parens sine timore» (1).

Que a esta virtud natural se una la invencible energía de la esperanza sobrenatural que conoce el poder y la fidelidad de la Providencia divina, en cuyas disposiciones ningún pueblo confía en vano.

(1) CIC., *Tuscul.*, IV, 24.

A uno de los más grandes entre los hijos que Francia ha dado al mundo y a la Iglesia, Bernardo de Claraval, debemos esta frase tan digna de un santo como de un héroe: «Vinces, spem tuam in Deo fortiter figendo et rei finem longanimiter exspectando» (*Epist. XXXII*: Migne, *P. L.*, t. 182, col. 137).

¡Ojalá que tal espíritu anime a muchos de vuestros compatriotas! ¡Ojalá que en este momento, tan decisivo para los destinos de Francia, pueda la fe de los antepasados suscitar en el alma del pueblo francés esos pensamientos tan generosos y esos anhelos tan potentes que, en otros tiempos, fueron un socorro providencial y principio de salvación para la Francia creyente y postrada ante Dios!

En su labor educadora, cuidando el bien de las almas, la Iglesia pondrá por obra todo cuanto está en su poder y responde a su misión sobrenatural, para mantener y perfeccionar en el corazón de los fieles, confiados a sus cuidados, ese espíritu de sacrificio y de fraternidad que es la base moral de toda acción social.

Vos, Señor Embajador, como profundo conocedor y representante ilustre de la vida intelectual francesa y como sincero católico, os encontráis particularmente preparado para apreciar todo el bien que un libre ejercicio de la misión educadora y reeducadora de la Iglesia puede producir en todo país que, en estos tiempos de fría dureza y sin amor, se abra cuerdamente a los cálidos efluvios del sentimiento y de la vida cristiana. Tenemos Nos la firme confianza de que las cordiales relaciones que existen entre la Santa Sede y Francia recibirán de la mano prudente y experimentada de Vuestra Excelencia el desarrollo que responda tanto a los deseos del eminente Jefe del Estado como a Nuestros propios deseos y a Nuestra voluntad, y también al verdadero bien del pueblo francés.

Con estos sentimientos Nos os damos, Señor Embajador, una cordial bienvenida, con la seguridad de Nuestro benévolo y constante apoyo en el ejercicio de vuestra alta misión.

XLV

24 DE DICIEMBRE DE 1940

LAS BASES PARA EL NUEVO ORDEN DE EUROPA

En la vigilia de la Santa Natividad, en la Sala del Consistorio, recibió Su Santidad al Sacro Colegio de los Cardenales y a los Prelados romanos, que le felicitaban. Después de haber escuchado el devoto discurso de felicitación y devoción leído por el Emmo. Cardenal Granito Pignatelli di Belmonte, Decano del Sacro Colegio, Su Santidad se complació en responder con veneradas palabras de amable bondad y de la más alta y actual importancia. Luego de recordar cuanto había hecho para suavizar los graves daños del conflicto, con afecto de Padre amantísimo y con sabiduría de maestro infalible, trazó las bases fundamentales para el nuevo orden de los pueblos.

GRACIAS, Venerables Hermanos y queridos Hijos, gracias os decimos con toda la efusión de Nuestro corazón, por el caro don de vuestra presencia en esta vigilia de la Santa Natividad: gracias, con reconocimiento conmovido e íntimo, por vuestras nobles felicitaciones y por vuestras fervorosas oraciones «pro Ecclesia et Pontifice», felicitaciones y oraciones cuyo intérprete, tan autorizado como elocuente, ha sido el venerado Decano del Sacro Colegio, tan próximo a Nuestro corazón y tan digno de Nuestra estima y de Nuestro afecto. Esta riqueza de los dones navideños desciende a Nuestro ánimo tanto más dulce cuanto son más dolorosos los tiempos que vivimos.

Os respondan Nuestros sentimientos paternos, Nuestros deseos acompañados y avivados con fervorosas preces a Dios, por las próximas fiestas de Navidad y Año Nuevo. A vosotros, a quienes el Señor, en su benigna providencia, ha llamado para ser a Nuestro lado consejeros sabios y fieles, probados y prestos al servicio del «dominicus grex»; a todos vosotros que, miembros de la Curia romana, sentís y comprendéis profundamente la alta misión de colaborar y participar, cada uno en su propio oficio y en su propia esfera, en la universal solicitud pastoral del Vicario de Jesucristo.

Sobre todos juntos y sobre cada uno de vosotros en particular, ministros y guardianes de la «civitas supra montem posita» (*Matth.*, V, 14), sobre todos vosotros, a quienes más que a otros corresponde apropiarse y cumplir el aviso del Señor: «Luceat lux vestra coram hominibus» (*Matth.*, V, 16),

Nos imploramos del Eterno y Sumo Sacerdote, en una época tan grave en acontecimientos para la Iglesia y para las almas a ella confiadas, lo que Él mismo pedía al Padre para sus Apóstoles en una hora tan solemne como santa: «Pater Sancte, serva eos in nomine tuo..., non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo..., sanctifica eos in veritate» (*Io.*, XVII, 11, 15, 17).

Esta mañana, Venerables Hermanos y queridos Hijos, la admirable liturgia de la Santa Iglesia ha levantado los ánimos de sus sacerdotes con las grandiosas palabras del martirologio romano: «Ab urbe Roma condita anno septingentesimo quinquagesimo secundo, anno imperii Octaviani Augusti quadragesimo secundo, toto orbe in pace composito..., Iesus Christus aeternus Deus aeternique Patris Filius, mundum volens adventu suo piissimo consecrare, de Spiritu Sancto conceptus..., in Bethlehem Iudae nascitur ex Maria Virgine factus homo».

Cuando el tono solemne de este alegre mensaje que une a Roma con Belén, y el piísimo Nacimiento del Salvador del mundo con el recuerdo del nacimiento de aquella «incluta Roma» que, en su más alto y sacro destino «imperium terris, animos aequabit Olympo» (1), no por la gloria de las armas, sino por las victorias de la Gracia divina; cuando este anuncio solemne de la venida del Rey celestial, en la edad en que todo el orbe estaba compuesto en paz, resuena de nuevo en los oídos de los fieles de Cristo, despierta y suscita en millones de almas, de todos los pueblos y naciones, la memoria de la redención del pecado.

Y como una divina sinfonía universal, asciende al Cielo en todas las lenguas un himno de júbilo, un canto de adoración de corazones humildes y agradecidos: «Christus natus est nobis: venite, adoremus» (*Matut. in Nativ. Domini*). Himno inmortal de libertad de los desterrados hijos de Eva, que casi llegan a olvidar el dolor del paraíso perdido por la culpa de los primeros padres; las espinas y zarzas que en la tierra, profanada por el pecado, germinan desde la caída de Adán; y en el pe-

(1) VERG., *Aeneid.* VI, 782-783.

sebre de Belén, ante el celeste Niño y ante la Virgen Madre del recién nacido Manuel, se postran en el polvo, conmovidos y llenos de santo estupor por los admirables designios de la Providencia divina.

EL GOZO NAVIDEÑO NO PUEDE SER ANULADO

La santa alegría por el Nacimiento del Señor, el íntimo gozo que surge cual propio latido del corazón en los fieles de Cristo, no dependen ni pueden disminuirse o turbarse por los acontecimientos exteriores; el gozo navideño que los colma plenamente de felicidad y de paz tiene raíces tan profundas y alcanza cimas tan elevadas, que no puede ser anulado por la tormenta de ningún acontecimiento terreno, ya se mueva el mundo en paz, ya esté en guerra. «Gaudebit cor vestrum et gaudium vestrum nemo tollet a vobis» (*Io.*, XVI, 22): ¿Quién podrá sentir y experimentar mejor la consoladora verdad de esas palabras del Señor sino quien, con el corazón sincero, con la voluntad purificada y el alma abierta, escucha el himno de paz a los hombres de buena voluntad, dirigido a la tierra desde el pesebre, primera cátedra del Verbo divino encarnado?

Quien penetra el sentir de este himno, quien ha gustado siquiera una gota del suave néctar de verdad y de amor que en sí encierra, sabe dónde encontrar refugio en medio del desordenado sucederse de los acontecimientos, de las penas y de las angustias de la presente época tan tempestuosa; y se mantendrá igualmente alejado, así de un inconsciente optimismo que prescinda totalmente de la realidad, como de la tendencia, todavía menos apostólica, que inclina a un pesimismo perezoso y deprimente. ¿Acaso no sabe él que la vida y la actividad de la Iglesia, al igual que la vida y actividad del Redentor, están siempre acechadas por satélites del poder herodiano tan celoso como miedoso? Pero tampoco olvidará que la misteriosa estrella de la gracia brilla desde el cielo y tornará a brillar en las almas, anhelantes junto a la cuna de Dios, para conducir las del error a la verdad, del desvarío a la fe en Cristo Salvador.

Consciente de la tenebrosa audacia del mal desbordado en esta vida, el verdadero seguidor de Cristo encuentra en sí vivo acicate para mayor vigilancia tanto sobre sí mismo como sobre sus hermanos en peligro. Al estar seguro de la promesa de Dios y del triunfo final de Cristo sobre sus enemigos y los de su Reino, siéntese interiormente robustecido contra las desilusiones y los fracasos, las derrotas y humillaciones, y puede comunicar igual confianza a todos cuantos él se acerca en su ministerio apostólico, convirtiéndose de esta suerte en su baluarte espiritual; mientras da ánimo y ejemplo a cuantos se hallan tentados a ceder o a desanimarse frente al número y a la potencia de los adversarios. Y sean dadas gracias infinitas al Señor, porque aun hoy la Iglesia no anda escasa en semejantes almas santas y fuertes — ya provengan del círculo del clero, ya de las falanges de seglares —, las cuales, con un gran heroísmo, ignorado las más de las veces por el mundo, con una fidelidad que jamás vacila en medio de otros que caen en la pusilanimidad y debilidad, ponen en práctica la exhortación del Profeta: «*Confortate manus dissolutas et genua debilia roborate. Dicite pusillanimis: confortamini et nolite timere: ecce Deus vester ultionem adducet retributionis: Deus ipse veniet et salvabit vos*» (*Is.*, XXXV, 3-4).

PENSAMIENTOS Y PREJUICIOS EXTRAÑOS AL CRISTIANISMO

Pero tampoco faltan entre los cristianos algunos que, bajo el peso cotidiano de los sacrificios y las pruebas de toda clase, en un mundo que se aleja de la fe y de la moral, o al menos del fervor, de la fe y de la moral cristiana, van perdiendo aquel vigor espiritual, aquella alegría y seguridad — así en la práctica interior de la fe como en su profesión pública — sin las que no puede sostenerse ni durar largo tiempo un verdadero y vital «*sentire cum Ecclesia*». Los veis a veces, aun sin que ellos lo adviertan siquiera, caer víctimas y hacerse intermediarios de concepciones y teorías, de pensamientos y prejuicios que, nacidos en círculos extraños y hostiles al Cris-

tianismo, acechan a las almas de los creyentes. Tales caracteres hasta sufren al ver a la Madre Iglesia — a la que en su fondo querrían permanecer fieles —, ora incomprendida ante el pretorio de Pilatos, ora vestida de burla ante los esbirros de Herodes. Green en el misterio de la Cruz, mas se olvidan de meditarlo y de aplicarlo a nuestros días. En la fúlgida y consoladora hora del Tabor siéntense próximos a Cristo, pero en las tristes y oscuras horas de Getsemaní se convierten con harta facilidad en imitadores de los durmientes discípulos. Y cuando las autoridades terrenas recurren a su poder externo, a semejanza de lo que hicieron con Jesús los ministros del Sanedrín, vedles substraerse con tímida fuga, o lo que es lo mismo, rehuir las resoluciones francas y valientes.

Toda esta inconsistencia de algunos, Venerables Hermanos y dilectos Hijos, no puede o no debe maravillarnos o turbar-nos; mucho menos puede exponernos a olvidar la ejemplar fortaleza de almas y la conmovedora fidelidad con que innumerales hijos Nuestros, gracias al auxilio divino, se mantienen adheridos y unidos, más tenaces que todas las tempestades, a la firme piedra de su fe y a la Iglesia de Dios, tutora, depositaria e infalible maestra de la verdad. Y por esto, con conmovida gratitud al Altísimo y con orgullo paterno por la corona de tantos y tan nobles hijos de toda condición y clase, no dudamos en afirmar que la conciencia, el fervor, la entrega incondicional y sincera a Cristo y a su Reino son virtudes que crecen visiblemente en tantos y tantos, precisamente allí donde la profesión cuesta sacrificios, nunca antes reconocidos.

Mas cualquiera que haya de ser la relación, que sólo Dios conoce, entre victorias y derrotas, entre almas que se ganan y almas que se pierden, no es menos verdadero e indudable que la condición exterior e interior de la época presente origina y presenta al apostolado exigencias gigantescas, no sólo durante el tiempo de esta formidable guerra, sino todavía más en aquel día en que, terminadas las hostilidades, los pueblos habrán de dedicarse a sanar sus profundas llagas de una amarga herencia, social y económica, cuando las Naciones, envueltas en la guerra, salgan de ella con heridas espirituales

necesitadas, como ninguna otra, de un cuidado asiduo y vigilante, que pueda evitar y disminuir sus perniciosos efectos.

* * *

Con trágica y casi fatal persistencia el conflicto, una vez desencadenado, prosigue por su camino ensangrentado, acumula ruinas, no perdona templos venerandos, monumentos insignes, hospitales de caridad, y en el fácil olvido de las normas de humanidad, en el descuido de las costumbres y convenciones bélicas, llega a veces a tales extremos, que una época menos perturbada y agitada que la nuestra señalará un día tales vicisitudes entre las páginas más dolorosas y oscuras de la historia del mundo.

Nuestro pensamiento corre con angustia al momento en que la tristísima crónica de tantos sufrimientos, de cuerpos desgarrados, de almas doloridas, de heridos, de prisioneros, de prófugos, de oprimidos, de famélicos, de enfermos, de dispersos — crónica hoy ignorada o sólo en parte conocida — será publicada íntegramente. Pero todo cuanto sabemos por ahora basta ya para oprimir y desgarrar el corazón. Con referencia a las mujeres y a las madres de más de una nación, Nos parece oír resonar el angustioso grito del Profeta, que la sagrada liturgia recuerda durante la octava de la Santa Navidad: «Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus: Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt» (*Matth.*, II, 18).

LOS PRISIONEROS

Pero entre tantas desventuras derivadas del cruel conflicto, hay especialmente una que desde el primer momento gravó y todavía grava Nuestro corazón: la de los prisioneros de guerra, que Nos resulta tanto más aguda, cuanto menor ha sido la posibilidad, consentida a Nuestra paterna solicitud, de correr en su ayuda allí donde mayor es el número y más conmovedora la miseria de los que invocan eficaz socorro y consuelo. Acordándonos de cuanto Nos mismo, en el augusto Nombre del Sumo Pontífice Benedicto XV de feliz memoria,

pudimos hacer durante la guerra anterior para aliviar las penas materiales y morales de numerosos prisioneros, esperábamos que también esta vez quedase abierto el camino a las iniciativas religiosas y caritativas de la Iglesia.

Sin embargo, si en algunos países se ha frustrado Nuestro intento, no siempre ha sido vano Nuestro esfuerzo, puesto que hemos podido hacer llegar siquiera a una parte de prisioneros polacos no pocas pruebas materiales y espirituales de Nuestro interés; otras, y más frecuentes, a los prisioneros e internados italianos, especialmente en Egipto, en Australia y en el Canadá.

No hemos querido que este santo día de Navidad alborease alegre sobre el mundo sin hacer llegar, por medio de Nuestros Representantes, a los prisioneros ingleses y franceses en Italia, alemanes en Inglaterra, griegos en Albania e italianos esparcidos por las diversas tierras del Imperio británico, principalmente en Egipto, en Palestina y en la India, algunas pruebas que les fueran testimonio de Nuestro recuerdo consolador y de Nuestra bendición. Deseosos, además, de hacer Nuestra el ansia de las familias preocupadas por la suerte de sus familiares alejados e infelices, hemos iniciado un trabajo de no pequeña importancia que estamos desarrollando con toda actividad, para pedir y transmitir noticias, donde mayores sean las dificultades, no sólo de muchísimos prisioneros, sino también de los prófugos y de cuantos se hallan tristemente separados de su patria y de su hogar por las calamidades presentes. Así es como hemos podido sentir palpar millares de corazones junto al Nuestro, con el conmovido tumulto de sus más íntimos afectos o en la anhelante tensión y en la grave pesadilla de la incertidumbre, en la gozosa alegría de la seguridad recuperada y en la profunda pena y sufrida resignación por la suerte de sus seres queridos.

No menor consuelo Nos ha sido haber podido confortar, con la asistencia moral y espiritual de Nuestros Representantes o con la limosna de Nuestros recursos, a un gran número de prófugos, de expatriados, de emigrados, aun entre los «no arios»: a los polacos ha podido llegar especialmente generoso

Nuestro socorro, así como a aquellos para los que la ayuda caritativa de Nuestros hijos de los Estados Unidos de América Nos facilitaba grandemente Nuestro paterno interés.

* * *

Hace un año, Venerables Hermanos y dilectos hijos, que hicimos Nos desde este lugar algunas declaraciones doctrinales sobre las bases esenciales para una paz conforme a los principios de justicia, de equidad y de honor, de suerte que pudiera ser duradera. Y si el sucesivo desarrollo de los acontecimientos ha retrasado para tiempo más lejano su realización, los pensamientos expuestos entonces nada han perdido de su verdad intrínseca y de su ajuste a la realidad, ni de su valor de obligación moral.

EL «NUEVO ORDEN»

Hoy Nos encontramos ante un hecho que tiene una notable importancia sintomática. De las varias polémicas apasionadas de las partes beligerantes sobre los fines de la guerra y sobre la reglamentación de la paz, surge cada vez más clara una especie de *communis opinio*, que afirma que tanto la Europa anterior a la guerra, como sus públicas instituciones, se encuentran en un proceso de evolución tal que señalan el comienzo de una nueva época. Europa y el orden de los Estados, se afirma, no serán lo que fueron antes; es algo nuevo, mejor, más desarrollado, orgánicamente más sano, libre y fuerte lo que debe sustituir a lo pasado, para evitar así sus defectos, su debilidad, sus deficiencias, que se dice haber aparecido manifiestamente a la luz de los recientes acontecimientos.

Es verdad que las diversas partes discrepan en las ideas y en los fines, bien que concuerden en la aspiración de un nuevo orden y en no retener como posible ni deseable una pura y simple vuelta a las condiciones anteriores. Ni vale para explicar suficientemente semejantes corrientes y sentimientos la mera «*rerum novarum cupiditas*» — el simple afán de novedades —. A la luz de las experiencias de esta época de agobio, bajo la abrumadora presión de los sacrifi-

cios que requiere e impone, nuevas ideas y nuevas aspiraciones nacientes se apoderan de las mentes y de las almas. Clara confesión de la imperfección de lo presente. Aspiración resuelta hacia un orden que ponga en seguro las normas jurídicas de la vida estatal e internacional. Y nadie podrá maravillarse de que ansia tan acuciante se haga sentir con mayor agudeza entre los dilatados grupos de quienes viven con el trabajo de sus manos, obligados siempre, tanto en paz como en guerra, a gustar más que nadie la amargura de los desacuerdos económicos, estatales o internacionales; menos se sorprende aún de ello la Iglesia, que, madre común de todos, siente y comprende mejor el grito que se escapa espontáneo del alma atormentada de la humanidad.

Inútil es pretender que la Iglesia se muestre más partidaria de una tendencia que de otra, entre los opuestos sistemas que varían con los tiempos y dependen de ellos. En el ámbito del valor universal de la ley divina, cuya autoridad tiene fuerza no sólo para los individuos, sino también para los pueblos, hay un amplio campo y una libertad de movimiento para las formas más variadas de los sistemas políticos: mientras la práctica afirmación de un sistema político o de otro depende, en una parte muy grande y a veces decisiva, de circunstancias y de causas que, consideradas en sí mismas, son extrañas al fin y a la actividad de la Iglesia. Tutora y abanderada de los principios de la fe y de la moral, ella tiene el único interés y el solo deseo de transmitir, por sus medios educativos y religiosos, a todos los pueblos sin excepción alguna, la clara fuente del patrimonio y de los valores de vida cristiana, de tal suerte que cada pueblo, según correspondiere a sus varias peculiaridades, pueda servirse de los conocimientos y de los impulsos éticos, religiosos y cristianos, para establecer una sociedad humanamente digna, espiritualmente elevada, fuente del verdadero bienestar.

Más de una vez la Iglesia ha tenido que predicar a sordos; la dura realidad predica ahora a su vez, y ante su grito: «Erudimini!», ábranse los oídos antes cerrados a la voz materna de la Esposa de Cristo. Hay épocas de angustia, mucho

más frecuentes que los tiempos de bienestar, muy ricas en enseñanzas verdaderas y profundas, a la manera que el dolor es con frecuencia maestro más eficaz que el fácil éxito. «Tantummodo sola vexatio intellectum dabit auditui» (Is., XXVIII, 19). Y esperamos en Dios que la humanidad entera, como cada una de las naciones en particular, saldrá de la lección actual, tan dolorosa como sangrienta, más prudente, experimentada y madura; sabrá distinguir con ojos claros entre la verdad y la engañosa apariencia; y abrirá y prestará su oído a la voz de la razón, guste o no, y lo cerrará a la vacía retórica del error; se formará una convicción de la realidad, que tomará en serio la realización del derecho y de la justicia, y ello no sólo cuando se trate de exigir el cumplimiento de los propios derechos, sino también cuando se deban satisfacer las justas exigencias de los demás.

Sólo con estas disposiciones de ánimo se podrá llegar a infundir a esa seductora expresión «nuevo orden» un contenido hermoso, digno, estable, apoyado en las normas de la moralidad; y se evitará el peligro de concebirlo y de plasmarlo con un mecanismo puramente externo, impuesto por la fuerza, sin sinceridad, sin pleno consentimiento, sin alegría, sin paz, sin dignidad, sin valor. Y entonces se podrá dar a la humanidad una nueva esperanza que la tranquilice, un ideal que responda a sus nobles aspiraciones; y desaparecerá el poder oculto y abierto, opresor y ruinoso, de la discordia crónica que pesa ahora sobre el mundo.

BASES INDISPENSABLES

Mas las bases indispensables para un tal orden nuevo, son:

1) *La victoria sobre el odio*, que divide hoy a los pueblos; y, por lo tanto, renunciar a sistemas y a prácticas que no hacen sino acrecentarlo. Existe, en verdad, al presente en algunos países, una propaganda desenfrenada y que no rehuye las manifiestas deformaciones de la verdad mostrando, día por día, y hasta hora por hora, a la pública opinión, las naciones adversarias bajo una luz falseada y ultrajante. Quien en

verdad desee el bienestar del pueblo, quien ansíe contribuir a preservar de incalculables daños las bases espirituales y morales de la futura colaboración de los pueblos, deberá considerar como un sagrado deber y una alta misión no dejar que se pierdan, en el pensamiento y en el sentimiento de los hombres, los ideales naturales de la veracidad, justicia, cortesía y cooperación al bien, y, ante todo, el sublime ideal sobrenatural del amor fraterno traído por Cristo al mundo.

2) *La victoria sobre la desconfianza*, que grava con peso tan deprimente el derecho internacional, haciendo irrealizable toda verdadera inteligencia; vuelta, por lo tanto, al principio: «iustitiae soror incorrupta fides» (1); a aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin la que no es posible una tranquila convivencia de los pueblos, y sobre todo una coexistencia de pueblos poderosos y de pueblos débiles. «Fundamentum autem», proclamaba la antigua sabiduría romana, «est iustitiae fides, id est dictorum conventorumque constantia et veritas» (2).

3) *La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base y la regla del derecho, y de que la fuerza crea el derecho*; principio que hace inconsistente toda relación internacional, con gran daño especialmente para los Estados que, ya por su tradicional fidelidad a los métodos pacíficos, ya por su menor potencialidad bélica, no quieren y no pueden luchar con otros; vuelta, por lo tanto, a una seria y profunda moralidad en las normas de la relación entre las Naciones, cosa que no excluye evidentemente ni el buscar la utilidad honesta, ni el usar, oportuna y legítimamente, la fuerza para tutelar los derechos pacíficos atacados violentamente, o para reparar sus lesiones.

4) *La victoria sobre los gérmenes de conflictos* que consisten en las diferencias demasiado estridentes en el campo de la economía mundial; por lo tanto, una acción progresiva, equilibrada por correspondientes garantías, para llegar a una

(1) HORAT., *Od.* 1, 24, 6-7.

(2) CIC., *De officiis* 1, 7, 23.

organización que dé a todos los Estados los medios para asegurar un conveniente tenor de vida a sus propios conciudadanos, de cualquier clase que sean.

5) *La victoria sobre el espíritu del frío egoísmo* que, orgulloso por su fuerza, termina fácilmente violando no menos el honor y la soberanía de los Estados que la justa, sana y disciplinada libertad de los ciudadanos. Y en su lugar ha de introducirse una sincera solidaridad jurídica y económica, una fraternal colaboración, según los preceptos de la ley divina, entre los pueblos, una vez que estén asegurados en su autonomía e independencia.

Mientras por las duras necesidades de la guerra hablen las armas, difícilmente podrían esperarse hechos definitivos en el sentido de restaurar derechos moral y jurídicamente imprescriptibles. Mas sería de desear que, ya desde ahora, una declaración doctrinal en favor de su reconocimiento viniese a calmar la agitación y la amargura de cuantos se sienten amenazados o lesionados en su existencia o en el libre desarrollo de su actividad.

* * *

Venerables Hermanos y amados Hijos: En el momento, tan deseado por todos como imposible de determinar por el juicio humano, en que callarán las armas y se esculpirán en los párrafos del tratado de paz los efectos de esta lucha gigantesca, deseamos Nos que la humanidad y quienes habrán de mostrarle el camino de su marcha, estén tan maduros en el espíritu y sean tan capaces en la acción, que allanen el terreno para la llegada de un orden nuevo, sólido, verdadero y justo. Nos suplicamos a Dios que suceda así. Y os exhortamos a todos a unir vuestras oraciones a las Nuestras, a fin de que la luz y la protección del Omnipotente preserven a aquellos en cuyas manos estarán puestas decisiones de tan gran momento para la tranquilidad del mundo y tan graves en responsabilidad; les preserven, decimos, de repetir, cambiada la forma, antiguos errores, y de volver a caer en faltas pasadas, dirigiendo — aun sin saberlo o sin quererlo — el

porvenir de los pueblos y aun de su propia Nación por un camino en el que no se encontrará ningún verdadero orden, sino solamente temores y motivos de nuevas tragedias. Que las mentes de aquellos de cuya perspicacia, fuerza de voluntad, previsión y moderación, habrá de depender la felicidad o la infelicidad de los pueblos, puedan dejarse guiar por la luz de aquella sentencia tan conocida: «Bis vincit qui se vincit in victoria» (1).

Y Nos depositamos ahora en las pequeñas, omnipotentes y misericordiosas manos del recién nacido Redentor, con una confianza ilimitada e indestructible, Nuestros deseos, Nuestras esperanzas y Nuestras oraciones; y le imploramos con vosotros, con todos los sacerdotes, con todos los fieles de la Santa Iglesia, con todos los que reconocen en Cristo a su Señor y Salvador, que liberte a la humanidad de las discordias a que la ha arrastrado esta guerra: «O radix Iesse, qui stas in signum populorum, super quem continebunt reges os suum, quem Gentes deprecabuntur: veni ad liberandum nos, iam noli tardare!» (*Brev. Rom., Antiph. mai. ante vig. Nat.*).

Con tan ansiosas palabras en los labios, y con tal intención en el corazón os damos, Venerables Hermanos y dilectos Hijos, así como a todos Nuestros hijos del mundo entero, y singularmente a las víctimas de la guerra en cada una de las naciones, como prenda de abundante gracia divina, con paternal afecto, la Bendición Apostólica.

(1) PUBLII SYRI *Sententiae*, Leipzig, 1869, n. 64.

XLVI

26 DE DICIEMBRE DE 1940

LOS DESEOS NAVIDEÑOS DE LA GUARDIA NOBLE PONTIFICIA

S. E. el Príncipe don Francisco Chigi della Rovere, Comandante de la Guardia Noble Pontificia, dirigió a Su Santidad un discurso de fervida devoción y de filial homenaje con los más entusiastas votos por las santas Fiestas en nombre del Cuerpo por él mandado. El Sumo Pontífice se dignó responder a acto de tan profundo obsequio, ponderando la dignidad de servir a Dios en la persona de su Vicario.

LA gratitud con que Nuestro ánimo se goza, dilectos hijos, en responder paternalmente a las devotas felicitaciones que por segunda vez Nos ha expresado el ilustre y amado Comandante vuestro Jefe con palabras tan oportunas como elevadas, con ocasión de las fiestas de Navidad, es tan viva, cuanto íntima es la satisfacción que Nos causa ver reunida en torno a Nos vuestra Cohorte, el primero de los Cuerpos armados pontificios. A decir verdad, el año transcurrido, si ciertamente Nos ha proporcionado no pocos y suavísimos consuelos, se ha visto empero excepcionalmente colmado de preocupaciones y de penas; y en lo que a Nos toca, diremos con el apóstol San Pablo: ¿Quién podrá sufrir sin que Nos suframos? ¿Quién puede escandalizarse sin que Nos sintamos el rubor de este escándalo? (cfr. *II Cor.*, XI, 29).

Y, sin embargo, debemos decir que han sido escuchados los deseos que Nos ofrecisteis la primera vez y que, aun en medio de tantas pruebas, el año que está acabando ha sido para Nos un buen año; bueno, porque la divina misericordia Nos ha concedido pasarlo todo en el servicio de Dios y de las almas creadas y redimidas por Él.

Servir: ¿no es acaso ésta la verdadera y real grandeza para todos nosotros, discípulos y miembros de Aquel que vino al mundo, no para ser servido, sino para servir? (*Matth.*, XX, 28). Todos: Nos mismo, cuyo título usado en el principio de Nuestros más solemnes documentos es el de «*Servus servorum Dei*»; y vosotros, consagrados de manera tan íntima y particular al servicio de este Siervo de los siervos de Dios; todos servimos

en el puesto señalado a cada uno por los inescrutables designios de la divina Providencia, y a través de los hombres, servimos a Dios, ante el cual todos somos *consiervos*, compañeros de servicio, como recordaba el Ángel al apóstol Juan (*Apoc.*, XIX, 10; XXII, 9).

Servir: palabra de bajeza o de grandeza, según como se entienda. Servir por temor, por cobardía, por pasional interés o vil deseo de ganarse el favor de un grande: es el hombre disminuído, tornado esclavo en el peor sentido de la palabra; es la servidumbre aduladora, presta a todo, frente a quien comprende ser más poderoso que ella; es el temor servil del animal que se encorva bajo el látigo, dispuesto a morder tan pronto como se crea más fuerte.

Al contrario, servir por deber, por amor: es ya de por sí cosa magnífica cuando por una causa noble y grande, por la defensa del derecho o de los que nos son legítimamente queridos, nos sometemos voluntariamente a una disciplina severa, renunciamos a nuestras comodidades y a nuestros beneficios personales, nos sacrificamos, si es necesario, hasta la suprema inmolación; servir así es elevarse, es sobrepasarse a sí mismo para alzarse a la misma altura de la causa que se sirve.

En consecuencia, para los verdaderos cristianos que, aun a través de las personas más augustas y de las causas más bellas, ven con los ojos de la fe transparentarse la figura de Aquel a quien en realidad únicamente sirven al servir a los hombres, Jesucristo, su único Señor, ¡cuán incomparable grandeza brilla en su servicio, humilde o alto, cualquiera que sea!

Y si todo servicio cristiano realza así a quien lo cumple hasta la altura misma de Cristo, ¡cuánto más el vuestro, oh dilectos hijos, que os une estrechamente a aquel que, no obstante su indignidad, es verdaderamente el Vicario visible del único Maestro y Señor invisible!

Nuestra humilde persona está confiada a vuestra inmediata custodia y a vuestra bandera, la de los colores de las llaves del cielo. Vosotros sois Nuestra guardia personal; Nos precedéis, Nos acompañáis, Nos rodeáis con honor y en defensa, en las salas, en las sagradas ceremonias, en las solemnes procesio-

nes. Entre las armas pontificias antigua es ya la gloria de vuestra espada junto a las personas de los Papas y en los campos de batalla; pero no es espada ambiciosa de manchas de sangre, porque el reino de Cristo, ávido de la salvación de las almas, si ciertamente está en este mundo, no es de este mundo. La verdad del Evangelio, libertadora de los hombres, no es una Minerva armada de hierro: su yelmo es la fe, su coraza es la esperanza, su lanza es el amor, su bandera es la cruz.

Ved por qué no dudamos Nos en pedirlos que vuestro servicio junto a Nuestra persona sea siempre digno de Aquel a quien servís en Nos, «ut ambuletis digne Deo per omnia placentes», según la magnífica fórmula de San Pablo (*Coloss.*, I, 10). ¿Nos atreveríamos a usar esta fórmula, si no estuviera dictada por el Espíritu Santo? ¿Podemos medir su significado? ¡Ser dignos de Dios, y dignos de Dios en todo, no solamente en las horas de nuestro servicio exterior, sino en todo momento de nuestra vida!

Adscritos voluntariamente al servicio particular de Cristo en la persona de su Vicario, vosotros, aun cuando dejéis el glorioso uniforme que lo denuncia, nunca podéis dejar de permanecer ligados por estrechos vínculos a vuestro Señor y a su causa, y no llevar doquier con vosotros alguna cosa suya, de suerte que toda vuestra vida y vuestra conducta permanecen en cierto modo solidarias de aquel Cristo a quien servís. Y ¿no es así como tal vez piensan los hombres? ¿Podrían ellos imaginar que alguno de quienes se han ligado voluntariamente por un título cualquiera al servicio de Nuestro Señor se portase de modo no irrepreensible y completamente ejemplar? Vuestra capa de servicio jamás cesa de envolveros, y por ello de protegeros, doquier estéis y cualquier cosa hagáis. ¡Que vuestra capa se mantenga siempre espléndida sobre vuestras espaldas, no solamente sin mancha, pero hasta sin ningún deterioro! ¡Que el fulgor de la plena vida cristiana os haga y os conserve siempre dignos del Dios a quien servís!

Este deseo resume todos los demás. Lo formamos desde lo profundo de Nuestro paterno corazón, alegres de aseguraros Nuestra particular benevolencia y de loar vuestra devoción a

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

la Santa Sede y vuestra fidelidad tan comprobada en el cumplimiento del deber; y mientras invocamos del Señor la paz sobre este mundo agitado y descompuesto, os damos, a vosotros y a vuestras nobles familias, así como a todas las personas que tengáis en la mente y en el corazón, como prenda de las más abundantes gracias divinas, para las santas Fiestas y para el Año Nuevo, Nuestra Bendición Apostólica.

AÑO 1941

XLVII

5 DE ENERO DE 1941

VALOR Y GRANDEZA DE LA HERENCIA ESPIRITUAL

En la víspera de los Santos Reyes, el Padre Santo dignóse recibir en especial Audiencia a los Señores y Damas del Patriciado y de la Nobleza romanos, que presentaban al Augusto Pontífice su devotísima felicitación. A las expresiones de homenaje, leídas por el Príncipe asistente al Solio, S. E. don Domingo Orsini, se dignó responder Su Santidad con veneradas palabras de gratitud y de afecto, acompañadas de saludables enseñanzas y exhortaciones.

FUENTE de íntima y paterna alegría para Nuestro corazón, dilectos hijos e hijas, es vuestra grata corona en torno a Nos, en el comienzo del año nuevo, no menos grave por sus sombríos horizontes que el que acaba de pasar, reunidos para darnos la filial felicitación por medio de vuestro eximio intérprete, cuyas devotas y elevadas frases dan a vuestra unánime y concorde presencia un valor y un afecto que Nos son particularmente caros. En el Patriciado y en la Nobleza romanos tornamos Nos a ver y amamos un grupo de hijos y de hijas, cuyo orgullo es el vínculo y la fidelidad tradicional hacia la Iglesia y el Romano Pontífice, cuyo amor por el Vicario de Cristo brota de la profunda raíz de la fe, sin disminuirse ni por el correr de los años ni por las varias vicisitudes de los tiempos y de los hombres. En medio de vosotros Nos sentimos más romanos por la costumbre de la vida, por el aire que hemos respirado y respiramos, por el mismo cielo, por el mismo sol, por las mismas orillas del Tíber sobre las que se meció Nuestra cuna, por aquella tierra sagrada hasta en las más escondidas vías de sus entrañas, de donde Roma saca para todos sus hijos los auspicios de una eternidad beatificante.

Es un hecho que Cristo Señor Nuestro, si eligió, para consuelo de los pobres, venir al mundo privado de todo y crecer en una familia de sencillos obreros, quiso, sin embargo, con su nacimiento honrar la más noble e ilustre de las casas de Israel, la descendencia misma de David.

Por ello, fieles al espíritu de Aquel cuyos Vicarios son, los Sumos Pontífices han tenido siempre en muy gran consideración al Patriciado y a la Nobleza romanos, cuyos sentimientos de indefectible adhesión a esta Sede Apostólica son

la parte más preciosa de la herencia recibida de sus antepasados y que a su vez ellos transmitirán a sus hijos.

De esta grande y misteriosa cosa que es la herencia — es decir, el paso dentro de una estirpe, perpetuándose de generación en generación, de un rico conjunto de bienes materiales y espirituales, la continuidad de un mismo tipo físico y moral conservándose de padre a hijo, la tradición que a través de los siglos une a los miembros de una misma familia —; de esta herencia, decimos, ciertamente se puede vislumbrar la verdadera naturaleza mediante teorías materialistas. Pero semejante realidad de tamaña importancia puede y debe considerarse también en la plenitud de su verdad humana y sobrenatural.

No se negará ciertamente la existencia de un substrato material en la transmisión de los caracteres hereditarios; para sorprenderse de ello sería preciso olvidar la íntima unión de nuestra alma con nuestro cuerpo, y la gran proporción en que aun nuestras mismas actividades más espirituales dependen de nuestro temperamento físico. Por ello la moral cristiana nunca deja de recordar a los padres las graves responsabilidades que en semejante materia les corresponden.

Pero lo que más vale es la herencia espiritual, transmitida no tanto por medio de esos misteriosos lazos de la generación material, cuanto por la acción permanente del privilegiado ambiente que constituye la familia; por la lenta y profunda formación de las almas en la atmósfera de un hogar rico en altas tradiciones intelectuales, morales y, sobre todo, cristianas; por la mutua influencia entre los que moran en una misma casa, influencia cuyos benéficos efectos se proyectan mucho más allá de los años de la niñez y de la juventud, hasta el final de una larga vida, en aquellas almas elegidas que saben fundir en sí mismas los tesoros de una preciosa herencia con la cooperación de sus propias cualidades y experiencias.

Tal es el patrimonio, más estimable que todo otro, que, iluminado por una fe firme, vivificado por una fuerte y fiel práctica de la vida cristiana en todas sus exigencias, elevará, afinará y enriquecerá las almas de vuestros hijos.

Pero, como todo rico patrimonio, también éste lleva consigo estrechos deberes, tanto más estrechos cuanto más rico sea. Dos sobre todo:

1) El deber de no malgastar semejantes tesoros, de transmitirlos intactos y, si es posible, aumentados, a quienes vengan después de vosotros; y el de resistir, por lo tanto, a la tentación de no ver en ellos sino un medio de vida más fácil, más agradable, más exquisita, más refinada.

2) El deber de no reservar sólo para vosotros tales bienes, sino hacerlos aprovechar con generosidad a cuantos hayan sido menos favorecidos por la Providencia.

Conquistaron también vuestros mayores, dilectos hijos e hijas, la nobleza de la beneficencia y de la virtud, cuyo claro testimonio son los monumentos y las casas, los hospicios, los refugios, los hospitales de Roma, en los que sus nombres y su recuerdo hablan de su pródiga y vigilante bondad para con los desventurados y necesitados. Bien sabemos Nos que en el Patriado y en la Nobleza romanos no ha llegado a faltar esta gloria y competencia por el bien, en la medida que a cada uno permiten sus facultades. Pero en la hora presente, tan penosa, en que el cielo se ve turbado por intranquilas noches de vigilia, vuestro ánimo no sólo guarda noblemente una seriedad, preferiríamos decir una austeridad de vida, que excluye toda ligereza y todo placer frívolo, incompatibles para todo corazón bien nacido ante el espectáculo de tantos sufrimientos, sino que siente mucho más vivo aún el impulso de la caridad activa que os excita a aumentar y multiplicar los méritos que ya antes habíais adquirido en aliviar las miserias y la pobreza humana. ¡Cuántas ocasiones os ofrecerá el año nuevo, que se inicia con nuevos peligros y acontecimientos, para hacer el bien, no sólo dentro de las paredes domésticas, sino también fuera! ¡Cuántos nuevos campos de socorro y ayuda! ¡Cuántas lágrimas secretas que enjugar! ¡Cuántos dolores que mitigar! ¡Cuántas angustias físicas y morales que aliviar!

Cuál haya de ser el curso del año que acaba de comenzar, es secreto designio de solo Dios, sabio y providente, que

gobierna y guía el camino de su Iglesia y del género humano hacia la meta en que triunfan su misericordia y su justicia. Pero Nuestra ansia, Nuestra oración, Nuestro deseo, es la paz justa y duradera y la tranquilidad ordenada del mundo; la paz que alegre a todos los pueblos y naciones; la paz que, al devolver la sonrisa a todos los rostros, haga surgir en los corazones el himno de la más alta alabanza y gratitud al Dios de la paz que adoramos en la cuna de Belén.

En este Nuestro deseo, hijos e hijas muy queridos, se halla también el auspicio de un año no incierto, sino afortunado para todos vosotros cuya grata presencia Nos ofrece la imagen de toda la edad humana, que bajo la protección divina camina por el sendero de la vida y constituye la mejor alabanza de sus actos en las virtudes privadas y públicas. A los ancianos, guardianes de las nobles tradiciones familiares y luces de prudente experiencia para los menores; a los padres y a las madres, maestros y modelos de virtud para sus hijos e hijas; a los jóvenes, que crecen puros, sanos, activos, en el santo temor de Dios, para esperanza de la familia y de la querida Patria; a los pequeños, que sueñan lo futuro de sus empresas con los entretenimientos y con los juegos infantiles; a todos vosotros, que gozáis y participáis de la comunidad y de la alegría familiar, Nos os deseamos paternalmente la felicidad que responda al ansia de cada uno y de cada una de vosotros, acordándoos de que todas vuestras peticiones son siempre pesadas y examinadas por Dios en la balanza de nuestro mayor bien, en la cual a veces tiene menor peso lo que nosotros le pedimos que lo que Él nos concede.

Tal es la oración que elevamos al Señor por vosotros, al comienzo del nuevo año, tras de cuyos impenetrables velos reina, gobierna y actúa la alta Providencia que impera por el amor en el universo y en el mundo de los acontecimientos humanos: e invocamos sobre vosotros la abundancia de los favores celestiales, mientras confiando en la inmensa bondad divina, a todos y a cada uno de vosotros, a vuestros seres queridos y a cuantos tengáis en la mente y en el corazón, damos Nuestra paternal Bendición Apostólica.

XLVIII

8 DE ENERO DE 1941

ENSEÑANZAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

En la Audiencia concedida a un numeroso grupo de recién casados y de otros fieles, Su Santidad se dignó regalarles con el don de su venerada palabra, recordándoles las enseñanzas, bienes y gracias de la divina Providencia para las almas que le consagran sus alegrías, dolores y esperanzas.

HABÉIS querido, dilectos esposos nuevos, demostrar vuestro doble ardor al presentaros a Nos: el ardor de la juventud, que sin temor afronta y vence los rigores de la estación invernal, y el ardor de vuestra fe y devoción, que os ha conducido a pedir la bendición del Padre común de los fieles para las familias que habéis fundado con un irrevocable consentimiento. Absortos como estáis en la felicidad de vuestra reciente y concorde unión y en el sueño de una aurora teñida de alegres esperanzas para el sendero de la vida recién iniciada, ni el camino de Roma ha enfriado vuestros ardientes corazones, ni han cautivado apenas vuestra vista durante el viaje las campiñas recorridas, ni las llanuras heladas y nevadas con sus blanqueados montes, ni los tristes árboles que bajo un cielo grisáceo extendían los desnudos brazos de sus ramas.

Y, sin embargo, bajo esa costra de frío y de nieve vive la naturaleza y duerme un sueño que parece de muerte, pero que en su tranquilo silencio habla un lenguaje que es para vosotros, como para todos los llamados por Dios a transmitir la vida, una gran enseñanza dada a las almas por la divina Providencia, y que Nuestro Señor recordaba a los Apóstoles poco antes de su Pasión: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda infecundo; si muere, fructifica con abundancia» (*Io.*, XII, 24); enseñanza que completaba el buen Maestro poco después, diciendo: «Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se volverá en gozo. La mujer, cuando da a luz un hijo, siente tristeza, porque llega su hora; pero cuando ha echado al mundo su

hijo, ya no se acuerda de su tribulación, por el gozo que tiene de haber venido al mundo un hombre» (Io., XVI, 21). Es profunda verdad, humana y cristiana al mismo tiempo, que la vida no se transmite sin sacrificio; a pesar de lo cual, transmitir la vida es una alegría inefable, que disipa todo recuerdo del dolor.

Mirad las campiñas y la admirable obra de la naturaleza. El grano, confiado al terreno para su cuidado, colócase allí como en un sepulcro, parece que allí muere y se disuelve, a fin de que el germen que en sí posee pueda desarrollarse, abrirse, asomarse a la luz, reverdecer y crecer en vigoroso tallo. Pero allí pasará y le caerá encima el invierno, antes de que con la tibia primavera y el cálido rayo del sol de verano, el germen se transforme en flor y la flor en fruto. En el orden más elevado de la naturaleza viviente, sensible al dolor, todo nacimiento es más o menos doloroso; y, porque del dolor nace el amor, veis vosotros que sólo dándose a sus pequeñuelos, guardándolos con su vigilancia, alimentándolos con la propia leche o calentándolos bajo sus alas, puede la madre conservar y vigorizar la vida que ella les ha comunicado.

Y así como el invierno precede a la primavera, no de otra manera en este misterioso don de la vida las penas preceden a las alegrías prometidas a toda fecundidad. Ved cómo el agricultor, con la esperanza y el deseo de la futura mies, sacrifica, sin pesar, antes con alegría y esperanza, su mejor semilla. Todavía está muy lejana la mies; no sabe qué tiempo le enviará la divina Providencia, ni cuál será su cosecha, si fácil o difícil; pero no dejará de esparcir, con su generoso ademán de sembrador, en las trabajadas parcelas del campo, aquellos puñados de escogidos granos, destinados a sentir sobre sí los fríos de los rocíos y de las nieves, y a disolverse en los húmedos surcos, antes de erguirse en verdes tallos que, vencedores del pasado invierno, encorven su cabeza, cargados de pesadas espigas, como agradecidos al cielo y al feraz suelo que los ha nutrido.

Para vosotros, recién casados, la hora presente es como la hora alegre de las siembras hechas en un campo preparado

con amor; pero por muy ingenua que brille en vosotros la juventud, ya habéis aprendido tanto en la escuela de la experiencia y de la visión del mundo, que sabéis que el porvenir, abierto ante vosotros, y que Nos os deseamos repleto de cristiana felicidad, no solamente os dará gozos y alegrías, y que, sobre todo en estos agitados tiempos, no cumpliréis sin sufrimientos la misión que se os ha confiado de dar la vida a cándidos niños, regalo del cielo, para educarlos e instruirlos en religiosa piedad con la palabra y con el ejemplo, destinados a ser sostén vuestro y de la patria y a acompañaros un día en la gloria y en la felicidad eterna. El cultivador no duda en afrontar valerosamente la variable probabilidad de los días de tempestad, de sequía y de hielo, sabedor de que Dios le mantendrá con su misericordiosa providencia y no dejará abatir a quien le sirve y espera en Él, como no deja morir de hambre a los pájaros que descienden revoloteando en torno a su arado. También vosotros sabéis que no permitirá el Señor que seáis tentados más allá de vuestro poder (*I Cor.*, X, 13) y que el sufrir hace obra perfecta (*Iac.*, I, 4). Estad, pues, seguros de que Él, infinitamente bueno, lo ha de ser en el ajustar pruebas a vuestras fuerzas, o mejor, a las fuerzas y auxilios que Él mismo os dará con su gracia; y esta fe en Él, que hoy es fuente de confianza para vuestros corazones, será también apoyo de vuestro trabajo en el día de mañana.

Pero esto no os hará olvidar que, aun en los momentos más duros que lo por venir os pudiese reservar, no os faltarán los consuelos y las dulzuras. En la campiña, bien lo sabéis, aun el mismo invierno no deja de tener sus alegrías. ¿Acaso no es por entonces cuando la familia, que en otras estaciones del año anda dispersa en sus trabajos, se encuentra reunida con mayor frecuencia en torno al hogar? ¿No es acaso entonces el tiempo de las veladas largas, paternas y fraternales, en las que los corazones se sienten y palpitan más cerca los unos de los otros y, a través de coloquios y silencios más elocuentes que las mismas palabras, las almas se penetran mutuamente y se encuentran más íntimamente en los afectos y en los pensamientos? ¿No es entonces cuando lo pasado, lo pre-

sente y lo futuro animan los recuerdos y las conversaciones de la alegría familiar?

Ni será menor para vosotros, dilectos hijos e hijas, la generosidad del cielo en auxilios y consuelos si llegaren los momentos más difíciles que alguna vez os habrán de esperar. No temáis. Si, a fuer de cristianos confiados y fuertes, hasta las mismas aflicciones las tomareis de las manos de Dios, que las dispone para perfeccionar nuestra virtud, las pruebas, en vez de ser — como tantas veces sucede — estímulos de recriminación y lamento, de disonancias y desazones, acercarán aun más vuestros corazones, y en la misma pena se estrecharán los afectos; porque en el amor no se vive sin dolor. Es entonces cuando os conoceréis, os hablaréis, os comprenderéis mejor, os apoyaréis más fuertemente el uno contra el otro, en el correr de los caminos de la vida. Y entonces el amor que os une, templado en el fuego de la tribulación, se confirmará definitivamente: nada será ya capaz de separar dos almas que tan valerosamente hayan sufrido y que juntas hayan llevado la cruz en unión con Cristo.

Tales pensamientos, que el corazón Nos pone en los labios como paterno recuerdo Nuestro para vosotros, os podrán parecer tal vez harto austeros en estos días de vuestra alegría; y, sin embargo, a la luz de la fe, que os ha conducido ante Nos, ellos serán la única fuente de la verdadera felicidad; de aquella felicidad que ciertamente no puede brotar, existir y durar sino donde es comprendido profundamente, aceptado y amado un alto sentir de la vida presente; felicidad menos aniñada, menos ligera y menos frívola, pero más íntima, más sólida y más segura, porque se halla fundada en la plenitud del espíritu cristiano, que no se derrumba con el viento de las adversidades, antes hace que las alegrías y los dolores de esta vida sean útiles para una vida mejor.

Éste es el espíritu que pedimos a Dios para vosotros, dilectos nuevos esposos, y para todos cuantos os son caros, mientras, en prenda de la abundancia de las gracias y de los dones celestiales, os damos de corazón Nuestra paternal Bendición Apostólica.

XLIX

15 DE ENERO DE 1941

EL SACERDOCIO Y EL MATRIMONIO

El Padre Santo concedió Audiencia a más de ochocientos fieles, entre los cuales había un centenar de parejas de recién casados. El piadoso auditorio escuchó con vivísimo interés el Discurso de Su Santidad, dedicado a ilustrar el ministerio de los esposos cristianos.

ENTRE las innumerables solicitudes y responsabilidades que gravan Nuestra frente desde que la divina Providencia Nos llamó al gobierno de la Iglesia en tiempos tan difíciles, uno de los grandes consuelos que el Señor Nos concede para aliviar el peso de Nuestro ánimo son estas audiencias, en que Nos es dado transportarnos como a un aura más serena y sentirnos más íntimamente Padre que recibe a sus hijos y que, rodeado de ellos, les abre y expansiona libremente su corazón.

Y en el número de las audiencias que se tornan particularmente dulces y gratas a Nuestro espíritu, ponemos Nos de buen grado éstas, en las que vemos recogidos los grupos de los recién casados que, animados por su viva fe, mientras inician un nuevo camino de vida, se reúnen en torno a Nos como ofreciendo a Nuestra bendición paterna sus almas, recién regadas por el divino rocío de las gracias del Sacramento, que las ha situado definitivamente en los grados de la sociedad a la par que las ha colocado en su puesto dentro del místico cuerpo de la Iglesia.

De hecho, dilectos esposos, ¿no habéis considerado alguna vez cómo entre los diversos estados, entre las diversas formas de vida de los cristianos, solamente hay dos para las que Nuestro Señor ha instituído sendos sacramentos? El Sacerdocio y el Matrimonio. Admiráis, sin duda, las grandes falanges de las Órdenes y Congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, que con tanto bien y gloria brillan en la Iglesia; y, sin embargo, la profesión religiosa — ceremonia

tan conmovedora y rica en profundo simbolismo, hasta sublimemente nupcial, aun con las amplísimas loas con que Nuestro Señor y la Iglesia han exaltado la virginidad y la castidad perfecta, y por eminente que sea el puesto ocupado por los religiosos y las religiosas que a Dios se consagran en la vida y en el Apostolado católico —, la misma profesión religiosa, decimos, no es un sacramento.

Por el contrario, aun el más modesto matrimonio, celebrado tal vez en pobre y remota iglesita de la campiña o en humilde y sencilla capilla de barrio obrero, por dos novios que inmediatamente habrán de volver al trabajo, ante un simple sacerdote, en presencia de pocos parientes y amigos, este rito sin esplendor y sin externo brillo colócase, en su dignidad de sacramento, al lado de la magnificencia de una solemne ordenación sacerdotal o consagración episcopal, realizada en majestuosa catedral, repleta de sacros ministros y de fieles, y presidida por el mismo Obispo de la diócesis, fúlgido con toda la belleza de los ornamentos pontificales. El Orden y el Matrimonio, bien lo sabéis, coronan y cierran el número septenario de los sacramentos.

¿Por qué ha dado Dios en su Iglesia un puesto tan especial al Sacerdocio y al Matrimonio? Ciertamente que sería temeridad nuestra preguntar al Creador las razones de su obra y de sus preferencias, y decirle: «Quare hoc fecisti?» Sin embargo, siguiendo las huellas de los grandes Doctores, y en particular de Santo Tomás, nos es posible investigar y gustar las conveniencias y armonías escondidas en el seno del pensamiento y de las elecciones divinas, para lograr así una confianza más amorosa y elevarnos a una idea más alta de la gracia recibida.

Cuando el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre, la palabra del Salvador del género humano devolvió a su primitivo esplendor el vínculo conyugal del hombre y de la mujer, que las pasiones humanas habían hecho degenerar de su noble institución, y lo elevó a Sacramento: grande por la unión de sí mismo con la Iglesia su Esposa, Madre nuestra, fecundada con su divina sangre, que nos regenera con la palabra de

la Fe y con el bautismo de la salud, pudiendo ser hijos de Dios quienes creen en su nombre; «porque no son nacidos ni de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios» (*Io.*, I, 12-13).

En estas solemnes palabras del Evangelio de San Juan reconocemos una doble paternidad: la paternidad de la carne por voluntad del hombre y la paternidad de Dios por el poder del espíritu y de la gracia divina; dos paternidades que, dentro del pueblo cristiano, crean y sellan con el sacerdocio y con el matrimonio los padres del espíritu y de la vida sobrenatural y los padres de la carne y de la vida natural, con dos sacramentos instituidos por Cristo en su Iglesia para asegurar y perpetuar por los siglos la generación y la regeneración de los hijos de Dios.

Dos sacramentos, dos paternidades, dos padres que se relacionan y se completan mutuamente en la educación de la prole, hija de Dios, esperanza de la familia y de la Iglesia, de la tierra y del Cielo. Ved la altísima idea del Sacerdocio y del Matrimonio que nos inspira la Iglesia, la Iglesia vista por San Juan como ciudad santa, nueva Jerusalén que descendía del Cielo, adornada cual esposa preparada para su esposo (*Apoc.*, XXI, 2). Ella se alza, construída a lo largo de los siglos, con piedras vivas, las almas bautizadas y santificadas, según canta la sacra liturgia, hasta el día en que, al cerrarse los tiempos, ascenderá a unirse con Cristo en el gozo de las nupcias eternas del Cielo.

Y ¿cuáles son los obreros que concurren a su lenta construcción? Ante todo, los sucesores de los Apóstoles, el Papa y los Obispos con sus sacerdotes, que disponen, pulen y ajustan las piedras según el plan del arquitecto, puestos, como lo están, por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios (*Act.*, XX, 28). Pero ¿qué podrían hacer ellos si no tuviesen a su lado a otros obreros que extrajeran las piedras, las tallaran y adaptaran según requiere el edificio? Y ¿quiénes son tales obreros? Son los esposos, que dan a la Iglesia sus piedras vivas y las cuidan con arte; sois vosotros, dilectos hijos e hijas. Por esto notad bien que, por la paternidad y mater-

nidad que lográis, no habéis de conformaros con extraer y reunir mediante vuestras fatigas los bloques de piedra basta; antes bien debéis afinarlos, prepararlos, darles la forma que mejor permita hacerlos entrar en la fábrica: para semejante doble oficio ha sido instituido por Dios el gran sacramento del matrimonio.

Es doctrina bien clara del angélico Doctor Santo Tomás: este sacramento, que ha consagrado vuestra unión, hace de vosotros «los propagadores y conservadores de la vida espiritual según un ministerio corporal y espiritual a la vez» que consiste en «engendrar la prole y educarla para el culto divino» (*Contra Gent.*, IV, 58). Todavía más; vosotros sois, siempre bajo la guía del sacerdote, los primeros y más cercanos educadores de los hijos dados y confiados a vosotros por Dios. En la edificación del Templo de la Iglesia, compuesta no ya de piedras muertas, sino de almas que viven una vida nueva y celestial, vosotros sois como los precursores espirituales; vosotros mismos sois sacerdotes de la cuna, de la infancia y de la niñez, y debéis mostrarles el Cielo.

Vuestro puesto en la Iglesia como esposos cristianos no es, por lo tanto, simplemente el de engendrar los hijos y ofrecer las piedras vivas para el trabajo de los sacerdotes, ministros más altos de Dios. Las gracias tan abundantes que por el sacramento del matrimonio os han sido conferidas, no se os conceden tan sólo para permanecer plena y constantemente fieles a la ley de Dios en el momento augusto de llamar a vuestros hijos a la vida, y para afrontar y soportar con cristiano valor las penas, los sufrimientos y las preocupaciones que frecuentemente lo siguen y acompañan. Tales gracias os han sido dadas más bien como satisfacción, luz y ayuda en vuestro ministerio corporal y espiritual; porque es deber sagrado vuestro, cual instrumento de Dios, propagar, conservar y contribuir a hacer crecer en los hijos que Él os diere, junto con la vida natural, la vida espiritual infundida en ellos por la fuente regeneradora del Santo Bautismo.

Haced crecer a los niños recién nacidos también con leche espiritual sincera (*I Petr.*, II, 2); haced de ellos piedras

vivas del Templo de Dios, vosotros que con la gracia del matrimonio sois edificados como casa espiritual, sacerdocio santo, según la palabra de San Pedro (*I Petr.*, II, 2), por aquella participación sacerdotal a que el anillo nupcial os ha realzado ante el altar. En la formación cristiana de las almas tiernas, que el Señor os confiará al crearlas para vivificar los cuerpos plasmados por vosotros, os está reservada una parte, un magisterio del que no os es lícito desinteresaros y en el que nadie podrá sustituiros plenamente.

Para esta santa formación habréis ciertamente de buscar ayuda en celosos sacerdotes y catequistas, en óptimos educadores, cuales son los religiosos y religiosas; pero por muy grandes, preciosos y amplios que puedan ser estos auxilios, no os eximen de vuestros deberes y de vuestras responsabilidades. ¡Cuántas veces se duelen y se lamentan los maestros cristianos de la dificultad, y a veces de la imposibilidad que encuentran para remediar y suplir con sus cuidados, en la educación de los niños a ellos confiados, lo que era primer deber de la familia y que ésta no lo hizo o lo hizo mal!

Guardad para el Señor, para su celestial Jerusalén y para la Madre Iglesia esos angelitos que el Cielo os concederá; y no olvidéis nunca que junto a una cuna deben estar siempre dos padres y dos maestros, el uno natural, el otro espiritual; y que, como las almas no pueden, según la providencia ordinaria de Dios, vivir cristianamente y salvarse fuera de la Iglesia y sin el ministerio de los sacerdotes destinados a ello por el Sacramento del Orden, así tampoco de ordinario pueden crecer cristianamente fuera de un hogar doméstico y sin el ministerio de los padres bendecidos y unidos por el Sacramento del Matrimonio.

¡Dilectos esposos nuevos! Dígnese Cristo, nuestro buen Señor, maestro y restaurador de la unión conyugal, cual fué divinamente formada desde el principio, infundir en vuestros corazones la inteligencia y el amor de la incomparable misión que en la Iglesia se os ha confiado por este Sacramento y daros la alteza de ánimo, el valor y la confianza necesarios para manteneros siempre fieles a aquélla.

L

29 DE ENERO DE 1941

LA PURA Y FUERTE BELLEZA DEL AMOR CRISTIANO

Más de un millar de personas, y entre ellas doscientas parejas de recién casados, fueron admitidas a la augusta presencia del Padre Santo. A los reunidos, que esperaban ansiosos en la Sala Ducal, les dirigió Su Santidad un Discurso dedicado a subrayar con paternal benevolencia el elevado concepto de que la Gracia, fruto del Sacramento, transforma el afecto natural en caridad, que es el vínculo de la amistad entre el hombre y Dios, y la única garantía de una consistente vida familiar y social.

EN este día, dedicado en la sacra liturgia a honrar al buen y grande Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, el culto que le tributa la Iglesia no sólo ensalza sus excelsas virtudes y su ardiente celo pastoral, sino que, a la vez, celebra la ciencia y sabiduría del maestro de la vida cristiana, por lo que es propuesto a los escritores católicos como su Patrono y modelo. Nos parece, dilectos nuevos esposos, que el gran Doctor vuelve hoy desde el cielo su dulce mirada sobre vosotros reunidos en torno a Nos, y que señala a Nuestra mente y labios para vosotros aquellos *Avisos* que él mismo daba a las personas casadas en su incomparable *Introducción a la vida devota*. En aquellas páginas él vive, él habla, él enseña, él guía, él avisa, él amonesta como padre, como maestro, como amigo vuestro; ya que *Filotea*, a quien primitivamente estaba destinado el libro, era una madre de familia, Madame de Charmoisy; y en las sucesivas modificaciones subsistió la misma finalidad; instruir a las personas que viven en el mundo, para hacerles amar y practicar aquella amable devoción que no es sino la plenitud de la ley y de la vida cristiana. Este libro del dulce Obispo de Ginebra, juzgado por los contemporáneos del Santo como el más perfecto en su género, fué tan estimado por Nuestro gran Predecesor Pío XI, que llegó a escribir que aun hoy debería andar en las manos de todos (1). Nos, pues, os exhortamos, oh caros esposos, a leer y releer aquellas páginas tan deliciosas como sóli-

(1) Cfr. *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV, 1923, pág. 56.

das: deberían ser una de vuestras lecturas favoritas, como lo fueron para aquel coronel, excelente padre de familia, que, enviado al Oriente durante la guerra mundial, llevaba aquel pequeño volumen en su cartera de oficial, cual compañero que le confortara en los duros trabajos y en los peligros que le esperaban.

Pero de las enseñanzas de tan gran Obispo, Nos limitaremos ahora a recordaros los consejos especiales para los esposos (p. III, c. 38), y singularmente el primero, que es el principal de todos: «Yo exhorto, dice el Santo, sobre todo a los esposos, a aquel mutuo amor que el Espíritu Santo les recomienda tanto en la Sagrada Escritura». Pero ¿cuál es el amor que os inculca el pío maestro de la vida cristiana? ¿Es tal vez el amor simplemente natural, instintivo, como es — según él escribe — el de las parejas de tórtolas, o bien el amor meramente humano, como también han conocido y practicado hasta los paganos? No; tal no es el amor que recomienda el Espíritu Santo a los esposos, sino más bien aquel otro que, sin renegar del amor debido a la recta naturaleza, se eleva más alto, para ser «todo santo, todo sacro, todo divino», en su origen, en su fin, en sus ventajas, en su forma y en su materia; semejante al amor que une a Cristo con su Iglesia.

Un afecto mutuo, nacido tan sólo de la inclinación que os lleva el uno hacia el otro, o también de la simple complacencia por los dones humanos que con tanta satisfacción descubrís el uno en el otro; tal afecto, por muy hermoso y profundo que se revele y resuene en la intimidad de los confiados coloquios de los nuevos esposos, no basta jamás; ni valdría para constituir aquella unión de vuestras almas, pretendida y deseada por la amorosa Providencia de Dios, al conducirnos al uno hacia el otro. Solamente la caridad sobrenatural, vínculo de la amistad entre Dios y el hombre, puede estrechar nudos resistentes a todas las sacudidas, a todas las vicisitudes, a todas las pruebas inevitables durante una larga vida de dos; solamente la gracia divina puede haceros superiores a todas las pequeñas miserias cotidianas, a todos los choques y diferencias que surgen de los gustos o de ideas que

brotan, cual malas hierbas, de la raíz de la pobre naturaleza humana. Y esta caridad y gracia, ¿no es acaso la fuerza y virtud que habéis ido a buscar en el gran sacramento que habéis recibido? Caridad divina, mayor que la fe y la esperanza: ¡Eso es lo que necesitan el mundo, la sociedad y la familia!

Amor santo, sagrado y divino: ¿no es — diréis tal vez — cosa demasiado alta para nosotros? Y un amor tan por encima de la naturaleza — preguntaréis también —, ¿continuará siendo aquel amor verdaderamente humano que ha sido el latir de nuestros corazones, el que buscan nuestros corazones y en el que se tranquilizan, del que tienen necesidad, sintiéndose tan felices cuando lo encuentran? Tranquilizaos: Dios con su amor no destruye ni cambia la naturaleza, sino que la perfecciona; y San Francisco de Sales, que conocía bien el corazón humano, concluía su hermosa página sobre el carácter sagrado del amor conyugal con este doble consejo: «Conservad, esposos, un amor tierno, cordial y constante hacia vuestras esposas... Y vosotras, esposas, amad tierna y cordialmente, pero con amor lleno de respeto y deferencia, a los maridos que Dios os ha dado».

Cordialidad, pues, y ternura, por una parte y por otra. «El amor y la fidelidad — decía él — engendran siempre familiaridad y confianza; por ello los santos y las santas han acostumbrado a dar muchas demostraciones de afecto en su matrimonio; demostraciones verdaderamente amorosas, pero castas; tiernas, pero sinceras»; y señalaba el ejemplo del gran rey San Luis, no menos riguroso consigo mismo que tierno en el amor a su esposa, que sabía doblegar su espíritu marcial y valeroso «con las delicadezas necesarias para la conservación del amor conyugal», con las «graciosas pruebas de pura y franca amistad» que tanto aproximan los corazones y tan dulce hacen la mutua convivencia. Y ¿quién mejor que la verdadera caridad cristiana, devota, humilde, paciente, que vence y doma a la naturaleza, que se olvida de sí misma y anda siempre solícita por el bien y alegría del prójimo, sabrá sugerir y dirigir las pequeñas atenciones siempre vigilan-

tes, los delicados signos de afecto, y mantenerlos a la par espontáneos, sinceros, discretos, de suerte que jamás resulten importunos, sino que siempre sean recibidos con placer y con gratitud? ¿Quién mejor que la gracia, que es la fuente y el alma de esta caridad, os será la maestra y la guía para lograr como instintivamente el punto preciso de una ternura tan humana y divina?

Pero el pensamiento del Santo descendía más profundamente en los secretos del corazón humano. Al hablar para los maridos, a la cordialidad y a la ternura recíproca añadía la constancia; al hablar para las mujeres, el respeto y la deferencia. ¿Era esto debido a que, por una parte, temía sobre todo la inconstancia, y por la otra la falta de sumisión? O ¿no habrá sido tal vez su intención hacernos notar que la autoridad del hombre como cabeza de la mujer no ha de ir separada de la ternura hacia la que, más débil, se apoya sobre él? Ved por qué recomienda a los maridos que sean generosos en la condescendencia y en la «dulce y amorosa compasión» para con sus esposas; mientras recuerda a éstas cómo su amor ha de revestirse siempre de respeto hacia el que les ha sido dado como cabeza por Dios.

Pero comprenderéis bien que, si la cordialidad y la ternura deben corresponderse mutuamente entre los esposos y adornar a ambos, son, sin embargo, dos flores de diversa belleza, pues brotan de raíces algún tanto diferentes en el hombre y en la mujer. En el hombre, su raíz ha de ser una fidelidad íntegra, inviolable, que no se permite ni la menor imperfección, que no se toleraría en la propia compañera, y da, cual corresponde a quien es la cabeza, abierto ejemplo de la dignidad moral y de la valerosa franqueza en no desviarse ni separarse jamás del pleno cumplimiento del deber; en la mujer, es raíz de una sabia, prudente y vigilante reserva, que remueve y aparta hasta la sombra de lo que podría empañar el esplendor de una reputación sin mancha o crearle un peligro de cualquier especie.

Y de estas dos raíces surge también aquella mutua confianza que es el olivo de la perpetua paz en la vida conyugal

y en el florecer de su amor, ya que sin la confianza, ¿no es verdad que el amor falta, se enfría, se hiela, se apaga, se corrompe, separa, desgarrar y mata los corazones? Por esto, observaba el santo Obispo, «mientras os exhorto a crecer cada vez más en aquel amor recíproco que os debéis el uno al otro, guardaos bien de que no se convierta en una especie de celos; pues sucede a veces que, como el gusano se engendra dentro de la manzana más exquisita y madura, así los celos nacen en el amor más ardiente y solícito, pero corrompiendo y arruinando su sustancia, produciendo poco a poco las disputas, las discordias y los divorcios». No; los celos, humo y debilidad del corazón, no nacen donde arde un amor que madura y conserva sano el jugo de la verdadera virtud; porque «la perfección de la amistad presupone la seguridad de lo que se ama, mientras los celos suponen su incertidumbre». ¿No es acaso ésta la razón de que los celos, lejos de ser una señal de la profundidad y de la fuerza verdadera de un amor, revelan a veces sus lados imperfectos y bajos, que descienden a las sospechas que acribillan a la inocencia arrancándole lágrimas de sangre? ¿Acaso, las más de las veces, no son los celos un encubierto egoísmo que desnaturaliza el afecto; egoísmo, falto como se halla de aquel don verdadero, de aquel olvido de sí, de aquella fe, no de pensamientos malignos, sino confiada y benévola, que loaba San Pablo en la caridad cristiana (*I Cor.*, XIII. 4-7), y que hacen de ella, aun acá abajo, la fuente más profunda e inagotable, no menos que la más segura defensora y conservadora del perfecto amor conyugal, tan magníficamente descrito por el santo Obispo de Ginebra?

Pidámosle, oh dilectos nuevos esposos, que interceda junto a Dios, autor de toda gracia y principio de todo verdadero amor, para que esta unión de vuestros corazones, a un mismo tiempo sobrenatural y tierna, divina en su origen e intensa y cordialmente humana en sus altas manifestaciones, no sólo se conserve alegre y tranquila y se guarde perenne entre vosotros, sino que cada vez crezca más a medida que avancéis en la vida, que os conozcáis más íntimamente, que vuestro amor se refuerce y se vigorice, al extenderse a vuestros hijos, que

DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

serán su corona, el sostén de vuestros sufrimientos y la bendición de Dios.

Ascienda a Dios esta Nuestra oración; y para que con mayor seguridad sea bendecida y escuchada por Él, como prenda de las gracias que imploramos para vosotros, os damos desde el fondo de Nuestro paterno corazón la Bendición Apostólica.

LI

9 DE FEBRERO DE 1941

LA EXCELSA FIGURA DE PÍO XI EN UNA ADMIRABLE SÍNTESIS DE SU ANGÉLICO SUCESOR

El monumental sarcófago del Papa Pío XI de s. m. fué inaugurado en la solemne paz de las Grutas Vaticanas, en dicho día, al haberse cumplido los dos años de la muerte del santo Pontífice. En tal ocasión, Su Santidad Pío XII, habiendo recibido el homenaje de los Eminentísimos Cardenales Schuster y Caccia Dominioni, en nombre del Comité promotor de tan artística tumba, pronunció, en fervida y conmovedora síntesis, un notabilísimo Discurso, evocando con magistrales palabras al incomparable Predecesor.

LA viva complacencia de que goza hoy Nuestro ánimo al veros reunidos aquí, Venerables Hermanos y queridos Hijos, guiados por el eminente Pastor de la Iglesia Ambrosiana, venidos como miembros del Comité presidido por el Señor Cardenal Caccia Dominioni, para inaugurar el magnífico sarcófago preparado por vosotros para colocar en él los restos mortales de Nuestro incomparable Predecesor Pío XI, surge de la gratitud que hace desplegar los labios en agradecimiento por el honor y la veneración dados a un gran Pontífice, en cuya honra y veneración sentimos Nos que veneráis y honráis Nuestros mismos recuerdos y afectos más íntimos.

Al recordarle alégranse Milán, Roma, Italia y el mundo: Milán, en cuya tierra tuvo cuna y báculo; Roma, que le dió tiara y tumba; Italia, «carísima a él entre todos los pueblos caros», y el mundo, que con admiración y aplauso se inclinó ante él, superior al tiempo y a las pasiones. Y ahora, allá abajo, en las Grutas Vaticanas, reposo que escogió entre los venerandos sepulcros, tornados aun más venerables por la sombra que circunda el sepulcro de Pedro, fundamento inmovible de la Iglesia; en aquel sagrado retiro, cuyas secretas profundidades cerradas hace siglos han comenzado a abrirse y revelarse precisamente en estos días, echando nueva y rica luz, adivinada ya por él, sobre las primeras gloriosas tradiciones cristianas de la Urbe, duerme él esperando la feliz resurrección; y así como en los años jóvenes había visto tantas níveas cimas de los Alpes enrojecidas por el sol naciente, así desde el blanco trono del Vaticano oyó el lejano rugir y contempló el concentrarse del huracán destructor y cruento

que iba a perturbar y sacudir la paz de los pueblos. Ante tal visión, su corazón de Padre de todos los hermanos en Cristo tuvo latidos de sacrificio y en su inmenso amor puso su vida a los pies de Dios; como Moisés en el Sinaí, para aplacar la justicia divina, se ofreció a llevar él mismo la pena del pecado por el pueblo de Israel reo de idolatría (cfr. *Ex.*, XXXII, 32). El cielo acogió tal voto y tal sacrificio; truncada por ende yace su vida, holocausto al inescrutable y siempre benigno designio de Dios.

CÓMO NOS HABLA PÍO XI

En el sarcófago, que vuestra devoción y vuestra gratitud han ofrecido tan noblemente, yacerá en adelante el sabio Pontífice. El mismo mármol de Candoglia, con que la maravillosa mole del Duomo de Milán se lanza hacia el cielo lombardo, ha acogido y guarda en sí a uno de los más grandes hijos y Pastores de aquella ilustre metrópoli; pero su espíritu inmortal descansa ya — según es justísima confianza — en el seno de Dios, que premia y corona a sus siervos y vicarios, héroes y mártires de la salvación de los pueblos. También su tumba tendrá una palabra: hablará de la piedad y del amor particular de los milaneses y de las diócesis lombardas; hablará por los símbolos de los Evangelistas que lo adornan, como sus páginas iluminaron su mente; hablará por la tranquila y blanca figura, imagen del candor de su celo pastoral; hablará por las inscripciones grabadas en el mármol, en las que resueñan los solemnes ecos de sus últimas voluntades y una de las más conmovedoras manifestaciones de los últimos días de su Pontificado; hablará desde los mosaicos del arcosolio, sobre cuyo fondo de oro la efigie del Rey de los Reyes y Príncipe de la paz, Salvador y juez del mundo, alzada por ángeles, brilla para protección y promesa sobre su siervo fiel, en cuya fuerte y dulce alma se une armoniosamente la grandeza apostólica de Ambrosio con el ardor místico de Teresa del Niño Jesús.

Hablará la tumba; pero desde la tumba hablará él mismo con los recuerdos que de sí, de su doctrina, de sus virtudes

y de su multiforme obra suscitará en vosotros, en los presentes y en los futuros que vengan a postrarse ante su sepulcro. En aquella sombra subterránea y sagrada — iluminada por la triple luz de la argéntea lámpara votiva, que la Acción Católica Italiana ha querido colocar a los pies de su gran reorganizador y patrono — parecerán retornar y aflorar su palabra reflexiva y su tranquilo ademán, su mirada penetrante y su rostro benigno, su paterna solicitud y su alto aviso y consuelo, su gozo y su bendición, a que corresponderá perenne la oración de sus hijos, por él solicitada. Ya no palpita aquel gran corazón; pero el ardor que lo caldeaba y animaba no está muerto ni encerrado en una tumba; vive en Dios, porque es una centella inmortal que corre de edad en edad, de siglo en siglo, de corazón en corazón, desde la tierra al cielo, donde tiene su origen, suscitada en verdad por aquel fuego que, mayor que otro ninguno, ardió en el primer Vicario de Cristo, en las riberas del lago de Galilea, y le hizo repetir tres veces ante el divino Fundador de la Iglesia: «Domine, tu scis quia amo te» (Io., XXI, 15-17).

El amor de Cristo es también el que ha conmovido vuestro ánimo atrayéndoos a venir ante Nos y para inaugurar el severo y grandioso monumento sepulcral de vuestra devoción y de vuestro afecto. Muy digno es que descendáis a aquella santa cripta, impregnada por la devoción y por la oración de los siglos, y que inauguréis piadosos la tumba que encierra a Nuestro gran Predecesor y a vuestra gloria. Os acompaña Nuestro espíritu que en él amó al Padre, al Señor y al Maestro sin igual; os acompaña Nuestra Bendición Apostólica que, desde el fondo de Nuestro corazón conmovido y unido al vuestro, os damos a todos vosotros, como también a todos cuantos con la mente, con el arte, con la mano, en cualquier manera, hayan concurrido a obra tan hermosa y noble en perpetua memoria de Aquel que, sentado en el trono de Pedro, mostró una mente de inmensos horizontes y un corazón que en Cristo abrazaba al mundo de las naciones y de su historia, con un anhelo indomable de llamar a todo el género humano a la suspirada reconciliación con Dios.

LII

12 DE FEBRERO DE 1941

LA UNIÓN EN LA ORACIÓN SEGÚN LAS ENSEÑANZAS DE SAN FRANCISCO DE SALES

El Padre Santo concedió Audiencia general a numerosos fieles, entre los cuales se hallaban doscientas parejas de recién casados. Desde el Trono, antes de dar la Bendición Apostólica, el Augusto Pontífice dirigió a los presentes paternales palabras de felicitación y los exhortó a orar, a invocar siempre al Padre que está en los cielos, "fuente de toda paternidad en el orden de la naturaleza y en el de la gracia".

GRAN consuelo y esperanza es para Nuestro corazón, dilectos nuevos esposos, ver esta vuestra reunión en torno a Nos; porque ella no es a Nuestra vista sino una asamblea de nuevas familias cristianas, sobre las que el Señor se complace en derramar la lluvia de favores, que habéis invocado a los pies del altar ante el sacerdote que bendecía vuestra unión. Vuestra invocación, que se unía así a la del ministro de Dios, era oración, y con la oración habéis iniciado la nueva vida común. ¿Continuaréis vosotros rogando, invocando al Padre que está en los cielos, fuente de toda paternidad en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia? Sí; señal de promesa es vuestra presencia, que solicita para vuestro nuevo hogar Nuestra paterna Bendición, que confirme la oración del sacerdote y la vuestra y las avalore por todo el curso de vuestra vida.

San Francisco de Sales — cuyos *Avisos para las personas casadas* ilustramos en Nuestro último discurso a los nuevos esposos, venidos, como vosotros, dilectos hijos e hijas, a pedirnos que les bendijéramos — añade sobre la oración de los esposos una encantadora pincelada, que hoy queremos presentar a vuestra consideración.

«La unión más grande y más fructuosa del esposo y de la esposa — escribe él — es la lograda en la santa devoción, a la que ambos deben excitarse a porfía. Hay algunas frutas — observa él —, como los membrillos, que, por lo acre de su jugo, no son agradables si no están bien azucaradas; hay otras que, por ser tiernas y delicadas, no se pueden conservar si no

fueren confitadas, como las cerezas y los albaricoques. Por esto las mujeres deben desear que sus maridos estén almibarados con el azúcar de la devoción, puesto que el hombre sin devoción es un animal severo, áspero y duro; y los maridos deben, a su vez, desear que sus esposas sean devotas, porque la mujer sin devoción es una frágil e inclinada a decaer o a oscurecerse en su virtud» (1).

LA ORACIÓN DE LOS ESPOSOS

¡Gran virtud es la devoción, salvaguarda de todas las demás! Y en ella el acto más hermoso y ordinario es la oración, que para el hombre, espíritu y cuerpo, es el manjar cotidiano del espíritu, como el pan material es el alimento cotidiano del cuerpo. Y así como la unión hace la fuerza, así la oración en común tiene mayor eficacia sobre el corazón de Dios. Por ello Nuestro Señor ha bendecido particularmente toda oración hecha en común, al proclamar a sus discípulos: «Os digo, además, que si dos de vosotros convinieréis sobre la tierra en el pedir cualquier cosa, os será concedida por mi Padre que está en los cielos. Puesto que donde dos o tres personas se hallan congregadas en nombre mío, allí estoy en medio de ellos» (*Matth.*, XVIII, 19-20). Pero ¿qué almas podrán encontrarse más verdadera y plenamente reunidas en el nombre de Jesucristo para orar sino aquellas en que el santo matrimonio ha expresado la imagen viva y permanente de la sublime unión de Cristo mismo con la Iglesia, su amada Esposa, que en el Calvario nació de su costado abierto? Unión grande y fructuosa es por lo tanto, dilectos nuevos esposos, la que os pone el uno junto al otro, arrodillados ante Dios, que os ha dado el uno al otro, para pedirle que conserve, acreciente y bendiga la fusión de vuestras vidas. Si todos los cristianos, aunque recen también en su propio retiro particular, deben dar en su vida un lugar a la oración común, que los recuerde que son hermanos en Cristo y que están obligados a salvar sus almas no tan sólo aisladamente, sino ayudándose

(1) *Introduction à la vie dévote*, p. III, c. 80.

mutuamente; ¡cuánto más vuestra oración no deberá separaros de tal suerte que parezcáis ermitaños, ni ocuparos en meditación solitaria que no os deje encontraros con frecuencia juntos ante Dios y su altar! Y ¿dónde se estrecharán y fundirán en uno más profunda, más fuerte, más firmemente vuestros corazones, vuestras inteligencias, vuestras voluntades, que en aquellas oraciones en común, en las que descienda la misma gracia divina para armonizar todos vuestros pensamientos y todos vuestros afectos y deseos? ¡Cuán dulce espectáculo a la vista de los ángeles es la oración de dos esposos que levantan los ojos al cielo e invocan sobre sí y sobre sus esperanzas la mirada y la mano protectora de Dios! Pocas escenas hay en las Sagradas Escrituras que puedan compararse a la conmovedora oración de Tobías con su joven esposa Sara: no ignorantes del peligro que amenaza su felicidad, colocan toda confianza en elevarse ante Dios por encima de los bajos criterios de la carne, y se animan con el recuerdo de que, como hijos de santos, no les estaba bien unirse «a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios» (*Tob.*, VIII, 4-5).

También vosotros, como Tobías y Sara, conocéis a Dios, que todos los días hace surgir el sol, aunque esté velado, sobre vuestro mañana. Por muy llenas y saturadas de ocupaciones que puedan estar vuestras jornadas, sabed encontrar al menos un instante para arrodillaros juntos e iniciar así el día, alzando vuestros corazones hacia el Padre celestial e invocando su ayuda y su bendición. En la mañana, en el momento en que el trabajo cotidiano os reclama imperiosamente y os separa hasta el mediodía, tal vez hasta la noche, cuando después de un apresurado desayuno os cambiáis una mirada y una palabra antes de separaros, no olvidéis jamás de rezar juntos aunque no sea sino un simple *Padre Nuestro* o un *Ave María*, dando gracias al cielo por el pan que os ha dado. La jornada, larga, tal vez penosa, os tendrá separados al uno del otro; pero, cercanos o alejados, estaréis siempre bajo la mirada de Dios; y vuestros corazones ¿no se alzarán tal vez en devotas ascensiones comunes hacia Él, en quien permaneceréis unidos y que velará por vosotros y por vuestra felicidad?

LA ORACIÓN DE LA FAMILIA

Y cuando, al caer la tarde, terminado el duro trabajo del día, os reunís por fin dentro de los muros domésticos con la alegría de gozar el uno del otro y comunicaros las vicisitudes de la jornada, otorgad el puesto debido a Dios en momentos tales de intimidad y de reposo, tan dulces y tan preciosos. No temáis; que Dios no vendrá importuno a turbar vuestro fiel y delicioso coloquio; al contrario, Él, que ya os escucha y que en su corazón os ha procurado y dispuesto tales instantes, os los hará más suaves y más consoladores bajo su mirada de Padre. Dilectos nuevos esposos: os lo suplicamos en el nombre de Nuestro Señor; proponeos seriamente conservar intacta esa bella tradición de las familias cristianas, la oración de la tarde en común que al final de cada día recoge unidos, a fin de implorar la bendición de Dios y honrar a la Virgen Inmaculada con el Rosario de sus alabanzas, a todos cuantos duermen bajo el mismo techo; vosotros dos ahora, y después, apenas hayan aprendido de vosotros a unir sus manitas, los pequeños que la Providencia os habrá confiado, y también, si es que el Señor los ha puesto a vuestro lado para ayudaros en los trabajos de casa, vuestros domésticos y colaboradores, que también son vuestros hermanos en Cristo y también tienen necesidad de Dios. Y si las duras e inexorables exigencias de la vida moderna no os dejaren tranquilidad para alargar entretenimiento tan piadoso de bendición y de gratitud al Señor, y para añadir, según acostumbraban hacer nuestros padres, la lectura de una breve vida de Santo, del Santo que la Iglesia nos propone cada día como modelo y protector particular, no sacrificuéis totalmente, por rápido que tuviere que ser, este momento que juntos dedicáis a Dios para alabarle, para mostrarle vuestros deseos, vuestras necesidades, vuestras penas y vuestras preocupaciones presentes y futuras.

Semejante ejercicio de devoción cristiana no es transformar la casa en una iglesia o en un oratorio; es un sacro impulso de las almas que sienten en sí la fuerza y la vida de la Fe. Hasta en la antigua Roma pagana la casa familiar tenía

dedicados a los dioses Lares su edículo y ara, que especialmente en los días festivos eran adornados con guirnaldas de flores y en los que se ofrecían súplicas y sacrificios (1). Era un culto manchado por el error politeísta, pero ante cuyo recuerdo cuántos y cuántos cristianos deberían sonrojarse, pues aun con el bautismo en su frente no encuentran ni un lugar en su morada para colocar la imagen del verdadero Dios, ni tiempo en las veinticuatro horas del día para recoger ante ella el homenaje de la familia. Para vosotros, dilectos hijos e hijas, que en vuestra alma gozáis el ardor encendido por la gracia del santo matrimonio, el centro, del que se irradia toda la carrera de vuestra vida, será el Crucifijo o la efigie del Sagrado Corazón de Jesús, que reine en vuestro hogar y os llame todas las noches ante Sí y os haga encontrar en Él la firmeza de vuestras esperanzas y el consuelo en vuestros sufrimientos, porque no hay jornada en la vida humana que corra siempre serena y sin nubes.

Para uniros más a porfía en la devoción, os mostraremos un camino más alto que os conduce fuera de vuestra morada a aquella que por excelencia es la casa del Padre, vuestra querida iglesia parroquial. Allí está la fuente de las bendiciones del cielo; allí os espera el Dios que ha santificado vuestra unión, que os ha comunicado tantas y tantas gracias; allí está el altar, en torno al cual la Misa solemne reúne al pueblo cristiano, y la Iglesia, Esposa de Cristo, os llama con solemne invitación. Asisteréis a ella siempre que pudiereis; y será espectáculo de edificación cada vez que — ¡y sea ello con frecuencia, muy frecuentemente! —, en la unión devota y más profunda de todas, os acercareis a la sagrada Mesa, para recibir el cuerpo de Nuestro Señor, ese sacratísimo cuerpo, el más potente vínculo de unión entre todos los cristianos que de Él se alimentan, y como miembros de Cristo viven su vida, que realizará en vosotros divinamente la plena fusión de vuestras almas en la alteza del espíritu. Y ¡cómo gozaréis con

(1) Cfr. PLAUTI *Aulularia*, prol., v. 23-26; CATONIS *De agri cultura*, c. 143, n. 2.

incomparable alegría cuando entre vosotros dos pudiereis hacer lugar a una cabecita de angelito con cándidos ojos que, junto a las vuestras, se alzarán en pie para recibir en su inocente labio la hostia purísima en la que le habréis enseñado a que crea presente a su amado Jesús! Vuestro gozo se aumentará y se multiplicará cada vez que en torno a vosotros regenerare el bautismo a vuestros pequeñuelos, y sus corazones crezcan plenamente dispuestos para juntos con vosotros participar de esta divina Mesa.

Verdad es que los afanes y las exigencias de la vida no siempre os darán facilidad para arrodillaros juntos ante el sagrado altar, más de una vez os veréis obligados a realizar tales actos de piedad cristiana cada uno por su cuenta; otras veces vuestros propios deberes, y en la hora actual las exigencias de la guerra, os impondrán tal vez largas separaciones. Pero ¿qué mejor cita podrán darse entonces vuestros corazones doloridos por la separación que la santa Comunión por la que Cristo mismo a través de las distancias os reunirá en el suyo?

Jóvenes esposos como sois, desde el altar y desde la bendición de vuestro santo matrimonio miráis lo por venir, soñando fúlgidas y rosadas auroras de muchos años. San Francisco de Sales concluye sus avisos a los esposos invitándoles a celebrar, con una muy fervorosa Comunión recibida juntamente, el día aniversario de su boda; y Nos no podemos menos de repetiros y dirigiros también consejo tan hermoso. Y así, al volver a los pies del altar donde os cambiasteis vuestras promesas, os encontraréis a vosotros mismos, y tornaréis a entrar en vuestras almas, y con las gracias de esta unión en Cristo, ¿no aseguraréis la duración y una fuerza libre de toda debilidad a aquellos sentimientos y propósitos de mutua confianza, de amor íntimo e indestructible, de don recíproco y sin reserva, con que se reviste y brilla en vuestros pensamientos y en vuestros corazones la fidelidad de los primeros días de vuestra vida común, y que, según las intenciones de Nuestro Señor, deben continuar revistiéndola y sosteniéndola durante vuestra peregrinación en la tierra?

LA UNIÓN EN LA ORACIÓN

¡Que la Bendición Apostólica que Nos os concedemos con la plena efusión de Nuestro paterno corazón pueda lograros, oh dilectos nuevos esposos, la abundancia de aquella devoción tierna y fuerte, franca y perseverante, que, a través de las vicisitudes de la vida, es fuente fecunda y perenne de verdadero consuelo, de verdadera paz, de verdadera alegría, de verdadera felicidad!

LIII

25 DE FEBRERO DE 1941

EL CONOCIMIENTO DE DIOS, FUENTE INAGOTABLE DE VIDA ESPIRITUAL

El Padre Santo recibió en solemne Audiencia a los Párrocos y a los Predicadores cuaresmales de Roma, con algunos Excmos. Prelados, un grupo de Consiliarios y de Vice-Consiliarios centrales de la Acción Católica Italiana, y los alumnos del Pontificio Seminario Mayor y del Pontificio Colegio Urbano de Propaganda. Entre estos alumnos había cuarenta nuevos Sacerdotes que representaban a catorce nacionalidades distintas. Su Santidad, que fué objeto de un vibrante homenaje de filial afecto, dignóse dirigir a la selecta reunión veneradas palabras de exquisita benevolencia, de afectuoso anhelo de fruto, de iluminadas directrices, señalando en un constante y cada vez más profundo conocimiento de Dios la inagotable fuente de toda la vida espiritual.

QUÉ santa reunión, qué asamblea sacerdotal la vuestra en torno a Nos, oh dilectos Párrocos de la Urbe, en quienes tan conocidos Nos son el ardor apostólico, las cotidianas renunciaciones, los arduos sacrificios, afrontados con alegría por el bien de las almas de Nuestra diócesis tan particularmente amada, y vosotros, Oradores sagrados, al iniciarse el tiempo aceptable para los días de la salvación (*II Cor.*, VI, 2) para el pueblo cristiano! Nuestro corazón se ensancha (*II Cor.*, VI, 11), Nuestro pensamiento se eleva y se explaya por aquella aura espiritual, donde ya Nos parece escuchar cómo resuena vuestra voz proclamando las altas verdades de la fe y de la moral cristiana, según el espíritu de Pablo, quien, no obstante ser tan versado en las tradiciones paternas (*Gal.*, I, 14), no creía saber otra cosa, entre los hijos de su potente palabra, sino a Jesucristo, y a Éste crucificado (*I Cor.*, II, 2). En el Dios crucificado está el sublime compendio de toda la sabiduría del heraldo apostólico: su cruz, que ya no es patíbulo de muerte, sino faro de vida y de resurrección, al igual que triunfa en los pináculos de los templos y de las catedrales, debe descender a los corazones y a las profundidades de las almas, para en ellas reanimar, purificar y renovar aquella vida que el bautismo les comunicó, que la gracia les acrecentó y a la que acecharon las pasiones y el enemigo; aquella vida que es la raíz de una vida eterna fuera y por encima de la caducidad de la carne.

PUNTOS CENTRALES... DE LA FE

Pero ¿qué es la vida eterna, velada y oculta a la mirada del alma por la niebla y el falaz encanto de las cosas terrenas? «*Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Iesum Christum*» (*Io.*, XVII, 3): así proclamaba ante sus discípulos el Salvador del mundo en la oración al divino Padre, la víspera de su Pasión y Muerte. El conocimiento del solo verdadero Dios y de Jesucristo, el Enviado del Padre: he aquí la vida eterna, que tiene acá abajo su alborear y en el cielo los fulgores de su mediodía sin ocaso. Por ello vivamente Nos complacemos de que para la predicación cuaresmal de este año Nuestro celosísimo y carísimo Cardenal Vicario haya señalado a los oradores sagrados que expongan e ilustren a los fieles los primeros seis artículos del Credo, que tratan del solo verdadero Dios, Uno y Trino: del origen y caída del hombre, por cuya salvación el Hijo de Dios se encarnó, padeció y murió, a fin de regenerarnos a nueva vida, siendo Él, con el Padre y con el Espíritu Santo. «el verdadero Dios y la vida eterna», según se expresa el discípulo predilecto Juan (*I Io.*, V, 20). Dios, el hombre y el divino Mediador entre Dios y el hombre, ¿no son acaso los puntos centrales en torno a los que se reagrupan las verdades de nuestra fe, y en los cuales se resume la ciencia del fin y de los medios que nos guían a nuestro supremo destino? Sin ella, ¿cómo puede el hombre acá abajo evitar los senderos del mal y caminar por la recta vía de la salud y de la virtud? Vosotros sois pastores de vuestras ovejas; vosotros sois padres de vuestros hijos espirituales; vosotros sois médicos de las almas enfermas; hablad al hombre, flor de un día, sobre su Dios, que desde la eternidad, fuera de todo tiempo, uno en la naturaleza y trino en las personas, vive, ama y obra en una luz inefable e inaccesible, con sus propias fuerzas, al entendimiento creado (cfr. *I Tim.*, VI, 16); habladle al hombre de sí mismo, pues que, hecho a imagen y semejanza divina, aun rebelado después contra su Creador y precipitado en un abismo de males, «todavía es bello y grande en su

ruina»; hablad al hombre de Jesucristo, que, siendo en la forma de Dios e igual a Dios, aniquilándose a sí mismo, tomada la forma de esclavo, hecho semejante a los hombres y reconocido en su condición como hombre. se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (*Phil.*, II, 6-8).

CONOCIMIENTO DE DIOS

El pueblo y la sociedad tienen necesidad de conocer a Dios. Los tremendos acontecimientos a que hoy asistimos, son principalmente la consecuencia y como el justo castigo de la negación de Dios y de la irreligiosidad, que cual un contagio perturba y corrompe el alma de los pueblos y cual un incendio amenaza invadir plenamente a Europa y a enteros continentes; y al mismo tiempo son una prueba, por medio de la cual el Señor, con voz potente, quiere llamar de nuevo al género humano a la fe y al servicio divino. Y tal es, dilectos hijos, el primer gran deber de vuestra predicación: volver a los hombres hacia el conocimiento del verdadero Dios personal — «*Ut cognoscant te, solum Deum verum*» — para que vuelvan ellos a caminar ante su presencia, en el temor y en el amor, y aprendan de nuevo a dirigir cada una de las obras, desde los más secretos pensamientos hasta todas sus acciones, según su santa ley.

«*Accedite ad eum, et illuminamini*» (*Ps.* XXXIII, 6). Dios es luz y Padre de las luces; la luz de su rostro está señalada en nuestra razón, y como un relámpago de su infinita verdad es la luz que nos ha sido dada por la fe. Enseñad al hombre los caminos para aproximarse a Él y para ser iluminado por Él; mostradle el camino por donde el hombre asciende desde las criaturas a Dios con la pura luz natural de la razón; mostradle el camino por donde la verdad divina, que sobrepasa al entendimiento humano, desciende hasta nosotros revelada sin auxilio de demostraciones, para ser oída y creída; indicadle la cumbre del camino, cuando la mente humana, libre de la atadura de las cosas sensibles, se alzaré para ver lo que sobrepasa a toda la capacidad de los sentidos, en la contem-

plación intuitiva de las verdades reveladas por Dios. Y Dios mostrará entonces en sí mismo, como dijo Moisés, todo bien (*Ex.*, XXXIII, 19); y aun en este mundo no hay otro bien perfecto para el hombre que conocer en alguna manera a Dios.

Pero ¿quién se afana ya por conocer a Dios? ¿Quién le busca por los caminos de la verdad? ¿Quién se alza hasta la ciencia de la fe? Dad una ojeada a las asambleas de los sabios del mundo, a las aulas de la ciencia, a los volúmenes de los modernos filósofos, a las moradas de tantas familias. Interrogad a los doctos sumergidos en la investigación de los misterios de la naturaleza, de los acontecimientos de los pueblos, del espíritu humano, y preguntadles: ¿Quién es Dios? ¿Qué piensan o qué creen de Dios? Para muchos, Dios no es de nuevo sino el «Dios Desconocido» de los atenienses; y en los areópagos del saber modernos, siempre ávidos de novedad, parecería un Pablo de Tarso resucitado quien a los nuevos discípulos de la Estoa y de Epicuro predicase o descubriese un Dios, creador del Universo y de todo el género humano, que descende de un solo hombre sobre la faz de la tierra; un Dios que no está lejos de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y somos; un Dios no semejante a los artificios de los pensamientos humanos; un Dios que, sin cuidarse de los tiempos de ignorancia, intima a hacer penitencia a todos los hombres, a quienes juzgará con justicia en el día fijado por medio de un Hombre, constituido juez por Él al resucitarlo de la muerte (*Act.*, XVII, 18-31). En otros tiempos, menos soberbios que los nuestros, hasta los estudiosos de las diversas ciencias gloriábanse de escuchar en las públicas Universidades a los maestros de Teología, de esta sabiduría superior; mientras ahora, si en los adultos ya no es vanagloria la ignorancia de Dios, es con frecuencia un lamento que recae sobre escuelas y aulas, que a almas natural y sacramentalmente cristianas sustraían o negaban o envenenaban no menos la leche que el sólido manjar de la divina doctrina.

DESCENDIDO DEL CIELO

¿Acaso no está hecho para Dios el espíritu del hombre, inquieto hasta reposar en Él? En los días del dolor y del terror, del malestar y de la desventura, cuando escudriña la profundidad de su pasado; cuando mira en torno a sí las ruinas de la incredulidad y del desprecio de Dios, en sí mismo, en la familia, en la sociedad; cuando siente en su íntima inquietud el olvidado grito del corazón como en la soledad de un desierto, surge, inclina la frente, y se mueve hacia allá, donde suena una palabra amiga y prudente que le llama al pensamiento concentrado de sí mismo, a los recuerdos religiosos, a los pies de Dios. Satisfaced, saciad, guiad, sacros oradores, este ímpetu del alma humana hacia Dios, que agita hoy a tantos espíritus, como antes del cristianismo agitaba la inteligencia de tantos filósofos que, discordes entre sí, dijeron empero tantas verdades, aunque con mezcla de errores, de tal suerte que Aristóteles, príncipe del pensamiento, habiendo estado veinte años en la escuela de Platón, hubo de escribir que el futuro de la felicidad humana nos es desconocido: τὸ μέλλον ἀφανὲς ἡμῖν (1). Deseó infructuosamente aquella verdad que hubiera aquietado todo su deseo (2); porque la razón humana, por potente que sea, no puede verlo todo, no puede «recorrer el infinito camino, que tiene una sustancia en tres personas» (3). Pero ahora la verdad de Dios ya ha descendido del cielo, y nos ha manifestado y hecho conocer en Dios uno al Padre que nos ha dado su divino Hijo para nuestra salvación, y al Espíritu Santo que ambos nos han dado para santificarnos en el amor. La fe nos sublima sobre todo saber humano, sobre todos los sabios de Atenas y de Roma, quienes, aunque desde el gobierno del universo se elevaron hasta llegar al conocimiento de Dios, autor y ordenador del mundo, no supieron conocerlo rectamente como creador: y todavía fué más

(1) *Ethic. Nicom.*, I, I, cap. X.

(2) *Purg.*, III, 41-42.

(3) *Purg.*, III, 35-36.

errónea la idea que de Él tuvo el vulgo: «Evanuerunt in cogitationibus suis» (*Rom.*, I, 21).

VANA Y FALSA FILOSOFÍA HUMANA

Y ¿acaso no se desvanecen también en torno a Dios no pocos sabios modernos, que lo convierten en ficción de su tornadizo pensamiento o lo identifican con el mundo? Repetid a quien os escuche, dilectos hijos, lo que el apóstol Pablo decía a los fieles de su tiempo: «Videte, ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi et non secundum Christum» (*Col.*, II, 8).

Esta filosofía según la tradición de los hombres no es ya la verdadera y sana, sino la falsa filosofía de la incredulidad y del error, que, en vez de remontarse desde el conocimiento de las criaturas al de Dios, mientras la de la fe desciende de Dios a nosotros por la revelación, vaga errante por el laberinto de vacías falacias, y niega y rehusa el *rationabile obsequium* (*Rom.*, XII, 1) a un Dios que habla, a Cristo, Sabiduría encarnada de Dios, luz en las tinieblas de la humanidad caída (cfr. *I Petr.*, II, 9). ¡Desgraciada aquella filosofía que, en medio de la inmensa luz del Evangelio, se hunde más aún, por su soberbia vaciedad, en la pagana ignorancia y oscuridad del mundo futuro!

¡Oh la grandeza de la fe! Bien veis cómo ella enseña la nobleza del origen del hombre, señalado en la frente por la imagen y semejanza divina, refulgente en admirables dones; rey en otro tiempo de la creación, arrojado de su trono por soberbio error; pero que, aun después de su ruina, se yergue, con los destellos de su mente, con su ingeniosa acción y con la libertad de su arbitrio, gigante frente a la creación, la alza con las alas de su pensamiento, y la levanta todavía por el camino de los cielos, con la razón realzada por la fe, para conocer y adorar e invocar en su caída al Dios que lo creó. Este hombre lo tenéis delante de vosotros, junto a los altares, en torno a vuestros púlpitos. Enseñadle cómo el conocimiento de un Dios, en cuyo nombre de Padre, Hijo y Espíritu Santo fué

lavado de la culpa original y hecho heredero del cielo, debe descender de la mente al corazón, del entendimiento a la voluntad, para excitar e inflamar en ella el amor, porque principalmente con el amor se adhiere a Dios, se repara el pasado alejamiento, se reaviva la fe, sin cuyo fundamento todo se derrumba, en las costumbres, en la familia, en la relación con el prójimo. Recordadle también que es polvo y que se ha de tornar polvo (*Gen.*, III, 19); pero que de este recuerdo, que lo humilla en sí mismo y le hace ver la fugacidad de la vida y de la figura de este mundo, tome ímpetu para alzarse aun más alto hacia Dios que lo espera en el término de su jornada para juzgar su obra, y que lo resucitará al fin de los siglos. Cualesquiera que sean los sueños de los antiguos y nuevos videntes de Samos o del Ganges, ésta es la única transmigración del alma humana, desde este valle de destierro al tribunal de Cristo: «Statutum est hominibus semel mori; post hoc autem iudicium» (*Hebr.*, IX, 27). Por ello, como dice San Agustín, el tiempo de la vida presente no es sino un correr hacia la muerte: «Nihil est aliud tempus vitae huius quam cursus ad mortem» (*De Civitate Dei*, XIII, 10). Dios había creado al hombre dotado de la inmortalidad: la muerte es el estipendio del pecado (*Rom.*, VI, 23); pero el primer hombre prefirió creer en la negación de Satanás que acordarse de la amenaza de Dios, y con su pecado arrastró consigo a toda su descendencia hacia el abismo de la ignorancia y de la malicia, de la debilidad y de la concupiscencia, y al polvo del sepulcro.

EL ÚNICO MEDIADOR

Ved la humanidad, arrojada del lugar de delicias, vagabunda sobre la faz de la tierra, encorvada en su sudor para pedir un pan a la gleba que le ofrece zarzas y espinas, enemiga de sí misma en la propia lucha por ese pan sudado, y que riega con la sangre de sus hijos los campos bañados por su sudor. Ved al hombre caído. Ved aquel primero y único pecado, cometido en lugar y en posesión de tanta felicidad; pecado tan grande que por él en un solo hombre

quedó condenado y castigado todo el género humano. ¿Quién alzará a ese infeliz, caído desde la aurora de su viaje por los caminos del mundo? ¿Quién lavará su culpa? ¿Quién curará sus heridas? ¿Qué persona podrá decir por él a un Dios ofendido: Perdona? Nadie puede desatar y lavar la culpa sino el único mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (*I Tim.*, II, 5), el Verbo de Dios que, hecho carne, habitó en medio de nosotros (*Io.*, I, 14). Nacerá Él de una Virgen; será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará la sede de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin (*Luc.*, I). Será el prometido Doctor de la justicia; arrojará del mundo al enemigo del hombre; llevará sobre sí las flaquezas y las iniquidades de los hijos de Adán; será Sacerdote y Víctima para aplacar la divina justicia y reconciliar al cielo con la tierra. Engendrado por el Padre en el hoy de la eternidad, y concebido del Espíritu Santo en el día de su encarnación, nacerá adorado por los ángeles, por los pastores de los rebaños y de los pueblos; y en aquel mismo Espíritu serán regenerados cuantos creen en Cristo, engendrado pero no necesitado de regeneración. El bautismo, que Él querrá recibir del Bautista, nada encontrará que lavar y borrar en Él, como la muerte nada encontrará en Él que castigar. En su bautismo y en su muerte triunfará, no la miserable necesidad, sino la misericordiosa voluntad del nuevo Adán, que por sí solo quita el pecado del mundo, como uno solo, el antiguo Adán, había introducido el pecado en el género humano; y Él, quitando aquel único pecado, quitará al mismo tiempo todos los demás pecados que le encontrará añadidos (cfr. August., *Enchiridion*, c. 47-50: Migne, *P. L.*, t. 40, col. 255-256).

Predicad este misterio de los misterios que ilumina el final del sacro tiempo de la cuaresma, compendio de los misterios que brillan y mutuamente se dan luz y claridad, sin que la razón humana presuma penetrar en su fondo; porque el fondo es el abismo del incomprensible designio de la Trinidad divina en la historia de la caída y de la redención del género humano, y éste es el segundo gran fin de vuestra pre-

dicación cuaresmal: los hombres de hoy, en una gran parte deslumbrados por el vivo resplandor del progreso material en casi todos los campos, se han tornado ciegos y cerrados a la luz de las verdades sobrenaturales, de suerte que no solamente ya no las creen, sino que ni siquiera comprenden cómo la fe puede ser una realidad y un valor para los demás. Conducid estas almas al conocimiento y al amor de Cristo, luz del mundo, que brilla en las tinieblas de la humanidad y en las generaciones que pasan y se suceden sobre la tierra. Harto poco todavía es conocido el Rey de las almas, que nos ha sacado a la luz fuera del poder de las tinieblas, y en quien tenemos la redención por medio de su sangre, la remisión de los pecados. Él es el misterio, del que fulgura la Unidad y la Trinidad de Dios; la imagen de Dios invisible y el Dios escondido en la carne humana; en Él están todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría, de la gracia y de la gloria, y Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia. Y ¿no es Él acaso el misterio de nuestros altares, el Dios presente y escondido en medio de nosotros hasta la consumación de los siglos?

CRISTO, DESCONOCIDO

El Redentor es demasiado poco conocido y amado. ¿Quién ama jamás lo que no conoce? Hay almas que lo conocen y lo aman, almas de niños, de jóvenes y de jovencitas, de vírgenes y de madres, de hombres y de héroes. manifiestos u ocultos. Hay almas que lo conocen, pero que temen acercársele y escuchar su voz. Hay almas que lo conocen y lo ofenden. Hay almas que, por la poca fe de los tiempos y de los maestros, lo ignoran o le arrancan la corona de la divinidad y de su inefable bondad, o que retroceden al paganismo, gritando con el procurador Festo a Pablo cuando predicaba a Cristo: «Insanis, Paule» (*Act.*, XXVI. 24). Para los gentiles, para los necios que se creen sabios, Cristo crucificado es necedad, como escándalo para los judíos. Pero más sabia que los hombres es la necedad de Dios, y más fuerte que los hombres es la debilidad de Dios. ¿Dudaréis vosotros de predicar esta

necedad y debilidad de Dios, a quien plugo salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación? ¿Acaso no es Cristo la virtud y sabiduría de Dios? (*I Cor.*, I). ¡Oh, si el mundo le conociese más! ¡Si se acercase más a la virtud y sabiduría divina que ha convertido su Cruz elevada sobre el Gólgota en cátedra y faro para iluminar los pueblos y atraer hacia sí al universo! Iluminó en otro tiempo tantas regiones de la tierra; venció al mundo y echó en tierra muchos ídolos que yacen en pedazos a los pies de su cruz; pero en el corazón del hombre, inclinado al mal desde su adolescencia, se yerguen todavía indómitos los ídolos de las concupiscencias y del orgullo, que se oponen a la paz dada y dejada por Cristo a sus discípulos. ¿Cuándo vendrá el día en que todo el mundo sea de Cristo, y en que de todas sus ovejuetas descarriadas y errantes se haga un solo redil bajo el único pastor?

VERDADES FUNDAMENTALES

Predicad, queridos hijos: hablad del Hijo de Dios, que se hizo hombre y se sacrificó en el Calvario por la salvación del hombre; hablad al hombre de su elevado origen y de su caída, para levantarlo de la cual bajó del cielo el Hijo de Dios; hablad de Dios, que vive en tres Personas distintas en la unidad de su eterna naturaleza, Dios sabio, omnipotente; Dios creador, restaurador, santificador y remunerador de los que lo temen y aman, con un premio que supera a todo deseo en el gozo de ser semejantes a Él y contemplarlo manifiesto, sin la oscuridad de la fe, en los fulgores del teatro de su eterna gloria y magnificencia. Éstas son las verdades fundamentales de la profesión de nuestra fe; verdades que nos descubren nuestro destino en la vida de acá abajo; verdades sin cuya luz el hombre se asemeja a aquellos sabios que caminaban, no por un sendero, sino que andaban, sin saber dónde andaban.

Pero vosotros, queridos hijos, heraldos, no de la ciencia de falso nombre, sino más bien de la palabra de vida eterna; vosotros, que en este centro de la fe católica y de la cátedra

de la verdad participáis de Nuestra paterna solicitud por el bien del pueblo de la Urbe y por su sagrada instrucción; vosotros sentís profundamente la dignidad de enseñar a los fieles — con lenguaje sencillo, claro, adecuado a la inteligencia del pueblo — la religión divina, pues sois continuadores y sostenedores del trabajo, de la custodia y del celo de los Supremos Pastores de la Iglesia en esta grey que particularmente les es propia. Resuene vuestra palabra desde el púlpito, cual eco de la voz de Dios desde el cielo, desde el Sinaí, desde la montaña de Galilea, desde el Gólgota. Aprenda quien os escuche que no basta ni sirve aquel conocimiento de Dios, que no rechazan ni siquiera muchos entre los más malvados por no aparecer los más ciegos de los hombres y para forjarse una divinidad, en cuyas manos no sea cosa horrenda el caer (cfr. *Hebr.*, X, 31); sino que es necesario aquel conocimiento y aquella fe que se postra ante los altares y ante los sacerdotes para tornarse adoración y súplica, arrepentimiento y perdón, temor y amor, deseo y esperanza de vida eterna y feliz en la visión de la bienaventurada Trinidad. A tan excelso término ha tornado Dios a levantar de su caída al hombre, para que la confianza del premio fuese consuelo en la lucha cotidiana contra las pasiones, que son la miserable herencia de los infelices y afligidos hijos de Eva.

¿Acaso no sabemos nosotros que la vida del hombre sobre la tierra es una milicia? ¿Que, por el pecado, el espíritu humano decae desde la altura de su origen y de su naturaleza, y se rebaja, se hunde en el fango y se envilece entre vivientes irracionales? Que ante vuestros avisos el caído abra sus ojos y mire al abismo de su ruina y de su peligro, que aprenda el camino de su liberación y, como el hijo pródigo, vuelva al padre que lo espera y que celebrará volver a abrazarlo. Sed padres amorosos también vosotros; que vuestra mirada inspire compasión e invitación; que de vuestros labios salga el acento que amaestra al perdido, que consuela al arrepentido, que muestra a los jóvenes el sendero del bien y de la virtud, que sostiene en los trabajos y en los peligros de la vida cristiana a los veteranos de la fatiga, del trabajo, del sufri-

miento, de la constancia no perturbada, en medio de la alternada sucesión de la alegría y del dolor.

TODOS «UNIDOS EN LA CARIDAD»

Los momentos del dolor y de la angustia no se hacen esperar en este gran valle de la sociedad humana, en el que corren los ríos de las pasiones, de los odios y de los amores, de los rencores y de las venganzas, de los orgullos y de las humillaciones. Una ola alcanza a otra; y todos, cada uno en su día, han de beber en el torrente de las lágrimas. ¡Que el cristiano, el desgraciado, gracias a vuestra palabra, queridos hijos, en medio de su sufrimiento levante su frente al Consolador divino de los afligidos, Jesucristo, y que en la fuente de su Corazón dulce y humilde se sacie con aquella sangre que blanquea las estolas de los mártires y con aquella agua que salta hasta la vida eterna! En Él se han unido el cielo y la tierra, la cuna de Belén y la cruz del Gólgota; y ¿por qué vínculo? Por el vínculo del amor: «Sic Deus dilexit mundum» (*Io.*, III, 16); «quia fortis est ut mors dilectio» (*Cant.*, VIII, 6). Que por vosotros sean los fieles «instructi in caritate, et in omnes divitias plenitudinis intellectus, in agnitionem mysterii Dei Patris et Christi Iesu» (*Col.*, II, 2). Haced conocer el misterio de Dios Padre y de Cristo Jesús; del conocimiento nacerá el amor, del amor el dolor, del dolor el acercarse a Dios y el unírsele en el sagrado banquete del altar. «Estén los fieles unidos en caridad» (*l. c.*), con aquella caridad cristiana, que por desgracia parece harto arrojada de la tierra, pero que aun en medio de las luchas más trágicas nada pierde de su fuerza obligatoria, siendo la única que a los hombres puede llevar aquella prosperidad y aquellas bendiciones que el odio mutuo destruye.

No os maravilléis, queridos hijos, si Nuestra voz quiere transmitir a vuestros ánimos aquella llama de fe, de caridad y de celo que el pastoral oficio y la solicitud paterna por el amado pueblo romano Nos ponen en el corazón. En los artículos del símbolo apostólico escuchamos Nos la voz de Pedro

EL CONOCIMIENTO DE DIOS, FUENTE INAGOTABLE DE VIDA ESP.

y de los Apóstoles, primeros heraldos de Cristo, y vemos resplandecer la mañana y el sol de la primera Pentecostés, que fué aurora de la conversión del mundo, al igual que la fe en un solo Dios uno y trino y en Cristo Redentor del género humano es el fundamento de la regeneración espiritual de toda alma manchada por la culpa del primer hombre. Para infundir valor a vuestro celo y a vuestra voz en la predicación de estos sublimes misterios, con la plenitud de Nuestro amor paterno os damos la Bendición Apostólica.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

(1940 - 1941)

Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, por la que invita a todos los cristianos a recurrir de modo particular a la Madre de Dios (15 de abril de 1940).

Carta Encíclica al Cardenal Patriarca de Lisboa, a los Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de Portugal y de sus Posesiones de ultramar, en el VIII Centenario de la independencia de la nación y en el III de su restitución a la libertad (13 de junio de 1940).

Carta a los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia (29 de junio de 1940).

Carta al Emmo. Card. Ernesto van Roey, Arzobispo de Malinas (31 de julio de 1940).

Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, sobre los socorros a los que padecen por causa de la guerra (21 de diciembre de 1940).

Todos estos documentos podrán encontrarse en el *Apéndice documental* del tomo III.

CRITERIO DE LOS ÍNDICES

En el tomo primero se explicó la razón de los seis índices que completan la edición española y cómo los cuatro nuevos en ella merecieron, en principio, la aprobación de Su Santidad. Recordemos para el uso del índice III (*analítico*) que las letras *a*, *b* y *c* dividen prácticamente cada página en tres partes iguales, desde la primera línea superior (composición ordinaria), recurso adoptado para facilitar la identificación de cualquier pensamiento que reclame atención concentrada.

Algunas pequeñas modificaciones se han introducido en los índices del presente tomo. La principal ha sido no emplear las letras *a*, *b* y *c* sino sólo en el *analítico*, ya que en los demás índices, por tratarse de nombres propios o de citas literarias, fácilmente se destacan los correspondientes lugares en cada página, sin necesidad de indicación más precisa.

En el índice I (*cronológico*) se han añadido, según se hizo en el tomo anterior, en letra cursiva las especiales referencias a personas o grupos diferentes de los regalados con la soberana lección en la principal intención del Papa, que habla siempre para todos sus hijos, especialmente cuando se hallan ante Él, cualquiera que sea su condición o la razón de su presencia en la casa del Padre común. Conviene también recordar que la primera numeración romana es de orden, reservando la segunda para el mes, y que las letras A, E, F,

I, Ig., L y P (entre paréntesis) indican la lengua en que cada Discurso o Radiomensaje fué pronunciado por Su Santidad. Las demás abreviaturas empleadas en los *Índices* son tan claras que no exigen peculiar explicación.

Se ha procurado aligerar los índices *onomástico* y *toponímico* después de los muchos detalles del *analítico*, que sin dificultad podría dispensar de todos los demás. A ello obedecen sendos apéndices compuestos para completar los índices IV y V, los cuales señalan directamente nombres de personas y de lugares que, por figurar detalladamente en el III, no se han recogido ya en aquéllos. Tanto en los índices de nombres como en el *analítico* faltan los nombres o singulares indicaciones de los autores literarios, especialmente de la Sagrada Escritura, o de las personas y gentes a quienes hablaron o dirigieron sus escritos, pues tales detalles deben lograrse fundamentalmente, en cada caso, por la misma cita literaria referida en el índice correspondiente.

Resulta a veces difícil la separación entre la materia del *onomástico* y del *toponímico*, siendo ello la razón de que se crucen nombres de personas y de lugares, en razón al contenido y valor histórico de la frase respectiva.

Señalemos estas cinco pequeñas erratas — marcadas entre paréntesis — que se han observado: pág. 31 b (omo) como; pág. 71 a (perspectivas sombrías) perspectivas umbrías = paisajes de Umbría; pág. 78 b (traerán) traerá; pág. 102 b (*Iud.*, 4-5) *Iud.*, IV-V; pág. 153 a (ley) Ley.

Todos los títulos intercalados en el tomo II son propios de nuestra edición. Recientemente se nos ha autorizado también para otra novedad que, aun referida a algunos de los Discursos de 1939 a 1941, no aparecerá sino en la edición del III: si todos los Discursos del Padre Santo contienen inmutable y perenne doctrina, valedera para todos y en todos los tiempos, no pueden desconocerse o dejarse de recordar en lo futuro, cuando fueren leídos algunos de aquéllos, las singulares circunstancias del mundo y de la Iglesia en el momento determinado en que fueron pronunciados, circunstancias que serán sintetizadas en notas especiales a partir del tomo IV.

CRITERIO DE LOS ÍNDICES

Las correspondientes a los tres primeros años de pontificado se hallarán reunidas en el tomo III, después del *Apéndice documental* que también se referirá a dichos años.

El deber y el trabajo de redactar los índices y el de su delicada comprobación, con un esfuerzo máximo y una singular atención, no tienen como finalidad que ellos suplan jamás la lectura directa de los Discursos de Su Santidad. La intención del plan y la realización de los índices obedece al deseo de que, siempre que fuere menester, sea muy bien leída, escuchada o recordada la palabra y la doctrina del «dulce Cristo en la tierra», que tanto impresiona siempre, y que tiene vitalidad para que de nuevo nos volvamos a ella, así para la propia meditación como para comunicar a los demás la lección fundada en autoridad tan soberana.

Se publica este tomo segundo cuando las mismas prensas están a punto de acabar también el tercero de la edición española, mientras la italiana está llegando ya al séptimo tomo. Deber, interés y aprovechamiento de todos será el que la edición española se ponga al nivel de la italiana.

Hasta ahora Su Santidad, aun en las circunstancias máximas para la humanidad que indirectamente tanta perturbación han traído a los espíritus y tantas dificultades han podido ocasionar a la Iglesia, nos ha regalado a los católicos todos los años con sendos volúmenes de sus *Discursos* y *Radiomensajes*. Que el Señor guarde y proteja su sagrada persona. Que el pueblo cristiano y también la humanidad entera se decidan alguna vez a escucharle.

Dominus conservet Eum..., et non tradat Eum in animam inimicorum Eius.

MONS. P. GALINDO ROMEO

I. - ÍNDICE CRONOLÓGICO

(2 MARZO 1940 - 1 MARZO 1941)

AÑO 1940

			pág.
I	8	III En el primer aniversario de la elevación al Pontificado (I)... ..	8
II	4	III A una distinguida delegación del Episcopado de rito bizantino-rumano (I) .	18
III	6	III A una Misión naval española (E) ...	19
IV	12	III Las férvidas esperanzas del Padre en el primer aniversario de la coronación (I)	28
V	18	III Características de la multiforme caridad de las Damas de la Sociedad de San Vicente (I)	29
VI	24	III La segunda Homilía de la Pascua de Resurrección (I)	87
VII	27	III El cenáculo de la oración (I)	45
		<i>A recién casados</i> (I)	50-51
		<i>A unos directivos diocesanos de Acción Católica</i> (I)	52
VIII	8	IV Las Virtudes Teologales, fundamento de cristiana felicidad (I)	58
IX	6	IV Las necesarias armonías humanas (I) ...	59
X	10	IV El modelo de Nazaret (I)	65
		<i>A unos peregrinos de Perugia</i> (I)	70-71
XI	17	IV Cotidiana «audiencia de Dios» a los esposos cristianos (I)	78
XII	21	IV A una imponente peregrinación genovesa en el 450.º aniversario de la aparición de Nuestra Señora de la Guardia (I)... ..	81

ÍNDICE CRONOLÓGICO

			pág.
XIII	2	V En honor de las nuevas santas María de Santa Eufrasia Pelletier y Gemma Galgani (L)	91
XIV	5	V Poder y gloria de los celestiales patronos principales de Italia (I)	97
XV	8	V El Arcángel protector (I) <i>A los cantorcitos de la «Manécanterie à la Croix de Bois» (F)</i>	109 115-116
XVI	15	V La admirable actividad de la beata Duchesne (F)	117
XVII	2	VI Alocución a los Eminentísimos Cardenales en la festividad de San Eugenio (I)	125
XVIII	5	VI El reinado del Sagrado Corazón (I)	137
XIX	9	VI Al nuevo Embajador de Francia (F)	143
XX	19	VI Ansias y esperanzas (I)	149
XXI	26	VI El Evangelio, fuente de la paz doméstica (I).. <i>A los niños de la parroquia de San Miguel Arcángel de Pietralata, en Roma (I)..</i>	157 168-164
XXII	3	VII Linfa de vida (I)..	165
XXIII	10	VII El olvido de las injurias (I)	173
XXIV	17	VII Invictos héroes de la caridad cristiana (I)	181
XXV	24	VII Programa de vida según el ejemplo de Santiago el Mayor (I)	189
XXVI	31	VII Poder, eficacia y necesidad de las buenas lecturas (I)	197
XXVII	7	VIII Los graves daños de las malas lecturas (I)	205
XXVIII	10	VIII Al nuevo Embajador de Bolivia (E)	213
XXIX	4	IX A los Directivos de la Acción Católica Italiana (I)..	219
XXX	1	X Para el año jurídico de la Sacra Rota Romana (I)	237
XXXI	6	X A la Juventud femenina italiana de Acción Católica (I)	245
XXXII	13	X Radiomensaje para el Congreso Eucarístico Nacional Argentino (E)	257
XXXIII	16	X El Rosario en la familia (I)	263
XXXIV	18	X A los fieles de rito bizantino en Italia (I)	271
XXXV	19	X Radiomensaje al Episcopado y a los católicos de los Estados Unidos de América (Ig.)	279

ÍNDICE CRONOLÓGICO

			<i>pág.</i>
XXXVI	20	X Al nuevo Embajador de la República de Portugal (F)	287
XXXVII	23	X El cántico del amor bendecido por Dios (I)	292
XXXVIII	27	X Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional del Perú (E)... ..	301
XXXIX	6	XI Somos hijos de santos (I)	307
XL	10	XI Premiando a los vencedores en el Concurso de cultura religiosa entre los Jóvenes de la Acción Católica Italiana (I)	317
XLI	15	XI Al Ministro Plenipotenciario de Rumania (F)	329
XLII	24	XI En el día de súplica universal (I)	333
XLIII	1	XII En la clausura de los Ejercicios Espirituales en el Vaticano (I)	343
XLIV	9	XII Al nuevo Embajador de Francia (F)	347
XLV	24	XII Las bases para el nuevo orden de Europa (I)	353
XLVI	26	XII Los deseos navideños de la Guardia Noble Pontificia (I)... ..	369

AÑO 1941

XLVII	5	I Valor y grandeza de la herencia espiritual (I)	377
XLVIII	8	I Enseñanzas de la Divina Providencia (I)	383
XLIX	15	I El sacerdocio y el matrimonio (I)	389
L	29	I La pura y fuerte belleza del amor cristiano (I)	397
LI	9	II La excelsa figura de Pío XI en una admirable síntesis de su Angélico Sucesor (I)	405
LII	12	II La unión en la oración según las enseñanzas de San Francisco de Sales (I)	411
LIII	25	II El conocimiento de Dios, fuente inagotable de vida espiritual (I)	421

II. - ÍNDICE SISTEMÁTICO

(2 MARZO 1940 - 1 MARZO 1941)

RADIOMENSAJES

	<i>pág.</i>
Radiomensaje para el Congreso Eucarístico Nacional Argentino (13 X 1940)	257
Radiomensaje al Episcopado y a los católicos de los Estados Unidos de América (19 X 1940)	279
Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional del Perú (27 X 40)	301

HOMILÍAS

En el primer aniversario de la elevación al Pontificado (3 III 1940)	8
La segunda Homilía de la Pascua de Resurrección (24 III 1940)	87
En honor de las nuevas santas María de Santa Eufrasia Pelletier y Gemma Galgani (2 V 1940)	91
En el día de súplica universal (24 XI 1940)	838

SERMONES

Poder y gloria de los celestiales patronos principales de Italia (5 V 1940)	97
--	----

A LOS EMMOS. SRES. CARDENALES, EXCMOS. SRES. OBISPOS,
A PRELADOS, A SACERDOTES

A una distinguida Delegación del Episcopado de rito bizantino-rumano (4 III 1940)	18
Las fervidas esperanzas del Padre en el primer aniversario de la coronación (12 III 1940)	22

INDICE SISTEMÁTICO

	<i>pág.</i>
Alocución a los Emmos. Cardenales en la festividad de San Eugenio (2 VI 1940)	125
En la clausura de los Ejercicios Espirituales en el Vaticano (1 XII 1940)	343
Las bases para el nuevo orden de Europa (24 XII 1940) ...	353
El conocimiento de Dios, fuente inagotable de vida espiritual (25 II 1941)	421

A EMBAJADORES, A MINISTROS

Al nuevo Embajador de Francia (9 VI 1940)... ..	143
Al nuevo Embajador de Bolivia (10 VIII 1940)... ..	213
Al nuevo Embajador de la República de Portugal (20 X 1940)	287
Al Ministro Plenipotenciario de Rumania (15 XI 1940)	329
Al nuevo Embajador de Francia (9 XII 1940)	347

A LOS ESPOSOS

El cenáculo de la oración (27 III 1940)	45
Las Virtudes Teologales, fundamento de la cristiana felicidad (3 IV 1940)	53
El modelo de Nazaret (10 IV 1940)	65
Cotidiana «audiencia de Dios» a los esposos cristianos (17 IV 1940)	73
El Arcángel protector (8 V 1940)	109
El reinado del Sagrado Corazón (5 VI 1940)	137
Ansias y esperanzas (19 VI 1940)	149
El Evangelio, fuente de la paz doméstica (26 VI 1940) ...	157
Linfa de vida (3 VII 1940)	165
El olvido de las injurias (10 VII 1940)	173
Invictos héroes de la caridad cristiana (17 VII 1940)	181
Programa de vida, según el ejemplo de Santiago el Mayor (24 VII 1940)	189
Poder, eficacia y necesidad de las buenas lecturas (31 VII 1940)	197
Los graves daños de las malas lecturas (7 VIII 1940)	205
El Rosario en la familia (16 X 1940)	263
El cántico del amor bendecido por Dios (23 X 1940)	293
Somos hijos de santos (6 XI 1940)	307
Enseñanzas de la divina Providencia (8 I 1941)	333
El sacerdocio y el matrimonio (15 I 1941)	389
La pura y fuerte belleza del amor cristiano (29 I 1941)	397
La unión en la oración según las enseñanzas de San Francisco de Sales (12 II 1941)	411

ÍNDICE SISTEMÁTICO

A PEREGRINACIONES

	<i>pág.</i>
A una Misión naval española (6 III 1940)	19
A una imponente peregrinación genovesa en el 450º aniversario de la aparición de Nuestra Señora de la Guardia (21 IV 1940)	81
La admirable actividad de la beata Duchesne (15 V 1940)...	117
A los fieles de rito bizantino en Italia (18 X 1940)	271

PARA CEREMONIAS INAUGURALES

Para el año jurídico de la Sacra Rota Romana (1 X 1940).	287
--	-----

EN DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

Características de la multiforme caridad de las Damas de la Sociedad de San Vicente (13 III 1940)	29
Las necesarias armonías humanas (6 IV 1940)	59
A los Directivos de la Acción Católica Italiana (4 IX 1940).	219
A la Juventud femenina italiana de Acción Católica (6 X 1940)	245
Premiando a los vencedores en el Concurso de cultura religiosa entre los Jóvenes de la Acción Católica Italiana (10 XI 1940)	317
Los deseos navideños de la Guardia Noble Pontificia (26 XII 1940)	369
Valor y grandeza de la herencia espiritual (5 I 1941)	377
La excelsa figura de Pío XI en una admirable síntesis de su Angélico Sucesor (9 II 1941)	405

III. - ÍNDICE ANALÍTICO

- ABANDONADOS. «Id a los —», manda el P. a la A. C.: 231 c-232 a.
- ABEL. La sangre de — y la de Jesús: 169 c-170 a.
- ABISMO. La sangre derramada por la fuerza es un — que sin cesar llama a otro abismo: 175 c.
- ABRAHAM. Bendición de D. a — y su descendencia: 152 a.
- ABYECCIÓN MORAL. La —, provocada o favorecida por la indigencia material: 33 c.
- ACADEMIA DE SANTA CECILIA. La Real — en Roma: 59 ss.
- ACCIÓN CATÓLICA. Alto fin, misión y cooperación de la —: 222 c-223 a. La — y el alma del cuerpo místico de la Iglesia: 233 c. La — es un gran Cenáculo: 234 b. Naturaleza y apostolado de la —: 211 c. Alta misión de la —: 222 c. Los lábaros, las cohortes y las falanges de la —: 226 b-c. Pregón para la —: 224 a, 225, 226 b, 227 c. La unidad en la — ha de ser cuádruple: 227 c-231 b. La — y las autoridades civiles: 228 a. La —, hija predilecta y preciosa herencia de Pío XI: 221 c. Gran confianza del P. en la —: 227 a-b. Obligación de la — para una especial preparación pedagógico-religiosa: 251 a-b. Campo de la mies de la — en la hora presente: 223 c. Cf. Abanderados, Acción C. It., Año vigésimo, Apostolado, Asociaciones, *Aspirantes*, *Benjamins*, Beso, Comisión..., Concordia, Dios, Enseñanza religiosa, Entrenadores de almas, Eucaristía, Formación, Iglesias pobres, Institutos católicos, Jerarquía, Jóvenes de A. C., Mundo, Oblación, Oración, Papa, Pentecostés, *Pequeñitas*, Perfectos ciudadanos, Pío X, Pío XI, *Prímulas*, Privilegio, Programas, Pureza, Sacrificio, Santuario, Seglares, Selección, Seminarios, Sociedad civil, Vida de oración.
- ACCIÓN CATÓLICA [ARGENTINA]. Del apostolado de la — al apostolado del santuario: 260 c.
- ACCIÓN CATÓLICA [ITALIANA]. *A los directivos de la — (4 IX 40): 219-236. A la Juventud Femenina de — (6 X 40): 245-256. A algunos dirigentes diocesanos de la Juventud de — (27 III 40): 52 c.*

ÍNDICE ANALÍTICO

La — es un gran Cenáculo : 284 b. Esperanzas de la Igl. en la — : 227 c. Estatutos de la — : 222 a-b. La — y las iglesias pobres : 284 c. y ss. La — bajo los pontificados de Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI : 221 c-222 a. La lámpara argéntea de la — ante el sepulcro de Pío XI : 409 a. Campo de la mies de la — en la hora presente : 228 c.

ACORDE CRISTIANO : Cf. Discordancia.

ACUERDO MISIONERO : Cf. Portugal.

ADULTOS. «Id a los —», manda el P. a la A. C. : 282 a-283 a.

ÁFRICA. Misioneros de San Francisco al — : 105 c.

AGAR : Cf. Iglesia.

AGUSTÍN (San). La música y — : 62 b-c. La «cantata de las criaturas» y — : 63 c. La ciudad bien gobernada de — : 62 b-c. La guerra según — : 129 c, 180 a. Doctrina de — sobre el cielo : 225 c-226 a.

ALACOQUE (Santa Margarita M.^a de). Revelación a — : 49 c.

ALBA IULIA Y FAGARAS (Metropolitano de). Discurso del — ante el Papa : 15 b.

ALBERICO DE BALBIANO. Victoria de — en Marino : 108 b.

ALDEAS. Las —, renovadas por los apóstoles : 40 c. Las — son bombardeadas : 43 b.

ALEGRÍA. La única — que consuela y pacifica : 89 c. La caridad en la — : 32 c. La — de la criatura entregada al Creador : 51 c.

ALEGRÍA PASCUAL. Canto de — : 39 a-b.

ALEJADOS DE DIOS. Tristeza de los — : 39 c. Oración por los — : 40 a. Algunos pueblos modernos — y de su Cristo : 52 b.

ALEMANES. Los — prisioneros de guerra en Inglaterra y el P. : 861 b.

ALGUNOS PAÍSES. — han frustrado el deseo del P. en pro de los prisioneros : 361 a.

ALIADOS. Los Estados — y el P. : 182 a.

ALMA. Poder del —, movida por razones celestiales : 95 a. Luz del — es confiar en la Providencia : 8 a-b. El rencor en el — pecadora : 177 b. El — atormentada de la humanidad : 868 a. Cf. Alegría, Alegría pascual, Amor, Ángel, Bautismo, Conocimiento de D., Cristo, Esposos, Fe, Felicidad, Filiación divina, Generación espiritual, Gracia especialísima, Gracias divinas, Guerra, Heroísmo, Hijos, Ideal, Iglesia, Iglesia purgante, Jesucristo, Juventud, Mies..., Miguel (S.), Padres, Paganismo, Papa, Paz, Pobres, Pobreza, Ríos..., Sagrado Corazón, Santidad, Santificación propia, Su sangre..., Vida sobrenatural, Virtudes teologales.

ALMAS. La belleza de las — : 48 a. Las — de fe son las independientes y felices e imperturbables en verdad : 8 b-c. Clases y grados de — en el conocimiento de Cristo : 481 c. Peligros y tentaciones para las — : 132 c. San Miguel, príncipe de las — : 112 c; protec-

ÍNDICE ANALÍTICO

- tor de las —: 118 c-114 a. Las — grandes: 121 c. Todas las — sean — de oración: 48 b-c. Dios prepara a las — heroicas: 106 a. La Igl. cuenta con muchas — sanas y fuertes, entre las tormentas [y persecuciones]: 858 b. Las — selectas se apartan de toda lectura peligrosa y la apartan de los demás: 212 a.
- ALTAR. El — de la Eucaristía, el Cenáculo y el Gólgota: 825 b-c. Todos, con el P., en torno y frente al —, incruento Gólgota: 830 b-840 a. Cf. Beso..., Calvario, Cenáculo, Comunión, Cristo, Cristo Rey, Eucaristía, Fracción, Gólgota, Jesucristo, Matrimonio, Mesa..., Milagro, Misa, Pan celestial, Prisionero..., Santa misa.
- Amadís de Gaula. El — representa a las novelas de nuestros días: 201 c.
- AMBROSIO (San). — en el sepulcro de Pío XI: 408 c.
- AMÉRICA. Sacerdotes y religiosos [siglo XVIII] a —: 120 a-b. La Bta. Duchesne y —: 121 c-122 [Los españoles dieron] en — [Nuevo Mundo] nombres sagrados a gran parte de las ciudades: 260 a-b. Santos y beatas de la — española: 806 b-c. Cf. Arequipa, Argentina, Argentino, Bolivia, Buenos Aires, Colón, Congreso Eucarístico..., Estados Unidos..., Fleurissant, Luisiana, Maryknoll, Perú, «Rebecca», Santa Fe, Santa María, Verdadera Cruz.
- AMOR. El — a D., consecuencia de la fe, en los hombres: 429 a. El verdadero — es la entrega de sí mismo: 57 c-58 a. Dios, el — y las criaturas: 205 c. El cántico del — bendecido por D. (28 X 40): 298-300. La pura y fuerte belleza del — cristiano (29 I 41): 397-404. El — en el matrimonio es personal y libre: 296 a. El — en el matrimonio cristiano: 298 a-b. El — de corazones, armonizado en el himno de dos almas: 297 c. Nobleza y encanto del —: 297 b. El — en el matrimonio, algo divino, eterno en sus consecuencias: 58 c. Las alegrías y los dolores en el —: 386 c-387 c. El — templado por el dolor y la tribulación en el matrimonio: 388 a-b. Angustias del — de esposos ante las violencias de la época presente: 139 b. El — desordenado es enemistad de D.: 194 b. La sublimidad del — a Cristo en los santos: 101 b. Cf. Acorde..., Beso..., Caridad, Celos, Concordia, Corazón, Esposas, Esposos, Eucaristía, Francisco de A. (S.), Gemma Galgani (Sta.), Hermanos, Holocausto, Matrimonio, Miguel (S.), Mujer, Mundo, Papa, Prisionero, Pueblo cristiano, Pueblo romano, Rencor, Sagrado Corazón.
- ANCIANOS. Dignidad de los —; méritos y delicadezas con ellos: 184 b-185 a. Débiles —, arrojados de sus casas y asesinados: 43 b.
- ÁNGEL. El — exterminador, en el A. T.: 169 b. La sangre de Cristo, señal de protección en las almas para el — [justiciero]: 170 c-171 a. El — de la Guarda ante las reuniones, espectáculos y encuentros: 254 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ÁNGELES FIELES.** San Miguel, jefe de los —: 111 c-112 b.
- Angelitos.** Los — de la A. C.: 247 b.
- ANILLO NUPCIAL.** El — significa la participación sacerdotal de los esposos: 395 a.
- ANSELMO (San).** — y el Concilio de Bari (rito latino y griego): 276 b.
- Ansias y esperanzas** (19 VI 40): 149-156.
- ANTEPASADOS.** El sereno recuerdo de los —: 309 a-b.
- ANTIGUO TESTAMENTO.** Perdón de las ofensas en el —: 176 c-177 b.
- ANUNCIACIÓN.** La Solemnidad de la — en [la] Roma [papal]: 99 a-b.
- AÑO NUEVO [de PONTIFICADO].** Pruebas y dolores del —: 7 a.
- AÑO NUEVO.** Misterios del —: 381 c-382 a. Auspicios para el —: 282 a-b.
- AÑO TRANSCURRIDO.** El — [1940], lleno de preocupaciones y de penas: 371 b.
- AÑO VIGÉSIMO.** *La Juventud Femenina Italiana de A. C. celebra el —*: 249 a.
- AÑOS.** Cómo vuelan los —: 248 a-b; que valen por siglos: 25 c, 248 b.
- APOSTOLADO.** La vida de todo —: 122 c. El — en la A. C.: 229 a-c. Las exigencias del — actual: 359 c. El — en las modas: 254 c.
- APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.** La oración y las obras en el —: 48 c, 51 a-b. El — y la Comunión de los Stos.: 49 a. El — y el matrimonio: 51 a. Misión, piedad y celo de las celadoras del —: 49 a-b.
- APOSTOLADO UNIVERSAL.** El —, fruto de la devoción al S. C. de J.: 120 b.
- APÓSTOLES.** Los — también tuvieron miedo: 51 b. Los —, confirmados por la Resurrección: 40 b-c. Los — en torno a María en el Cenáculo: 47 b; después del Cenáculo: 47 b; abanderados de los Obispos y de los sacerdotes en la Eucaristía: 9 b; salieron a dominar el mundo, no por las armas, sino por la verdad y la caridad: 40 b-c. Los — y el Símbolo: 434 c-435 a. Necesidad de — para tantas almas: 224 c-225. Cf. Cenáculo, Evangelistas, Fieles, Guerra, Juan (S.), Lenguas de fuego, Macedonia, María, Pablo (S.), Paz, Pedro (S.), Pentecostés, Pueblos, Santiago el M., Santiago, Símbolo, Templo..., Voz..., Zebedeo.
- ARCÁNGEL PROTECTOR.** El — (8 V 40): 109-116.
- AREQUIPA.** Es — la Roma del Perú: 301, 305 a. — y su Congreso Eucarístico: 301, 304 a-b. —, cuna de la Sierva de D. Ana de los Ángeles Monteagudo: 304 a. Cuarto siglo de la fundación de —: 305 a.
- ARGENTINA.** Patronos y Santos protectores de la —: 262 a-b. La santa fe y la —: 260 a.
- ARGENTINO.** *Radiomensaje para el Congreso Eucarístico* — (18 X 40) 257-263.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ARIOS.** Limosnas y asistencia del P. a prófugos, expatriados y emigrados, aun a los «no —»: 361 c.
- ARISTÓTELES.** Insaciado — sobre D. y la felicidad humana: 427 b.
- ARMONÍAS HUMANAS.** *Las necesarias* — (6 IV 40): 59-64.
- ARTE.** El — de pedir: 33 c. El — une en una región superior a los compositores de distintas naciones: 63 b.
- ASIA ORIENTAL.** Misiones en el —: 282 a.
- ASISTENCIA ESPIRITUAL.** La — del P., por sus representantes, a prófugos, expatriados y emigrados: 361 c.
- ASOCIACIONES.** Unión de la A. C. con las demás — católicas: 230-231 b.
- ASOCIADAS A LOS CATECISMOS DE PERSEVERANCIA:** Cf. Cenáculo.
- Aspirantes.** Las — en la A. C.: 247 c. Las — de A. C. y el mañana: 248 c.
- ATENAS Y ROMA.** Hasta dónde llegaron los sabios de —: 427 c.
- ATENIENSES.** Los — y D.: 426 b.
- AUDIENCIA DE DIOS.** *La Cotidiana* «—» a los esposos cristianos (17 IV 40): 73-80.
- AUDIENCIA DEL PAPA.** El día de la — para los recién casados: 75 b.
- AUGUSTO.** Edicto de —: 68 a. La Roma de —: 15 c. — y el nacimiento del Salvador: 356 b-c.
- AUTORIDAD.** La — en Nazaret: 153 c. La — en los territorios ocupados y la dignidad: 130 c-131 b.
- AUTORIDADES CIVILES.** La A. C. y las —: 228 b-c.
- AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS.** *María es* —: 114 c.
- AUXILIARES DE LOS PADRES.** Los sacerdotes y catequistas y los educadores son los —: 395 a-b.
- AUXILIOS DIVINOS.** Los — en el difícil camino del cielo: 94 a. Los — sobrenaturales en el matrimonio cristiano: 394 b-c.
- Ave María.** El — y el matrimonio: 266 c.
- AVIÑÓN:** Cf. Catalina de Siena.
- Avisos para las personas casadas,** de S. Francisco de Sales: 399 b, 413 c.
- BARI.** El Concilio de — (de rito latino bizantino): 276 b.
- BASES INDISPENSABLES.** Las cinco — para el nuevo orden: 364-366 b.
- BASÍLICA DE LOS STOS. APÓSTOLES (Roma).** En la — levantó Francisco la bandera de la pobreza: 104 c.
- BAUTISMO.** Indeleble por el — la señal de la sangre divina: 170 b. Preparación para el — en las almas ignorantes de D.: 34 c.
- BELÉN.** El pesebre de — y Roma: 357 a.
- BENEDICTO XIV.** Los ritos orientales y —: 276 b.
- BENEDICTO XV.** — y el rito bizantino: 277 a. — y los prisioneros [1914-1918]: 360-361 c.
- Benjaminas.** Las — en la A. C.: 247 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- BÉRARD (Léon).** Embajador de Francia: 847, 849 a-b, 851 b-c.
- BERNARDO (San).** Palabras de —, santo y héroe: 851 a.
- BERNINI.** Simbolismo de la columnata del —: 6 a.
- BESO DE AMOR.** El — a las llagas del prójimo: 187 b. — y acto de fe es cada momento de trabajar en los ornamentos sagrados para la Eucaristía: 252 b.
- BIZANTINO.** Los Sinodales de rito —: 271, 273 a. El arte religioso — en Palermo, Monreal, Cefalú y Nápoles: 274 a-b.
- BIZANTINO-RUMANO.** *A una distinguida delegación del Episcopado de rito* — (4 III 40): 13-18.
- BLAJ (Rumania).** Instituciones de — y Roma: 17 a.
- BODA.** Aniversario de la — y la Comunión: 418 c. San Juan Bta., fruto milagroso de — largo tiempo estéril: 159 a-b.
- BODAS SAGRADAS.** La S. Rota R. es el paladín de las —: 242 a.
- BOETTO (Card.).** El Arzobispo de Génova — preside una peregrinación ante el P.: 83 a-87 b.
- BOLIVIA.** *Al nuevo embajador de* — (10 VIII 40): 213-218. Relaciones entre — y la S. S.: 215. El pueblo de — y el P.: 216 c.
- BOMBARDEOS.** Los — nada respetan: 43 b.
- BONIFACIO IV.** El Panteón y —: 310 c.
- BUEN LIBRO.** Las ventajas del —: 203 b-c.
- BUENAS LECTURAS.** *Poder, eficacia y necesidad de las* — (31 VII 40): 197-204. Beneficio y ejemplo de las —: 201 b y ss.
- BUENOS AIRES.** Recuerdo del Congreso Eucarístico de —: 259-260, 261 a.
- CABEZAS DE FAMILIA.** Los — deben imitar a San José: 70 a-b. Cf. Nuevos esposos.
- CACCIA DOMINIONI (Card.).** El — y el sepulcro de Pío XI: 405, 407 b.
- CALIXTO III.** — y Scanderbeg: 275 a.
- CALUMNIAS Y ODIOS.** Correspondencia de la Igl. a las — contra ella: 132 b-c.
- CALVARIO.** El sacrificio consumado en el —: 170 a.
- CAMILO DE LELIS (San).** Caridad de —: 183 b, 185 a-b, 186 a-c. Sufrimientos de —: 186 c-187 a. Beso de — a su prójimo: 187 c.
- CAMINO.** En el — por el mundo necesitamos dos estrellas: 83 b-c. El — del cielo es áspero, pero no faltan los auxilios divinos: 94 a. El — de Santiago en la Edad Media: 191 b-c.
- CANDOGLIA.** Mármol de — para el sepulcro de Pío XI, como en la catedral de Milán: 408 a-b.
- CANTAR A DIOS.** Aprender a —: 115 b.
- CANTATA ADMIRABLE.** La humanidad, con la paz, tomará parte en la — de las criaturas: 63 b-c.
- CARDENAL DECANO.** Felicitación al P. en su elección y primer aniversario: 25 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- CARDENAL VICARIO.** El — señala los temas para la predicación cuaresmal: 424 b.
- CARIDAD.** *Características de la multiforme — de las Damas de San Vicente de Paúl* (13 III 40): 23-36. *Invictos héroes de la — cristiana* (17 VII 40): 181-188. La — es la mejor imagen de D.: 35 c. La — según Santiago y San Juan: 82 a, 82 b. La —, única virtud eterna: 35 c. El mandato esencial de la —: 187 a. Por la — serán juzgados los hombres: 82 a. La — obliga a darse: 32 a. La — universal, ley de Cristo: 8 a. Todos unidos en —: 434-435. La — debe triunfar en el mundo (35 c), que la necesita: 86 a. La — tiene como trono a la justicia (35 c-36 a-b); es generosa (186 a); ha de ser eficaz (31 c-32 a); dándose con alegría: 32 c-33 a. Exquisitas delicadezas de la verdadera —: 32 b y ss. La — es una misión (35 b), que debe ser audaz: 34 a. La —, incompatible con el espíritu del mundo: 32 b. La — beneficia también a los dominantes: 34 a-b. La — cristiana, en medio de las trágicas luchas, es la única que llevará la prosperidad y bendiciones a los hombres: 434 c. La — tardía en las guerras: 178 b. Elogio y canto de la —: 35 c-36. La «Semana de la —»: 183 a-b. La — es himno de amor en el matrimonio: 57 c-58 a. Cf. Abandonados, Alegría, Ancianos, Conferencias..., Cristo, Cristo Rey, Dama..., Obras de misericordia, Prójimo, Verdad.
- CASA DE DIOS.** La Iglesia católica es la —: 226 a-b.
- CASADOS.** Difícil, la misión de los —: 387 a. Patrono especial de los —: 67 a-b. Cf. Nuevos esposos.
- CASAS.** Las — de los padres, consagradas al Sagrado Corazón: 154 a-b.
- CASTIGO DE DIOS.** Los tremendos acontecimientos (la guerra) son el —: 425 a-b.
- CATALINA DE SIENA.** Diplomacia y victorias de —, nueva Matilde de Canosa: 103 b. «Heroína del Pontificado» fué —: 101 c-103 c. — murió en presencia de su madre: 103 b. Muriendo la muerte, — vivía para la vida: 103 b-c. Sepulcro y gloria de —: 99 c. Sol de Siena fué —: 100 b. Caridad ultraterrena de —: 100 b. —, Protectora de Italia: 103 c.
- CATECISMO.** Importancia del —: 328 c. El — en las familias: 250 c. Cf. Libros.
- CATEQUISTAS.** Las jóvenes esposas habrán de ser — para sus esposos y luego para sus hijos: 251 b. Los sacerdotes — y los padres: 395 a-b.
- CECILIA (Sta.).** Patrona de los músicos: 61 b.
- CELADORAS DEL APOSTOLADO.** A las — de la Oración (27 III 40): 48 ss. Cf. Cenáculo.
- CELESTIALES AUXILIOS.** Cristo nos prometió —: 41 b-c.
- CELO.** A qué obliga el — divino: 225 b-226 b. El — misionero y

ÍNDICE ANALÍTICO

- las nuevas Congregaciones religiosas : 120 c. Naturaleza del — universal : 119 b-120 a. El — y S. Agustín : 225-226.
- CELOS. Los — no son amor, sino falta del verdadero amor : 408 a-b.
- CENÁCULO. El — *de la oración* (27 III 40) : 45-52. *A las Religiosas del* — (27 III 40) : 45 ss. El — y el Gólgota : 325 b-c.
- CÉSARES. Los discípulos de Cristo en el palacio de los — : 16 a.
- CICERÓN. La gloria según — : 268 b.
- CIELO. El — y la tierra, unidos en Cristo : 434 b.
- CIENCIA. La — quiere ignorar a Dios : 426 a-b.
- CÍRCULO DE ESTUDIOS : Cf. Cenáculo.
- CIRCUNCISIÓN. La — y la sangre redentora : 169 c.
- CISMA DE ORIENTE. Roma y los ritos orientales antes del — : 275 b.
- CIUDAD. La — bien gobernada : 62 b-c. Los hijos son piedras vivas de la — de Dios [cielo] : 393 c, 394 c, 395 a. Cf. Agustín, Obreros.
- CIUDADANOS PACÍFICOS. Los —, arrojados de sus casas y arruinados : 43 b.
- CIUDADES. Las — populosas, renovadas por los Apóstoles : 40 c-41 a. Necesidad de apóstoles y auxiliares (seglares) de los párrocos en las grandes — : 225 a-b.
- CIUDADES ABIERTAS. Las —, bombardeadas : 43 b.
- CIVILIZACIÓN. La moral cristiana, fuerte promesa de la — : 159 c.
- CLASES SOCIALES. Triunfo de Cristo en todas las — : 10 c-11 a.
- CLEMENTE VIII. Los ritos orientales y — : 276 b.
- COFRADÍAS. Las — de Nuestra Señora de la Guardia : 85 c.
- COLINA CAPITOLINA. La — no se sustrae a la vigilancia de María : 88 c. [COLÓN]. La fe de —, descubridor del Nuevo Mundo : 260 b. Audacia y piedad de —, especialmente devoto de la Virgen : 86 a-b.
- COLONIAS GRIEGAS. Las — de la Italia meridional : 274 a.
- COLUMNA TRAJANA. La —, símbolo de las dos Romas : 15 c.
- COMISIÓN CARDENALICIA. La — nombrada por el P. para la A. C. I. : 221 b-233 b.
- Communis opinio*. La — sobre un futuro «orden nuevo» : 362 b-c.
- COMNEN (Nicolás Petrescu). Ex-embajador de Rumania : 331 c.
- COMPAÑÍA DE JESÚS. La — y la devoción al S. C. de J. : 120 b.
- COMUNIÓN. La — y los esposos (418 c), frecuente, en la parroquia (417 c) y acompañados de sus angelitos [hijos] : 418 a. La — frecuente, necesaria para la juventud : 327-328.
- COMUNIÓN DE LOS SANTOS. La — y el Apostolado de la Oración : 49 a.
- CONCIENCIA CRISTIANA. La — tiene necesidad de vigilancia : 182 c. La — de los deberes en la moda y en la modestia : 254 b.
- CONCIENCIAS. La vuelta de Cristo a las — : 227 a-c.
- CONCIERTO. El — de la Real Academia de Santa Cecilia ante el P. :

ÍNDICE ANALÍTICO

- 59, 61, 62, 68. El selecto — ofrecido por la «*Manécanterie*» al P. : 115 a-b.
- CONCORDATO : Cf. Portugal.
- CONCORDIA. La — en el amor [unión entre socios] de la A. C. : 280 a-b.
La — de las gentes y la paz de las familias : 160 b. «— *discors*» es la armonía de la música : 62 c-63 a.
- CONCUBINATO. La caridad frente al — : 32 b-c.
- CONCURSO. El — de cultura religiosa : 817, 319 c, 328 b-c. El — nacional de cultura religiosa de la Juventud Femenina Italiana de A. C. : 246, 251 a-b.
- CONDUCTA VIRTUOSA. La —, debida a la sociedad y a la educación : 33 c.
- CONFERENCIAS DE SAN VICENTE : Cf. Caridad.
- CONFIANZA CRISTIANA. La — jamás sufre desilusión : 8 b.
- CONGREGACIÓN MARIANA : Cf. Cenáculo.
- CONGREGACIONES RELIGIOSAS. Las nuevas — y la devoción al S. C. de J. : 120 c.
- CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL DE SANTA FE DE LA VERA CRUZ (Argentina) : 259 b-c.
- CONGRESO ROMANO DE CELADORAS. Tercer — italianas del Apostolado de la Oración : 49 b.
- CONOCIMIENTO DE DIOS. El —, *fuerza inagotable de vida espiritual* (25 II 41) : 421-435. El verdadero —, descendido del cielo : 427-428 a; único bien perfecto, aun en este mundo : 426 a. El — que no basta : 433 a-b. El — necesario : 433 b. Necesidad del — para el pueblo y para la sociedad : 425 b-c.
- CONSAGRACIÓN. La santidad por la — del hogar al S. C. de J. : 315 b. La — al S. C. (141 b-c) debe ser total : 154 a-b. La — del mundo al S. C. de J. : 162 a. Cosas y acciones que prohíbe y deberes que impone la — al S. C. : 141 b-c.
- CONSIERVOS. Todos somos — ante Dios : 372 a.
- CONSILIARIOS ECLESIAÍSTICOS. A los — corresponde en la fe plasmar e instruir a los fieles : 229 b.
- [CONSTANTINO]. La Cruz y — : 151 a-b.
- CONTRASTE. El — entre los sufrimientos de los pobres y el bienestar de los demás : 33 b-c.
- CONVERSIONES. Varias —, aun en Roma : 34 c-35 a.
- CORAL MAJESTUOSO. Ante una justa paz, un — de alabanzas al Señor : 63 b.
- CORAZÓN. La paz del — : 17 c-18 b. Dios ha tomado un — de carne : 151 c. Himno de amor en el — de los esposos : 58 b-c.
- CORAZÓN DE CRISTO. El — es abismo de virtud, de dulzura y de misericordia : 175 c-176 a. Lección del — a todos : 50 b. La devoción al — y la paz del mundo : 50 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- CORAZONES.** Cambio de — propuesto por Jesús: 151 c. Cf. Dos corazones.
- CORDERO.** El — sin mancha en el A. T.: 169 b. La sangre del — (Cristo) lava nuestras culpas: 170 c.
- COSTUMBRES.** Pueden las — ser restauradas sólo por Cristo: 48 c.
- CREACIÓN.** La — y los ignorantes sabios modernos: 426 b. La contemplación de la —, segunda audiencia para los nuevos esposos: 76 c-77 a.
- CREADOR.** Los sabios y el vulgo desconocieron al —: 427 c-428 a. Las leyes del —, violadas: 52 b-c.
- «CRECED Y MULTIPLICAOS», es el mandamiento de D.: 152 b.
- CRECER.** Incesante — en la gracia y conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo: 328 b-c.
- Credo [Símbolo].** Los primeros seis artículos del — sobre Dios, el hombre y el divino Mediador: 424 b-c.
- CREENCIA.** Ausencia total de la —; conversión a D.: 35 a.
- CRISANTO Y DARÍA,** esposos santos: 311 b.
- CRISIS ACTUAL.** No se saldrá de la — sin la moral de Cristo y la cristianización de las familias: 159 c.
- CRISTIANISMO.** El gran misterio del —: 338 c-339 a. El — y Trajano: 15 c. Pensamientos y prejuicios extraños al —: 258 c-260 a.
- CRISTIANO.** Lo — impregna también a lo humano: 17 b. Cómo el — sentirá el dolor: 187 a.
- CRISTIANOS.** Los — y los Césares: 16 a. La fraterna armonía, ley esencial para los —: 62 b. Los — débiles, víctimas de pensamientos y prejuicios anticristianos: 358 c-359 a.
- CRISTO.** Figura de — en el Cordero Pascual en el A. T.: 169 b. — desconocido: 451 b-452 a. —, Sabiduría de Dios, Maestro de misterios, buscador de almas: 324 a-c, 432 a. — en el centro de los siglos: 335 b-c. Sólo — doblará las voluntades de los hombres: 43 c. —, Rey de la vida eterna: 325 a. Con sus brazos abiertos en la Cruz, — llama a sí a todos los hombres (282 c), y con el corazón abierto permanece junto a los pueblos, aunque se hayan alejado de Él: 52 b. — crucificado, necedad para los necios que se creen sabios: 431 c. — crucificado en la predicación de San Pablo: 423 b-c. — resucitado, sol del género humano y de las almas (40 a-b), único Mediador: 429 c-431 b. —, único Maestro de la Igl. (324 a), juez de todos: 336 a-b. —, mediador y juez, y los modernos sabios: 426 b. Que el poder de — se difunda por el mar del mundo: 11 a-b. Enseñanza de la Ascensión de —: 98 b. —, pan vivo de la vida eterna: 325 a-b. Triunfos del amor de — en todas las clases sociales: 10 c-11 a. Amor de — en nuestros altares: 9 c. Auxilios que nos prometió — (41 b-c), Consolador divino de los afligidos (434 b), único que puede sanar a la sociedad

ÍNDICE ANALÍTICO

- (43 b-44 a) y restaurar la familia humana (37) por la vuelta suya a las conciencias (227 a-c), siendo luz de justicia, de concordia y de salvación para hombres y naciones: 227 c. En cada cristiano ha de formarse —: 67 c. — y el dolor: 185 c. — en los pobres y en los enfermos: 187 b. — y los esposos cuando oren juntos (78 a) ante el Crucifijo: 179 c-180 a. Oración del P. y del pueblo romano y de todo el pueblo cristiano a —, Rey de reyes y Señor de los señores, por la paz: 10 b-11 a. Cf. Abel, Alejados..., Almas, Amor, Caridad, Celestiales..., Césares, Cielo, Clases sociales, Conciencias, Corazón de C., Cordero, Crisis..., Dolor, Encarnación, Esposos, Fraternidad, Guerras, Hermanos, Himno inmortal, Historia, Hombres, Iglesia, Jerusalén, Jóvenes, Juventud, Lo pasado..., Mártires, Matrimonio, Moral, Niños, Obra de C., Pacificación, Paz, Perú, Realeza, Renovación..., Resurrección de C., Sangre de C., Sangre redentora, Soldados, Triunfo, Voluntad de los hombres.
- CRISTO REY. Triunfo de — en la Hostia Santa y por la caridad: 305 b. — en los mosaicos del sepulcro de Pío XI: 408 c.
- CRUCIFIJO. El — en el nuevo hogar: 417 a-b; en la vida familiar y en la pública: 250 b.
- CRUELDAD INHUMANA. La — de la guerra: 360 a.
- CRUZ. La — en las ciudades y en los pueblos: 261 b-c. La —, atalaya del Lacio, de Italia y del mundo: 6 a. La — y el sacrificio: 260 b-c.
- CRUZADA. La — más noble y más santa: 227 b. La «— de la pureza» en las jóvenes: 252 c-255 a.
- [CUARESMEROS]. A los predicadores cuaresmales o — de Roma: 421-435. Los — de Roma escuchan el sermón del P.: 423 a-b.
- CUERPO MÍSTICO. El alma del —: 233 c-234 c.
- CUESTIONES. Las — entre los hombres no se arreglarán por la fuerza, sino por la verdad, la justicia y la caridad: 43 c.
- CULTURA RELIGIOSA. La — frente a lo divino: 52 a.
- CUNA. Los ensueños de la madre sobre la — de sus hijos: 269 a. Junto a cada —, dos maestros: 395 c.
- CURIA ROMANA. La —, sagrado Dicasterio de prudencia, de justicia y de paz: 346 b. La — junto al P., al servicio del «dominicus grex»; 355 c. La — y los ritos orientales: 276 a.
- CHARMOISY (Mme. de). A — dedicó San Francisco de Sales su *Filotea*: 399 c.
- CHIGI DELLA ROVERE (Francisco). Discurso de —, Comandante de la G. N. P.: 369, 371.
- DACIA. La civilización cristiana y la latina en — y Rumania: 16 c-17 a.
- DAMA DE LA CARIDAD. Misión de la — es curar los cuerpos y luego salvar las almas: 34 b. Una — ante el mendigo Lázaro y el rico Epulón: 34 a. La — es canal de gracias divinas: 34 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- DAMAS.** Las — portadoras de la Eucaristía: 84 b.
- DAMAS DE SAN VICENTE** [de Paúl]. *Memorias* morales y financieras de las —: 81 b. Cf. Caridad.
- DANUBIO.** Hermosa descripción del curso del —: 17 b-c.
- DAR Y DARSE.** Generosidad de la mujer en el — espiritual: 251 c-252 a.
- DAVID.** Misericordia de Dios sobre — y su descendencia: 152 c-158 a.
El rey —, poeta y cantor, monarca prudente: 62 b.
- DEBER.** La trayectoria del —: 192 b.
- DEBERES DE ESTADO.** Por los — colaboramos con D.: 51 b.
- DEBERES DE LA FAMILIA.** Los — no cumplidos desde el primer momento en la educación de los hijos: 395 b.
- DÉBILES.** Cuidado y caridad con los — [enfermos y achacosos]: 184 a, 186 a.
- DEPORTES.** Los — y la juventud: 319 c.
- DEPRESIÓN MORAL.** La —, mal de la humanidad: 50 a-b.
- DERECHO.** El —, la utilidad y la fuerza: 365 b-c.
- DERECHOS DE DIOS.** San Miguel, vengador de los —: 111 c.
- DERRAMAR LA SANGRE.** El — es delito que clama venganza, o es el mejor acto de amor: 169 b-c.
- DESCONFIANZA.** La victoria sobre la — en el orden nuevo: 365 a-b.
- DESCORAZONARSE.** No — ante las dificultades de la vida: 162 a.
- [DESCRISTIANIZACIÓN].** La — de las almas entre el paganismo actual: 224 b-225 b. La — de la vida pública (146 a-b) y la de las familias: 160 b.
- DESIGNIOS SECRETOS.** Los — de la Providencia en el matrimonio: 267 b.
- DESTINOS [DE LOS PUEBLOS].** El deber de orientar los — es difícil y honroso: 290 b.
- DESVENTURA.** La — (de los hombres) y la pobreza (moral): 88 c.
- DEVOCIÓN AL S. C. DE J.** La —, reservada a nuestro tiempo: 49 c.
- DÍA DE LAS MISIONES.** Finalidades del —: 281 b.
- DIOS.** —, ignorado de los sabios y de la ciencia (426 a-b), es la «caridad» substancial (35 c, 57 c-58 a) y tiene un corazón semejante al del hombre: 155 a. Impulsos y caminos del hombre a —: 427 b, 425 c-426 a. Superabundancia de la bondad de —: 195 a-b. Largueza de — en el orden natural y en el sobrenatural: 58 b. A —, todo esfuerzo, debida obediencia y filial confianza (69 b-c), y ésta sólo en Él (26 c), que nos escuchará: 338 b-339 b. Predilección de — por las familias: 153 a-b. — no turba el delicioso coloquio de los esposos: 416 a. La unión con — en la A. C. (formación, apostolado, selección, sacrificio, vida y oración): 229. Intervención de — para la paz: 26 b-c, 114 b-c. Sólo — muda los imperios, abate los tronos y hace vanos los pensamientos de los pueblos: 107 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

Cf. Abraham, Alejados, Amor, Atenienses, Audiencia..., Bautismo, Caridad, Casa de D., Castigo de D., Ciudad, Conocimiento de D., Consiervos, Corazón, Creación, Creador, «Creced...», Cristo, David, D. desconocido, Dolor, Epicúreos, Escuelas..., Españoles, Espíritu de D., Esposos, Estoicos, Familia, Familia cristiana, Familias, Felicidad, Filósofos, Gloria, Gratitud, Guerra, Hombre, Hombres, [Idealismo], Imperios, Impulso, Individuos, Italia, María, Mater..., Matrimonio, Matrimonios, Miguel (S.), Mundo, Música, Naturaleza divina, Necedad de D., Nuestro tiempo, Nuevos esposos, Obra de C., Obreros, Oración, Paciencia, Papa, Paz, Pecado original, Piedras vivas, Pío XI, Pobres, Pobreza, Pobreza eucarística, Política arreligiosa, Presencia y acción de D., Promesas, Providencia, Pruebas, Pueblos, *Rationabile obsequium*, Reino de D., Sabios, Soledad, Triunfo de D., Tronos, Unión matrimonial, Verdad, Vida eterna.

DIOS DESCONOCIDO. El «—» de los atenienses y la ciencia moderna: 426 b.

DISCORDANCIA. La — de los hombres y pueblos sólo puede resolverse en un acorde cristiano: 63 b.

DISONANCIA HORRENDA. La — de pueblos y naciones: 63 a.

DIVINA PASTORA. María es la —, Madre común y celestial de todos los creyentes: 87 c-88 a.

DIVINO REDENTOR. Seguir las huellas del —: 93 c.

DOCTRINA CRISTIANA. Ignorancia de la —: 251 a. Difundir la —, gran tarea de la juventud: 249 c-251 c.

DOLOR. El misterio del — y el hombre: 267 c. Amargura y dignidad del —: 185 b-c. Las oleadas del —: 434 a. Necesidad providencial del —: 385 c-386 a. El — para el cristiano, señal del amor de D.: 187 a. Cristo abrazado al —: 185 c. El —, fuente de gracia para el cristiano: 187 a. Los santos se subliman en el —: 101 b.

DOMÉSTICAS: Cf. Cenáculo.

DOMINGO DE GUZMÁN (Sto.). — y Roma: 105 a.

Dominus meus et Deus meus!: 52 b.

DONCELLAS. Dotes de los Papas a las —: 99 b.

DOS CORAZONES. Los — más puros, más fuertes y más tiernos: 123 b. Cómo el cristiano tendrá —: 162 c.

DUCHESNE. *La admirable actividad de la Beata* — (15 V 40): 117-124. Beatificación de la Beata Filipina —: 117. Celo de Filipina —: 119 c. Filipina —, novicia en la Visitación: 120 c-121 a. — y la fundadora de las Religiosas del Sagrado Corazón: 120 c-121 a. — y las misiones: 121 a-c; su ansia apostólica: 120 a-b; su recorrido apostólico en América: 121 c-122.

DUEÑO DE LA VIÑA. Pedir al — que envíe obreros [oración y sacrificio]: 283 b-c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ECONOMÍA MUNDIAL.** Estridentes diferencias en la — : 865 c-866 a.
- EDUCACIÓN.** Influencia de la — en una conducta virtuosa : 88 c.
- EGIPCIO.** Castigo de los primogénitos de los — : 169 a-b.
- EGOÍSMO.** El — imposibilita la felicidad común : 160 c-161 a. El —, desterrado por la devoción al S. C. de J. : 161 b. La victoria sobre el frío —, base del nuevo orden : 866 a.
- EJEMPLO.** El [rito bizantino] — a los hermanos (cismáticos) de Oriente : 278 c.
- EJERCICIOS ESPIRITUALES.** *En la clausura de los — en el Vaticano* (1 XII 40) : 343-346. Visión y repaso de los — por el P. : 345 c-346 a.
- ELEVACIÓN DEL HOMBRE.** La — y su ímpetu hacia D. : 429 b.
- EMINENTÍSIMOS CARDENALES :** Cf. *Sacro Colegio*.
- EMPERADORES.** Vano empeño de los — en impedir los designos de la Providencia : 15 c.
- EMPLEADOS :** Cf. *Cenáculo*.
- EMPRESA APOSTÓLICA.** La «Campana» por la Santa Misa es — : 826 b-c.
- ENCARNACIÓN.** Cristo en la — : 185 c.
- ENFERMEDAD.** La — entre los cristianos : 186 a.
- ENFERMOS.** San Miguel, Patrono de los — : 113 a. Los —, arrojados de sus casas y asesinados : 43 b. Cuidado y caridad con los — : 184 a.
- ENSEÑANZA RELIGIOSA.** Preparación pedagógica de la A. C. para la — : 251 b-c.
- ENTRENADORES DE ALMAS.** Santa carrera de — : 328 a.
- EPICÚREOS.** Los — modernos y D. : 426 b.
- ÉPOCA PRESENTE.** La — ofrece al apostolado exigencias gigantescas : 359 c. Cf. *HORA PRESENTE*.
- EPULÓN.** El rico — y la limosna (aun de otros) : 34 a.
- EQUILIBRIO.** El — entre derechos y deberes, restablecido sólo por Cristo : 43 c.
- Erudimini!* Ha sido y es el grito de la Igl. : 363 c.
- ESCRITORES.** Obligación grave de los — : 211.
- ESCRITURA.** Invención de la — : 200 b.
- ESCUELAS Y AULAS MODERNAS.** Las — sustraen o niegan o envenenan a las almas en lo tocante al conocimiento de D. : 426 c.
- ESFUERZOS HUMANOS.** Vanidad de los — solos : 41 c.
- ESPAÑA.** Las carabelas de — misionera y la Nave de San Pedro : 21 b. Las Damas de — durante la guerra civil : 34 b. Las naves de — y la Virgen : 85 c. La católica — y Lima : 303 c. Cf. *Española*, *Espanoles*, *Marinos españoles*.
- ESPAÑA MISIONERA :** Cf. la anterior.
- ESPAÑOLA.** *A una Misión Naval* — (6 III 40) : 19-22.
- ESPAÑOLES.** Los — y el Nuevo Mundo : 260 a-b. Ideal supremo de los — : 22 a. D. mira a los — con benignidad : 21 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ESPECTÁCULOS Y REUNIONES.** Los ángeles y las almas ante los — : 254 c.
- ESPECTRO DE LA GUERRA.** El — se delinea sobre los nuevos hogares (8 V 40 [¿Italia?]): 114 b.
- ESPERANZA.** La —, virtud teológica: 56 c-57 a. La — del cielo: 89 c. La — de los héroes cristianos: 132 c-133 a. Savia y canto de la — en el matrimonio: 56-57.
- ESPÍRITU DE DIOS.** El — en la creación, en la humanidad y en los pueblos: 234 b.
- ESPOSAS.** El amor de las —, con respeto y deferencia: 402 a-b. Cómo ha de ser el amor de las — a sus maridos: 401 b. Honesta reserva del amor en las —: 402 c.
- ESPOSOS [HOMBRES].** Cómo ha de ser el amor de los —: 401 b. La fidelidad y la delicadeza en el amor de los —: 401 c-402 a. La constancia de los — en el amor: 402 a-b.
- ESPOSOS.** La participación sacerdotal de los — significada por el anillo nupcial: 395 a. Los —, Tobías y Sara: 415 b. El amor entre los —: 400 b-401 b. La caridad sobrenatural en el amor de los —: 400 c-401 a. El amor propio del matrimonio y su perfeccionamiento por el amor sobrenatural de los —: 401 b. Los — ante el mandamiento de D.: 192 a-b. La pretendida libertad moral entre los —: 192 b. Violación culpable de las leyes del Creador por los —: 57 b-c. Responsabilidad de los — cristianos en la comunicación de la sangre de Cristo a sus almas y a las de sus hijos: 170 b-c. S. Miguel, patrono de los — para acoger a las almas: 112 c. Los — y María: 51 a. Vigilancia y oración de los —: 193 c. El dulce coloquio de los — y D.: 416 a. Grados y formas de la oración de los —: 77 b-78 a. El «Santa María» de los —: 78 c. Las horas de común oración de los —: 415 c. El Rey de la morada de los —: 162 a. Los — ante el Crucifijo: 179 c-180 a. Los — cristianos en la audiencia de D.: 76 a-b. Los — y la caridad: 185 b. Los — y el S. C. de J.: 151 b-c. Ofensas entre — cristianos: 178 b-c. Los — y el aniversario de su boda: 418 c. Los dos — se tornan a D. por la legitimación de su matrimonio: 34 c. La oración sacerdotal, también en boca de los —: 195 b. No avergonzarse del Evangelio, deber singular de los —: 269 b-c. Los — cristianos, «hijos de santos»: 309 c. — santos, modelos para las nuevas familias: 311 b-c. Los — y el P.: 75 b-c, 79 a. Cf. Nuevos esposos.
- ESTADOS DE LA VIDA.** Diversos patronos para los distintos —: 111 a.
- ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.** *Radiomensaje al Episcopado y a los católicos de los —* (19 X 40): 279-286. Filipina Duchesne, fundadora de la Compañía del S. C. de J. en los —: 122 a. Liberalidad de los católicos de los —: 282 a. Ayuda caritativa de los

ÍNDICE ANALÍTICO

- católicos de los — para que el P. asistiera y ayudara a los prisioneros: 362 a.
- ESTÉRIL EGOTISMO.** El — de las parejas infieles a su deber: 192 c.
- ESTOICOS.** Los — modernos y D.: 426 b.
- ESTRELLA.** La — de la verdad, de la gracia, tornará a iluminar a todas las almas: 357 c.
- ESTUDIO.** El «—» de la S. Rota R.: Cf. Rota Romana.
- ETERNO PADRE.** La majestad del —, tema para artistas; 70 b-c.
- EUCARISTÍA.** La —, figurada en los milagros: 9 a. La —, centro de todo el cristianismo: 9 b. El sacramento de la —: 170 c. La defensa de la pureza en las jóvenes: 255 a-b. Muestras de homenaje de los cristianos ante la —: 9 c. La —, única esperanza: 10 a. La — llevada por las Damas: 34 b. Actos de fe y besos de amor en los trabajos por (y para) la —: 252 b. Cf. Altar, Apóstoles, Arequipa, Audiencia de D., Boda, Beso..., Buenos Aires, Calvario, Comunión, Congreso Eucarístico..., Cristo Rey, Esposos, Jesucristo, Jóvenes, Lima, Mesa eucarística, Perú, Pío X, Pobreza eucarística, Primera comunión, Primitivos cristianos, Prisionero..., Sacrificio, Santa misa, Santa comunión, Tabernáculo, Tabernáculos.
- EUCARISTÍA, APOSTOLADO, HEROÍSMO.** Es el programa de la Juventud (A. C.): 249 b.
- EUDISTAS.** Los — y la devoción al S. C. de J.: 120 b.
- EUGENIO I.** Celo y piedad de —: 127 a. — Protector celestial del P.: 127 a-b.
- EUROPA.** —, tierra de la fe y de la civilización: 128 c. Misioneros de Francisco a —: 105 c. La irreligiosidad, contagio de — y continentes enteros: 425 a-b. Veinte años de — que valen por siglos: 248 b. Transformación externa e interna de — en un año [1939-1940]: 25 c-26 a. Oscuridad de la nueva —: 349 c. Cf. Aldeas, Alemanes, Algunos países, Aliados, Arios, Bases, Benedicto XV, Ciudades abiertas, Colina Capitolina, *Communis opinio*, Contraste, Crisis actual, España, Francia, Guerra (véanse las referencias de ésta), Hora presente, Humanidad, Imperios, Ingleses, Italia, Laicismo, Leyes internacionales, Libertad, Mañana, Momento presente, Naciones, Neopaganos, Nuestro tiempo, Nuevo orden, Odio, Paz, Pilatos, Pío XI, Poblaciones ocupadas, Polacos, Política arregliosa, Portugal, Prensa, Prisioneros, [Progreso], Propaganda, Pueblos, Relaciones, Representantes del Papa, Responsabilidad, Revoluciones, Rumania, Sistemas, Tendencias..., Territorios ocupados, Tiempos actuales.
- EVANGELIO.** Pasajes del — sobre San José: 68 a. La verdad del — no es Minerva armada de hierro, sino con la fe, la esperanza y el amor, con la bandera de la Cruz: 378 a. Las huellas del — no se borran en los pueblos: 52 a-b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- EVANGELISTAS.** Los — en el sepulcro de Pío XI: 408 b.
Er actis et probatis. La certeza moral —: 242 b.
- EXPIACIÓN.** La —, carácter esencial a la devoción al S. C. de J.: 161 b-c.
- EXTRAVÍOS.** Los esposos no imitarán los — de los que se dejan vencer por el mal: 269 b-c.
- FACCIONES.** Las — en Roma: 103 a.
- FAMILIA.** Toda — en el cielo y en la tierra desciende del Padre celestial: 70 b. Misión providencial de la —: 160 b-c. La — es el principio de la sociedad, su elemento inicial, su célula: 160 a-b. Fundar una — es multiplicar la vida: 57 b. Unidad moral de la —: 152 a-b. Ideal de la —: 153 b-c. Consagración de la — al S. C. de J.: 160 b-c. La oración de la —: 416-417 b. Influencia de la — en la conducta virtuosa: 33 c. La — en la Igl. triunfante: 312 b-c. La — [entera] se torna a D. por la «legitimación» de un matrimonio: 34 c. La — es la célula de la ciudad [sociedad] según San Agustín: 160 a-b.
- FAMILIA CRISTIANA.** La — tiene su modelo en la de Nazaret: 311 b. Homenaje de la — ante el verdadero D.: 417 a. La Rota Romana es el tribunal de la —: 241 b-c. Cf. Nuevos esposos.
- FAMILIA ROMANA.** Culto [pagano] en la —: 416 c-417 a.
- FAMILIARES.** El dulce pensar sobre nuestros — en la Igl. purgante: 312 c-313 a.
- FAMILIAS.** Bendición de las — en el A. T.: 152-153. Llamamiento del S. C. de J. a las —: 152 a. Triunfo de D. en las —: 108 a-b. San Miguel, protector de las —: 113 a-b. Necesidad de recristianizar las —: 159 c. Peligros y necesidad de las —: 153 c-154 a. La paz de las — y la concordia de las gentes: 160 b. Las — y la guerra: 96 b. La imagen del S. C. de J. en las —: 140. Gracias y promesas del S. C. de J. a las —: 153 a-c.
- FE.** Luces de —: 55 b-56 b. Grandeza de la —: 428 c-429 c. Necesidad de la — en el hombre: 429 a. La — nos alza sobre todo saber humano: 427 c. Los puntos centrales de la —: 424 a-425 a. La — iluminada, generosa, firme, alegre y paternal: 322 b-c. La — en otros tiempos: 250 b-c. Sin la — todo se derrumba en el individuo, en las costumbres, en la familia y en las relaciones: 429 a. Profunda — y firme confianza de los casados en la primavera de su vida: 56 a. La — en los jóvenes; vigorosa, militante, audaz: 323. Parte que en la — corresponde a los padres, párrocos y maestros (202 c) o a los libros: 203 a.
- FECONDIDAD.** La alegre — en el matrimonio: 267 b.
- FELICIDAD.** La — de las almas unidas a D.: 8 b-c.
- FELICIDAD HUMANA.** La — es desconocida según los más sabios filósofos (Platón, Aristóteles): 427 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- FELICITAS (Mártir).** —, santa y heroica madre: 811 c.
- FERNANDO III (San).** —, rey modelo y santo padre: 811 b-c.
- FESTIVIDAD PASCUAL.** Alegría y virtudes cristianas de la —: 89 b-c.
- Fiat.** El — en el matrimonio: 266 c.
- FIDELIDAD.** La — de los cristianos entre las tempestades: 359 b-c.
- FIDELIDAD CONYUGAL.** La — y la unidad del matrimonio: 152 b.
- FIELES.** Enseñanzas de San Pedro y San Pablo a los — de su tiempo: 159 b.
- FIGOGNA.** El monte —, faro de fe en el mar de la vida: 83 b.
- FILIACIÓN DIVINA.** Dignidad de la persona humana en la —: 7 b.
Efectos de la — en las almas: 8 c.
- FILOSOFÍA HUMANA.** La vana y falsa — entre los modernos: 428 a-429 c.
- FILÓSOFOS.** Los modernos — desconocen a D.: 426 a-b.
- Filotea.** Mérito y aprecio singular de la — de San Francisco de Sales: 399 b, 400 a.
- FLEURISSANT.** —, «la más pequeña... de las casas del S. C. de J.»: 122 b-c.
- FLORECILLAS.** Las — de oraciones y sacrificios por la intención del P.: 163 b.
- FLORES.** Las — del Rosario no se marchitan: 265 c.
- FLORES DE SANTIDAD.** Las — que se abren al paso de los Apóstoles: 40 c-41 a.
- FORMACIÓN.** La — en la A. C.: 229 a.
- FRACCIÓN.** La — del pan y la Misa: 327 a-b.
- FRANCIA.** *Al nuevo Embajador de* — (9 VI 40): 143-147. *Al nuevo Embajador de* — (9 XII 40): 347-352. Las naves de — y la Virgen: 85 c. Tormenta revolucionaria en —: 120 a-b. Consignas que [en 1937] le dió el P. [E. P.]: 350 a. El luto y el dolor: 350 a. Las pruebas futuras de —: 146 b. Reservas espirituales [católicas] de —: 350 b-c, 351.
- FRANCISCO DE ASÍS (San).** La conversión de —: 104 a. La desnudez crucificada de —: 104 b. Bodas místicas de —: 104 b. Riqueza de —: 104 a-b. Amor de — a los pobres: 104 a-b. «Caballero amante de la Pobreza»: 103 c-104 c. El mundo que vió y oyó a —: 105 a-b. — y Roma: 105 a. Amor de — a Italia: 105 c.
- FRANCISCO JAVIER (San).** — ante el Tabernáculo: 122 a. Beso de — a las llagas de los miserables: 187 b.
- FRANCISCO DE SALES (San).** Doctrina de — sobre el matrimonio: 399 ss. Consejos de — a los esposos: 400-403. La oración de los esposos, según —: 413 c-414 a. Cf. *Filotea*, *Avisos*, Pío XI.
- FRATERNAL ARMONÍA.** La —, ley esencial para los cristianos: 62 b.
- FRATERNIDAD.** La — universal, doctrina de Cristo: 8 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- FUERZA. La — no es base del derecho: 365 b-c. Dominar por la — es de almas paganas: 185 c.
- FUGACIDAD. La — de la vida según la fe: 429 a.
- FUTURAS CONSECUENCIAS. Nadie puede prever las — de las revoluciones iniciadas [1939-1940] en Europa: 25 c-26 a.
- GARGANO (Monte). San Miguel en el —: 113 c.
- GEMMA GALGANI (Santa). Canonización de —: 91, 93 a-b. —, hostia expiatoria: 94 b. Su oración permanente: 94 b. «Flor de la Pasión del Señor»: 95 b-c; amor al Redentor: 95 b; atractivo virginal: 95 c. —, intercesora: 96 b-c.
- GENERACIÓN ESPIRITUAL. La — según San Juan: 168 b; por la gracia y con la gracia: 168 b.
- GÉNERO HUMANO. El — y el S. C. de J.: 151 a-b. Todo el —, condenado en el primer hombre: 430 a. La unidad del — y las modernas elucubraciones: 426 b.
- GENEROSIDAD. La — de la juventud: 323 c.
- GENOVESES. Piedad tradicional [Virgen de la Guardia]: 84 a. Las naves de los señores — y la Virgen: 85 c. Fidelidad de los — a la Sede Apost.: 87 b-c. Saludo de los — a Cristóbal Colón: 86 a-b.
- GERMÁNICAS. Las poblaciones — y el P.: 131 c-132 a.
- GÉRMESES DE CONFLICTOS. Victoria sobre los —, base del nuevo orden: 365 c-366 a.
- GETSEMANÍ. Sueño de los apóstoles en —: 193 b. Las oscuras horas de — en la actualidad: 359 a.
- GLORIA. La — mundana: 268 b. La — de D., fin para todos: 49 c.
- GOBERNANTES. Responsabilidad de todos los —: 216 a-b. Los — alejados de Dios han hecho perder la paz a sus pueblos: 52 a.
- GÓLGOTA. El — y el Cenáculo: 325 c. Cf. Altar.
- GRACIA. La —, don de Dios: 296 b. Cf. Filiación divina.
- GRACIA ESPECIALÍSIMA. Dios concede, a cada uno, una —: 121 a.
- GRACIAS DIVINAS. Las — impregnan a las almas no directamente beneficiadas por ella: 35 a.
- GRATITUD. La — a Dios por la soledad y sus gracias: 345 b.
- GRAVE DEBER. El — de prohibir los libros malos: 208 a-b.
- GRAVES DEBERES. Los — del matrimonio cristiano: 298 b-c.
- GRAVES OBLIGACIONES. Seriedad de las — en el matrimonio: 192 a-b.
- GRECIA. Roma y —: 16 a-b.
- GREGORIO MAGNO (San). La peste y —: 113 a-b.
- GREGORIO III. — y la fiesta de Todos los Santos: 810 c-811 a.
- GREGORIO IV. — decreta la fiesta de Todos los Santos: 811 a.
- GRIEGO. Colegio — en Roma: 276 c-277 a.
- GRIEGOS. Prisioneros — en Albania, y el P.: 361 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- GRIGORCEA (Basilio).** Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Rumania: 329, 331, 332.
- GROTTAFERRATA.** Monasterio Exárquico de —: 277 b. —, gloria griega del Lacio: 273 b. — y el Sínodo Intereparquial: 271, 273 b.
- GRUTAS VATICANAS.** El sepulcro de Pío XI en las —: 405, 407 b-c. [Descubrimientos arqueológicos] en las —: 407 c.
- GUARDIA N. PONTIFICIA.** *Los deseos navideños de la —* (26 XII 40): 369-374. La bandera de la —: 372 c. Nobleza singular del servicio de la —: 372 c-373 a. Conducta ejemplar de la —: 373 c.
- GUERRA.** Causa de la —, según el apóstol Santiago: 161 a. La —, prueba y llamada de Dios: 425 b. La —, según San Agustín: 129 c. La — y Pío XI: 407 c-408 a. Esfuerzos del P. para evitar la —: 128 b-c, 129 a-b. Alguna —, provocada hábilmente por la mentira: 211 b. Efectos y ruinas de la — en todo orden (96 a-b, 128 c-130 a), singularmente en el orden espiritual: 132 c. El torbellino de la —: 106 c-107 a. El incendio de la — amenaza (8 V 40) a otras naciones: 114 b. La — alcanza cada vez mayores proporciones y complicaciones: 360 a-b. Extensión de la —: 128 c-129 a. Madrinan de —: 117, 124. Cf. Abismo, Agustín (S.), Aldeas, Alemanes, Algunos países, Aliados, Ancianos, Año transcurrido, Arios, Asistencia espiritual, Autoridad, Bases..., Benedicto XV, Bombardeos, Caridad, Castigo de D., Ciudadanos..., Ciudades.... Colina Capitolina, Crueldad..., Cuestiones, Derramar..., Discordancia..., Espectro..., Fuerza, Germánicas, Gérmenes..., Gobernantes. Heridos..., Historia, Hora actual, Hora presente, Hora tremenda, Humanidad, Impíos, Leyes internacionales, Llamada de D., Madrinan de g., Mañana, Mundo, Naciones, Nuestro tiempo, Nuevo orden, Papa, Patriciado..., Penas, Pío XI, Poblaciones..., Prejuicios, Prensa, Relaciones, Representantes..., Revoluciones, Ríos..., Ruinas..., Sangre, Súplicas, Territorios..., Tiempos..., Tiranía, Tratados, Valle.
- GUERRAS.** Las — anunciadas por Cristo: 336 b. Sólo Dios dirige las —: 216 b.
- HERENCIA.** Qué es la —: 380. Condición fisiológica de la —: 380 b. Responsabilidad en la —: 380 b. Superioridad de la — espiritual: 380 b-c. La — de sangre incluye, sobre todo, el patrimonio espiritual: 168 b-c.
- HERENCIA ESPIRITUAL.** *Valor y grandeza de la —* (5 I 41): 377-382.
- HERENCIA NACIONAL.** La — se impregna de la cristiana: 17 b.
- HERIDAS ESPIRITUALES.** Las — de los pueblos como consecuencia de la guerra actual: 359 c-360 a.
- HERMANOS.** El amor de los — en Cristo y el cielo: 225 c-226 b.
- HERODES.** Los — modernos: 359 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- HÉROES.** Los verdaderos —, los santos: 106 a. Pléyades de — antiguos y modernos: 184 a.
- HEROÍSMO.** El — de las almas: 358. El — de San Juan Gualberto: 179 c.
- HIJO PRÓDIGO.** El hombre, por la predicación, se torna cual — a Dios, su padre: 433 c.
- HIJOS.** Los —, gloria de los padres: 268 c-269 a. Relaciones entre padres e —: 178 c-179 a. Los auxiliares de los padres en la formación de los —: 395 a-b. Almas de los — envenenadas por causa de los padres: 210 b-211 a. Cf. Auxiliares..., Bautismo. Casas, Catecismo, Catequistas, Ciudad, Comunión, «Creced...», Cuna, Deberes de la fam., Egoísmo, Enseñanza..., Esperanza, Esposos, Estéril..., Herencia, Herencia natural, Infelicidad, Madre, Malas lecturas, Mesa..., Mujeres, Niños, Nuevos esposos, Oración de la madre, *Padre Nuestro*, Padres, Pequeñuelos, Piedras..., Reino de Dios, *Su sangre...*
- HIJOS DE LA IGLESIA.** Pruebas y sufrimientos de los —: 127 c.
- HIJOS DE SANTOS.** *Somos* — (6 XI 40): 307-316.
- HIMNO INMORTAL.** — en el nacimiento de Cristo: 356 c.
- HISTORIA.** Qué enseña la — sobre la Resurrección de Cristo: 40 a. La — juzgará esta lucha sangrienta y destructiva [la guerra: 1940]: 242 b.
- Historia Sagrada.* La — en las familias: 250 c. Cf. Libros.
- HOGAR DOMÉSTICO.** El —, asilo de oración: 50 c-51 b. El —, nido de una nueva familia: 57 a-b.
- Hoja Parroquial:* Cf. Libros.
- HOLOCAUSTO.** El — en el amor del matrimonio: 58 c.
- HOMBRE.** Los caminos del — a Dios: 425 c-426 a. El —, realizado en la doctrina de la fe: 428 c-429 a. El —, esclavo en el antiguo paganismo: 7 c. El pensamiento y el juicio del — no es el de Dios: 242 b-c. Hablar al — de Dios, de sí mismo y de Jesucristo: 424 c-425. El — muere sólo una vez: 429 b. El — que falta entre tantas ruinas [para la paz]: 107 a.
- HOMBRE CAÍDO.** El — por el pecado, condenado a penas y trabajos: 429 c-430 a.
- HOMBRE-DIOS.** La doctrina, la historia, la obra y el triunfo del —: 430 a-c.
- HOMBRES.** Los — en el paganismo: 7 c. Los — y Satanás: 112 b. Infidelidad e ingratitud de los — a Dios: 161 b-c. Millares de — han olvidado su bautismo, la ley de Dios y a Dios mismo: 154 c.-155 a. Oigan los — la voz de la fiesta Pascual: 39 c. Las voluntades de los —, doblegadas sólo por Cristo: 43 c.
- HORA ACTUAL.** En la — el amor de la patria puede degenerar en venganza, en orgullo o en rencor: 178 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- HORA PRESENTE.** La — es una fase de la grave historia de la humanidad: 336 c. La —, la de las grandes pruebas para las almas: 224 a. La —, grave en conflictos y triste para el Papa: 259 a-b. La —, que es de devastación, ha de ser para la juventud de trabajo más íntimo: 249 b. Gravedad de la — por las pasiones, luchas y persecuciones: 227 a-b. Gravedad de la — para Francia: 145 a-b. La — es de súplica e invocación: 106 c. Austeridad y deberes del Patriciado romano en la —: 381 b-c. Cf. Acción Católica.
- HORA TREMENDA.** La guerra es la —: 129 a.
- HUMANIDAD.** Normas de — violadas en la guerra: 130 b-131 c. La —, modificada profundamente en lo futuro: 146 c-147 a. Males de la —: 49 c-50 a. Cómo la — saldrá de la actual prueba y lección: 364 a. La — y el Papa: 31 b. La — no cree en la verdad y en la justicia, pero no deja de creer en la caridad: 35 c-36 a. La suprema felicidad de la — depende de la renovación espiritual individual: 42 c. La —, confiada al S. C. de J.: 154 c-155 a. El alma atormentada de la —: 363 a.
- IDEAL.** El — de un alma grande: 121 c. La fidelidad al amor, en el matrimonio, es — superior a las fuerzas humanas: 58 c.
- [IDEALISMO].** El moderno — y Dios: 428 a.
- IDOLATRÍAS.** Las — modernas en algunos pueblos: 52 b.
- IGLESIA.** La —, figurada en Sara: 7 c. La —, Esposa de Cristo, Madre fecunda: 7 c. La maternidad de la —: 320 c-321 c. Maternidad de la —: 67 b-c. La — según Santa Catalina de Siena: 101 c-102 c. La — no engendra esclavos, como Agar: 7 c. Fin principal de la —: 17 a-b. Imperio de la — y sus armas: 132 a-b. Único interés de la —: 363 c. Enseñanzas de la —: 326 c. La —, madre y reina de autoridad divina, de justicia y de misericordia: 240 c. La — previene maternalmente contra las malas lecturas: 207-208 b. Calumnias y odios contra la —: 132 b-c. La — ante los modernos Herodes, Pilatos y Sanedrín: 359 a. La —, Maestra y confortadora de las almas: 321 c. La — avanza, manteniendo la antorcha divina: 26 a-b. La — no puede ser partidaria entre las diversas tendencias (humanas): 363 b. El grito de la — a todos: *Erudimini!*: 363 c. Alegría, *laetare*, de la —: 6 c-7 b, 8 a. Protección de San José sobre la —: 71 c. La —, confiada al S. C. de J.: 154 b. Con la — y por la — orarán los esposos: 79 a. La — y la solemnidad de Todos los Santos: 311 c. Oración de la — con el P., por la paz: 11 b. Cf. Acción Católica, Agar, Almas, Calumnias..., Casa de D., Cisma..., Cristo, *Erudimini!*, Hijos..., Índice, María, Mártires, Matrimonio, [Oliveira Salazar], Papa, Sordos, Valores cristianos.
- IGLESIA MILITANTE.** La — y los Santos: 313 c-314 b. La —: 310 a-b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- IGLESIA PARROQUIAL. La — es la casa del Padre: 417 b. Obligación de acudir a la —: 417 c.
- IGLESIA PURGANTE. La —: 310 a-b. La —, necesitada de nuestras oraciones: 312 c-313 c.
- IGLESIA TRIUNFANTE. La —: 310 a-b. La — y el número de los Santos: 312 a-b. La familia en la —: 312 b-c.
- IGLESIA Y PAPA. — orando por los misioneros: 282 b-c.
- IGLESIAS. Las tres — (triumfante, purgante, militante): 310 a; sus méritos: 310 b.
- IGLESIAS POBRES. Las manos femeninas al servicio de las —: 252 a-b. Dones de la A. C. I. para las —: 234 c-236 a.
- IGNACIO DE LOYOLA (San). Conversión de —: 201 b-202 b. — y la lectura: 201 c-202 a. — y el [gran] Rey: 202 a-b.
- IMAGEN. La — del S. C. de J. y el amor de Jesús a los hombres: 161 b. Honrar la — del S. C. de J.: 140 b-141 b.
- IMPERIOS. Sólo Dios manda en los —: 107 a.
- IMPÍOS. Las rosas de los — se marchitan: 265 c.
- IMPULSO. El — del hombre hacia Dios: 427 b.
- IMPULSO MISIONERO. El — y la devoción al S. C. de J.: 120 a-b.
- INCOMPATIBILIDAD. La — entre los deseos propios y los derechos ajenos: 161 a-b.
- INCONSISTENCIA. La — de algunos cristianos: 359 b.
- ÍNDICE. El — de libros prohibidos: 207 c-208 a.
- INDIGENCIA MATERIAL: Cf. Abyección moral.
- INDISOLUBILIDAD. La — y la unidad moral del matrimonio: 152 b.
- INDIVIDUOS. Triunfo de Dios en los —: 108 a-b.
- INFELICIDAD. La — de los esposos egoístas: 57 b-c.
- INFIDELIDAD. Lamento del Salvador ante la — e ingratitud de los hombres: 161 b-c.
- In-firmus*, o ser débil: 184 a.
- INGLESES. Los prisioneros — en Italia y el P.: 361 b.
- Inimicus homo*. El — [las malas lecturas] en la pérdida de la inocencia y en escandalosas caídas: 210 b-c.
- INJURIAS. *El olvido de las* — (10 VII 40): 173-180.
- INMORTALIDAD. La — y la muerte en el hombre: 429 b.
- INQUIETUD. La — del hombre sin Dios: 427 a.
- INSTITUTO DEL «SAGRADO CORAZÓN». *Alumnas y ex-alumnas del* — (15 V 40): 117, 119 a-b.
- INSTITUTOS CATÓLICOS. Los — de educación y la A. C.: 231 b.
- INSTITUTRICES: Cf. Cenáculo.
- Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales: 399 b.
- INVESTIGADORES. Los doctos — no se cuidan de conocer a Dios: 426 a-b.
- IRRELIGIOSIDAD. La —, contagio de Europa y continentes enteros: 425 a-b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- ISABEL (Santa).** Beso de — a las llagas del prójimo: 187 b.
- ISRAELITA.** La caridad apostólica junto a una joven —: 82 c.
- ITALIA.** La fe de —: 107 b-c. Triunfo de Dios en —: 108 a-b. Predilecta de la Virgen es —: 84 c. La Providencia divina en —: 107 b. Canto a la belleza e historia de —: 100 a. Desgarrada — en tiempo de Santa Catalina: 103 a. San Miguel, protector de —: 113 c. Patronos y verdaderos defensores de —: 99 c-100 a. La enseñanza religiosa en — y los peligros de la juventud: 232 a. La paz en —: 26 c. Paz implorada especialmente para — (10 IV 40): 71 c. —, carísima a Pío XI: 407 b. Oración especial por — a la Virgen (21 V 40): 89 b-c. Oración del P. por —: 107 b-108. La Reina-Emperatriz de —, al frente de las Madrinas de guerra: 124 c. Cf. Acción Católica Italiana, Catalina de Siena, Espectro, Patronos.
- ITALIANOS.** Prisioneros — en Egipto, Australia y Canadá: 361 a. Prisioneros — en tierras del Imperio británico: 361 b.
- Ius naturae.** El — en el matrimonio: 242 b.
- JERARQUÍA.** Unión de la A. C. con la —: 228 a-c.
- JERÓNIMO EMILIANO (San).** Caridad de —: 183 b-c.
- JERUSALÉN.** En el templo de — servía Samuel, ante la presencia del Señor: 115 b. Cristo contemplando a —: 335 a-b.
- JESUCRISTO.** — y las dulzuras del hogar doméstico: 153 b-c. Es — la estrella divina: 83 c. —, sacerdote eterno: 9 a-b. — y todos los dolores: 187 a-b. — y todos los hombres doloridos: 187 b. Actividad varia de — en su vida pública: 47 c. — es el mendigo de amor en el tabernáculo: 252 a. — es mediador de la nueva alianza por su sangre: 170 a. — es Maestro y Rey: 324 a-326 a. Por la Eucaristía, — siempre con nosotros: 9 b-c. La morada de — en las almas exige total pureza en ellas y por lo tanto en toda la persona: 253 a-b. La paz y —: 26 b-c. — y el cambio de corazones: 151 c. El juicio de — ante la moda: 254 c. Cf. Cristo, Eucaristía, Sagrado Corazón, y además: Augusto, Caridad, Corazones, «Creced...», Hombre, Hombre-Dios, José (S.), Palestina, Paz, Sangre divina, Tabernáculo.
- JOSÉ (Patriarca).** El — en Egipto: 69 a.
- JOSÉ (San).** Misión de — junto a la Virgen y Cristo Jesús: 67 c. La narración evangélica sobre —: 68 b-c. — fué maestro de Jesús: 68 c. Imitación y protección de —: 71 b-c. —, protector especial de los casados: 67 a-b. Es — el predilecto de la confianza divina: 68 a. La tradición piadosa y —: 68 b. — y los cabezas de familia: 70 a-b.
- JÓVENES.** Los — cristianos y la virtud: 319 c-320 c. Amor del Papa a los —: 319 b. Amor de Cristo a los —: 319 b. Los — y la frecuencia de la Eucaristía: 327 c. Las — y la Eucaristía (frecuen-

ÍNDICE ANALÍTICO

- cia): 327 c. Amor singular de Cristo a los — y doncellas: 282 a-b, 255. Los —, la oración, la misa y la comunión: 193 c.
- JÓVENES (damas y hombres). Especiosos pretextos de — para ciertas lecturas: 209 a.
- JÓVENES DE ACCIÓN CATÓLICA. *Premiando a los vencedores en el concurso de cultura religiosa entre los —* (10 XI 40): 317-328.
- JUAN (San). La caridad según —: 32 b.
- JUAN BAUTISTA (San). —, fruto milagroso de una boda largo tiempo estéril: 159 a-b.
- JUAN GUALBERTO (San). Vida y generosidad de —: 179 a-b.
- JUDAÍSMO. Conversiones del — a nuestra fe: 35 a.
- [JUDÍOS]. [Conversiones de —]: 35 a.
- JUICIO MORAL. El — y las consideraciones personales: 130 c.
- JUNIO. —, mes dedicado al divino Corazón: 134 a-b, 139 a.
- JURISPRUDENCIA. Naturaleza de la —: 241 a. La — en la Estancia de la Signatura: 241 a.
- JUSTICIA. La paz, en la —: 26 b-c. La estricta — sólo se realizará por la caridad: 43 c. Representación de la —: 241 a.
- JUVENTUD. «Id a la —», manda el P. a la A. C.: 232 a-b. En la — encuentra la Esposa de Cristo sus levitas: 232 b. Ardor de cuerpo y virtud del alma en la —: 320 a-b. Camino que la — tiene que recorrer: 249 a. La gran misión de la — en el mañana de la sociedad: 249 b-c. La — y la moda: 321 c-322 a.
- JUVENTUD ATEA. Ardor de la — contra Dios: 323 c.
- JUVENTUD DE ACCIÓN CATÓLICA. Varios grados en la —: 247.
- JUVENTUD FEMENINA ITALIANA DE ACCIÓN CATÓLICA. Su *Historia* de veinte años: 248 b.
- LABERINTO. Por el — de vacías falacias caminan los modernos filósofos: 428 b.
- LAICISMO. El — domina al mundo: 249 c-250 a. El viento del — en el mundo: 323 b.
- LARES. Los — en la familia romana: 416-417 a.
- [*Lasciate ogni speranza*]. El — de los esposos egoístas: 57 c.
- Laudate Dominum*. — será el coral majestuoso cuando llegue la paz: 63 b.
- LAVATRANO (Card.). El — (y el rito bizantino en Italia): 273 a.
- LECTURAS. Interés de las —: 200 a. Buenas y malas —: 200 b-c, 201 ss, 205 ss.
- LEGIONES. Los vencedores, vanguardia de — de jóvenes ardientes y luchadores: 328 c.
- LENGUAS DE FUEGO. Las — de Pentecostés y las que necesitamos: 234 a.
- LEÓN MAGNO (San). Doctrina de — sobre nuestra ascensión por Cristo: 93 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- LEÓN IX.** —y los ritos orientales: 275 b-276 a.
- LEÓN XIII.** —y la pureza de los ritos orientales: 277 a. *Memoria de —, gloria de Perusa y de la Igl.:* 71 b. El Papa — consagró el mundo al S. C. de J.: 151 a-b, 162 a.
- LESTRANGE (Dom de).** El monje apóstol —: 121 b.
- Leyendas de los Santos.** Las — de Jacobo de Vorágine: 201 c.
- LEYES DEL CREADOR.** [Culpable violación] de las —: 57 b-c.
- LEYES INTERNACIONALES.** Las — son violadas: 43 b.
- LIBERTAD.** La — de campo y movimientos para las diversas tendencias (políticas o económicas): 363 b.
- LIBRITO ABANDONADO.** El nuevo encuentro con el —: 203 a-b.
- LIBRO.** El — y la palabra: 200 c-201 a. Amistad, auxilio y censura que nos hace el buen —: 203 c.
- LIBROS.** Parte que corresponde a los — (*Catecismo, Historia Sagrada, Santo Evangelio, Misal Romano, Hoja parroquial, Imitación de Cristo, Vida de Santos*) en la fe: 203 a. Los — que hoy abundan en las casas: 250 c.
- LIBROS MÁGICOS.** Quema de — en Efeso: 207 c.
- LIGURIA.** Homenaje y alabanza, amor y glorificación de — a María: 84 b-c.
- LIMA.** España llevó a — los primeros tesoros de fe, civilización y lengua: 303 c. Recuerdo del primer Congreso Eucarístico Nacional (del Perú) en —: 303 c-304 a.
- LIMOSNA.** Eficacia de la —: 34 a. La — junto a la oración por las misiones: 283 c-284 b.
- LIMOSNAS.** Las — del P. a prófugos, expatriados y emigrados: 361 c. *Linfa de vida* (3 VII 40): 165-172.
- LITERATURA CRISTIANA.** Joyas de la antigua —: 253 c.
- LO PASADO, LO PRESENTE Y LO FUTURO.** Cristo en —: 432 a-b.
- LOT.** Perdón de — y su familia: 152 c.
- LUCHA.** La — de la fe: 322-324 a. La — contra el poder de las tinieblas: 41 c.
- LUCIFER.** Orgullo de —, envidioso de la unión hipostática: 112 a.
- LUGARES SANTOS.** Principales — en la tierra: 191 a-b.
- LUIS (San — rey de Francia).** —, modelo de amor y ternura en el matrimonio: 401 c.
- LUISIANA.** Acción de Filipina Duchesne por establecer en — un tabernáculo siquiera: 121 b.
- LUNGRO.** Benedicto XV fundó la eparquía de — en Calabria: 277 a.
- LLAMADA DE DIOS.** [La guerra] prueba y llamada de —: 425 b.
- MACEDONIA.** Las Iglesias de —, alabadas a causa de su generosidad: 235 a.
- MADRE.** La — y los niños, a la hora del sueño: 78 c. Una — en la muerte de su hija Santa (Catalina de Siena): 108 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

MADRES CRISTIANAS: Cf. Cenáculo, Madrinas.

MADRINAS DE GUERRA. *Las — de Italia, recibidas por el P. (15 V 40):* 117, 124. *Las — son madres de los soldados: 124 c. Deberes y apostolado de las —: 124.*

MAESTROS: Cf. Cuna, Fe.

MAGDALENA SOFÍA BARAT. —, fundadora: 120 c.

MAGISTERIO. El — de la Igl.: 821 c.

MALAS LECTURAS. *Los graves daños de las — (7 VIII 40):* 205-212. *La secreta familiaridad con las —: 209 c-210 c.*

MANÉCANTERIE. La «—à la Croix de bois» (8 V 40): 109. *Fama de la —: 115 b.*

MANZONI. Las honestas novelas de —: 208 c.

MAÑANA. El — del mundo: 249 b. Trabajo del —: 248 c-249 a.

MARÍA. El amor de — en Nazaret, en Belén, en el Calvario y en el Cenáculo: 48 c. Los Apóstoles y — en el Cenáculo: 47 b. Comparación entre la Igl. y la Virgen —: 67 b-c. Dignidad, autoridad y magisterio, que — tiene comunes con Pedro: 87 c. Generosa dispensadora de la gracia de Dios es —: 86 c-87 a. Mediadora de toda gracia es —: 123 b. Es — estrella y faro de nuestra vida: 83 c. — es «Madre amable»: 114 c. — es Madre de misericordia en nuestro tiempo: 87 a-b. Patrona en encuentros y luchas guerreras fué — para los genoveses: 86 c. — y los esposos: 51 a. Predilección de — por los desgraciados: 87 a. —, modelo y fuerza de las jóvenes Cruzadas de la pureza: 255 c. Triunfo de — en la Liguria: 84 c. La Virgen — vigila también a la colina Capitolina [1940]: 88 c. Advocaciones especiales de —: 89 a. Cf. Apóstoles, Autoridad, Auxiliadora..., *Ave María*, Cenáculo, Cofradías, Colina Capitolina, Divina Pastora, Dos corazones, España, Esposos, Genoveses, Italia, José (S.), Liguria, Nuestra Señora, Nuevos esposos, Pedro (S.), *Pompeya*, Pureza, Reina de la Paz, Reina de los mártires, Rosario, *Señora de las Victorias*, *Stabat*, Trabajo, Val Polcevera, Virgen (y siguientes).

MARÍA DE SANTA EUFRASIA PELLETIER (Santa). —, hostia expiatoria a la eterna Majestad: 94 b. Su oración: 94 b. — fué la mujer fuerte y grande: 94 c-95 a. —, intercesora: 96 b-c. Canonización de —: 91, 92 a-b.

MARIDOS. La fidelidad en los —: 402 c.

MARINOS ESPAÑOLES. Gestas heroicas y enormes sacrificios (recientemente) de los —: 21 c.

MÁRTIRES. Los — solidificaron con su sangre los fundamentos de la Iglesia y se hicieron trigo de Cristo: 41 a. Número innumerable de los —: 41 a.

MARTIROLOGIO ROMANO. El — y la liturgia de Todos los Santos: 810 c.

MARYKNOLL. La Sociedad para misiones extranjeras de —: 282 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- MATER DOLOROSA.** La — y los planes de D.: 267, 268.
- MATERIALISMO ATEO.** Pregunta irónica del — a los cristianos: 188 c.
- MATRIMONIO.** *El sacerdocio y el* — (15 I 41): 389-396. Magnificencia del más modesto —: 392 a-b. El vínculo divino del —: 58 c. Concepto verdadero de la felicidad en el —: 388 b-c. El —, sacramento: 391 c, 392 b-c. El *sí* sacramental del —: 266 b-c. *Ius naturae en el* —: 242 b. El — y la unión de Cristo con su Igl.: 392 c-393 b. Todo —, aun el más humilde, es sacramento: 392 a-b; y ¿por qué?: 392 b-393 b. El — inválido y la S. Rota R.: 242 a-b. El — y la unión de Cristo con la Igl.: 298 a. Doctrina singular de Santo Tomás de Aquino sobre el —: 392 b-c, 394 a-b. Unión de corazones en el —: 298 c. Las gracias especiales del —: 394 b-c. Por qué son dadas a los esposos: 394 c. El florido sendero del — es accidentado: 50 c. El —, guirnalda de rosas: 266 a-b. Amor, dolor y tribulaciones en el —: 388 a-b. Consuelos y dulzuras en el —: 387 c. Los misterios gozosos en el —: 265 c-267 a-b. Los misterios dolorosos en el —: 267 c. Los misterios gloriosos en el —: 268 a. La confianza en el —: 402 c-403 a. La vida del — debe ser incesante oración: 51 a. El —, cenáculo de oración: 51 c. La vida cristiana en el — y el Apostolado de la Oración: 51 a-b. La verdadera gloria del —: 268 a-269. El espíritu del Rosario en el —: 267 a. Cf. Esposas, Esposos, Nuevos esposos, Autoridad, Auxiliares de los padres, Auxilios..., *Ave María*, Cabezas de familia, Catequistas, Concubinato, Creador, Crisanto..., Cuna, Designios..., Esperanza, Extravíos, Familia cristiana, Fecundidad, Fernando III, *Fiat*, Fidelidad..., Generación espiritual, Graves deberes, Graves obligaciones, Herencia, Hijos, Hijos de santos, Holocausto, Ideal, Indisolubilidad, *Ius naturae*, Juan Bautista (S.), Madre, Madres cristianas, Maridos, Niños, Noé, *Padre Nuestro*, Padres, Papa, Paternidad, Pequeñuelos, Piedras vivas, Providenciales..., Pruebas, Raquel, Reconciliaciones, Rosario, Rota Romana, Sacramentos, *Sí*, Sociedad familiar, Tomás de Aquino (S.), Unión conyugal, Unión de almas, Unión de corazones, Unión divina, Unión matrimonial, Vínculo.
- MATRIMONIOS.** Los — y San Miguel Arcángel: 111 b-c. Legitimación de — irregulares: 34 b-c. Cómo se tornan a D. los esposos y las familias, por la legitimación de los —: 34 c. Cf. Parejas infieles. *Memento.* El — de los vivos: 327 a.
- MENDELSSOHN.** La melodía de — y Racine: 115 b-c.
- MESA EUCARÍSTICA.** Toda la familia (esposos, padres e hijos) en torno a la —: 194 a.
- MESSINA (P. José, S. J.).** El — dirigió los Santos Ejercicios Espirituales en el Vaticano: 343, 346 b-c.
- [METEMPSICOSIS].** Falsa la — de los filósofos de Samos o del Ganges, antiguos o modernos: 429 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- MIES DE ALMAS.** Placentera aparece la —, pero sacudida por tempestades: 282 c-283 a.
- MIGUEL (San).** —, vengador de los derechos de D.: 111 c. «Jefe del Paraíso» es —: 112 c. —, introductor de almas junto a D.: 112 b-c. Iconografía y tradición de —: 111 b-c. El arcángel —, jefe de los ángeles fieles: 111 c-112 b. Amor de — a los hombres: 112 a-b. También — es protector de los matrimonios: 111 b. Oración con la Igl. a —: 114 c-115 a.
- MIGUEL I.** — rey de Rumania: 331, 332 b.
- MIGUEL CERULARIO.** El Patriarca — y los monasterios latinos: 275 b.
- MILAGRO.** El — de los panes: 9 a.
- MILÁN.** Alegría y gloria de — ante el recuerdo de Pío XI, a quien dió cuna y báculo: 407 b.
- MILICIA.** Cómo la vida es — [lucha]: 320. La vida del hombre sobre la tierra, cómo es —: 433 c.
- MINISTROS DE LOS ENFERMOS.** Los «—» fundados por San Camilo de Lelis: 186 b.
- MISA.** La — de precepto: 326 b-c. Participación de todos en la acción santa [—]: 327 a.
- MISAL ROMANO:** Cf. Libros.
- MISERIA CORPORAL.** La — y la crudeza del vicio: 33 b-c.
- MISIONEROS.** Ardua labor de los — en el tiempo venidero: 282 b. Hechos y sufrimientos de los —: 283 a-b.
- MISIONES.** Generosidad para con las —: 284 b. Las — y la devoción al S. C. de J.: 120 a-b. Día de las —: 281 b. Cf. Recuerdo..., Africa, América, Asia Oriental, Bautismo, Celo, Conversiones, Día..., Dueño de la viña, España, España misionera, Españoles, Estados Unidos..., Flores..., Francisco (S.), Iglesias, Iglesias pobres, Impulso..., Judaísmo, Judíos, Lestrangle, Limosna, Mies de almas, Misioneros, Neófitos, Nuestras oraciones, Portugal, Sagrado Corazón, Tabernáculos.
- MISTERIO DE LOS MISTERIOS.** La Trinidad y la Redención es el —: 430 c.
- MITRIDATISMO:** 209 a.
- MODA Y MODESTIA.** Naturaleza y condición de la —: 254 a.
- MODAS.** Las señoras y las señoritas ante las —: 254 b-255 a. Tiranía de las —: 254 b.
- MOLE ADRIANA.** San Miguel corona la —: 113.
- MOMENTO PRESENTE.** Gravedad del —: 127 c.
- MONASTERIOS BIZANTINOS.** Los — en Italia: 274 c.
- MORAL.** Sólo la — de Cristo salvará a la sociedad: 159 c.
- MUJER.** La generosidad en la —: 251 c-252 a. Honestidad externa en la —: 253 b. La — prudente, el amor y la piedad: 194 a-b.
- MUJERES Y MADRES.** Las — lloran, como Raquel, a sus hijos: 360 b-c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- MUNDO.** Los últimos veinte años del — [1940] valen por muchos siglos: 248 b. El —, falto del espíritu evangélico del sacrificio: 160 c. Ante el — en lucha, la única esperanza está en el D. de nuestros tabernáculos: 10 a. Triunfo de D. en el —: 108 a-b. El —, admirador de Pío XI: 407 b. El — perece en la violencia, falto de corazón: 123 a. «Id al —», manda el P. a la A. C.: 233 a-b. El espíritu del —, incompatible con la caridad: 32 b.
- MÚSICA.** La — y la armonía humana: 62 b-c. La —, don de D. (62 b) que conduce los hombres a D.: 62 b. Movimientos y efectos de la — instrumenta: 62 a. Cf. Agustín.
- MUTUO PERDÓN.** Cómo encontrar fuerza para el —: 178 b.
- NACIONES.** Nuevas — [¿Italia?] (8 V 40) amenazadas por la guerra: 114 b. Las — fautoras de la paz, arrastradas a la guerra también: 129 c. Abismos cada vez mayores entre las —: 146 c.
- NARRACIONES.** Las delicadas — en la Biblia y en la literatura: 208 b-c.
- NATURALEZA.** La muerte y la vida en la —: 386.
- NATURALEZA DIVINA.** El hombre participa de la — por la gracia: 296 c-297 a.
- NAVIDAD.** La liturgia de —: 356 a-b. El gozo de — no puede ser anulado: 357 a-c.
- NAZARET.** *El modelo de* — (10 IV 40): 65-72. —, ideal de la familia: 153 b-c. Oración de la Santa Familia en —: 69 c-70. — y la familia cristiana: 311 b.
- NECEDAD DE DIOS.** La —, más sabia que los hombres: 431 c.
- NECESIDADES.** Protección del S. C. de J. a las familias en sus —: 153 c-154 a.
- NEÓFITOS.** Los —, «hijos de nuestras oraciones»: 122 a-b.
- NEOPAGANOS.** Los —, idólatras del oro, del placer y del orgullo: 123 a.
- NICOLÁS V.** — y Scanderbeg: 275 a.
- NIÑAS DE LA CRUZADA:** Cf. Cenáculo.
- NIÑOS.** Sueños de las madres sobre sus —: 78 c. La oración de los — con los padres: 78 a-b. Los — darán a Nuestro Señor su corazón puro y fuerte: 164 a. Los —, soldados de Cristo: 163 c. — inocentes, arrojados de sus casas y asesinados: 43 b.
- NIÑOS DE LA CRUZADA:** Cf. Cenáculo.
- NO ARIOS:** Cf. Arios.
- NOBLEZA:** Cf. Patriciado.
- NOBLEZA SOBRENATURAL.** Gloria y entraña de la —: 169 a.
- NOÉ.** Dios, — y su familia: 152 b-c.
- NOMBRE ITALIANO.** Verdadero triunfo del —: 106 c.
- NOVEDAD DE VIDA.** La — espiritual según San Pablo: 42 a-b.
- NOVIEMBRE.** Conmemoraciones litúrgicas de —: 309.
- NUESTRA SEÑORA.** — de la Paz, dulce nombre de la capital de Bolivia: 215 c. — del Retiro en el Cenáculo: 47 b.

ÍNDICE ANALÍTICO

- NUESTRAS ORACIONES. «Hijos de —», los neófitos: 122 a-b.
- NUESTRO TIEMPO. Alejamiento de D. en —: 95 c-96 a. Peligros que — anuncia: 49 c-50 a. En — es falaz toda previsión humana y es deficiente toda potencia humana: 26 a.
- NUEVA FAMILIA. Santidad de la — por la inviolable unión con D.: 314 c-315 a. La — ante las tres Igl.: 310 b.
- NUEVAS SANTAS. *En honor de las — María de Santa Eufrasia Pelletier y Gemma Galgani* (2 V 40): 91-96.
- NUEVO HOGAR. El — y el Crucifijo: 417 a-b. El — y el S. C. de J.: 417 a-b.
- NUEVO MUNDO. El — y las carabelas de la España misionera: 21 b.
- NUEVO ORDEN. *Bases para un — en Europa* (24 XII 40): 355-368. Victoria sobre el odio en el —: 364 c-365 a. Necesidad de una declaración doctrinal [diciembre 1940] sobre el futuro —: 366 b. El — de Europa y del mundo en la postguerra: 362 b-364 c. Todos reclaman un —: 362 b-c, 364 b-c. Los trabajadores y el —: 363 a. Las cinco bases indispensables para el —: 364 c-366 b. Oraciones por el acierto del —: 366 c-367 a. Instauración de un — cristiano: 147 a. Momento difícil, la llegada del —: 366 c. Los arquitectos del — futuro: 147 a. Cf. Bases indispensables, Civilización, *Communis opinio*, Conciencias, Contraste, Coral majestuoso, Costumbres, Creador, Crisis actual, Cristianismo. Cristianos, Cristo, Cuestiones, Depresión moral, Derecho, Destinos, Dios, Dios desconocido, Discordancia, Disonancia..., Economía mundial, Equilibrio. *Erudimini!*, Esfuerzos..., Fraternidad, Fuerza, Futuras..., Gobernantes, Guerra, Hora presente, Humanidad, Imperios, Justicia, Juventud, Leyes..., Libertad, Mañana, Naciones. Obra de C., Pacificación..., Pactos, Papa, Paz. Propaganda, Relaciones, Responsabilidad, Solidaridad, Sordos, Tendencias..., Tiempos actuales, Transformación..., Tratados, Triunfo de D., Triunfo final, [Utilitarismo], Valores..., Voluntad de los hombres.
- NUEVO TESTAMENTO. Perdón de las ofensas en el —: 177 b-c.
- NUEVOS ESPOSOS. Ardor de la fe y devoción de los —: 385 a-b. La alegría de los — ante el P.: 75 b. El P. y los —: 75 b-c. Cf. Almas, Amor, Amor cristiano, Ancianos. Ángel, Ángeles fieles. Anillo nupcial, Ansias y esperanzas, Antepasados, Antiguo Testamento, Apostolado, Apostolado de la O., Arcángel protector, Armonías humanas, Audiencia de D., Audiencia del P., Avisos..., Bautismo, Beso de amor, Boda, Bodas sagradas, Buenas lecturas, Calvario, Cantata..., Cántico..., Caridad, Caridad cristiana, Casados, Casas, Catecismo, Celos, Cenáculo, Ciudad, Comunión. Conocimiento de D., Consagración, Corazón de fe. Corazones. Cordero, «Creced...», Cristiano, Cristo, Crucifijo, Cruz, Deberes de estado, Deberes de la familia, Dios, Domésticas, Educación, Espectáculos y reuniones, Espectro de la guerra; Esposas, Esposos (hombres),

ÍNDICE ANALÍTICO

Esposos, Estados de vida; Estéril egoísmo; Eucaristía, Familia, Familiares, Familias, Fe, Fecundidad, Felicidad, Felicitas, Fieles, *Filotea*, Flores, Francisco de Sales, Gracia especialísima, Hogar doméstico, Iglesia, Iglesia parroquial, Imagen, Incompatibilidad, Infelicidad, Injurias, Jesucristo, José (S.), Libros, Linfa de vida, Lot, Malas lecturas, Matrimonio, Matrimonios, Mesa eucarística, Miguel (S.), Modas, Mujer, Mujeres y madres, Mutuo perdón, Naturaleza, Nazaret, Necesidades, Nueva familia, Nuevo hogar, Nuevos hogares, Obrar y orar, Obras de misericordia, Obras ordinarias, Obreros, Ofensas, Oración, Oración de la noche, Pan cotidiano, Papa, Pareja humana, Parejas infieles, Paz doméstica, Peligros, Piedad, Placeres, Previsión humana, Primavera, Prisionero de amor, Promesas, Providencia, Publicaciones, Recristianizar, Reino de D., Rencor, Rey, Rosario, Rosas, Sagrado Corazón, Santiago el Mayor, Sara, Tobías, Todos los Santos, Vencer dos veces, Veneno lento, Vida, Vida de oración, Vida espiritual, Virtudes teologales, Zebedeo.

NUEVOS HOGARES. — consagrados al S. C. de J.: 154 a-b.

[NUEVOS SIGLOS]. Los — comienzan en la Resurrección de Cristo: 40 a.

OBLACIÓN. La — de sí mismo en la A. C.: 229.

OBRA DE CRISTO. La gran — es reconciliar al mundo con D.: 161 c.

OBRAR Y ORAR. —, deber del corazón: 123 a-b.

OBRAS DE MISERICORDIA. Los esposos y las —: 185 b-187 c.

OBRAS ORDINARIAS. En todas las — somos colaboradores de D.: 51 b.

OBROS. Los — de la construcción de la Ciudad de D. (cielo): 393-394 a.

ODIO. Victoria sobre el — en el nuevo orden: 364 c-365 a.

OFENSAS. Las — cotidianas entre los esposos: 178 b-c. 179 c. El perdón de las — en el A. T. (176 c-177 b) y en el N. T.: 177 b-c.

[OLIVEIRA SALAZAR]. El jefe del Gobierno de Portugal (—), artífice de la obra de paz entre el Estado y la Iglesia: 290 b-c.

ORACIÓN. *La unión en la — según las enseñanzas de San Francisco de Sales* (12 II 41): 411-420. La — confiada y ardiente, humillada por la penitencia: 339 a. Todo deber bien cumplido es —: 48 b-c. La —, audiencia divina para los esposos: 77 a-b. La — y el matrimonio: 51 b. La — y la vida de los esposos: 413 a-b, 414 b-415 b. La — de los esposos, mancomunada: 77 b-78 a, 415 c. La —, sólo para las mujeres (!!): 193 c. Cf. Acción Católica, Almas, Apostolado de la O., Crucifijo, Dios, Esposos, Familia, Flores, Hogar doméstico. Hora presente, Italia, Jóvenes, Limosna, Matrimonio, Miguel (S.), Nazaret, Nuevo hogar, Obrar..., Pan cotidiano, Papa, Paz, Preciosísima sangre, Pueblo romano, Reina de la Paz, Rosario.

ORACIÓN. — al Redentor, nacido en Belén: 367 b. La — en la A. C.:

ÍNDICE ANALÍTICO

- 229 b-c. — por la paz: 306 b. — conmovida del P. por la paz: 10 b-11 b, 340-342.
- ORACIÓN DE LA NOCHE. La — en familia [esposos, padres e hijos, domésticos y colaboradores]: 416 b-c.
- ORACIÓN FAMILIAR. La — es el impulso de las almas creyentes: 416 c.
- ORACIONES. Los neófitos, «hijos de nuestras —»: 122 a-b. Las — públicas mandadas por la paz: 339 a-b.
- Orad, orad, orad*, consigna del P. para todos, especialmente para la A. C., para seminaristas y sacerdotes: 229 b-c. *Orate, fratres -amate, fratres -vigilate, fratres*, fué la consigna del P. [E. P.] a Francia [1937] en Notre Dame: 350 a.
- ÓRDENES RELIGIOSAS. Las —, devotas del S. C. de J.: 120 b-c. Las — y Congregaciones no son sacramento: 391 c-392 a.
- ORGULLO. El —, mal de la humanidad: 50 a.
- ORIENTE. El P. ama singularmente las regiones (cristiandades) del —: 273. Cf. Alba Iulia..., Bari, Benedicto XIV, Benedicto XV, Bizantino, Bizantino-rumano. Calixto III, Cisma de O., Clemente VIII, Colonias griegas, Cristianismo, Dacia, Griego, Griegos, Grottaferrata, León IX, León XIII, Lungro, Miguel Cerulario, Monasterios..., Nicolás V, Rito bizantino, Rito griego, Ritos orientales, Rumania, Santo Oficio, Scanderbeg, Sicilia, Sínodo..., Urbano II.
- ORSINI (DOMINGO). Discurso del Príncipe Asistente al Solio Pontificio — ante Su Santidad: 377, 379.
- PABLO (San). — de Tarso, resucitado, entre los sabios modernos: 426 b. — y la predicación: 423 b-c. Doctrina de — sobre la vida nueva (42 a-b), sobre la gracia, la modestia y la honestidad: 203 a-b. — y el hombre pagano: 185 c-186 a. — y los santos: 314 b. Enseñanzas de — a los fieles de su tiempo: 159. La Roma de Pedro y —: 15 a.
- PACIENCIA. La —, gran don de D.: 134 c.
- PACIFICACIÓN DEL MUNDO. Nadie debe retardar la — por el Rey del amor (Cristo): 162 a-b.
- PACTOS. La observancia de los —: 365 a-b.
- PACHECO [Prof. Antonio Faria Carneiro]. Primer Embajador de Portugal junto a la S. S.: 287, 289, 291 b-c.
- PADRE CELESTIAL. El — y toda la familia: 70 b.
- Padre Nuestro*. El —, programa del matrimonio: 266 b-c. El — cotidiano de los esposos: 179 c-180 a. El — de los esposos y padres, junto con los hijos: 78 b-c.
- PADRES. Responsabilidad de los — en la paternidad: 394 a. Los — no transmitirán sangre viciada: 168 a-b. Responsabilidad de los — en la propagación y transmisión de la vida espiritual: 394 c. Relaciones entre — e hijos: 178 c-179 a. Deben los — buscar sacerdotes y catequistas, y también educadores, para sus hijos: 395 a-b.

Cómo los — pueden envenenar las almas de sus hijos: 210 b-211 a.
 Los —, gloria de sus hijos: 268 c-269 a. Cf. Abraham, Ancianos, Antepasados, Auxiliares..., Boda, Casas, Catequistas, Comunión, Deberes..., Familia cristiana, Fecundidad, Herencia, Hijos de santos, Madre, Madres..., Matrimonio, Mujeres..., Obreros, Oración de la noche, Paternidad, Piedad, Sacerdotes.

PAGANISMO. Esclavitud del hombre en el —: 7 c. El moderno — de algunos pueblos: 52 b. Almas que retroceden al —: 431 c.

PALABRA. La — y el libro: 200 c-201 a.

PALADIÓN. María es el — de la Ciudad Eterna: 88 c.

PALESTINA. Paso de Jesucristo por —: 191 a.

PAN CELESTIAL. El — para la Juventud en su largo caminar: 249 a.

PAN COTIDIANO. El —, asegurado por la oración y la confianza: 70 a.

Asegurar el —, preocupación del padre de familia: 69 a.

PANTEÓN. Dedicación del — en Roma: 310 c.

[PANTEÍSMO]. El moderno — y D.: 428 a.

PAPA. El — y Pío XI: 407 ss. El —, cargado por el supremo Pontificado, bendijo al pueblo romano y al mundo entero: 5 c. Recuerdo de la elección del —: 25 a-b; celebrando solemnemente (3 III 40) en la Basílica Vaticana: 3. El — celebró de Pontifical y dijo la Homilía el día de Pascua (24 III 40): 37. También celebró el — y dirigió al pueblo una venerada Homilía, el día de la súplica universal: 333 ss. La voz del — y el Redentor: 75 c-76 a. Necesidad del — de conversar familiarmente con el S. Colegio (127 b-c), a quien tanto estima: 355 a-b. Oración y deseos del — para el S. Colegio y su Curia: 355 c-356-a. El — y la S. Rota R.: 241 a-b. El — nunca olvidará memorables acontecimientos: 5 c. El — representa al Salvador, para hacer bien a todos, cuyo Padre común es: 31 a. El —, los ritos y la liturgia: 278 a. Suspiro y deseo del alma del —: 26 b. Patria terrestre del —, amor y gloria: 6 a-b. El — y los Santos Patronos celestiales de Italia (S. Francisco de A. y Sta. Catalina de S.): 97 ss. El — y Portugal: 289 ss. La persona del —, confiada a la G. N. P.: 372 c. El —, Padre de todos: 319 a-b, 337 c-338 a. Amor singular del — a Roma: 379 b-c; su intimidad con su grey romana: 6 b. El — e Italia: 100 a-b. Alegría del — entre el dolor y la tristeza: 6 c-7 b. Cómo sufre el — con los demás: 371 b; angustias y consuelos: 93 b; fuente de su dolor: 242 b-c. Tristeza del — en la hora presente: 259 b. Consuelo del — al recibir a los recién casados (75 a-b, 391 a-b), deseando consolarles en esta agitada época: 159 b-c. El — y los nuevos esposos: 75 b-c, 79 a. Angustias del — ante las ruinas y dolores de la guerra (360 b) y singularmente por los prisioneros: 360 c, 361 a-b. Gratitud y orgullo del — por la fidelidad heroica de tantas almas: 359 b-c. Auxilios y donativos del — a los prisioneros en Navidad: 361 b-c. Especiales limosnas del —, aun a los «no arios»:

ÍNDICE ANALÍTICO

- 361 c. Angustias del — en el momento actual (4 IX 1940): 227 a-b. Profunda compasión del — por la humanidad: 31 b. Doble deber del — como padre de la Cristiandad: 146 c-147-a. Angustia del — ante la nueva amenaza de que la guerra se extienda a otras naciones [¿Italia?] y a los nuevos hogares (8 V 1940): 114 b. Paterno amor del — a todos los beligerantes: 131 c-132 a. Avisos del — a gobernantes y pueblos (216 b) y a todos los beligerantes (2 VI 1940) para que no olviden los deberes de la humanidad: 130 a-b. Tristeza del — ante la guerra: 129 a, 337 a-b, 216 b. El — y el azote de la guerra: 216 b. El — y la paz: 337 a. El — y la paz justa: 362 a-b. Alegría del — al recibir a los Párrocos y Cuaresmeros de Roma: 423 c. Llamas que el — quiere comunicar a su pueblo romano: 434 c. El — agradece los sacrificios infantiles: 163 a-b. Satisfacción del — en dos conciertos: 61 c, 115 a-c. El — y la A. C. (227 a-b), a la que agradece sus dones y oraciones (234 c-236, 319 c), especialmente a la J. F. de A. C.: 252 a-b. Consignas especiales del — a seminaristas y a la A. C.: 229 b-c, 231 c-233 b. Qué es el — para los nuevos esposos (75 b-c), que también orarán por él: 79 a. El — y el Rosario: 265 ss. El —, deudor a todos: 26 c. Alegría del — porque hay paz en Italia: 26 c. El — y España: 21, 260, 303. Elogio del — a los fieles de los EE. UU. por su especial generosidad: 281 ss. El —, unido a los fieles del Perú, ante Cristo Rey (304 a-b), gozando por el Congreso Eucarístico: 303 b. Compasión del — por Francia: 145 b. El — y Santiago apóstol: 191 ss. Canto del — a la Virgen (87-89), a San Francisco y a Santa Catalina: 100-101 a. El — sólo en D. tiene esperanza y confianza: 26 c. Intenciones del — para las oraciones: 235 b. Oración del — por la paz (89 c, 10 b-11 b), por Italia [5 V 1940] (107 b-108), por Roma y por el mundo entero: 10 b-11 b. Cf. Abandonados, Acción Católica, A. C. Italiana. Adultos, Alemanes, Algunos países, Aliados, Altar, Año nuevo, Arios, Asistencia..., Audiencia del P., Boetto, Cardenal Decano. Concierto, Cristo, Eugenio I, Florecillas, Francia. Germánicas, Humanidad, Ingleses, Italia, *Orad...*, Papa [E. P.], Párrocos romanos, Paternidad, Paz, Portugal, Primer aniversario, Prisioneros, Prófugos, Pueblo italiano, Pueblo romano, Radio, Reina de la Paz, Representantes..., Sacro Colegio, *Servus...*, Súplica universal, Triunfo de D.
- PAPA [E. P.]. Gestiones, como Legado de Benedicto XV, en favor de los prisioneros durante la guerra [1914-1918]: 360 c-361 a. Visión, por el —, de la *Riviera* de Génova, su puerto y sus montes: 83 b-c, cuando su viaje a Buenos Aires [1934]: 83 b. Viaje del — a los EE. UU.: 281 b-c. El — en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires: 259-260 a. El — en Lisieux y en París [1937]: 349 c-350 a, 145 b; consignas que dió a Francia: 350 a. El — fué

- Cardenal Protector de las Damas de San Vicente de Paúl: 31 a.
- PAPADO. Fin principal del —: 17 a-b. Cf. Catalina de Siena.
- PAPAS. Los — y las dotes a doncellas: 99 b.
- PARALÍFICO. El pobre — que solemniza sus bodas de oro: 33 b.
- PAREJA HUMANA. La primera — y San Miguel: 111 c.
- PAREJAS INFIELES. El estéril egoísmo de las — [matrimonios] en su deber: 192 c.
- PARÍS. Las Damas de — durante la *Commune*: 34 b.
- [PARTIDOS POLÍTICOS]. La Igl. no puede mezclarse en las diversas tendencias (o teorías) humanas: 363 b.
- PARROCOS. Los — son pastores, padres, médicos: 424 c. Constancia y abnegación de los — romanos: 5 b. Los — de Roma, reunidos para escuchar al P. (423 a-b, 421-435), que tan agradecido les está: 5 b. Cf. Ciudades, Fe, Sectores sociales.
- PARROQUIAL. La Misa —: 326 c.
- PASCUA. La primera — en el A. T.: 169 a-b.
- PASCUA DE RESURRECCIÓN. La segunda Homilía de la — (24 III 40): 37-44.
- PASIÓN. Las horas dolorosas de la —: 170 a.
- Passio Ss. Perpetuae et Felicitatis*: 253 c-254 a.
- PATERNIDAD. Doble —: 393 a-b. Comparación entre la — espiritual y la — carnal: 392 a-c. Gravísima responsabilidad de los padres en la —: 394 a. La — espiritual del P.: 319 a-b.
- PATRIA. La — del cielo y la de la tierra: 223 b-c. Degeneración del amor a la —: 177 a. Confiar la — al S. C. de J.: 154 a. Cf. Catalina de Siena (Sta.), Ciudad, Colina Capitolina, Derramar..., Facciones, Familia, Francisco de A. (S.), Guerra, Hora actual, Hora presente, Iglesia, Odio, Paladión, [Partidos políticos], Patriciado..., *Poverello*.
- PATRICIADO ROMANO. Gratitud del —: 379 a-b. La nobleza de la beneficencia y de la virtud en el — y su historia: 381 b. Deberes del — en la hora presente: 381 b-c.
- PATRIMONIO. El verdadero — en herencia (880 c), más precioso que la sangre: 108 c. Deberes estrechos del —: 381 a. El — moral de la humanidad: 145 c. Colapso, con la guerra, del — espiritual: 129 b-c.
- PATRONOS PRINCIPALES DE ITALIA. *Poder y glorias de los celestiales* — (5 V 40): 97-108.
- Par vobis!: 47 a, 50 b, 52 b, 195 a.
- PAZ. Los Apóstoles, anunciadores de la —: 51 c. La — del apostolado durante la tempestad: 51 c. La — interior y la — exterior: 17 c-18 b. La —, suspiro y deseo del P.: 26 b. La — verdadera es triple: 17 c-18 b. Angustia, ansia y suspiros por la —: 199 b-c. La — en el mundo es también fin misionero: 284 a-b. La — yace triturada (42 c) entre tantas ruinas: 107 a. La —, fundada

ÍNDICE ANALÍTICO

- en la justicia, en el conocimiento de D. y en N. S. J. (26 b-c), no vendrá sino con el sol de la caridad: 36 b. La — del alma en la devoción al S. C. de J.: 189 a-b, 162 b. Nada deja de hacer el P. por la —: 387 c. La — se ha perdido por alejarse los gobernantes de D. y de su Cristo: 52 a. La — es la paloma que se ha tornado al Arca de la Alianza (el S. C. de J.): 199 c-200 a. Son vanos los esfuerzos del hombre por la — (51 c), que sólo se reconquistará tornándose todos a D.: 52 a. Ratifica el P. [diciembre 1940] las [cinco] bases [o principios] fundamentales [proclamados en 1939] para una — justa: 362 a-b. Intervención de D. e intercesión de María para la —: 114 c. Oraciones por la —: 10 b-11 b (21 IV 40) 89 c, 107 b-108, 134 c-135 a, 261 c-262 a, 306 b. La devoción al S. C. de J. y la —: 50 a. Oración por la — a las dos nuevas Santas (M. Eufrasia Pelletier y G. Galgani): 96 b-c. Cf. Asistencia..., Bases..., Concordia, Coral..., Cristo, Cuestiones, Discordancia, Hombre, Jesucristo, Justicia, Naciones, Oraciones, Papa, Pueblo romano, Pueblos, Reina de la Paz, Tratados.
- PAZ DOMÉSTICA. *El Evangelio, fuente de la —* (26 VI 40): 157-164.
- PECADO ORIGINAL. El — rompió los lazos de amor entre D. y el hombre: 161 c.
- PEDIR. El secreto de — es un arte: 33 c.
- PEDRO (San). Comparación entre — y María: 87 c-88 b. Enseñanzas a los fieles de su tiempo: 159 b. La voz de — y el Símbolo: 434 c-435 a. La Roma de — y Pablo: 15 c.
- PELIGROS. Bendiciones del S. C. de J. a las familias en sus —: 153 c-154 a.
- PENAS. Las — y los sufrimientos de los demás son también del P.: 371 b.
- PENITENCIA. El sacramento de la —: 170 c.
- PENTECOSTÉS. La primera — y la A. C.: 233 c-234 c. En el Símbolo resplandece la primera —: 435 a. Las lenguas de fuego de — y [la necesidad que de ellas tenemos]: 234 a.
- Pequeñitas. Las — en la A. C.: 247 b.
- PEQUEÑUELOS. Ternura y autoridad con los —: 184 a-b.
- PERDÓN. La doctrina del amor y del — en el N. T.: 177 b-c. El — de Jesús llega a todos, menos a los desconfiados: 195 a-b.
- PEREGRINACIÓN GENOVESA. *A una imponente — en el 450° aniversario de la aparición de Nuestra Señora de la Guardia* (21 IV 40): 81-90.
- PEREGRINOS. Los — a Santiago en la Edad Media: 191 b.
- PERFECTOS CIUDADANOS. Los socios de la A. C. serán tan — como fervorosos cristianos: 228 c.
- PERPETUA (Sta. Vibia). Recato pudoroso de la mártir —: 253-254 a.
- PERSONA HUMANA. La —, rehabilitada por Cristo: 8 a. Cf. FILIACIÓN DIVINA.
- PERÚ. *Radiomensaje al Congreso Eucarístico del —* (27 X 40): 801-

ÍNDICE ANALÍTICO

806. Reino de Cristo en el —: 808 b-c. La instrucción religiosa en el —: 806 a-b. Triunfa Cristo Rey en todas las clases sociales del —: 805 c-806 a.
- PERUSA. *A una peregrinación de la diócesis de* — (10 IV 40): 70-72. Elogio y glorias de —: 71 a-b.
- [PETAIN] (Mariscal de Francia y Jefe del Estado francés): 849 a-b.
- [PETRARCA] no logró lo que Catalina de Siena: 108 b.
- PIEDAD. La — y la caridad: 88 a. La — transmitida de padres a hijos: 85 b. El sentimiento de — debe animar todos los actos de caridad: 88 a.
- PIEDRAS VIVAS. Los hijos son — de la ciudad de D.: 898 c, 894 c, 895 c.
- PIETRALATA. *A los niños y niñas de la parroquia de San Miguel arcángel de* — en Roma (26 VI 40): 163-164
- PIGNATELLI DI BELMONTE (Card.). Discurso del — al P.: 858, 855.
- PILATOS. Los — modernos: 859 a. La sangre divina, indeleble en —: 170 b.
- Pío IV. — y los ritos orientales: 276 b.
- Pío V. — y los ritos orientales: 276 b.
- Pío IX. — y los diversos ritos: 277-278.
- Pío X. — y la Comunión frecuente: 827 b-c. Cf. Acción Católica Italiana.
- Pío XI. *La excelsa figura de* — en una admirable síntesis de su *Angélico Sucesor* (9 II 41): 405-410. — y la A. C.: 222 a. — y el rito bizantino: 277 a-b. Doctrina de — sobre la devoción al S. C. de J.: 161 b-c. El P. — consagró el mundo al S. C. de J.: 162 a. — y la fiesta de Cristo Rey: 808 a. — presintió la gran tormenta de la guerra, y, como nuevo Moisés, se ofreció por su pueblo: 407 c-408 a. — y las futuras excavaciones en las Grutas Vaticanas: 407 c. — y la variedad de ritos: 277 a-278 a. —, Milán, Roma, Italia y el mundo: 407 b y ss. — vive en D.: 409 b. —, San Ambrosio y Santa Teresa del N. Jesús.: 408 c. Cómo nos habla —: 408-409 c. — y San Francisco de Sales: 899 c. Gratitud y veneración del P. a —: 407 b. El sarcófago de —: 408 b; recuerdos que suscita: 409 a. Cf. Acción Católica Italiana, Ambrosio (S.), Caccia-Dominioni, Candoglia, Grutas... Guerra, Schuster.
- PISTOYA. El conciliábulo de — y la devoción al S. C. de J.: 120 b.
- PLACERES. Los — y bienes del mundo hacen fría y descuidada la fe: 326 c. Ansia de — en nuestro tiempo: 96 a.
- PLATÓN. La felicidad y —: 427 b.
- POBLACIONES OCUPADAS. El bien y el trato de las —: 181 a-b. Los derechos de las —: 181 c.
- POBRES. Los — y San Francisco: 104 a-b. Los — unen a D. con su ejemplo: 38 a. Gracias y consuelos que las almas caritativas deben a los —: 35 a-b. También los — tienen su corazón: 82 c-88 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- Los — han de ser buscados : 82 b-c. Los — y los ricos : 82 ss. Los —, bienhechores de los que les hacen caridad : 81 c-82 c. Ejemplos y virtudes maravillosas de los — : 88.
- POBREZA. Bandera de la — : 104 c. Bodas con la — : 104 b-c. Ejército de la — : 104 c-105 a. La — moral de las almas, debida a la desventura : 88 c.
- POBREZA EUCARÍSTICA. La — del D. del tabernáculo : 252 a.
- PODER HUMANO. Fallos de todo — : 26 a.
- POLACOS. Los — prisioneros : 861 a.
- POLÍTICA ARRELIGIOSA. La — frente a lo divino : 52 a.
- Pompeya (Nuestra Señora de) : 114 c.
- PORTUGAL. *Al nuevo Embajador de la República de — (20 X 40) : 287-292. Valiente y realista clarividencia [política] en — : 289 c. Centenario [1940] de — : 289 c. Giro providencial de — en lo religioso : 290 a. Libertad de apostolado en — : 290 c-291 a. Confianza del P. en el Episcopado, clero y fieles de — : 291 a. Concordato y acuerdo misionero con — : 291 a-b. Embajada de — junto a la S. S. : 287, 290 a. Labor del Gobierno de — bajo las aspiraciones del Presidente de la República : 289 b, 290 c, 291 b-c.*
- Poverello. Visión del — ante el P. : 99 c. Amor del — a Italia : 100 b. El —, sol de Asís : 100 b. La «cantata de las criaturas» del extático — de Asís, Patrono de Italia : 68 c.
- PRECIOSÍSIMA SANGRE. Fiesta y contemplación de la — : 167. La devoción a la — : 170 a-b. Oración litúrgica de la Igl. en la fiesta de la — : 175 a-b.
- PREDICACIÓN CUARESIMAL. Temas de la — : 424 b.
- PREDICADORES. Sean los — padres amorosos para todos : 433 c-434 a.
- PREJUICIOS. Los — disipados por la guerra : 145 c-146 a.
- PRENSA. La —, gran causa de la discordia de los pueblos : 211 b. La mentira en la — : 211 a. Las falsas informaciones de la — : 211 b. La —, causa de guerras : 211 b.
- PRESENCIA Y ACCIÓN DE DIOS. La — en nosotros : 426 b.
- ¡Presentes!, grito de los niños [ante la llamada del P.] : 163 c.*
- PREVISIÓN HUMANA. Falsedad de toda — : 26 a.
- PRIMAVERA. La canción de la — : 55 a-b.
- PRIMER ANIVERSARIO. *En el — de la elevación al Pontificado (8 III 1940) : 8-12. Las fervidas esperanzas del Padre en el — de la coronación (12 III 40) : 23-28.*
- PRIMERA COMUNIÓN. El Rosario de la — : 266 a. Preparación para la ultratardía : 84 c.
- PRIMITIVOS CRISTIANOS. La Eucaristía entre los — : 327 b.
- Primulas. Primaverales o — son las Aspirantes en A. C. : 247 b.
- PRÍNCIPES DE LA SANGRE. Por el bautismo somos — divina : 169 a.
- PRISIONERO DE AMOR. El — no se deja vencer en generosidad : 252 b-c.
- PRISIONEROS. Los — y el P. : 861 a-b. Millares de corazones laten

ÍNDICE ANALÍTICO

- con el P. en torno a los —, prófugos o desaparecidos: 361 c. Oficina informativa sobre —, organizada por el P.: 361 b-c. Gran dolor del P. por no poder llevar socorros a tantos —: 360 c.
- PRIVILEGIO.** Pertenecer a la A. C. no es situación de —, sino impulso de caridad y sacrificio: 229 c-230 c.
- Pro populo.* La misa —: 326 a.
- PROBLEMAS.** La Cátedra de Pedro señala a los hombres la solución de los — que los dividen: 216 a.
- PROFESIÓN DE NUESTRA FE.** Las verdades fundamentales de la —: 432 b-434 a.
- PROFESORAS:** Cf. Cenáculo.
- PRÓFUGOS.** Los — de Siria y de Egipto, «bizantinos», se refugian en Italia: 274 a. Informes sobre — y el P.: 361 b-c.
- PROGRAMA.** El — de la Juventud Femenina de A. C.: 249 a.
- [PROGRESO].** Todo el — humano, al servicio de la guerra y de la ruina: 43 a. Agitación en el — moderno: 224 a.
- PRÓJIMO.** Las ofensas del —: 179 a. Los santos y el —: 179 a-b, 187 b. Besos de los santos a las llagas del —: 187 b.
- PROMESAS.** Las — de los esposos a D. y a la Virgen: 269 c. Las — del S. C. de J. a las familias fieles: 162 a.
- PROPAGANDA.** Daños de una — falsa y desenfrenada: 364 c-365 a.
- PROTESTANTISMO.** Conversiones del — a nuestra fe: 35 a.
- PROVIDENCIA.** Enseñanzas de la divina — (8 I 41): 383-388. La — con José, con San José y con los padres de familia: 69 a-b.
- PROVIDENCIALES DEBERES.** Los — del dolor en el matrimonio: 267 c-268 a.
- PRUEBAS.** Las — en el matrimonio: 56 a-b. Ante todas las — y desventuras, D. inspira sendos remedios: 31 b.
- PUBLICACIONES.** Precisa apartarse de las — desmoralizadoras: 212 a.
- PUEBLO CRISTIANO.** Los dos amores sublimes del —: Jesús y María: 83 b.
- PUEBLO ITALIANO.** Cercano a la Sede de Pedro está el —: 106 c. Quiénes honran al —: 107 b-c. El P., Padre y Pastor del —: 5 b.
- PUEBLO ROMANO.** Singular amor del P. al —: 6 a-b. Manifestación de la fe y de la devoción filial del — al P.: 5 b-c. Oración del — con el P. por la paz: 10 b-11 b.
- PUEBLOS.** Los —, renovados por los Apóstoles: 40. Angustias y sufrimientos de los —: 39 b. Sólo D. hace vanos los pensamientos de los —: 107 a. La paz de los — yace triturada: 42 c. D. y los —: 242 c. Heridas espirituales de los —: 359 c-360 a. Homenaje múltiple, ante la Eucaristía, por la paz de los —: 9 c. Los destinos de los —: 290 b. Cf. Aldeas, Alejados de D., Algunos países, Arios, Bases..., Costumbres, Cruz, Cuestiones, Destinos, Evangelio, Facciones, Fraternal..., Fraternidad, Gobernantes, Heridas..., Imperios, Odio, Pactos, Paz, Prensa..., Solidaridad, Tratados.

ÍNDICE ANALÍTICO

- PUREZA.** Las defensas de la —: 255. La «gran Cruzada de la —» y la J. F. I. de A. C. (1940): 258 c.
- Quis ut Deus?**: 112 a.
- RACINE.** Versos de — y los niños: 115 b-c.
- RADIO.** La — al servicio del P.: 281 b.
- RAQUEL.** Como — la Igl. llora a sus hijos: 154 b-c. Las madres, como —, lloran a sus hijos que ya no existen: 360 b-c.
- Rationabile obsequium.** Desgracia de la filosofa que niega el — a D. y a Cristo: 428 b.
- RAZÓN HUMANA.** Impotencia y límites de la — en lo divino: 427 c.
- REALEZA.** La — de Cristo: 303 b.
- «REBECCA».** En el velero — Filipina Duchesne marchó misionera a América: 121 c.
- RECIÉN CASADAS.** Prejuicio e imprudencia de algunas —: 194 a.
- RECIÉN CASADOS.** (8 V 40): 109 ss. *A numerosas parejas de —* (27 III 40): 45, 50-51, Cf. Matrimonio, Nuevos esposos.
- RECONCILIACIONES.** Las — prontas y sinceras en el matrimonio: 56 b.
- RECRISTIANIZAR.** Gran necesidad de — las familias: 159 c.
- REDENTOR.** Sacra herencia que nos trae el — triunfante: 39 b. El —, demasiado poco conocido y amado: 431 c.
- REGENERACIÓN.** El fundamento de la — espiritual de toda alma: 435 a. La — del género humano por la sangre redentora: 176 c.
- REINA DE LA PAZ.** María, —, puede cambiar el curso de la tormenta: 89 a. Oración de la Francia católica, con el P. [E. P.], a la — en Lisieux y en París: 349 c-350 a.
- REINA DE LOS MÁRTIRES.** María, —, y los planes de D.: 268 a.
- REINADO.** El — del S. C. de J. en la familia: 141 a-b.
- REINO DE DIOS.** El — en los individuos, en el tálamo, en los hijos, en la escuela, en la prensa, en la escena, en la radio, en las casas, en la vida social, entre los trabajadores: 261 b. Busquemos primero el —: 69 b.
- RELACIONES.** Las — comerciales languidecen: 43 a. Vuelta a la moralidad en las — internacionales: 365 c.
- RENCOR.** El — en el alma pecadora: 177 b.
- RENOVACIÓN ESPIRITUAL.** La — comienza con la resurrección de Cristo: 40 a. La —, necesaria para la suprema felicidad de la humanidad: 42 c. Todos debemos aplicarnos la —: 41 b.
- REPOSO HUMANO.** Condición y posibilidad del —: 200 a.
- REPRESENTANTES DEL PAPA.** Los — y los prisioneros en Italia, Inglaterra, Albania e Imperio Británico (Egipto, Palestina, India, etcétera): 361 a-b.
- RESPONSABILIDAD.** La grave — de los que habrán de organizar el orden nuevo: 366 c.
- RESURRECCIÓN DE CRISTO.** La — y la Historia: 40 a. La — fué el

ÍNDICE ANALÍTICO

- principio del nuevo correr de los siglos: 40 a. La —, renovación espiritual para todos: 40 a.
- RESURRECCIÓN ESPIRITUAL.** La lucha por la —: 41 c-42 a.
- RETIRO ESPIRITUAL.** Almas que vienen al —: 47 c-48 a.
- REVOLUCIONES.** Las — iniciadas [1939-1940] en Europa: 25 c-26 a.
- REY.** El S. C. de J. ha de ser — de la morada de los esposos: 162 a.
- RICOS.** Los — y los pobres: 32 ss.
- RÍOS DE SANGRE.** Los — y el mundo de las almas: 175 c.
- RIQUEZAS.** Afán desmesurado de —, moderado sólo por Cristo: 43 c.
Influencia de una desahogada situación (—) en la conducta virtuosa: 33 c.
- RITO BIZANTINO.** A los fieles de — en Italia (18 X 40): 271-278.
El — en Italia: 274 a-275 b. Los Santos de — (Nilo, Bartolomé): 274 b. Roma y el —: 277 a.
- RITO GRIEGO.** Obispos consagrados para el —: 277 a.
- RITOS ORIENTALES.** Los — y Roma: 275 b-277 a.
- ROMA.** — y Belén: 357 a. — y las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles: 191 a. Número grande de los mártires en —: 41 a. La ciudad de — asolada por la peste [año 590]: 113 a-b. — y Francisco de Asís: 105 a. — y Domingo de Guzmán: 105 a. División de — en facciones: 103 a. Los verdaderos protectores de —: 100 a. La miseria en —: 32 b-c. Grecia y —: 16 a-b. Los sabios de Atenas y —: 427 c. Es honor de — la defensa de los prófugos de rito oriental: 276 a. — y Grottaferrata: 273 b. La — antigua no será destruida, sino realzada, por el Cristianismo: 16 a. La nueva —, sobre las ruinas de la antigua: 16 a. Verdadera grandeza de —: 356 b. La predicación en —: 433 a. —, tiara y túmulo de Pío XI: 407 b. Gloria y canto triunfal de —: 6 b. (*Ciudad y civilización*): cf. Academia..., Atenas..., Augusto, Aviñón, Basílica..., Belén, Césares, Colina Capitolina, Columna Trajana, Doncellas, Fieles, Gracia, Gregorio Magno, Mole Adriana, Paladión, Panteón, Papado, Papas, Párrocos, Pietralata, Pueblo romano, Romas, Romanidad, Romanos, Santa María, Trajano. (*Vaticano*): cf. Bernini, Curia romana, «Estudio», Grutas vaticanas, Jurisprudencia, Matrimonios, Nobleza, Orsini, Patriciado, Pignatelli..., Radio, Rota Romana, San Pedro, Sumos Pontífices.
- ROMANIDAD.** El río de la — fecundante y perenne: 16 b-c.
- ROMAS.** Las dos — [Augusto; Pedro y Pablo]: 15 c.
- ROMANOS.** Admiración e invocación de los — a Francisco de Asís y Catalina de Siena: 106 c-107 a.
- ROSA [DE LIMA] (Santa).** — (de Santa María), flor primera de santidad de toda América: 304 c.
- ROSARIO.** Reina del Santísimo — es María: 114 c. *El — en familia* (16 X 40): 263-270. La devoción del — en todas edades y condi-

ÍNDICE ANALÍTICO

- ciones : 265 c-266 a. El espíritu del — en el matrimonio : 267 a. Cf. Rosas, Santo Rosario.
- ROSAS. La corona de — en el Rosario : 265-267. Las — de los impíos se marchitan : 265 c.
- ROTA ROMANA. *Para el año jurídico de la Sacra* — (1 X 40) : 237-244. El Tribunal de la —, orgullo y gloria de la Sede Apostólica : 241 a-b. El P. confía a la — la solución de causas particulares : 241 b. La — une la misericordia con la justicia : 241 a. Solicitud y estudio de la — : 239 b-c. Las «Decisiones» de la — : 240 b. «Estudio» de la Sacra — : 242 a. El matrimonio inválido y la — : 242 a-b. Controversias en la — : 239 a-b. Ciencia y perspicacia de la — : 240 b. La busca de la verdad en la — : 240 b.
- RUINAS ESPIRITUALES. Las — de la guerra : 132 c.
- RUMANA. Alegría del P. al recibir a los Pastores de la Igl. — : 15 a-b.
- RUMANIA. *Al nuevo Ministro Plenipotenciario de* — (15 XI 40) : 329-332. Fidelidad de — a la Roma de los Papas : 17 a. Relaciones entre la Igl. y el Estado en — : 332 a. Cf. Blaj, Dacia, Danubio, Rumana, Rumano, Trajano.
- RUMANO. El pueblo — y la paz : 331 b.
- SABER PEDIR. Secreto de la oración es el — : 69 c.
- SABIOS. Los — ignoran a D. : 426 a-b.
- SACERDOCIO. El —, sacramento : 391 c.
- SACERDOTES. Los — y los padres : 395 a-b.
- SACRAMENTOS. Los — y los estados de vida : 391. Cf. Altar, Anillo..., Apóstoles, Auxilios..., Bautismo, Boda, Celestiales..., Comunión, Cordero, Eucaristía, Fracción, Generación..., Gracia, Matrimonio, Penitencia, Regeneración, Renovación..., Vestido..., Víctimas.
- SACRIFICIO. Falta del espíritu evangélico del — : 160 c. El — en la Ley antigua : 169 b. El — de la Cruz y el de la Santa Misa : 325 c. El — en la A. C. : 229 a. Virtudes del espíritu de — : 160 c-161 a.
- SACRIFICIO DE PROPICIACIÓN. El — por la paz : 340 a.
- SACRIFICIOS INFANTILES. Los — ante el llamamiento del P. : 163.
- [SACRO COLEGIO]. *Alocución a los Eminentísimos Cardenales en la festividad de San Eugenio* (2 VI 40) : 124-136. El — auxilia al P. : 127 b. Discurso del Decano del — a Su Santidad : 355, 357 a-b. Colaboración del — con el P. : 25 a-b. Afanes y alegría del — comunes con el P. : 27 a.
- SAGRADA FAMILIA. Piedad y fidelidad de la — : 69 c. En la oración de la — de Nazaret, José recita, Jesús inspira, María une su dulce voz : 70 a.
- SAGRADO CORAZÓN. *El reinado del* — (5 VI 40) : 137-142. El — de Jesús, fuente de celo (119 b-120 a), escuela de dulzura y sendero de paz : 139 c. Las órdenes religiosas y el — : 120 b-c. Promesa del — : 139 c-140 a. El —, fuente de ternura : 139 a-b. Llamamiento universal del —, particularmente a las familias : 152 a. Gra-

ÍNDICE ANALÍTICO

- cias y promesas del —: 153 b-c. Los esposos y el —: 151 b-c. La imagen del — en las familias: 140. La efigie del — en el nuevo hogar: 417 a-b. Consagración del género humano al — por León XIII: 151 a-b. Consagración al —: 159 b-c. Protección y asistencia del — a las familias: 153 c-154 a. El culto del —, la gloria de D. y la salvación de las almas: 49 c. La devoción al — y el impulso misionero: 120 a-b. Cf. Apostolado de la O., Apostolado universal, Celadoras..., Compañía..., Comunión de los Santos, Congregaciones..., Consagración, Corazón..., Corazón de C., Devoción al S. C., Duchesne, Esposos, Familia, Familias, Género humano, Humanidad, Iglesia, Impulso..., León XIII, Matrimonios, Nuevo hogar, Nuevos hogares, Órdenes religiosas, Papa, Patria, Paz, Peligros, Perú, Pío XI, Promesas, Realeza, Rey, Salesas.
- SAGRADO CORAZÓN [RELIGIOSAS DEL].** Las — y la devoción al S. C. de J.: 120 c.
- SALESAS.** Las — y la devoción al S. C. de J.: 120 b.
- SALVACIÓN.** La — sólo viene de los montes eternos: 26 a. San Miguel, promotor de la — 113 a, 113 c, 114 a.
- SALVACIÓN DE LAS ALMAS.** La gloria de D. por la —: 49 c.
- SAMARITANO.** El buen — es modelo: 187 a.
- SAMUEL.** Cómo servía — en el Templo: 115 b.
- SAN PEDRO [TEMPLO DE].** El — acoge a todos: 6 a.
- Sanctus, sanctus, sanctus*, cántico de ángeles y elegidos: 115 c-116 a.
- SANEDRÍN.** El moderno —: 359 a.
- SANGRE.** La — esparcida por amor lleva perdón: 175 c. Función de la —: 168 a. La — fraterna mancha tierras, mar y cielo: 43 a. La — en el delito y en el delincuente: 169 c, 170 b. Cf. Derramar, Abismo.
- SANGRE DE CRISTO.** La —, sello de la nueva alianza: 161 c.
- SANGRE DIVINA.** Misterio de la —, inagotable: 175 b. Efusión redentora de la — del Verbo Encarnado: 169 c-170 a. La — y el Bautismo: 170 b.
- SANGRE HUMANA.** Valor de la —: 169 b-c. Cf. Abismo de sangre.
- SANGRE REDENTORA.** Realidad de la — de Cristo en la Eucaristía: 167 c. Lluvia benéfica y fecunda de la —: 176 a-b. Precio infinito, consuelo y huellas de la — de Jesús: 167 a-b.
- Sant'Angelo.* Castillo de —; historia y significación: 113 a-b.
- SANTA COMUNIÓN.** La —, íntimo encuentro de los esposos con D.: 76 b-c, 418 b.
- [SANTA FE].** La ciudad de — compendia la fe del pueblo argentino: 260 c-261 a.
- SANTA MARÍA.** La solemnidad de la Anunciación, durante muchos años, en — *sopra Minerva*: 99 a-b. La nave capitana de Colón fué la «—»: 86 a. El «—» de los esposos: 78 c.
- SANTA MISA.** La «Campaña de la —»: 826-828 a.

ÍNDICE ANALÍTICO

- SANTIAGO EL MAYOR. *Programa de vida según el ejemplo de —* (24 VII 40): 189-196. La vocación de —: 191 c-192 a. Perseverancia de —: 192 c-193 a. Predilección de Jesús por —: 192 c-193 a. Muerte de —: 194 c.
- SANTIAGO. El apóstol — y la caridad: 32 a. Las disensiones y las guerras, según el apóstol —: 161 a.
- SANTIAGO (Ciudad). —de Compostela y el sepulcro de Santiago el Mayor: 191 b. Camino de—: 191 b-c. Peregrinos a—: 191 b. Viaje (en espíritu) a —: 191 c.
- SANTIDAD. La —entre los antiguos y en el N. T.: 314 a-b. Notas esenciales en la —: 61 b.
- SANTIFICACIÓN PROPIA. La — previa, compañera de la conquista de almas: 47 b-c.
- SANTO EVANGELIO. La explicación del — y la misa parroquial: 326 c.
- SANTO OFICIO (Congregación del). La — y los ritos orientales: 276 a-b.
- SANTO ROSARIO. Las enseñanzas del —: 269 a-b.
- SANTOS. El misterio de los —: 101 b. Méritos de los — en la tierra: 314 c. Cómo son — los cristianos: 314 b. Quiénes son —: 311 a. Los — en todos los estados: 311 a-c. Ejemplo de los —: 94 a. Los — en el rito bizantino: 274 b.
- Santos Evangelios*: Cf. Libros.
- SANTOS PATRONOS. La Igl. ofrece — diversos para los distintos estados: 111 a.
- SANTUARIO. Los celosos ministros del — proceden, no pocos, de la A. C.: 326 b.
- SARA: Cf. Iglesia.
- SATANÁS. Esfuerzo de — por perder a los hombres: 112 b.
- SCANDERBEG (Jorge Castriota). Prestigio de —: 274 c-275 a. — y los Papas: 275 a.
- [SCHUBERT]. La «sinfonía incompleta» de —: 61 c.
- SCHUSTER (Card.) El — y el sepulcro de Pío XI: 405, 407 a.
- SECRETA FAMILIARIDAD. La — con las malas lecturas: 209 c-210 a.
- SECTORES SOCIALES. Muchos —, cerrados a la acción sacerdotal: 225 a-b.
- SEDE ROMANA. La — y la pureza de los ritos orientales: 276 b.
- SEGLARES. Las falanges del apostolado de los — (A. C.): 233 c.
- SELECCIÓN. La — en la A. C.: 229 a.
- SEMANA DE LA CARIDAD. La «—»: 183 a-b.
- SEMINARIOS. Los — se nutren de jóvenes de A. C.: 326 b. Los — para los ritos orientales: 276 c-277 a.
- Sentire cum Ecclesia*. El verdadero y vital —: 358 c.
- Señora de las Victorias*. Lepanto y Viena, y la advocación de Nuestra — para la Virgen: 89 a.
- SEÑORAS. Las —, almas y apóstoles de la caridad: 32 b y ss.

ÍNDICE ANALÍTICO

- SERVIR.** La nobleza del — : 372 a-b.
- SERVIR A DIOS.** Honor del — y a las almas : 371 c-372 a. Felicidad de — como Samuel : 115 b.
- SERVIR A LA IGLESIA.** El — según Santa Catalina : 102 b.
- Servus servorum Dei.** El P. es — : 371 c.
- SÍ.** El — sacramental del matrimonio : 266 b-c.
- SICILIA.** Eparquía bizantina fundada en — por Pío XI : 277 a.
- SÍMBOLO.** El — es la voz de Pedro y de los Apóstoles : 434 c-435 a.
- SÍNODO INTEREPARQUIAL.** — de rito bizantino : 271, 273 b-c, 277 b.
- SISTEMAS POLÍTICOS.** Variedad y libertad de los diversos — : 363 b.
- SOBERBIA HUMANA.** La — por el progreso : 224 a-b.
- SOCIEDAD.** La influencia de la — en la conducta virtuosa : 33 c. La — sólo por Cristo puede ser renovada : 43 c.
- SOCIEDAD CIVIL.** La A. C. merece bien de la — : 226 c.
- SOCIEDAD FAMILIAR.** La — es principio y núcleo de todo : 241 c.
- SOLDADOS.** Los cristianos, — de Cristo : 321 c.
- SOLEDAZ.** D. habla en la — : 48 a, 345 a-b. La — debe durar para las almas apóstoles : 47 b-c.
- SOLIDARIDAD.** La necesaria — jurídica y económica : 366 a.
- SORDOS.** La Igl. ha predicado más de una vez a — : 363 a.
- Stabat.* El — del Calvario y la cruz del matrimonio : 267 c.
- Su sangre sobre nosotros y nuestros hijos,* el grito de odio de los judíos, es grito de amor en los esposos cristianos : 171 a.
- SUFRIR.** Gozo en el — : 134 b.
- SUFRIR POR LA IGLESIA.** Dulce —, según Santa Catalina : 102 a-b.
- SUMOS PONTÍFICES.** Los —, el patriciado y la nobleza romanos : 379 a-380 a.
- SÚPLICA UNIVERSAL.** En el día de — (24 XI 40) : 333-342.
- SÚPLICAS.** Especiales — en todo el mundo por las víctimas de la guerra : 333.
- TABERNÁCULO.** En el — vive Nuestro Señor Jesucristo : 191 a.
- TABERNÁCULOS.** Multiplicar los — de las delicias divinas (en las misiones) : 284 c.
- TABOR.** Consuelos junto al — en el tiempo presente : 359 a.
- Te Deum:* 168 a.
- TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO.** Las almas, — en la doctrina de San Pablo : 253 a.
- TENDENCIAS POLÍTICAS.** Libertad para las diversas — : 363 b.
- TERESA DEL NIÑO JESÚS (Sta. Teresa Martin).** La «doctorcita» — : 251 b. — en el sepulcro de Pío XI : 408 c.
- TERRITORIOS OCUPADOS.** Autoridad, dignidad y orden jurídico en los — : 130 c-131 b.
- TIEMPOS ACTUALES.** Tristeza de los — y temores que presagian : 42 c-43 b.
- «**TIERRA DE FRANCISCO.** Italia fué la — : 105 c.

- TIRANÍA.** La — personal o colectiva hace esclavos a los hombres : 7 c.
La — de la moda : 254 b.
- TOBIÁS.** La oración de — y de Sara, modelo de la de los esposos : 415 b. Los cristianos esposos, — y su esposa : 309 c.
- TODOS LOS SANTOS.** Fiesta de — : 310 ss.
- TOMÁS DE AQUINO.** Doctrina singular de — sobre el matrimonio : 392 b-c, 394 a-b.
- TORMENTA.** Horrenda — que pasa sobre el mundo : 89 a.
- TORRENTES DE SANGRE.** En el mundo, — cubren ciudades y campiñas : 175 b-c.
- TRABAJO.** El — en Nazaret : 68 c, 153 c. El — manual de San José en Nazaret : 68 c. El — misional no sólo tiene lugar en tierras de misión : 35 b.
- TRABAJO Y ORACIÓN.** —, resumen la vida de todo apostolado : 122 c.
- [TRABAJADORES].** Ansia acuciante de los — ante lo futuro : 363 a.
- TRADICIONES CRISTIANAS.** Las primitivas — a la luz de las Grutas Vaticanas : 407 c.
- TRAJANO.** — y el Cristianismo : 15 c. Elogio y canto de — : 15 b. Recuerdo de — para Rumania : 15 b.
- TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR.** El Evangelio y la — : 212 a.
- TRANSFORMACIÓN POLÍTICA.** La — de Europa y del mundo en los últimos [1940] veinte años : 248 b.
- TRATADOS.** Los — de paz, violados : 42 c.
- TRIBULACIÓN.** Tinieblas de la — : 8 b.
- TRIBUNAL DE DIOS.** Sentencia del — para las familias y los pueblos : 242 c.
- TRIGO DE CRISTO.** Los mártires son — : 41 a.
- TRINIDAD.** La — es un misterio : 427 b-c.
- TRISTEZA.** Suma — del P. ante los alejados de la verdad divina : 89 c.
- TRIUNFO DE DIOS.** El P. pide el — en los individuos, en las familias, en Italia y en el mundo : 108 a-b.
- TRIUNFO FINAL.** Es seguro el — de Cristo sobre todos sus enemigos : 358 a-b.
- TRONOS.** Sólo D. abate los — : 107 a.
- Tsé-tsé (moscas).** Veneno de las — : 209 b.
- TURBA.** La —, entregada a lecturas reprobables o desmoralizadoras : 212 a.
- UNIDAD DE LA FE.** — en la diversidad de ritos : 277 b-278 a.
- UNIDAD DIVINA.** La — y la familia humana : 152 b.
- UNIÓN CONYUGAL.** La ley divina en la — : 241 b-c.
- UNIÓN MATRIMONIAL.** D., autor de la — : 295 b. La —, sobrenaturalizada : 58 c.
- UNIÓN DE ALMAS.** La — en el matrimonio : 50 c-51 a.
- UNIÓN DE CORAZONES.** La —, bendecida en el matrimonio cristiano : 298 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- UNIÓN EN LA CARIDAD. La —, en la diversidad de ritos: 278 b.
- UNIÓN HIPOSTÁTICA. La — y Lucifer: 112 a.
- UNITALSI. Damas de la — (8 V 40): 109.
- UNIVERSIDADES. La Teología y su estudio en las antiguas —: 426 c.
- URBANO II. — y los ritos orientales: 276 b.
- URBANO VI. Por Catalina de Siena, — tornó a Roma: 103 a-b.
- [UTILITARISMO]. Falso —, afirmar que la utilidad y la fuerza sean bases para el nuevo orden: 365 b-c.
- VACACIONES. Alegría y felicidad de las —: 199 a-b.
- VAL POLCEVERA (Liguria). Valle de María es —: 84 c-85 b.
- ¡Valor y confianza! fué la divisa predilecta de Sta. M. Sofía Barat y de Filipina Duchesne: 123 c. —, divisa también para las Madrinas de guerra: 124 a.
- VALOR CRISTIANO. El — ante los errores y sacrificios: 133 a-b.
- VALORES CRISTIANOS. La Igl., transmisora de —: 363 c.
- VALORES ESPIRITUALES FUNDAMENTALES. Los —, por encima de todo otro orden: 145 c.
- VALLE. Inundaciones tempestuosas en este — de lágrimas: 338 a.
- VANNUCCI (Pedro). Magnífico fresco de — que representa al eterno Padre: 70 b-c, 71 b. —, llamado el *Perusino* por su arte: 70 c-71 a.
- VARÓN PERFECTO. Todo cristiano ha de crecer a —, a la medida de Cristo: 67 c.
- ¡Velad y orad!: 193 b.
- VENCEDOR. El joven —: 324 a.
- Vencer dos veces* es vencerse en la victoria: 367 a.
- VENENO LENTO. Las lecturas secretas, — pero eficaz: 209 b-c.
- VERBO DIVINO. Deseo y fuego del —: 119 c-120 a. Razón de la Encarnación del —: 169 c. Libertad del sacrificio del —: 169 c. Amor del — Encarnado a los hombres: 58 a.
- VERDAD. La — y la justicia: 240 c. Dios, fuente de la —: 240 c. Enseñar la — y practicarla en la caridad, deber de las Madrinas de guerra: 124.
- VERDADERA CONSAGRACIÓN. Dar nuestro corazón a Jesús es la — al S. C. de J.: 162 b-c.
- VERDADERA CRUZ. La — [y la Argentina]: 260 a.
- VERDADERAS GLORIAS. Las — de Italia: 106 c.
- VERDADERO DIOS. La imagen del —, para recoger el homenaje de la familia cristiana: 417 a.
- VERDADES ETERNAS. Explicación y aplicación de las —: 326 c.
- VERDADES FUNDAMENTALES. Cuáles son las — de la profesión de nuestra fe: 432 b-434 a.
- VERDADES SOBRENATURALES. Los hombres de hoy, ciegos, han cerrado los ojos a las —: 431 a.
- VESTIDO BAPTISMAL. El — manchado se lava en la penitencia y en la Eucaristía: 170 c.

ÍNDICE ANALÍTICO

- VIAJE. Un — en espíritu a Santiago: 191 c.
- VICENTE DE PAÚL (San). Caridad de —: 183 a-b. Cf. Caridad.
- VICIO. Crudeza del — junto a la miseria corporal: 33 b-c.
- VÍCTIMAS. La sangre de las — animales es incapaz de quitar los pecados: 169 c.
- VICTORIA. La — espiritual se logra por la lucha: 41 c. La — por la virtud: 93 c.
- VIDA. El Rosario de la — de los esposos cristianos: 268 c. Expansión de la — en el orden natural y en el sobrenatural: 58 b.
- Vida de Cristo*. La — de Ludolfo de Sajonia: 201 c.
- VIDA DE ORACIÓN. La — en la A. C.: 229 c.
- Vida de Santos*. La breve —, lectura piadosa de la familia: 416 c. La — en las familias: 250 c. Cf. Libros.
- VIDA ESPIRITUAL. Responsabilidad de los padres en la propagación de la —: 394 c.
- VIDA ETERNA. La — es conocer al solo verdadero D. y a su Legado Jesucristo: 424 a.
- VIDA PRESENTE. La — es un correr hacia la muerte: 429 b.
- VIDA PRIVADA. La — de los individuos y la felicidad pública: 42 c.
- VIDA PROFANA. La — aparente, ha de ser también vida de oración: 48 b.
- VIDA RELIGIOSA BIZANTINA. La — en Italia: 274 a y ss.
- VIDA SOBRENATURAL. La — crea en torno a las almas como una atmósfera de gracia y comunica a las instituciones humanas cierto sabor local: 17 b.
- VÍNCULO. El — del matrimonio tiene algo de divino: 58 c.
- VIRGEN. Canto del P. a la —: 87-89. La Santísima — en la vida familiar y en la pública: 250 b-c.
- Virgen de la Guardia*. También las milicias de tierra caminaban bajo el lábaro de la —: 85 c.
- VIRGEN DEL ROSARIO. La —, bajo la Cruz, enseña a los esposos la cruz del dolor: 267 c-268 a.
- VIRGEN INMACULADA. La — y la pureza de las jóvenes: 255 a-c.
- VIRGEN POTENTE. María es «—»: 114 c.
- VIRGINIDAD. Poder de la —: 94 b. La — torna a los mortales émulos de los ángeles: 94 b.
- VIRTUD. La — exige esfuerzo: 41 b. La — y la victoria: 93 c.
- VIRTUD CRISTIANA. Sólo por la — se opera la renovación espiritual: 41 b. La victoria de la —: 93 c.
- VIRTUDES CRISTIANAS. Necesidad de las —: 39 b-c.
- VIRTUDES MARAVILLOSAS. Florecen — bajo los techos de los pobres: 33 a-b.
- VIRTUDES TEOLÓGICAS. Las —, fundamento de la cristiana felicidad (3 IV 40): 53-58. Las — determinan la felicidad, independencia y seguridad de las almas: 8 b-c.

ÍNDICE ANALÍTICO

VOCACIÓN. Prontitud en la — ; 192 a.

VOLTAIRE. Fango y sangre del siglo de — : 120 a.

VOLUNTAD DE LOS HOMBRES. Sólo por Cristo será doblegada la — : 48 c.

VOZ DE DIOS. La predicación es el eco de la — desde el cielo, desde el Sinaí, desde la montaña de Galilea, desde el Gólgota : 483 a.

VOZ DE PEDRO Y DE LOS APÓSTOLES. El Símbolo es la — : 484 c-485 a.

VOZ DEL PAPA. La — y su bendición : 76 a.

VOZ DIVINA. Cuándo y cómo es oída la — : 48 a.

ZEBEDEO. La madre de los hijos del — : 198 a-b.

IV. - ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abel : 169, 170.
 Abraham : 152.
 Acción Católica Italiana :
 Cardenal Presidente de la Comisión de — : 221.
 Comisión de Cardenales para la — : 219.
 Obispo Director General de la — : 221, 319.
 Directivos diocesanos de — : 219.
 Consiliarios eclesiásticos de la Juventud de — : 317, 319, 328.
 Presidente de la Juventud de — : 319, 328.
 Directivos de la Juventud de — : 217, 219.
 Maestros de la Juventud de — : 319, 328.
 Adán : 84, 87, 222, 241, 324, 356, 430.
 Agar : 7.
 Agustín, s. : 160.
 Alfonso Rodríguez, bto. : 262.
 Ana de los Ángeles Monteagudo, sierva de D. : 304.
 Ángela de Foligno : 71.
 Antonino, emp. : 311.
 Apóstoles : 169, 389.
 Arequipa, obispo de — : 808.
 Bartolomé, s. : 274.
 Benedicto XV : 222.
 Bizantino, ordinarios y clero de las eparquías de rito — en Italia : 273.
 Bolivia : Gobierno, 216 ; Presidente de la República, 215, 216.
 Buenos Aires, Cardenal Arzobispo, Legado Pontificio en — : 261.
 Cardenal Decano : 125, 127, 221.
 Cardenal Secretario de Estado : 221.
 Cardenales de Curia : 343, 353.
 Caridad, Hijas de la — : 183.
 [Carmona], Presidente de la República de Portugal : 289.
 Catalina de Siena, sta. : 304.
 Cerulario, Miguel —, Patriarca de Constantinopla : 275.
 Clara de Asís : 71, 104.
 Colegio de Cardenales, Sacro — : 353.
 Colón : 86.
 Commune (París) : 34.
 Comnen, Nicolás, ex-embajador : 331.
 Cristiandad : 41, 146, 162.
 Curia, Arzobispos, Obispos y Prelados de — : 343, 353.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- D'Ormesson, Conde —, embajador : 143, 349.
David : 68, 379, 430.
Débora : 102.
Doctores (de la Iglesia) : 296, 392.
Domingo de Guzmán, sto. : 100, 143.
Dominicana, Orden — : 304.
Elías : 112, 249.
Enfermos, «Ministros de los —» : 186.
Epicuro, discípulos de — : 426.
Estoa, discípulos de la — : 426.
Eva : 84, 209, 356, 433.
Evangelios : 191.
Evangelistas : 339.
Evrard, P. —, rector del Colegio Rumano : 13.
Felicitas, sta. : 311.
Festo : 431.
Filotea : 399.
Focas : 310.
Francia, Rey de — : 201.
Francisco de Asís, s. : 71, 76, 97.
Francisco de Sales, s. : 120.
Francisco Solano, s. : 306.
Galitza, Sr. —, secretario de embajada : 13.
Ganges, videntes del — : 429.
Hechos de los Apóstoles : 191.
Herodes : 194.
Imperio, legionarios del — : 16.
Israel : 242, 335, 379, 408.
Italia, obispos de — : 219, 319.
Italo-albaneses : 276.
Italo-griegos : 276.
Jacob : 208, 430.
Jairo : 193.
Jesucristo :
 Circuncisión : 169.
 Encarnación : 185.
Juan ev., s. : 87, 193, 194.
Juan bta., s. : 262, 430.
Juan del Castillo, bto. : 262.
Juan Eudes, discípulos de s. — : 120.
Juan Masías, bto. : 306.
Juana Francisca Fremiot de Chantal, hijas de sta. — : 120.
Judit : 102.
Justino, s. — mr. : 327.
Lázaro : 34.
León XIII : 222, 277.
Magdalena Sofía Barat, sta. : 121, 122, 123.
Margarita María de Alacoque, santa : 121, 141.
María, hermana de Lázaro : 75, 340.
Marta, sta. : 75, 340.
Martín de Porres, bto. : 306.
Matilde de Canosa : 103.
Miguel Arcángel, s. : 262.
Minoretti, card. : 83.
Mitrídates : 209.
Moisés : 408, 426.
Molinari, mtro. Bernardino — : 59.
Nilo, s. : 274.
Numeriano, emp. : 311.
[Oliveira Salazar], Jefe del Gobierno de Portugal : 290.
Oriente, iglesia y cisma de — : 275.
Ovidio : 62.
Pablo, s. : 207, 262, 431.
Padres, stos. : 169, 296.
Palestrina, Cardenal Obispo de — : 319.
Pedro, s. : 177, 193, 212, 262, 409.
Perú, dignidades del Estado del — : 306.
Perú, Legado Pontificio en el Congreso Eucarístico Nacional del — : 304.
Perú, Metropolitano del — : 303.
Perú, Obispos del — : 306.
Perusa, Arzobispo de — : 70.
Perusino : 70.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- [Pétain], Mariscal de Francia, Presidente de la República: 147.
 Pilatos: 227.
 Pío IX: 222.
 Pío X: 222.
 Pío XI, Comité promotor del sarcófago de —: 405 ss.
 Pío XII, Representantes de —: 361.
 Portugal, Jefe y miembros del Gobierno de —: 291.
Poverello, il —: 104.
 Prelados romanos: 343, 353.
 Profetas: 339.
 Quintanilla, General Carlos, embajador de Bolivia: 213.
 Rafael: 241.
 Raquel: 208.
 Roma, la pagana —: 416.
 Roma, parroquias de —: 3; Párrocos y Predicadores cuaresmales de —: 421 ss.
 Roque González, bto.: 262.
 Rosa de Lima, sta.: 306.
 Rota Romana, miembros del Tribunal de la Sacra —: 237.
 Rumania, Jefe y miembros del Gobierno real de —: 332; alumnos de la Academia de —: 13; alumnos del Pontificio Colegio Rumano: 13; Vicerrector del Colegio Rumano: 13; sacerdotes, religiosos y alumnos de varias órdenes y congregaciones de —: 13; Obispos rumanos: 13.
 Rut: 208.
 Sagrado Corazón, «Hijas del —»: 119; Institutos del —: 117 ss.
 Sajonia, Ludolfo de —: 201, 202.
 Samos, videntes de —: 429.
 San Martín Valperga, Conde Enrique de —: 61.
 Santos, los —: 296, 339.
 Sara: 7, 415.
 Satanás: 111.
 Seminario Mayor Pontificio de Roma, Alumnos del —: 421.
 Sultán del Nilo: 105.
 Tautu, can. — consej. ecl. de Embajada: 13.
 Terror, la prueba del — (Revol. francesa): 120.
 Testamento, Antiguo —: 169, 176.
 Tobías: 168, 208.
 Tomás de Aquino, sto: 392.
 Toribio de Mogrovejo, sto.: 306.
 Urbano de Propaganda Fide, alumnos del Pont. Colegio —: 421.
 Virgen (Santísima):
 «Nuestra Señora del Retiro en el Cenáculo»: 47 ss.
 Nuestra Señora de la Guardia: 88.
 Virgen de Luján, Patrona de la Rep. Argentina: 262.
 Nuestra Señora de la Paz: 215.
 Reina del Santísimo Rosario, de Pompeya: 114.
 Señora de las Victorias: 89.
 Visitación, noviciado de la —: 120.
 Vorágine, fr. Jacobo de —: 201, 202.
 Yanguas y Messía, Don José, Vizconde de Sta. Clara de Avedillo, embaj. de España: 19.
 Zebedeo: 192.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

APÉNDICE

Abel, Abraham, Academia de Sta. Cecilia (Roma), Agar, S. Agustín, Sta. M. M. Alacoque, Alemanes, Algunos países, Aliados, S. Ambrosio, Ana de los Ángeles (Arequipa), S. Anselmo, Apóstoles (Símbolo, Voz de Pedro), Arios, Aristóteles (Felicidad humana), Atenas, Atenienses, Augusto (Romas), Avión, Bari, S. Bartolomé (Rito bizantino), Benedicto XIV, Benedicto XV, Bérard, S. Bernardo, Bernini, Boetto (Card.), Bonifacio IV, Caccia Dominioni, Calixto III, S. Camilo de Lella (Ministros...), Cardenal Decano, Cardenal Vicario, Sta. Catalina de Siena (Romanos, Servir a D., Sufrir...), Sta. Cecilia, Césares (Cristianos), Cicerón, Cisma de Oriente, Clemente VIII, Colina Capitolina, Colón (Genoveses), Comnen, Compañía de Jesús, Constantino, Stos. Crisanto y Daría, Cristo, Curia romana, Charmoisy, Chigi della Rovere, Damas de S. Vicente, Daría (Stos. Crisanto...), David, Sto. Domingo de Guzmán, Bta. Duchesne (América, Estados Unidos, «Rebecca», Valor), Egipcios, Emmos. Cardenales, Emperadores, Epícurcos, Epulón (Damas...), España, Estados Unidos de América, Estoicos, Eterno Padre, Eudistas, S. Eugenio I, Europa, Evangelistas, Sta. Felicitas, S. Fernando III, S. Francisco de Asís (África, Basílica..., Europa, Pobres, Romanos), S. Francisco de Sales (Avisos, Charmoisy, Filotea, Introducción, Oración, Pío XI), Ganges (Metempsicosis), Sta. Gemma Galgani, Genoveses, Germánicas, S. Gregorio Magno, Gregorio III, Gregorio IV, Griego, Grigorcea, Grottaferrata (Roma), Guardia N. Pontificia, Herodes, S. Ignacio de Loyola, Ingleses, Institutos católicos, Instituto del «Sagrado Corazón», Sta. Isabel, Italia (Rito bizantino, Verdaderas glorias), S. Jerónimo Emiliano, Jesucristo, patriarca José, S. José (Iglesia, Evangelio), ap. Juan, S. Juan Bautista (Boda), S. Juan Gualberto (Heroísmo), Judaísmo, Judíos, Lares, Lavitrano, Lázaro (Dama de la Caridad), S. León Magno, León IX, León XIII (Sagrado Corazón), Lestrangle, Lot; Lucifer (Unión hipostática), S. Luis, Sta. Magdalena Sofía Barat (Valor), Manécanterie, Manzoni, Sta. María de Santa Eufrasia Pelletier, Marinos españoles, Mártires, Matilde de Canosa (Sta. Catalina de Siena), Mendelssohn, Messina, S. Miguel (Almas, Ángeles fieles, Derechos..., Enfermos, Familias, Gargano, Matrimonios, Mole Adriana, Pareja humana, Pietralata), Miguel I, Miguel Cerulario, Minerva (Evangelio), Ministros de enfermos, Nazaret (Autoridad), Neopaganos, Nicolás V, S. Nilo (Rito bizantino), No arios, Noé. [Oliveira Salazar], Órdenes religiosas, Oriente (Cisma..., Ejemplo), Orsini, S. Pablo (Fieles, Romas, Novedad de vida, Templo del Espíritu Santo), Pacheco, Padre celestial, Papa (Francia, Guerra, Italia, Humanidad, Voz del Papa), Papas, París, Patriciado romano, S. Pedro (Fieles, Romas, Símbolo, Voz de Pedro), Sta. Perpetua, Perú, Perusa, [Pétain], [Petrarca], Pignatelli di Belmonte, Pilatos, Pío IV, S. Pío V, Pío X, Pío XI (Acción Católica, A. C. Italiana, Ambrosio, Candoglia, Guerra, Grutas vaticanas, Italia, Milán, Mundo, Sicilia), Pistoya, Platón (Felicidad), Polacos, Portugal, *Poverello*, Racine, Raquel, Representantes del Papa, Roma (Atenas, Augusto, Ritos orientales), Roma papal (Rumania), Romanos, Romas, Sta. Rosa de Lima, Rota Romana (Familia cristiana), Rumania, Sacro Colegio, Sagrada Familia, Sagrado Corazón, Salesas, Samaritano, Samos (Metempsicosis), Samuel (Servir a D., Jerusalén), ap. Santiago (Caridad), Santiago el Mayor, Santo Oficio, Sara (Esposos, Iglesia, Tobías), Satanás, Scanderbeg, Schubert, Schuster, Sicilia, Santa Teresa del Niño Jesús, Tobías (Esposos), Todos los Santos, Trajano (Cristianismo), Unitalsi, Urbano II, Urbano VI, Vannucci, S. Vicente de Paúl (Caridad, Damas, Papa), Visitación (Duchesne), Voitaire, Zebedeo.

V. - ÍNDICE TOPONÍMICO

- Adriático : 105.
 África : 209.
 Albania : 361.
 Alpes : 26, 100, 107, 407.
 América : 304.
 Andes : 215, 260.
 Apenino : 85, 105.
 Apulia : 104.
 Argentina : 83, 257, 259 ss.
 Asís : 100 ss. Porciúncula : 104.
 Australia : 361.
 Bari : 276.
 Belén : 48, 68, 356, 382, 434.
 Betania : 75.
 Británico, imperio — : 361.
 Calvario : 48, 151, 193, 267, 414, 432.
 Cambio, «Collegio del —» (Peru-
 sa) : 70.
 Canadá : 361.
 Candelaria, Santuario de la Vir-
 gen de la — (Bolivia) : 216.
 Carbone : 274.
 Cartagena (de Indias) : 121.
 Cartago : 254.
 Cefalú : 274.
 Chaco, El — : 260.
 Dacia : 16.
 Edén : 84.
 Efeso : 207.
 Egipto : 68, 69, 105, 274, 361.
 Elías y Anastasio, monasterio de
 los Santos — (Carbone) : 274.
 Escala Santa (Roma) : 167.
 España : 19, 22, 105.
 Espoleto, valle de — : 105.
 Estados Unidos de América : 362.
 Europa : 17, 86, 147, 191, 216,
 282, 337, 353, 362.
 Fagaras : 13, 15.
 Figogna : 83, 84, 85, 87, 88.
 Florencia : 179.
 Francia : 120, 347 ss.
 Galicia : 191.
 Galilea : 9, 68, 409, 433.
 Ganges : 429.
 Gargano, monte : 113.
 Génova : 84, 86.
 Getsemaní : 170, 193, 359.
 Gólgota : 83, 86, 222, 260, 339,
 432, 433, 434.
 Goa : 122.
 Grottaferrata : 271, 273, 277.
 India : 361.
 Inglaterra : 361.
 Italia : 6, 11, 29, 63, 84, 97, 101,
 104, 105, 106, 108, 117, 199,
 232, 271, 273, 276, 277, 278,
 361; — continental : 277; —
 meridional : 274. Imperio (de
 Italia) : 124.
 Jericó : 304.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Jerusalén : 6, 8, 34, 69, 70, 336, 337, 393, 395.

Judea : 9.

Lacio : 6, 273.

Lepanto : 89.

Liguria : 85. *Riviera* genovesa : 83, 84, 89.

Lima : 121.

Lisieux : 145, 350.

Loyola : 201.

Marino : 103.

Massabielle, gruta de — : 349.

Mediterráneo : 100.

Mesina : 274.

Milán, el Duomo de — : 408.

Miniato, igl. de San — (Floren-
cia) : 179.

Misuri, r. : 121.

Monreal (Sicilia) : 274.

Nápoles : 274.

Nazaret : 48, 68.

Notre Dame (París) : 350.

Nuevo Mundo : 122, 260.

Océano (Atlántico) : 215, 260, 281, 304.

Olimpo : 356.

Olivete, monte : 335, 336.

Oriente : 271, 278, 400.

Palermo : 274.

Palestina : 70, 75, 105, 176, 361.

Pamplona : 201.

Patirión, monasterio de — (Ros-
sano) : 274.

Perusa : 65, 104.

Rama : 360.

Roma : 11, 13, 17, 21, 29, 34, 35, 59, 104, 119, 186, 271, 275, 278, 304, 356, 379, 381, 385, 416, 421, 427. Ciudad Eterna : 87, 88, 100. Urbe : 113, 423. La Ciudad : 113. Roma, metró-
poli : 124. Imperio de — : 41. Tíber : 88, 379. Quirinal : 5. Colina Capitolina : 88. Letrán : 5. Santa María la Mayor : 5.

Santa María *sopra Minerva* : 97.

Basílica de los SS. Apóstoles : 104. Hospital de Santiago : 186.

Roma (Vaticano) :

Colina Vaticana : 281, 306. Va-
ticano : 407. Palacio apost. Va-
ticano : 307. Patio de S. Dá-
maso : 245. Gran Aula de la
Bendición : 219, 263, 317. Au-
la de las Bendiciones : 117. Sa-
la Ducal : 137, 149, 173, 181,
205, 397. Sala del *Tronetto* :
19. Sala del Trono : 13, 237.
Sala del Consistorio : 353. Ca-
pilla Matilde : 343. Capilla Pau-
lina : 237. Estancia de la Sig-
natura : 241, Radio Vaticana :
257.

Roma (Basílica Vaticana) : 3, 37,
91, 94, 310, 333.

Rossano : 274.

Rumania : 13.

Salvador, monasterio de San —
(Mesina) : 274.

Samos : 429.

Santa Fe de la Vera Cruz (Ar-
gentina) : 257, 259.

Santa María, casa de la Visita-
ción : 121.

Santo Sepulcro : 191.

Selva Negra : 17.

Siena : 100 ss.

Sinaí : 408, 433.

Siria : 105, 274.

Sodoma : 152.

Tabor : 212.

Tebaida : 105.

Tiberíades : 75.

Tierra del Fuego : 260.

Toscana : 100.

Umbría : 76, 100, 105. Perspec-
tivas umbrías (paisajes de Um-
bría) : 71.

Viena : 89.

ÍNDICE TOPONÍMICO

APÉNDICE

Africa, Alba Iulia, Albania (Griegos, Representantes del Papa), Alemania (Alemanes, Germánicas), América («Rebecca»), Arequipa, Argentina (Acción Católica, Verdadera Cruz), Asia Oriental, Atenas y Roma, Australia (Italianos), Avión, Bari, Belén (María, Oración), Blaj, Bolivia, Buenos Aires (Papa), Calabria (Lungro), Calvario (María), Canadá (Italianos), Candoglia, Cefalú (Bizantino), Cenáculo (Apóstoles, Altar, Gólgota, María), Colonias griegas, España, Estados Unidos de América, Europa, Fagaras (Alba Iulia), Figogna, Fleurissant, Francia (Bérard, Hora presente, Orad, Pétain, Reina de la Paz), Galilea (Voz de Dios), Gargano, Génova (Boetto, Papa), Getsemaní, Gólgota (Altar, Cenáculo, Voz de Dios), Grecia (Colonias griegas), Grottaferrata, Imperio británico (Italianos, Representantes...), Inglaterra (Alemanes, Representantes...), India (Representantes...), Italia (A. C. Italiana, Catalina de Siena, Cruz, S. Francisco de Asís, Ingleses, Monasterios bizantinos, Poverello, Representantes..., «Tierra de Francisco»), Italia meridional (Colonias griegas), Templo de Jerusalén (Samuel), Lacio (Cruz, Grottaferrata), Lepanto (Señora de las victorias), Lima (España), Lisieux (Papa, Reina de la Paz), Luisiana, Marino (Alberico...), Milán (Candoglia), Monreal de Sicilia (Bizantino), Nápoles (Bizantino), Nuevo Mundo (América, Colón, Españoles), Palermo (Bizantino), Palestina (Representantes...), Paraíso (S. Miguel), París (Papa, Reina de la Paz), Perú (Lima), Perusa (León XIII), Sepulcro de Pío XI (A. C. Italiana, Caccia Dominioni, Candoglia, Cristo Rey, Evangelistas, Grutas Vaticanas), Portugal (Acuerdo..., Pacheco), «Rebecca», Roma (Academia, Basílica de los SS. Apóstoles, Belén, Ciudad Eterna, Colina Capitolina, Columna Trajana, Conversiones, Cuaresmeros, Sto. Domingo, Facciones, S. Francisco de Asís, Grutas Vaticanas, Paladion, S. Pedro, Pietralata, Tradiciones cristianas), Rumania (Blaj, Comnen, Dacia, Grigorcea), Santa Fe de la Vera Cruz (Congreso Eucarístico...), «Santa María», Santiago (Camino, Peregrinos), Siena (Sta. Catalina...), Sinaí (Voz de Dios), Siria (Prófugos), Viena (Señora de las Victorias).

VI. - ÍNDICE LITERARIO

(Citas y referencias)

a) BÍBLICAS

- Gen.* (1, 2) 234; (1, 28) 152; (1, 26-27) 152; (2, 24) 111; (3, 19) 429; (3, 24) 111; (4, 10) 169; (7, 7) 152; (7, 11 ss.) 176; (8, 18) 152; (9, 1) 152, 337; (15 y 17) 152; (19, 12 y 14) 152; (29, 9-12) 208; (41, 43) 69; (45, 9) 69; (45, 18) 69.
- Ex.* (12, 12-13) 169; (20, 12) 184; (32, 32) 408; (33, 19) 426.
- Lev.* (19, 2) 314; (19, 18) 177; (20, 7-8) 314.
- Deut.* (4, 24) 305; (11, 11-14) 176; (32, 8) 107; (32, 11) 297.
- Iud.* (4 y 5) 102.
- Ruth* (3) 208.
- I Reg.* (2, 18) 115.
- II Reg.* (7, 8-12) 153.
- III Reg.* (18, 44) 112; (19, 7) 249.
- Tob.* [2, 16] 133; (2, 17-18) 133; (4, 11) 34; (7) 208; (8, 4-5) 415; (8, 5) 168, 309, 314.
- Iob* (4, 18) 312; (5, 11) 95; (14, 7-9) 176; (19, 21) 313; (38, 11) 338.
- Ps.* (17, 51) 153; (18, 5) 40; (25, 8) 235; (32, 10) 107 y 242; (32, 11) 153 y 242; (33, 6) 425; (41, 8) 175; (44, 11-12) 48; (54, 23) 8; (59, 5) 145; (67, 10) 176; (67, 14) 51; (89, 1) 153; (103: 4, 30) 114, 234; (111, 1) 267; (112, 9) 267; (113, 4-7) 338; [116, 2] 63; (125, 2) 6; (144, 9) 338.
- Prov.* (6, 17) 211; (6, 19) 211; (12, 5-6) 200; (13, 5) 211; (15, 17) 33; (16, 4) 119; (17, 6) 268; (19, 14) 194; (19, 17) 284; (22, 26) 152; (24, 29) 177; (30, 16) 120.
- Eccl.* (6, 37) 163.
- Cant.* (1, 3) 48; (6, 3) 89; (8, 6) 434.
- Sap.* (2, 8) 265; (7, 26) 255.

ÍNDICE LITERARIO

- Eccli.* (1, 5) 290; (3, 27) 194; (10, 6) 176; (10, 15) 189; (23, 38) 268; (28, 1) 177; (28, 3-4) 177; (28, 22) 211.
- Is.* (28, 19) 364; (35, 3-4) 358; (40, 6) 268; (45, 2) 268; (46, 8) 154; (46, 9) 155; (53, 7) 169; (66, 10) 6.
- Ier.* (9, 21) 209; (24, 7) 162; (31, 3) 58; (31, 15) 154.
- Bar.* (3, 35) 163.
- Ezech.* (5, 1-4) 242; (5, 12) 242; (9, 8-11) 242.
- Dan.* (10, 13) 111.
- Os.* (2, 14) 48.
- Zach.* (9, 17) 255.
-
- Matth.* (2, 14) 68; (2, 18) 360; (2, 22-23) 68; (4, 21-22) 192; (5, 4-9) 267; (5, 14) 355; (5, 16) 355; (5, 43-44) 177; (6, 12) 179; (6: 26, 28, 33, 34) 69; (7, 12) 341; (10, 22) 163, 192; (10, 32) 140; (11, 29) 50, 139 y 268; (12, 20) 16; (13, 1) 47; [13, 28] 210; (15, 29) 47; (16, 18) 114; (16, 18-19) 75; (16, 24) 161; (17, 1-8) 193; (18, 19-20) 78 y 414; (18, 22) 177; (20, 20-22) 193; (20, 28) 371; (23: 8, 10) 223, 324; (24, 6) 336; (24, 25) 335; (24, 30-31) 335; (24, 35) 335; (25, 34 ss.) 32; (25, 36) 187; (26, 40-41) 193; (26, 56) 195; (27, 24) 170; (27, 25) 171; (27, 45) 83; (28, 20) 228.
- Marc.* (1, 32) 47; (3, 17) 193; (9: 1, 5) 212; (10, 20-21) 319; (11, 25) 177; (14, 33) 193; (14, 38) 178.
- Luc.* (1[27, 32-33]) 430; [1, 48] 86; (1, 66) 159; (2, 41 ss.) 69; (2: 41 ss., 52) 69; (8, 49-56) 193; (12, 49) 234; (15, 20-21) 77; (16, 19 ss.) 34; (19, 42) 337; (22, 20) 177; (22, 53) 41.
- Io.* (1, 3) 324; (1, 9) 227; (1, 12-13) 168 y 393; (1, 14) 430; (2, 2) 339; (3, 16) 337 y 434; (4, 34) 119; (5, 44) 268; (6, 1-2) 75; (6[1-15]) 9; (6: 51-52, 55) 325; (8, 50) 268; (10, 14) 6; (10, 17-18) 169; (11, 1) 75; (12, 24) 385; (12, 32) 282; (13, 1) 58; (13, 34-35) 187; (14, 13) 77; (15, 12) 187; (15, 13) 169; (15, 15) 339; (16: 21, 22) 386, 387; (17, 2) 325; (17, 3) 324 y 424; (17, 11) 278 y 356; (17, 15) 356; (17, 17) 356; (17, 22) 278; (20, 19) 47, 51 y 195; (20, 28) 52; (21, 15-17) 76 y 409.
- Act.* (1, 14) 47; (2, 42) 327; (10, 38) 31; (12, 2) 194; (17, 18-31) 426; (19, 19) 207; (20, 28) 393; (20, 35) 35; (26, 10) 314; (26, 24) 431.
- Rom.* (1, 14) 338; (1, 16) 269; (1, 21) 428; (1, 31) 123 y 186; (6, 4) 41; (6, 23) 429; (8, 17) 42; (8, 26) 234; (8, 28) 8; (10, 10) 322; (10, 18) 40; (12, 1) 322 y 428; (12, 10) 278; (12, 13) 314; (12, 21) 269; (13, 1) 228; (14, 17) 234.
- I Cor.* (1, 22-25) 222; (1, [24]) 432; (1, 27) 185; (2, 2) 423; (6: 15, 19) 253; (7, 31) 223; (9, 22) 184 y 229; (10, 13) 387;

ÍNDICE LITERARIO

- (10, 16-17) 235; (11: 13, 15) 253; (11, 25) 161; (13, 4-7) 408; (13, 5) 186.
- II Cor.** (1, 8) 259 y 338; (5, 6) 223; (5, 10) 336; (5, 14) 337; (5, 15) 42; (5, 19) 161; (6, 2) 423; (6, 3) 131; (6, 7-8) 132; (6, 11) 423; (7, 4) 101; (8, 2-3) 235; (9, 7) 32; (11, 29) 371.
- Gal.** (1, 14) 423; (2, 20) 95; (3, 16) 152; (4, 19) 67; (4, 22-31) 7.
- Eph.** (2, 19) 314; (3, 15) 70; (4, 5) 277; (4, 13) 67; (4, 14) 322; (4, 15) 124; (5: 22-23, 32) 159, 298; (6, 10 ss. y 12) 321 y 41.
- Phil.** (2, 6-8) 425; (2, 7) 185; (3, 13-14) 240; (4, 5) 254; (4, 6) 345; (4, 7) 261; (4, 8) 103.
- Col.** (1, 10) 373; (1, 20) 337; (2, 2) 434; (2, 3) 324; (2, 8) 428; (3, 3) 95; (3, 9-10) 42; (3, 11) 223; (3, 14) 278.
- I Thess.** (4, 12) 134.
- II Thess.** (1, 3) 322.
- I Tim.** (2, 2) 132; (2, 5) 430; (3, 15) 277; (6, 16) 424.
- II Tim.** (2, 5) 93; (2, 11-12) 42; (3, 3) 123.
- Tit.** (2, 12) 42.
- Hebr.** (1, 6) 112; (5, 12-13) 224; (6, 20) 134; (9-27) 429; (10, [5-10]) 169; (10, 31) 433; (12, 2) 153 y 185; (12, 24) 170; (13, 14) 223.
- Iac.** (1: 2-4) 134 y 387; (2, 15-16) 32; (4, 1) 161; (4, 4) 194.
- I Petr.** (1, 18-19) 168; (2: 2, 9, 15-17, 25) 394 y 395, 428, 228, 303; (3, 1-7) 159.
- II Petr.** [1, 2] 26; (1, 4) 297; (3: 13, 18) 234, 328.
- I Io.** (2: 2, 15) 239, 32; (4: 8, 16) 35, 295, 338; (5, 20) 424.
- Apoc.** (1, 5) 170; (7: 9, 14) 312, 170; (12, 7) 111; (14, 13) 163; (19, 10) 372; (21, 2) 393; (22: 9, 16) 372, 83.

b) LITÚRGICAS

Can. Miss., 327; [*Orat. ante Com.*], 195; *Miss. Rom. Sab. S.*, 39 y 40; *Seq. in festo Ssmi. Corp. Christi*, 305; [*Orat. Miss. pro Sponsis*], 295; *Hymn. Ambros. Te Deum*, 40 y 168; *Brev. Rom. Antiph. mai. ante vig. Nat. y Matut. in Nat. Domini*, 367, 356; *die 8 Maii*, 111, 112 y 115; *Pange lingua*, 167; *Orat. 1 Iul.*, 175; *Off. Ssmi. C. I. ad Laudes*, 199; *Litan. Sanctorum*, 44; *Litan. Ssmi. Cordis Iesu*, 120 y 175; *Martirologium Rom. kal. Novemb.*, 310, 311; [*25 Dec.*], 356; *Doxologia*, 269.

c) HISTÓRICAS

Passio SS. Perpetuae et Felicitatis, 253; *Lib. Pontificalis: LXVIII y XCII*, 310 y 311; *Acta SS. Boll.: mens. Iulius*, 179; *mens. Septemb.*, 113; *S. Hieron. De Viris Illust.*, 41; *Prud. Peristephanon*, 21;

ÍNDICE LITERARIO

EADMER, *Vita S. Anselmi*, 276; *Historia Novorum*, 276; FRANCHI DE CAVALIERI, 254; KAYSER, 275; PASTOR, 276; THEINER, *Vetusta Monum. Histor. Hung. Sacram. illustrantia*, 275; *Memoria* (1938) de las Damas de San Vicente de Paúl, 31, 35; *Historia* [de la Juv. Fem. de A. C. : 1920-1940] : 248.

d) JURÍDICAS

Conc. Trid. (Sess. XXII, c. 2), 325.

Statuta Piae Societ. Apost. Orat., 49.

Digesto (*fr. 207 D. de div. regulis iuris ant.*, l. 17), 240;
(l. 1 *D. de ritu nupt.* 23, 2), 297.

Concordato fra la S. Sede e l'Italia, 232.

e) ROMANOS PONTÍFICES

San León IX, 275. Nicolás V, 275. Calixto III, 275. Benedicto XIV: *De Serv. Dei Beatif.*, 311. Pío IX: *Romani Pontifices* (1862), 278. León XIII: *Enc. Sapientiae christianae* (1890), 228; *Acta...* IV (1884), 191; *Enc. Annum Sacrum*, 151; *Ep. Quarto abeunte saeculo* (1892), 86. [Pío X]: *Sacra Tridentina Synodus* (1905), 327. Pío XI: *Enc. Miserentissimus Redemptor*, 161. [Pío XI]: *Acta Apostolicae Sedis* (XV, 1923), 399. Pío XII: *M. pr. Norunt profecto* (27 oct. 1940), 338, 339.

f) ESCRITORES ECLESIÁSTICOS

AGUSTÍN (San): *De Civ. Dei* (7, 30), 216; (10, 16) 160; (13, 10) 429; (17, 14) 62-63. *In Ioannis Evangelium* (10, 9), 226. *Enchiridion* (47-50), 430, *Epist.* (189, 6), 129-130.

IGNACIO DE ANTIOQUÍA (San): *Ad Rom.* (2, 1), 41.

JUSTINO (San): *Apología* (65-67), 327.

JUAN CRISÓSTOMO (San): *De Virginitate* (2), 94.

LEÓN MAGNO (San): *Sermo 73 de Ascens. Dom.* (1, 4), 93.

PEDRO CRISÓLOGO (San): *Sermo 134*, 311.

BERNARDO (San): *Epist.* 32, 351.

TOMÁS DE AQUINO (Santo): *Summa Theol.*, 223, 230, 240, 249 y 314.
Contra Gent., 394.

IGNACIO DE LOYOLA (San): *Exerc. Spir.*, 202.

CATALINA DE SIENA (Santa): *Cartas*, 102.

MARGARITA MARÍA ALACOQUE (Santa): *Vie...*, 49.

FRANCISCO DE SALES (San): *Introducción a la vida devota*, 413, 414;
Avisos..., 399, 400, 401, 403.

TERESA DEL NIÑO JESÚS (Santa): *Historia de un alma*, 251.

ÍNDICE LITERARIO

g) OTROS ESCRITORES

ARISTÓTELES: *Ethica Nic.* (1, 10), 427. AUSONIO, 15. CATÓN, 417. CICERÓN: *De officiis* (1, 7, 28), 365; *Tusculan.* (4, 24), 350; *De invent.* (2, 55, 100), 208; *Pro M. Caelio* (18, 82), 314. HORACIO: *Odas* (1, 24, 6-7; 3, 30, 6), 305; 16. *Epist.* (1, 12, 19; 2, 1, 156-157), 62; 16. *Sat.* (1, 1, 106-107), 254. PUBLILIO (*Sentencias*), 367. VIRGILIO: *Eneida* (5, 344; 6, 95; 6, 782-788; 9, 641), 320, 323, 356, 324. PLAUTO: *Aulularia* (prol. 28-26), 417. OVIDIO: *Fastos* (2, 684), 16; *Metam.* (1, 488), 62.

DANTE: *Purg.* (3, 35-36 y 41-42), 427; *Par.* (5, 19-21), 296. PETRARCA (*Son.* 269), 58. RACINE, *Athalie* (2, 9), 115.

LEOPARDI, 61. MONTI, *Bascilliana* (Canto 1), 289.

[Perú] *Himno* del primer Congreso Eucarístico Nacional: 308.